



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Los terrenos antropológicos en Colombia en la década de 1970: Resonancias y disonancias en la búsqueda ansiosa por un nuevo Estado, una Nación igualitaria y una Antropología contra-hegemónica

Elizabeth Bernal Gamboa

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Antropología
Bogotá, Colombia

2011

Los terrenos antropológicos en Colombia en la década de 1970: Resonancias y disonancias en la búsqueda ansiosa por un nuevo Estado, una Nación igualitaria y una Antropología contra-hegemónica

Elizabeth Bernal Gamboa

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Antropología

Director:

François Correa Rubio

Grupo de Investigación:

Antropología e Historia de la Antropología en América Latina

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Departamento de Antropología

Bogotá, Colombia

2011

A la tormenta y a sus enseñanzas

*No es el Péndulo el que depende del mapa,
sino el mapa el que depende del Péndulo*

Umberto Eco

Agradecimientos

El estudio que emprendí con esta tesis me llevó a la lectura de cientos de dedicatorias y agradecimientos consignados en otras tesis de grado. Leí cómo no era posible dividir los reconocimientos afectivos de los sociales y académicos, porque todos éstos se fundían en los diferentes espacios cotidianos habitados por autores y autoras.

Pude encontrar también que aún los agradecimientos más extensos se quedaban cortos y que todos se remitían a una misma consideración, ningún documento es el resultado de un trabajo individual y la firma de un autor o autora es un ocultamiento desafortunado de todas las personas que participaron en el proceso y cuyas ideas y afectos quedaron consignados sin una cita que las soporte. De tal manera que cualquier lista es pequeña.

Agradezco a las y los compañeros de mi espacio íntimo; a mi familia, con quienes construí las bases de mi camino y que continúan siendo la fuerza de mis pasos, a quien es hoy mi compañero de vida y a mis amigas y amigos más cercanos. Agradezco a quienes me acompañaron en el espacio de la Maestría, resulté afortunada en el encuentro de profesores, profesoras y compañeros con increíbles calidades académicas y humanas. Agradezco además al Instituto Colombiano de Antropología e Historia y a la Vicerrectoría Académica de la Universidad Nacional de Colombia que apoyaron la realización de este trabajo con los recursos obtenidos al ser beneficiaria de las convocatorias “Beca pioneros(as) de la antropología colombiana para el fomento de la investigación en antropología social ICANH 2006” y “Convocatoria de apoyo a tesis de posgrado de la Universidad Nacional 2007”.

Resumen

Propongo en este escrito que las y los antropólogos en formación de la década de 1970 en Colombia, construyeron sus terrenos de estudio en los éxitos, los fracasos, las vacilaciones y las desviaciones de tres objetivos transversales a sus estudios: construir un nuevo Estado, conformar una Nación equitativa y fundar una Antropología contra-hegemónica.

Presento una cartografía de las tesis de grado e informes finales de trabajo de campo entregados a los Departamentos de Antropología de las universidades Andes, Nacional y Cauca entre los años 1970 a 1979, específicamente aquellos estudios desarrollados en las regiones Amazonia, Orinoquia, Pacífico y Caribe. Avanzo en el análisis a partir de cuatro ejes, entendidos como elementos partícipes en la construcción de terrenos de estudio antropológico: (I) definición y caracterización de los lugares, (II) descripción y toma de postura frente a la relación entre investigadores y otros sujetos de la investigación, (III) rupturas y continuidades en la formación y el ejercicio disciplinar, y (IV) vivencias e interacciones en el trabajo de campo.

A partir de allí, concluyo que la búsqueda de nuevas relaciones de las y los estudiantes con el Estado, con su formación antropológica y con los sujetos de estudio, se generó en un espacio de resonancias y disonancias de sus proyectos políticos y en una confrontación tal, que marcó el viraje de un proyecto unívoco de Estado, de Nación y de Antropología, hacia la atención y reivindicación de múltiples voces que admitieran diversos proyectos de Estado, conviviendo en un territorio como tejido de heterogéneas territorialidades; de una Nación pluricultural y multiétnica; y de una antropología como urdimbre de diversas corrientes de pensamiento.

Palabras clave: Antropología en Colombia, Historia de la Antropología, Antropología de la Antropología, Terrenos antropológicos, Tesis de grado, Etnografía, Trabajo de campo.

Abstract

This paper exposes how the anthropology' students in the 1970s in Colombia, lived their anthropological terrains on the successes, failures, hesitations and deviations of three cross-cutting objectives to their studies: building a new state, forming an equalitarian nation and creation an anti-hegemonic anthropology.

This paper includes the cartography of thesis and final reports of fieldwork delivered to the Departments of Anthropology at the Andes, Nacional and Cauca Universities, specifically those studies done since 1970 to 1979 in the Amazonian, Orinoco, Pacific and Caribbean regions. The cross-sectional analysis is based on four axes, defined as contributing elements in the construction of anthropological terrains: (i) definition and characterization of the sites, (ii) description and position taking on the relationship between researchers and other people involved in research, (III) ruptures and continuities in the anthropological training, and (IV) experiences and interactions in the field.

As a conclusion, it is stated that the search for new relationships between the students and the State, their anthropological training and the studies' subjects was generated in a space of resonances and dissonances of their political projects and in a confrontation which marked the turning point from a unique State, Nation and Anthropology project to: the attention of many voices that admit various state projects, living in a territory that was a mixture of the heterogeneous territorialities; of a multicultural and multiethnic nation; and with an anthropology that was a warp of different schools of thought.

Keywords: Anthropology in Colombia, History of Anthropology, Anthropology of Anthropology, Anthropological terrains, Monographs, Ethnography, Fieldwork.

Contenido

	Pág.
Resumen.....	IX
Abstract.....	X
Lista de gráficos.....	XIII
Lista de mapas.....	XV
Lista de tablas.....	XVI
Introducción	1
1. Obertura a los terrenos antropológicos	5
1.1 La década de 1970.....	5
1.1.1 Cronotopos de convulsiones sociopolíticas.....	5
1.1.2 El ingreso de la Antropología a las universidades colombianas.....	11
1.2 Enfoque teórico.....	19
1.2.1 De eso que llaman “Antropología de la Antropología”.....	19
1.2.2 Desarrollos de la Antropología de la Antropología en Colombia.....	22
1.2.3 Literatura gris o antropología apócrifa: tesis de grado.....	26
1.2.4 Tesis de grado como fuente primaria.....	29
1.3 Construcción conceptual y metodológica.....	33
1.3.1 Terrenos antropológicos: aproximaciones a un nuevo concepto.....	33
1.3.2 Cartografía de los terrenos antropológicos: una apuesta metodológica.....	38
2. Corpus cartográfico de las tesis e informes finales de trabajo de campo: aperitivo para el análisis.....	47
2.1 Rutas propuestas y rumbos imprevistos con la emergencia de la antropología universitaria.....	47
2.2 Grupos poblacionales de los terrenos antropológicos.....	55
2.3 Ramas de la Antropología y temáticas estudiadas.....	59
3. Terrenos antropológicos en las regiones Amazonia y Orinoquia	69
3.1 Desde el gran baúl de riquezas hacia los márgenes del Estado.....	70
3.2 Sociedades frías al calor de la historia nacional.....	74
3.3 La distancia entre la selva y los Departamentos de Antropología.....	77
3.4 Las chocantes evidencias del campo.....	81

4. Terrenos antropológicos en la región del Pacífico.....	93
4.1 De terrenos baldíos con zonas de extracción a lugares habitados	94
4.2 Del Estado administrador al Estado responsable	99
4.3 Marginalidad confirmada, etnicidades en duda.....	102
4.4 El inevitable encuentro con las zonas de contacto interétnico	108
5. Terrenos antropológicos en la región del Caribe	117
5.1 Advertencia sobre nuevos pasados y presentes amargos para la región	118
5.2 Pugna entre teorías en boga	123
5.3 Las víctimas del cambio y sus vicisitudes.....	129
5.4 Relaciones ambiguas con el Estado, la Universidad y el campo	136
5.5 Contra-reflejos de los presupuestos teóricos.....	147
6. Capítulo de discusión: disonancias y resonancias advertidas	153
6.1 Ecos de las propuestas estudiantiles en sus relaciones con el Estado, la Nación y la Antropología	154
6.2 Discontinuidades y rupturas en las aspiraciones proyectadas.....	169
A. Anexo: Tesis o monografías entregadas al Departamento de Antropología de la Universidad de Los Andes entre 1970 y 1979	181
B. Anexo: Tesis o monografías entregadas al Departamento de Antropología de la Universidad del Cauca entre 1976 y 1979	189
C. Anexo: Tesis o monografías entregadas al Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia entre 1970 y 1979	191
D. Anexo: Informes finales de trabajo campo entregados al Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia entre 1970 y 1979	195
E. Anexo: Mapa de tesis e informes finales sobre otros países. Comparación 1970-1979 y 1996-2005.....	201
Bibliografía	203

Lista de gráficos

	Pág.
Gráfico 1-1: Comparación número de tesis entregadas en el periodo de 1970 a 1979.....	41
Gráfico 1-2: Comparación número de tesis entregadas en el periodo de 1996 a 2005.....	41
Gráfico 2-1: Distribución por departamento de las tesis e informes finales de trabajo de campo.	51
Gráfico 2-2: Concentración de tesis y trabajos de campo por departamento.	52
Gráfico 2-3: Lugares de estudio elegidos en las monografías de la Universidad de Los Andes.....	52
Gráfico 2-4: Lugares de estudio elegidos en las monografías e informes finales de trabajo de campo de la Universidad Nacional.	53
Gráfico 2-5: Lugares de estudio elegidos en las monografías de la Universidad del Cauca.....	53
Gráfico 2-6: Comparación de tesis entregadas en las universidades de estudio.	54
Gráfico 2-7: Monografías entregadas por universidad en la década de 1970.	54
Gráfico 2-8: Trabajos analizados entregados en la década de 1970.	54
Gráfico 2-9: Distribución de la población estudiada como Grupo I por regiones.	56
Gráfico 2-10: Distribución de la población estudiada como Grupo II por regiones.	57
Gráfico 2-11: Distribución de la población estudiada como Grupo III por regiones.	58
Gráfico 2-12: Comparación de principales temas tratados por región.....	61
Gráfico 2-13: Principales temas considerados en los estudios sin referencia a una región específica.....	67
Gráfico 3-1: Grupos humanos de la Amazonia estudiados en la década de 1970. ...	84
Gráfico 3-2: Grupos humanos de la Orinoquia estudiados en la década de 1970....	85

Gráfico 3-3:	Estudiantes en la Amazonia y la Orinoquia por departamento.....	87
Gráfico 4-1:	Poblaciones del Pacífico estudiadas en la década de 1970.....	104
Gráfico 4-2:	Grupos indígenas del Pacífico estudiados en la década de 1970.	105
Gráfico 4-3:	Grupos negros del Pacífico estudiados en la década de 1970.....	105
Gráfico 5-1:	Proporción de grupos humanos estudiados en el Caribe.....	130
Gráfico 5-2:	Estudios en el Caribe según grupos humanos.....	130
Gráfico 5-3:	Distribución de estudios en el Caribe por Universidades y departamentos.	139
Gráfico 5-4:	Sujetos estudiados en el Caribe en Universidades Andes y Nacional.	140
Gráfico 5-5:	Género y lugares de estudio por departamento en el Caribe.....	145
Gráfico 6-1:	Estudios por departamento según sujetos de investigación.....	175

Lista de mapas

	Pág.
Mapa 1-1: Comparación lugares estudiados en las tesis entregadas en los periodos de 1970-1979 y 1996-2005.....	42
Mapa 2-1: Cartografía de investigación etnológica urgente en Colombia propuesta por Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán.....	48
Mapa 2-2: Grupos indígenas de Colombia conocidos en 1965.....	49
Mapa 2-3: Distribución de tesis e informes finales de trabajo de campo de la década de 1970.	50
Mapa 2-4: Distribución por universidades de las tesis e informes finales de trabajo de campo en Colombia.	51
Mapa 2-5: Distribución de los sujetos de investigación clasificados en Grupo I.....	55
Mapa 2-6: Distribución de los sujetos de investigación clasificados en Grupo II.....	56
Mapa 2-7: Distribución de los sujetos de investigación clasificados en Grupo III.....	58
Mapa 2-8: Distribución de temas considerados en los documentos analizados.	60
Mapa 2-9: Distribución principales temas estudiados en la región Orinoquia.	62
Mapa 2-10: Distribución principales temas estudiados en la región Amazonia.....	63
Mapa 2-11: Distribución principales temas estudiados en la región del Pacífico.	64
Mapa 2-12: Distribución principales temas estudiados en la región Caribe.	65
Mapa 2-13: Distribución principales temas estudiados en la región Andina.	66
Mapa 2-14: Ramas de la antropología estudiadas por departamento.	68
Mapa 3-1: Estudios en la Amazonia y la Orinoquia según género de los autores.	86
Mapa 6-1: Distribución espacial por grupos poblacionales estudiados.....	176

Lista de tablas

	Pág.
Tabla 1-1: Tesis entregadas en los periodos de 1970-1979 y 1996-2005.	41
Tabla 1-2: Tesis entregadas en la década de 1970 consideradas en el estudio.	43
Tabla 2-1: Distribución por regiones de la población estudiada con dos o más categorías de definición.	59
Tabla 2-2: Temas generales tratados en las tesis e informes finales de trabajo de campo.	60
Tabla 2-3: Temas estudiados en la región Orinoquia.	61
Tabla 2-4: Temas estudiados en la región Amazonia.	62
Tabla 2-5: Temas estudiados en la región del Pacífico.	63
Tabla 2-6: Temas estudiados en la región Caribe.	64
Tabla 2-7: Temas estudiados en la región Andina.	66
Tabla 2-8: Temas estudiados sin referencia a una región específica.	67

Introducción

En la década de 1970, se vivió el fortalecimiento de una fuerza inusitada e influyente que surgía de quienes otrora habían sido estigmatizados como débiles o menores de edad. Campesinos, mujeres, estudiantes, negros y otros grupos políticos o de contracultura, afectados por la Guerra Fría en el norte del mundo y los sangrientos enfrentamientos en el sur, hicieron parte de nuevas propuestas y definiciones de ciudadanía. En este contexto se fortaleció el movimiento estudiantil en todo el mundo y sus ecos tuvieron efectos contundentes entre las y los estudiantes de antropología de la época en Colombia, quienes serían en su mayoría las y los primeros antropólogos profesionales egresados de las universidades de este país.

En la investigación que presento, realizo una caracterización de los documentos entregados como tesis e informes finales de trabajo de campo a los Departamentos de Antropología de las universidades Andes, Nacional y Cauca, entre los años 1970 a 1979.

El primer capítulo ofrece una contextualización del estudio. Inicialmente, realizo un bosquejo de la época, en particular de las condiciones internacionales y nacionales en las que se vivió la revitalización del movimiento estudiantil universitario; enuncio también las características de las aperturas y transformaciones de los Departamentos de Antropología en el país. Describo a continuación, el contexto académico de esta investigación, que se enmarca en la tradición de la “antropología de la antropología” en el mundo y en sus desarrollos en Colombia, y examino el uso de las tesis de grado como fuente principal de análisis. Finalmente, menciono el contexto conceptual y metodológico, en el que planteo la definición de terrenos antropológicos a la que me suscribo y la característica de la cartografía o el análisis espacial que me he propuesto.

En el segundo capítulo ofrezco una descripción de los datos obtenidos con una primera cartografía general de los documentos analizados. Presento allí un mapeo de los lugares que fueron investigados por las y los estudiantes de antropología de la década, e incluyo en esta cartografía general la localización de los estudios según: las universidades a las que fueron entregadas las tesis e informes finales de trabajo de campo, las poblaciones estudiadas, las temáticas abordadas y las ramas de la antropología a las que se adscribieron los estudios.

En los capítulos tres, cuatro y cinco, presento el análisis de los terrenos antropológicos en las regiones Amazonia y Orinoquia, Pacífico y Caribe. Estos apartados dan cuenta del análisis transversal de las tesis cuyos ejes de interpretación fueron: la caracterización de los lugares estudiados y su relación con el Estado-Nación, las corrientes de pensamiento más influyentes en sus estudios, sus posicionamientos en relación con las poblaciones estudiadas y las posibles reconsideraciones de supuestos previos a partir de la experiencia en campo.

En la construcción de los terrenos antropológicos en las regiones Amazonia y Orinoquia fue posible determinar cómo los lugares estudiados pasaron de ser considerados un gran reservorio natural y étnico a ser caracterizados como zonas marginales del Estado, transformados por exacerbados poderes locales y por la introducción del capitalismo, en juego con una apabullante ausencia estatal. Con las nuevas corrientes de pensamiento, fuertemente influenciadas por posturas marxistas, se presentó un giro en el que el estudio de las poblaciones indígenas como sociedades frías disminuyó para dejar paso a su consideración como sociedades minoritarias, cuya historia se reconstruía tejida al calor de la historia nacional. Se vivió también un re-acercamiento a estas zonas a través de las Estaciones Antropológicas y del liderazgo de profesores influyentes. Finalmente, se vivieron chocantes evidencias del trabajo de campo que les mostraron a las y los estudiantes ciertas dependencias con misioneros y funcionarios del gobierno, así como sentimientos de extranjería, exclusión y diferencia.

En los terrenos estudiados en la región del Pacífico, se luchó por minimizar la idea de sus lugares como zonas baldías con importantes centros de extracción y por mostrar en cambio que se trataba de territorios habitados históricamente; se buscó además mostrar que el Estado regularmente había asumido un papel de mero administrador de fronteras y recursos naturales, evadiendo la responsabilidad de asumir a sus pobladores como parte de la nación. Con sus descripciones, las y los estudiantes confirmaron la situación de marginalidad de los diversos habitantes partícipes de sus estudios, al tiempo que se generó un incipiente debate en el que se dudó de la definición de grupos negros como comunidades étnicas o afrodescendientes. Finalmente, el trabajo de campo en estos terrenos permitió un crecimiento del interés en lugares que se mostraron como intersticios y espacios de contacto entre diferentes grupos humanos.

En los terrenos de la región del Caribe se trasladó el acento de un estudio concentrado en un período colonial heroico hacia la denuncia de procesos violentos históricos constitutivos de sus territorios. Estos terrenos implicaron además el esfuerzo por articular los contextos particulares de sus terrenos de estudio con procesos regionales y globales. En este mismo proceso, se afianzó el reconocimiento de los pobladores de los lugares estudiados como víctimas del cambio y la necesidad de estudiar también a los representantes de la sociedad mayor. Los encuentros en campo implicaron además la vivencia de relaciones ambiguas con el Estado, con la academia y con los terrenos antropológicos, y llevaron a las y los estudiantes a experimentar contra-reflejos e incertidumbres en sus presupuestos teóricos.

El último capítulo está planteado como el espacio de apertura a la discusión; en esta última sección considero que el contexto de la época implicó ciertas resonancias, entendidas como la prolongación de perspectivas germinales que hallaron eco en el país.

En la construcción de un nuevo Estado, las resonancias se establecieron en la afirmación del estudiantado universitario como sujeto político colectivo que fungía además como auditor, denunciante y transformador del Estado; se fortaleció asimismo el proceso de responsabilización del Estado como productor de periferias y marginalidades y, adicionalmente, se consolidó la lectura de la situación de las periferias locales en relación con un sistema mundial.

Para el proyecto de una nación igualitaria, las resonancias se establecieron en el reconocimiento de diversas territorialidades en el país, en la multiplicación de marcas de

alteridad derivadas de condiciones de desigualdad y en el reconocimiento de la ciudadanía en la alteridad.

En la lucha por fundar una antropología contra-hegemónica, resonó la crítica hacia una disciplina considerada como positivista, academicista, apolítica y a-histórica, se generaron nuevas posibilidades de estudios nutridos desde perspectivas marxistas y se transformaron preguntas, métodos y estrategias de extrañamiento para el acercamiento a las poblaciones de estudio.

Estas resonancias se generaron paralelas a espacios de confrontación que desviaron algunos de los objetivos marcados por los estudiantes y generaron disonancias en los procesos iniciados. Entre éstos, se puede leer que, a pesar de su importancia como sujetos políticos, en sus terrenos de estudio las y los estudiantes encontraron que su lugar entre las poblaciones no era el de líderes o dirigentes de la transformación.

En las tesis e informes finales de trabajo de campo, aunque se abogaba por la autonomía de las poblaciones estudiadas, se defendió la consolidación de un Estado moderno, modernizante y legítimo colonizador de sus márgenes, además se asumió una tendencia homogenizante de las periferias locales, al considerarlas de manera predominante como representación de la situación de Colombia en el mundo.

Disonancias adicionales se vivieron con los estudios planteados, en tanto: se ratificaban cartografías hegemónicas de alteridad, especialmente en el estudio de grupos indígenas, se realizaban personificaciones estereotipadas de la antropología hegemónica que negaban previos desarrollos locales y alternativos de esta disciplina en el país, se encontraron dificultades al aplicar las categorías marxistas en contextos específicos y se enfrentaron a extrañamientos involuntarios, que hicieron dudar de la paridad entre estudiantes de antropología y poblaciones marginales.

Estas resonancias y disonancias resultaron fundamentales para la construcción de terrenos antropológicos en un espacio de confrontación, de tal manera que algunos de los proyectos radicales y unívocos comenzaron a dar paso al reconocimiento de voces, territorialidades y corrientes de pensamiento diversas; un elemento característico de las antropologías latinoamericanas y de su legado a otras antropologías en el mundo.

1. Obertura a los terrenos antropológicos

1.1 La década de 1970

1.1.1 Cronotopos de convulsiones sociopolíticas

Para diferentes países en el mundo, la década de los 70 comenzó en el año de 1968. La importancia de este año en la historia sigue siendo motivo de escritos de toda índole, literarios, periodísticos, científicos y políticos¹. 1968 fue un año excepcional en el que se vivieron drásticos acontecimientos que trastocaron las convencionales fronteras entre la sociedad civil y la sociedad política, apoyados en gran medida en las nuevas posibilidades mediáticas. En un mismo tiempo, en diferentes lugares del globo, se presentaron manifestaciones que mostraron una fuerza inusitada e influyente que surgía de quienes habían sido estigmatizados como débiles o menores de edad. Campesinos, mujeres, estudiantes, negros y otros grupos políticos o de contracultura, se tomaron el derecho a su ciudadanía.

A finales de la década de 1960, las dos guerras mundiales ya eran parte del pasado para muchos de los jóvenes y adultos que vivían en países europeos y en la emergente potencia mundial norteamericana. El contexto en el que crecieron estuvo plagado, en cambio, de la amenaza permanente que significó la Guerra Fría y de los excesos de control que cometían los gobiernos nacionales en su pugna por instaurar sistemas políticos y económicos como modelos ideales del orden mundial. Desde hacía ya varios años se venía haciendo público el malestar social contra los excesos. Integrantes de partidos políticos y diversos movimientos sociales protagonizaban actos públicos, cada vez más frecuentes, en los que denunciaban autoritarismos, restricciones a la libertad de expresión e intervencionismo en universidades, en fin, se rebelaron en contra de las decisiones tomadas por gobiernos capitalistas, socialistas y comunistas, involucrados en la lucha por el predominio de sus sistemas políticos y económicos en el mundo.

En Estados Unidos, este fue un año de fortalecimiento de movimientos que ya venían tomando bríos en el país. Ejemplo de ello fue el movimiento por los Derechos Civiles, liderado por Martín Luther King Jr., o la organización política Panteras Negras y otras organizaciones feministas, estudiantiles y contraculturales, como el movimiento hippie. Aún con diferencias marcadas, la concurrencia entre las y los integrantes de estos movimientos se presentó a través de la identificación de tres enemigos en común: el

¹ La búsqueda en diferentes bases de datos, incluyendo los motores de búsqueda más utilizados en Internet como Google, Bing y Yahoo, arroja un número promedio de 300.000.000 de documentos referidos a este año.

autoritarismo, la discriminación y la Guerra de Vietnam. Desde diversas, y en ocasiones contradictorias estrategias², estos grupos propugnaban por la ampliación de los derechos civiles y por restringir las posibilidades de acción de los gobernantes, cuyos alcances ilimitados comenzaron a ser cuestionados a través de la acción política de una sociedad civil beligerante. Mostraron además que no se ofrecerían como combatientes en una guerra que consideraron injusta, entre un país que se perfilaba como potencia y que mostraba un desmedido uso de su poder, contra un país pequeño que se defendía de la invasión.

Entre éstos, el movimiento de las y los estudiantes universitarios fue especialmente visible. Sin asociación internacional alguna que sirviera como centro de comando o principio regulador de las estrategias asumidas en cada país, los estudiantes fueron protagonistas de numerosos actos en las universidades y fuera de ellas (tomas de edificios, repartición de panfletos, marchas en calles públicas, entre otros). Las tácticas proferidas mostraban impresionantes similitudes, aun tratándose de estudiantes bajo diferentes regímenes, con heterogéneas demandas y separados por grandes distancias geográficas y culturales. Centenares de estudiantes de la Universidad de Madrid se manifestaron contra la dictadura del Generalísimo Franco; en Polonia, los jóvenes comunistas disidentes acusaban al gobierno por sus controles exagerados en la expresión de los intelectuales; en la Universidad de Moscú, los jóvenes mostraron su rechazo a la Guerra Fría; en Checoslovaquia, la Universidad de Carlos fue testigo de la protesta de sus estudiantes por las malas condiciones de infraestructura a la que estaban sometidas las universidades; la Universidad de Roma sintió la toma de edificios por estudiantes inconformes con el gobierno; en Estados Unidos, estudiantes de las universidades de Columbia, California y Harvard, se opusieron fervientemente a la Guerra en Vietnam; en Japón, los estudiantes peleaban por la presencia de soldados estadounidenses en su país; en el Reino Unido, los estudiantes rechazaban el control a las universidades y exigían más becas financiadas por el Estado; en Alemania, la asociación estudiantil llegó a congregarse a estudiantes de 108 universidades que pugnaban por extinguir los rezagos del nazismo y que tuvieron a la Universidad de Berlín como centro de las protestas; en París... bueno en París, el protagonismo de los estudiantes permitió la marca indeleble de “mayo del 68” (Kurlansky, 2005).

Así, los últimos años de la década de 1960 reflejan que para este período los estudiantes universitarios³ se erigieron como un sujeto público, influyente y transversal a las naciones. Los universitarios se manifestaron contra sus gobiernos por lo que consideraron abusos e intervenciones en sus instituciones de enseñanza; además, se aliaron con otros movimientos y se consolidaron como una voz de protesta social que apoyaba objetivos nacionales externos a las aulas. Con una importante recepción social, en parte por el apoyo de las nuevas tecnologías⁴, y en contextos de resurgimiento de los nacionalismos, constituyeron su lugar como ciudadanos constructores de nación, junto a

² Uno de los mayores debates entre los movimientos fue el uso de la violencia como estrategia política de su lucha.

³ El número de estudiantes universitarios había tenido un crecimiento exponencial debido al incremento de la natalidad que se dio a partir de 1945 (fenómeno *Baby Boom*), el aumento de la renta disponible para la clase media y la ampliación de la matrícula en las universidades.

⁴ Como la masificación del uso de la televisión, el crecimiento exponencial de los ordenadores, las nuevas posibilidades de la cinta de video y la retransmisión en directo vía satélite.

otros sujetos políticos globales como los conformados por proletarios, mujeres, negros y campesinos, entre otros.

En América Latina, como en Oriente Próximo y otros países de Asia⁵, las guerras civiles posteriores a la 2ª Guerra Mundial estuvieron lejos de considerarse guerras frías (CCIODH, 2001 [1999]). En Centroamérica, los conflictos armados en los que participaron diversos tipos de guerrillas y dictaduras como las de Guatemala, El Salvador, Nicaragua y República Dominicana, dejaron a su paso cruentos enfrentamientos con costos altísimos entre la población civil. En los países de Suramérica también se vivió un recrudecimiento de la violencia y de guerras internas; Venezuela, Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Colombia, guardan en sus historias nacionales la memoria de numerosas guerras de “*baja intensidad*”, en las que participaron grupos guerrilleros, gobiernos autoritarios y apoyos internacionales de Estados Unidos y de la URSS que buscaban su preminencia en la región. Estas confrontaciones, sangrientas y permanentes, afectaron particularmente al campo, en donde se cometían homicidios y desplazamientos con los que se disputaba la reorganización del espacio rural a favor de ciertos órdenes locales y nacionales.

En este continente, los gobiernos dictatoriales fueron confrontados con movimientos de la sociedad civil, algunos de ellos liderados por académicos e intelectuales de gran influencia, como los rectores de universidades públicas nacionales y estatales. Se generaron algunos movimientos regionales, como la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe (UDUAL), en los que se planteaban estrategias políticas de presión para denunciar y aminorar los desmanes de gobiernos dictatoriales (Burbano, 2011). También se presentó el fortalecimiento de los partidos políticos de influencia socialista y comunista, liderados por los trabajadores; en algunos casos, éstos consiguieron hacerse al gobierno de sus países (Ej. Revolución de Guatemala de 1944, peronismo en Argentina, entre otros). Grupos de campesinos e indígenas establecieron también organizaciones y mecanismos para enfrentar los desmanes vividos en el campo.

Así, más que una amenaza y con diferentes intensidades, en los países de América Latina se vivió la lucha armada por lograr un determinado orden mundial. Para finales de la década de los 60 aún se vivía gran inestabilidad en los gobiernos latinoamericanos, adicionalmente, tres situaciones se presentaron como las más influyentes en los estudiantes de las grandes universidades públicas nacionales: la primera, la celebración de los diez años de la Revolución Cubana, que representaba el esfuerzo exitoso de la consolidación de un modelo socialista; la segunda, la emulación de la figura de Ernesto, el Che Guevara, especialmente después de su muerte en 1967 como héroe y mártir revolucionario; y la tercera, la reivindicación de las demandas de autonomía, co-gobierno y compromiso social de las universidades, abanderadas previamente por estudiantes y profesores del Movimiento de Córdoba de 1918 en Argentina (Múnera L. , 2011).

La situación conflictiva y ambivalente de América Latina entre seguir al modelo capitalista, representado por Estados Unidos o el modelo socialista, representado por China, la URSS y Cuba, también fue vivida en Colombia. En este país, el conflicto se

⁵ Como en la Guerra de los Seis Días en la que sale victorioso Israel, entre otras.

avivó además con las históricas diferencias partidistas y las despiadadas estrategias por la apropiación de la tierra en el campo.

La revolución cubana tuvo altas resonancias en los movimientos políticos de izquierda en Colombia, que promovían la revuelta social armada. Simultáneamente, para Estados Unidos, “*la revolución representaba una peligrosa amenaza que le abría las puertas de los países más pobres al comunismo*” (Rojas, 2010, pág. 94) y a razón de ello emprendió la Alianza para el Progreso como un proyecto político global que ayudaba al desarrollo económico y a la modernización de las naciones latinoamericanas (Pineda C. 2005). En este proyecto Colombia recibió un trato especial, “...se convirtió en la “*vitrina*” de la APP en virtud de tres factores: la condición de aliado incondicional de Estados Unidos, la voluntad política de llevar a cabo las reformas y la necesidad en Washington de mostrar resultados” (Rojas, 2010). Bajo este abrigo, se plantearon los siguientes objetivos de la Alianza para el Progreso a una década:

- Alcanzar una tasa de crecimiento anual mínima del 2.5% per cápita.
- Distribuir de manera más equitativa el ingreso nacional, así como dedicar una mayor proporción del producto nacional a la inversión.
- Diversificar las estructuras de las economías nacionales y promover las exportaciones.
- Acelerar el proceso de industrialización.
- Aumentar el nivel de la productividad agrícola.
- Implementar programas de reforma agraria
- Eliminar el analfabetismo adulto y, para 1970, asegurar como mínimo un acceso de seis años de educación primaria para cada niño en edad escolar; modernizar y expandir la educación media, vocacional y superior.
- Incrementar la esperanza de vida al menos en cinco años así como mejorar las medidas de saneamiento y la atención en salud a la población.
- Incrementar los planes de vivienda de bajo costo.
- Mantener el nivel de precios estable e impedir la inflación o la deflación.
- Fortalecer los acuerdos de integración económica regional.
- Evitar las excesivas fluctuaciones en los montos de divisas derivadas de la exportación de los productos primarios y adoptar las medidas necesarias para facilitar el acceso de las exportaciones latinoamericanas a los mercados internacionales (Rojas, 2010).

Desde el inicio del Frente Nacional⁶ en 1958 y especialmente en la segunda presidencia de Albero Lleras Camargo (1958-1962), el gobierno colombiano había asumido la necesidad de emprender reformas de envergadura para impulsar el proceso de industrialización bajo el modelo de sustitución de importaciones y para lograr la pacificación del país luego de una década de confrontaciones políticas violentas en el territorio nacional. Estos proyectos iniciales fueron potenciados con la firma de la Alianza para el Progreso en 1961 y con su aplicación en los gobiernos de Guillermo León Valencia (1962-1966) y Carlos Lleras Restrepo (1966-1970). Este último se propuso además “*reforzar la capacidad de intervención del Estado, en particular para hacerlo*

⁶ Acuerdo político en el que los dos partidos tradicionales, liberal y conservador, acordaron la alternancia de la presidencia cada cuatro años y la repartición equitativa de parlamentarios en el Congreso.

capaz de invertir en sectores donde la iniciativa privada se mostraba insuficiente” (Pécaut, 2006, pág. 57), sin embargo, su resolución por lograr cambios trascendentales se mostró autoritaria y tanto sectores industriales e iglesia ortodoxa, como sindicatos, comunidades universitarias y sacerdotes cercanos a la teología de la liberación como el grupo de “La Golconda”⁷, se manifestaron en contra de sus políticas de gobierno. Esto condujo a que el cierre de su período estuviera marcado por la crisis de este modelo y por la amenaza a la existencia misma del Frente Nacional (Pécaut, 2006).

Dicha crisis pudo evidenciarse en los últimos años de la década de los 60, caracterizados por los altos índices de abstención en las elecciones de gobiernos locales y por una fuerte agitación popular en Cali, Medellín, Bogotá y Pasto, ciudades que habían sufrido un gran crecimiento por la migración producto del conflicto armado en el campo y por las promesas industrializadoras y modernizantes en el país. En huelgas y protestas, algunas reunidas con manifestaciones violentas, los sindicatos, estudiantes, campesinos e indígenas expresaron indignación contra el alza en servicios públicos o en las tarifas de transporte, hicieron patente su descontento por el creciente intervencionismo estatal y mostraron su rechazo al tratamiento gubernamental del problema agrario.

Además de estas manifestaciones en las urbes, en el campo la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) hizo suya una vía popular y alternativa para hacer efectiva la reforma agraria, con la reactivación de invasiones de tierra en numerosas regiones. Nacieron también por esta época grupos guerrilleros encaminados a conquistar el poder estatal, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL).

El partido político de Alianza Nacional Popular (ANAPO), considerado como una alternativa al Frente Nacional y presidido por Gustavo Rojas Pinilla, hizo eco de este descontento popular. Una manifestación patente de la insatisfacción de los pobladores de zonas rurales y urbanas en todo el país se reflejó en las elecciones presidenciales de 1970 que estuvo a punto de ganar Rojas Pinilla como candidato de la ANAPO, aún a pesar de no contar con propuestas directas para la resolución de una de los problemas más graves que aquejaban la país, el fracaso de la reforma agraria⁸ y el mantenimiento de la distribución inequitativa de la tierra con una mayor concentración en pocas manos, después de los enfrentamientos violentos de las décadas 40 y 50. La pérdida de las elecciones presidenciales fue acusada por algunos sectores como un fraude electoral, entre ellos el mismo Rojas Pinilla; este fue además un motivante primordial para el surgimiento del grupo insurgente Movimiento 19 de abril (M-19).

Inicialmente como parte de los procesos iniciados por la ANUC pero posteriormente constituidos como movimientos particulares, nacieron por esta época organizaciones

⁷ “En diciembre de 1968, 49 sacerdotes de Buenaventura firmaron un manifiesto, en el cual denuncian las tendencias conservadoras de los partidos políticos colombianos, critican el sistema capitalista neocolonial, cuestionan el imperialismo y el ejército, y apelan finalmente a la formación de una conciencia revolucionaria” (Pécaut, 2006, pág. 68).

⁸ La reforma agraria fue lanzada en 1961 y dio nacimiento al Instituto Colombiano para la Reforma Agraria (INCORA), sin embargo, 10 años después se mostraban resultados desalentadores como producto de su labor en comparación con las expectativas generadas (Pécaut, 2006; Sánchez, 1989).

políticas conformadas por autoridades indígenas. Entre estas, fue especialmente importante el nacimiento del Consejo Regional Indígena del Cauca en 1971. Para esta época, se vivía en los lugares habitados por grupos indígenas la confluencia de tres procesos vinculados directamente con la reforma agraria, la ANUC y las condiciones de vida de los indígenas.

En primer lugar, se llevaba a cabo una reforma agraria que reconocía sólo derechos transitorios de propiedad a los indígenas en reservas, que disolvió algunos resguardos ya constituidos, que promovió la instauración de empresas comunitarias en las comunidades indígenas sin reconocimiento a sus tradiciones y costumbres, que llevó a que algunos terratenientes de la zona desalojaran a indígenas terrajeros en las haciendas por temor a las consecuencias de la aplicación de la Ley de Aparcería⁹ y que incentivó la asociación de habitantes rurales, reconocidos en las políticas del momento como responsables de la producción agrícola (Londoño, 2005).

El segundo proceso fue la transformación de la ANUC que se originó como iniciativa gubernamental pero que pronto se independizó de ésta y dio lugar, entre otras acciones, a las invasiones de tierra. Las comunidades indígenas inicialmente se unieron a la asociación campesina y con ésta a un movimiento de carácter nacional en la lucha por la tierra, sin embargo, en 1971 optaron por una organización autónoma que reconociera las particularidades de la lucha indígena.

El tercer proceso fueron los desalojos de los resguardos a los que se vieron sometidas las comunidades indígenas de estas regiones. Invasiones por hacendados y colonos, transacciones ilegales de compraventa de estos terrenos y violentos métodos de desalojo, habían llevado a una reducción significativa de los resguardos que habían sido reconocidos como tales desde el siglo anterior¹⁰. Esta situación llevó a que un alto porcentaje de población indígena viviera en condiciones de hacinamiento, desposeídos de sus tierras, con precarias condiciones de salud, educación, vivienda, saneamiento y atención estatal, y a que se establecieran relaciones de explotación servil, como el terraje¹¹ y el jornaleo.

Así, al comienzo de la década de 1970 se estableció el encuentro de diferentes grupos indígenas que ya habían iniciado acciones políticas en la región (Ej. comunidades del norte que luchaban contra el desalojo de los terrajeros y la extinción de los resguardos de San Francisco, Toribío y Tacueyó, las Juntas de Usuarios Campesinos y el *Sindicato*

⁹ La Ley de Aparcería aprobada en 1968 “*permitía renovar los contratos, garantizar el salario mínimo y las prestaciones a los aparceros, obtener el pago de mejoras y acceder a la propiedad sobre el predio explotado*” (Londoño, 2005, pág. 3).

¹⁰ A comienzos del siglo XX se reconocían más de 70 resguardos, para 1970 sobrevivían en la zona 48 resguardos (Londoño, 2005).

¹¹ Los terrajeros indígenas pagaban en trabajo a los hacendados el derecho a tener una casa y un sembrado de pancoger, además debían trabajar el resto de la semana en la hacienda como peones a cambio de un salario rebajado y un puñado de coca, y participar en las “mingas” organizadas por el patrón o la iglesia, “*era frecuente observar en Popayán grupos de guambianos sentados en la portada de las casas de los hacendados —especialmente de Coconuco y Paletará— esperando la ración semanal de coca y las órdenes de trabajo. Luego, se trasladaban a las fincas con mujeres, fondos de cocina e hijos a realizar los trabajos convenidos*” (Perafán, 1986, págs. 5-6).

Agrario de las Delicias, fundado por un grupo de terrajeros y minifundistas guambianos y que conformó posteriormente el Sindicato del Oriente Caucaño) y se definieron los puntos del programa de lucha con la tierra como eje del proceso, que pasó a ser caracterizada en la organización indígena como territorio. Estos puntos fueron:

1. Recuperar las tierras de los resguardos.
2. Ampliar los resguardos.
3. Fortalecer los Cabildos Indígenas.
4. No pagar terraje.
5. Dar a conocer las leyes sobre indígenas y exigir su justa aplicación.
6. Defender la historia, la lengua y las costumbres indígenas.
7. Formar profesores indígenas para educar de acuerdo con la situación de los indígenas y en su respectiva lengua.

Este ambiente de álgidos procesos políticos muestra cómo para la época de los 70, también en Colombia estaban en debate los límites del poder estatal y las posibilidades de constitución de grupos de la sociedad civil como sujetos políticos e influyentes en la construcción de nación. Es este contexto el que ve el nacimiento de los Departamentos de Antropología en las universidades colombianas.

1.1.2 El ingreso de la Antropología a las universidades colombianas

Entre los años 1950 a 1962 ocurrió la más acelerada expansión universitaria en el país, cercana al 100%, alcanzando la cifra de 27.000 estudiantes a nivel nacional. Hubo además un ingreso significativo de grupos provenientes de clases medias a las universidades públicas, personas cercanas al descontento popular que rondaba a los campos y las ciudades (Sánchez, 1989). Con muchos más estudiantes universitarios en comparación con las épocas precedentes, se crearon los Departamentos de Antropología en las universidades Andes (1964), Nacional (1966), Antioquia (1966) y Cauca (1970), y se formaron los primeros profesionales universitarios en la disciplina.

Los Departamentos de Antropología estuvieron precedidos por desarrollos que habían consolidado la importancia de la formación en esta disciplina y habían contribuido a la conformación de ciertos lugares como centros de conocimiento antropológico, tal fue el caso de Bogotá, Medellín, Popayán y Santa Marta. Además de la formación institucional que comenzó en la década de los 40, existieron personajes letrados, nacionales e internacionales, que se inquietaron por el pasado del territorio colombiano, en el camino de construir sus propias ideas sobre la humanidad (Botero, 2006).

Bogotá tenía para ese entonces una tradición mayor a dos décadas en la formación antropológica. La Escuela Normal Superior (1936), el Instituto Etnológico Nacional (1941) y el Instituto Colombiano de Antropología (1952) ya habían formado a las primeras generaciones de antropólogos y antropólogas que hicieron parte de las y los pioneros de

las ciencias sociales en el país¹², quienes para este momento contaban con contribuciones significativas a la antropología colombiana, se erigían como verdaderas autoridades en sus respectivos campos (Pineda C, 2004) y cuya actuación resultó fundamental para constituir el estudio antropológico como disciplina científica (García, 2010).

En Popayán, Santa Marta y Barranquilla se habían fundado los Institutos Etnológicos Regionales de Cauca, Magdalena y Atlántico, dirigidos inicialmente por Gregorio Hernández de Alba¹³, la pareja Alicia Dussán y Gerardo Reichel-Dolmatoff y Aquiles Escalante, respectivamente. En Medellín se había creado el Servicio Etnológico de Antioquia, dirigido por Graciliano Arcila. Estos Institutos se originaron en la década de los 40 por la iniciativa de profesores y egresados del IEN y funcionaron como una red de centros de investigación y divulgación etnológica (Pineda C, 2009) que fomentaron la investigación científica, rigurosa, sistemática y con un lenguaje propio sobre el pasado y el presente de la nación. Aunque en diferentes niveles, estos institutos acogieron también los problemas de tierras de los grupos indígenas, la desconfianza liberal hacia el orden religioso católico en los denominados territorios nacionales y los movimientos artísticos y literarios que abogaban por fortalecer el americanismo como un referente de orgullo para los habitantes de este continente (Pineda C, 2009).

De este legado, nacieron los Departamentos de Antropología en las universidades. Su paso de institutos a Departamentos resultaron de la confluencia de dos procesos principales: la identificación de la disciplina antropológica como un instrumento útil en la modernización del estado colombiano, en este derrotero marcado por la Alianza para el Progreso; y el reconocimiento y continuidad de la labor iniciada por las y los pioneros, quienes encabezaron su fundación¹⁴. La participación del grupo de pioneros significó además la construcción de propuestas de formación en las que se establecieron creativas interacciones de las influencias francesa (principalmente la impartida por Paul Rivet en el IEN), norteamericana (en sus estudios de posgrado) y de pensamiento latinoamericano (con intelectuales prominentes de América Latina de fuerte influencia en esta época¹⁵), que las y los pioneros habían recibido en sus estudios de licenciatura y de posgrado y que ahora proponían para la formación profesional.

En 1962 Ramón de Zubiría, entonces rector de la Universidad de los Andes, conocía la labor etnológica y arqueológica de los esposos Reichel-Dolmatoff y los invitó a fundar el Departamento de Antropología como parte de la Facultad de Artes y Ciencias de esta

¹² Estudios detallados de este proceso se encuentran en Rueda (1983), Arocha y Friedmann (1984), Chaves (1986), Pineda Camacho (1979, 1984, 2004, 2008), Echeverri (1997, 1998), Pineda Giraldo (1991), Jimeno (2000), Correa (2006, 2007), Botero (2006), García (2010).

¹³ Fundador del Servicio Arqueológico Nacional en 1936 y co-fundador del Instituto Etnológico Nacional en 1941.

¹⁴ Por esta época la mayoría de las y los pioneros estaban regresando de los exilios a los que fueron llevados por las políticas represivas al ejercicio de la disciplina en la década de 1950 (Arocha & Friedemann, 1984).

¹⁵ La primera mitad del siglo XX trajo consigo el reconocimiento académico y político de un grupo de pensadores en América Latina como Vasconcelos, Gallegos, Arguedas y Mariátegui, entre otros. A través de escritos políticos, de ensayos y literatura, este grupo abogó por reconocer tradiciones particulares de los países de la región y por demostrar que estas expresiones no eran inferiores, luchando así contra las acepciones que situaban a la cultura europea como superior.

universidad en Bogotá. Zubiría recalca su énfasis en el librepensamiento y reconocía como su preocupación principal fomentar la investigación de la riqueza cultural colombiana (Pineda C., 2008). Los esposos Alicia Dussán y Gerardo Reichel-Dolmatoff, habían tenido una experiencia desfavorable con una huelga en la Universidad del Magdalena y percibieron a la Universidad de los Andes como una alternativa real al ambiente caldeado que se vivía en las universidades públicas de entonces (Barragán A. , 2001).

Alicia Dussán y Gerardo Reichel-Dolmatoff hicieron una caracterización de la situación de la antropología a nivel nacional e identificaron allí las zonas prioritarias a investigar, dado el peligro inminente de su extinción o de la desaparición de la cultura de los grupos indígenas que las habitaban (Dussán, 1965). Esta caracterización les sirvió de guía para construir la propuesta de formación en antropología y afianzar el estudio de las tierras bajas y de diversas áreas arqueológicas en Colombia, con un grupo de docentes entre los que se encontraba un número importante de doctorandos extranjeros¹⁶ (Pineda 1979, 2004).

La formación en Antropología en la Universidad Nacional nació como parte del proyecto de enseñanza de la Sociología. Desde 1963 y hasta 1966, Trabajo Social y Antropología eran consideradas especializaciones de Sociología. Como producto de la reforma conocida como “Reforma Patiño” en la Universidad, nace entonces la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales en 1966 y las carreras como Antropología pasan a considerarse departamentos. Su formación tiene dos fuertes influencias: la primera, marcada por autores y escuelas en boga en las universidades en las que los primeros docentes del Departamento hicieron sus posgrados¹⁷ (Uribe, 1980; Correa, 2006a), entre las que se encuentran las líneas funcionalistas y las escuelas de personalidad y cultura y de antropología cultural norteamericanas; la segunda, estuvo marcada por la formación antropológica en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) (Valencia, 1967). Con la primera, se hacía énfasis en una perspectiva mundial y comparativa general de la Antropología que abarcaba desarrollos generales de África, Oceanía, Asia y América; con la segunda, se analizaban propuestas de antropología aplicada (Valencia, 1967; Román, 1986).

La Antropología en la Universidad Nacional nació así en la necesidad de un estudio diferenciado pero en una relación muy fuerte con la Sociología. Por la época se habían

¹⁶ Los primeros docentes del Departamento de Antropología en la Universidad de los Andes son: José de Recasens, Sylvia Broadbent, Remy Bastien, Lucy Cohen, Stanley Long, Juan Villamaría y Segundo Bernal. Posteriormente se integran Egon Schaden, Ann Osborn y Jon Landaburu (Pineda, 2004).

¹⁷ Los primeros docentes del Departamento de Antropología en la Universidad Nacional son: “Luis Duque Gómez, Milciades Chaves, Segundo Bernal, Virginia Gutiérrez de Pineda, Remy Bastien y Enrique Valencia. En 1966 se vinculó Gloria Triana. También habían formado parte del equipo de docentes de la Facultad: Roberto Pineda Giraldo, Juan Friede, Aquiles Escalante, Miguel Fornaguera, Eugenio Barney Cabrera, Andrew Pearse y Emilio Willems. En un documento de los alumnos de antropología también se menciona como docente a Gregorio Hernández de Alba, de Mingobierro” (Correa F. , Antropología Social en la Universidad Nacional de Colombia, 2006a, pág. 63). Se planteó desde este grupo, la enseñanza de líneas funcionalistas y perspectivas de la escuela de cultura y personalidad y la antropología cultural norteamericana.

publicado tres investigaciones que resaltaban la importancia de hacer estudios sociológicos sobre la nación colombiana: “La Violencia en Colombia” (Guzmán, Fals & Umaña, 1960), “Los campesinos de los Andes” (Fals, 1961), y “La Familia en Colombia” (Gutiérrez, 1968). Estos libros mostraron una cruda realidad de aquel presente en el país y la necesidad de realizar análisis generales para comprender su diversidad. Además, la influencia de Orlando Fals Borda y de Camilo Torres en la Universidad Nacional marcó la importancia de hacer estudios y prácticas que contribuyeran directamente a la solución de los problemas más acuciantes del país y recalcó el compromiso de los estudiantes con las clases menos favorecidas (Arocha & Friedemann, 1984).

En Medellín, en el año de 1962, se creó el Instituto de Estudios Generales. Este Instituto consolidó las asignaturas de antropología ofrecidas en la Universidad de Antioquia desde el año de 1953 y el trabajo que desde hacía décadas se venía desarrollando en el Instituto de Antropología y en la Sociedad Antropológica de Antioquia. En este Instituto, *“la cátedra de Antropología General se constituyó en uno de los instrumentos de cualificación del estudiante, quien luego escogería su carrera profesional”* (Henao, 1989, pág. 13).

La importancia de la Antropología en su doble carácter de docencia e investigación, llevó a la creación de este departamento en 1966 y a su independencia académica y financiera del entonces Museo Antropológico de la Universidad (Bolívar, 2006). Sus dos áreas de formación: Arqueología y Antropología Física, fueron estructuradas siguiendo el modelo de formación del IEN y la experiencia de su primer director, Graciliano Arcila, con el grupo de docentes que lo acompañó en este primer momento¹⁸.

Gregorio Hernández de Alba había iniciado la formación en etnología en el Cauca, actividad que se interrumpió bruscamente con su partida, debido a las amenazas y a la bomba que explotó en su casa de Popayán (Pineda C, 2009). Julio César Cubillos fue el encargado entonces de mantener la investigación en el Instituto de Antropología y en el Museo Arqueológico y Etnológico, sin embargo, la formación en Antropología sólo volvería a aparecer hasta el año de 1970, con el impulso de Miguel Méndez¹⁹ y Hernán Torres para la creación del Departamento de Antropología como parte de la Facultad de Humanidades.

El pensum tejido por estos profesores, acompañados además de profesores jóvenes egresados de la Universidad de los Andes, recalca la necesidad de mantener una perspectiva macro de la antropología (Pineda C, 2004).

¹⁸ Los primeros docentes del Departamento de Antropología en la Universidad de Antioquia fueron: *“de Italia y México, respectivamente, vinieron los profesores Jorge Mario Manzini y Juan Hasler; jóvenes egresados de la Universidad Nacional –entre ellos Hernán Henao y Luis Guillermo Vasco- se incorporaron a la planta. Los hermanos Daniel y Gerardo Botero se encargaron de las cátedras de Prehistoria y Paleontología respectivamente. El equipo docente se reforzó con las conferencias que dictaron doña Blanca de Molina, Julio César Cubillos, Yolanda Mora de Jaramillo y Gonzalo Correal, entre otros”* (Arcila, 1994 citado en Pineda C, 2004).

¹⁹ Miguel Méndez llegó a la Universidad del Cauca a enseñar “antropo-sociología” en las facultades de Medicina, Derecho e Ingeniería, promovió diversas actividades en el Museo Mosquera (conferencias, películas) y fue uno de los líderes en la conformación del programa de estudios en el Departamento de Antropología en 1966 (Entrevista, 2007).

En la década de 1970 se vivieron importantes cambios en los cuatro Departamentos de Antropología, los acontecimientos presentados en la época han llevado a su caracterización como: “*antropología del debate*” (Arocha & Friedemann, 1984), “*revolución estudiantil*” (Pineda C, 2004), “*antropología y marxismo*” (Correa F. , 2006a) o de “*articulación con otros sectores sociales y derechos indígenas*” (Correa F. , 2006b), entre otras. En términos generales, se vivió una introducción del marxismo a la formación en antropología, que promovió una actitud radical y beligerante por parte de las nuevas generaciones. La tendencia generalizada apoyó el fin político de las ciencias sociales y desde allí generó un movimiento en cuatro líneas de acción: se hizo una crítica contundente a la formación antropológica y al ejercicio profesional seguido hasta ese momento, se difuminaron las fronteras entre la Antropología y otras ciencias sociales y entre academia y política, se gestaron grandes críticas al gobierno y a las políticas estatales, y se buscó la participación consciente de las y los estudiantes en la lucha de clases y la transformación nacional.

Las mayores críticas en la formación antropológica acusaban a un falso dogma positivista pensado desde una academia hegemónica que conminaba a la neutralidad valorativa de los hechos. Esta crisis de paradigmas se generó en diferentes países del mundo. Según Sherry Ortner ([1984] 1993), en la década de 1960 se generaron importantes transformaciones en las perspectivas teóricas de la Antropología. Estos cambios surgieron desde las posturas revisionistas de los tres paradigmas en boga hasta los años 50: el estructural-funcionalismo británico (Ej. Radcliffe-Brown y Malinowsky), la antropología cultural y psicocultural Norteamericana (Ej. Mead y Benedict) y la antropología evolucionista Norteamericana (Ej. Leslie White y Julián Steward).

Así, en la década de 1960, como eco del movimiento revisionista en otros campos (Ej. crítica literaria), aparecieron propuestas alternativas que hicieron énfasis en tres elementos de estudio para el análisis antropológico: el símbolo, la naturaleza y la estructura.

Clifford Geertz (retomando a Weber y a Parsons) representó a una de las corrientes que dirigieron su análisis de la cultura a través de los símbolos como vehículos de comunicación, en este sentido, valoró la manera en que los actores sociales veían, sentían y pensaban acerca del mundo. Su propuesta metodológica, ligada al proceso de interpretación, se alejaba de la idea de una realidad objetiva a la que el antropólogo accedía. Geertz formulaba en cambio, que la labor científica era un proceso activo de interpretación de símbolos existentes en comportamientos y discursos que el investigador alcanzaba sólo de manera parcial, idealmente en contextos pequeños y en situaciones cotidianas en las que “... *lo que inscribimos (o tratamos de inscribir) no es discurso social en bruto, al cual, porque no somos actores (o lo somos muy marginalmente o muy especialmente) no tenemos acceso directo, sino sólo a la pequeña parte que nuestros informantes nos refieren*” (Geertz, [1973] 1987, pág. 32).

Como desarrollo del evolucionismo materialista, al estilo de Leslie White y Gordon Childe, se avanzó también en la corriente de la Ecología Cultural. Desde esta perspectiva, se analizaron las tecnologías que los grupos humanos aplicaron en determinados ambientes naturales y cómo estas resultaban siendo determinantes en la configuración de sus culturas. Sus principios asignaron un lugar preponderante a las variables ecológico-tecnológicas, considerándolas en estrecha relación con las variables socio-culturales. Las

raíces de estos planteamientos se encontraban en Morgan y Tylor, y fueron retomadas en las propuestas de Marx y Engels.

La tercera propuesta alternativa que, según Ortner ([1984] 1993) es el único paradigma genuinamente nuevo de la década de los 60, fue el estructuralismo propuesto por Claude Lévi-Strauss. Esta autor planteó la necesidad de construir modelos lógicos a través de los cuales se pudieran comprender las estructuras que son inconscientes en lo social. Lévi-Strauss planteaba que la característica de latencia de las estructuras, impide que éstas tengan una correspondencia directa con lo empírico y que puedan ser comprendidas solamente con la observación de la realidad, de allí que se recalcó la importancia de un análisis posterior que cobijara las complejas relaciones entre los diferentes elementos que actúan en la organización social (Lévi-Strauss, [1958] 1968).

Estas propuestas, sin embargo, se vieron avasalladas en la década de los 70 por el marxismo estructural y la economía política que, con autores como Althusser, Godelier, Terray y Wallerstein, entre otros, resaltaban a la economía como fuerza determinante en las estructuras sociales. Sus análisis abogaban por identificar sistemas mundiales que afectaban a los diferentes países, según su participación en dichos sistemas; además recuperaban la importancia de los estudios históricos, denunciaban la relación originaria de la antropología con el colonialismo y el imperialismo, y promovían la investigación científica como parte de un proyecto político consciente que redundara en la transformación de las sociedades.

Este proceso de cambio en las tendencias de la antropología en diferentes lugares del globo, tuvo repercusiones sensibles en Colombia. El predominio de la conciencia crítica de la ciencia, llevó a que las y los estudiantes universitarios pusieran en duda la legitimidad académica de la antropología y cuestionaran duramente sus currículos, asignaturas y docentes (Pineda C, 2004).

La influencia de las formaciones europea y norteamericana en los programas confeccionados por las y los pioneros de la disciplina fue fuertemente rebatida. Se acusó al grupo de pioneros y pioneras de mantener una actitud pasiva y condescendiente con el sistema económico actual, a pesar de que éstos, profesores y egresados el IEN, habían adelantado trabajos sobre grupos humanos diferentes a los indígenas (Ej. Reichel-Dolmatoff & Dussán, 1961), buscaban una visión integral del país (Ej. Gutierrez de Pineda, 1963) y habían tomado postura frente a situaciones conflictivas nacionales, como el problema de la tierra para los grupos indígenas, asumido con la creación del Instituto Indigenista Nacional y en numerosas publicaciones en periódicos y revistas académicas (Correa, 2007) o como el problema de la violencia en Colombia (Ej. Pineda G, 1960).

Las confrontaciones se volvieron permanentes en los Departamentos de Antropología de las cuatro universidades, esto llevó a la dimisión de profesores que participaron en su fundación y consolidación. Las renuncias de Alicia Dussán y Gerardo Reichel-Dolmatoff en la Universidad de los Andes, de Orlando Fals Borda en la Universidad Nacional y de Graciliano Arcila en la Universidad de Antioquia, resultan emblemáticas para ejemplificar la salida de profesores que llevó a un abrupta ruptura generacional. Como reemplazo, antropólogas y antropólogos recién egresados asumieron la rienda de los Departamentos (Uribe, 1980, 1980-1981) y gestaron reformas curriculares en las que se aminoró ostensiblemente el interés por las etnologías mundiales y por la formación en autores norteamericanos y europeos ajenos a los planteamientos marxistas. Su contrapropuesta

priorizó la formación teórica en el materialismo histórico y dialéctico como vía para el afianzamiento de una antropología radical (Román, 1986; Uribe, 1980).

Las críticas a la formación antropológica practicada hasta ese momento, coexistieron con procesos de desvanecimiento de fronteras disciplinares y académicas. El materialismo dialéctico planteaba la necesidad del estudio de la Historia, de la Economía, de la Sociología, de la Geografía y de Estudios Políticos. Más que identificar fronteras disciplinares, el marxismo asumía la necesidad de mantener diálogos permanentes y conocer las técnicas de investigación y las propuestas teóricas de disciplinas diversas. El ambiente universitario permitía además la identificación de las y los estudiantes en proyectos políticos específicos, definiéndose como científicos sociales más que como profesionales de una determinada carrera.

Este contexto significó además el desdibujamiento de los límites entre hacer academia y hacer política. Se planteó que la Antropología debía tener un fin práctico y debía estar puesta al servicio de los grupos marginales y de la transformación social. La investigación con grupos no tradicionales y el uso mayoritario de términos como fricción interétnica, dependencia y colonialismo, estuvieron a la orden del día como promotores de la conciencia crítica e instrumentos de la lucha de clases.

Por ese entonces, las universidades sostenían una ambigua relación con el Estado. Hacían parte de un proyecto estatal que concebía la formación profesional en ciencias sociales como la generación de grupos de expertos que contribuirían en el diseño y la aplicación de programas políticos, como la reforma agraria y educativa, y en políticas públicas específicas en el sector de la salud, la educación y la vivienda, entre otros (Pineda C, 2004). Desde esta perspectiva, la formación universitaria estatal fortalecía y especializaba la acción del Estado, sin embargo, las y los estudiantes fueron críticos detractores de las acciones estatales, se convirtieron en una extraña mezcla entre brazo del estado, lupa auditoria y espada justiciera.

Esta relación conflictiva entre Antropología y Estado se vivió en épocas anteriores, como en la experiencia con el Instituto Indigenista Nacional en la década de los 40, pero se vio definitivamente acrecentada con estudiantes y profesionales antropólogos que en la década de los 70 expresaban su inconformismo tanto en las Universidades como en la recién conformada Sociedad Antropológica Colombiana, que tuvo un papel activo en la denuncia de los etnocidios ocurridos en la finca “La Rubiera” en Arauca, en 1968 y en la inspección departamental de Planas, en el Meta en 1970²⁰.

En la década de 1970, la denuncia se expandió además a diversos aspectos de política en el país y el Estado se convirtió en responsable de los problemas nacionales y en el agente primordial para su solución. Las y los estudiantes acusaron al Estado de autorizar

²⁰ A comienzos de la década de 1970 la Sociedad Antropológica Colombiana convino una estrategia para denunciar públicamente el asesinato masivo de indígenas, adultos y niños, en la finca La Rubiera en el Departamento de Arauca y en la Inspección de Planas, en el Departamento del Meta. Con la investigación de este etnocidio se descubrió que los colonos de la zona justificaban abiertamente la cacería y el asesinato de los indígenas (práctica denominada guahibiar) a quienes consideraban como animales desagradables y peligrosos (Colombia Nunca Más, 2001).

la presencia de organizaciones extranjeras que eran responsables directas de la deculturación indígena (Ej. Instituto Lingüístico de Verano), lo responsabilizaron por la situación de las minorías nacionales y por el deterioro y saqueo del patrimonio arqueológico (Gómez, 1990) y se denunciaron además los efectos negativos de la reforma agraria, que pretendía un modelo de desarrollo rural sin tierras (Arocha & Friedemann, 1984). De esta manera, la relación confusa e imprecisa de la Antropología y el Estado se agudizaba, en tanto las y los estudiantes eran críticos acérrimos de las instituciones estatales pero precisaban de éstas para su reproducción (Uribe, 1980).

Además de su postura crítica, los estudiantes sentían un compromiso ético con los oprimidos y con las reivindicaciones de grupos de base (Arocha & Friedemann, 1984). Aún con reservas con la investigación-acción-participante propuesta por Orlando Fals Borda, se sentían desde ella conmitados a ser proactivos en su deseo de transformación social (Pineda C, 2004). Muchos de ellos se adhirieron entonces a partidos políticos y a otros movimientos sociales u organizaciones gremiales que se mostraban como un contexto ideal para la actividad política. Algunos incluso se trasladaron a la militancia política directa y abandonaron la academia (Uribe, 1980-1981).

El debate desatado en las aulas universitarias se expandió al Instituto Colombiano de Antropología (ICAN) y a partir de allí se motivó la expedición de la Resolución 626 bis de 1973²¹, en un intento de ubicar en un nivel de reciprocidad las relaciones entre las comunidades antropológicas nacionales y extranjeras (Uribe, 1980). Asumiendo su responsabilidad como parte del Estado, en el ICAN se crearon las estaciones antropológicas (Correa F. , 2006b) como

“...sedes para realizar estudios interdisciplinarios y programas de acción entre los indígenas. Su localización generalmente coincidió con los llamados Territorios Nacionales, considerados como parte constituyente de un cinturón marginal del país, y donde se preveían cambios rápidos en un período de tiempo relativamente corto” (Uribe, 1980-1981, pág. 29).

Con esta lógica se instalaron estaciones en lugares como La Pedrera en el Amazonas, en Cravo Norte en Arauca, en la Sierra Nevada de Santa Marta en el Magdalena y en Nariño.

A propósito de los convulsivos eventos de esta época, quisiera retomar a Carlos Fuentes (2005), quien, para caracterizar los movimientos estudiantiles de finales de los años 60, hace una arriesgada inversión de la metáfora de *victoria pírrica*. Este término se utiliza regularmente para designar aquellas conquistas que fueron tan costosas para los vencedores, que en algunos casos se duda del beneficio de la victoria por la victoria misma. En su libro, Fuentes habla de una *derrota pírrica* para caracterizar los movimientos estudiantiles que se desarrollaron en París, Praga y México en el año de 1968, queriendo mostrar que aunque estos eventos fueron derrotados en su momento y parecieron grandes esfuerzos perdidos, en realidad significaron victorias de largo aliento y sólo perceptibles en la reconstrucción histórica.

²¹ En esta Resolución se plantean condiciones para la investigación de extranjeros en el país que incluían retribuciones económicas, entre otros aspectos.

Las y los antropólogos en formación o recién egresados en la década de los 70 en Colombia se dieron a la tarea de transformar radicalmente al país y a la disciplina, sin embargo, algunas de las acciones adelantadas resultaron impertinentes o frustrantes²². Se reconoce además esta época como un período de poca producción académica, altos índices de deserción y rezago de graduación en las universidades (Uribe, 1980) y con una concentración exagerada en el debate teórico y el activismo (Arocha & Friedemann, 1984). La década de los 80 fue testigo de reflexiones críticas sobre lo ocurrido en la década pasada y diversos eventos y publicaciones llamaron a la moderación en posturas radicales y al regreso a la academia.

Pero el retorno impoluto no fue posible, a pesar del aura de período oscurantista que puede envolver al recuerdo de lo ocurrido durante esos años, su vivencia resultó fundamental para la Antropología y para la construcción de la nación colombiana. En la lectura de las tesis de grado y los informes finales de trabajo de campo entregados a los Departamentos de Antropología de aquella época, es posible encontrar algunas pistas de cómo los objetivos radicales se enfrentaron a la reflexión antropológica, producto de la experiencia de campo en diferentes partes del país, y devinieron en llamados urgentes a la construcción multivocal de Nación, de Estado y de Antropología.

1.2 Enfoque teórico

1.2.1 De eso que llaman “Antropología de la Antropología”

En el epílogo de la edición de 1995 de su libro “Orientalismo”, Edward Said ([1978] 2006) confesaba que nunca esperó una recepción de su escrito en tan grandes proporciones, ni que su lectura llegara a públicos sumamente diversos, habitantes de diferentes países en el mundo. A partir de una lectura crítica de obras de arte y documentos académicos, Said presentó el proceso de construcción de Oriente como el otro por antonomasia de Occidente y como una estrategia política que permitió y legitimó la dominación europea, enaltecida a sí misma como ejemplo de superioridad y grandeza.

En su escrito, Said condensó algunas de las ideas que venían gestándose en el clima intelectual y cultural o *zeitgeist* de la década de los 60 y los 70. Se preguntó por los elementos que consolidaban la hegemonía cultural, en especial indagó sobre las relaciones entre imperialismo y cultura señalando que esta conexión entre sistemas de dominación y construcciones culturales no sólo implicaba control en términos de prohibiciones u acciones inhibitoras sino que era además productora de realidades sociales. Enfatizó la importancia de aquellas representaciones que, ocultas tras la idea de retratos naturales, remplazaban la realidad y tenían una poderosa efectividad material. Adicionalmente, se sumó a las voces que consideraban la relación inseparable entre conocimiento y política, y en esta línea denunció el lugar que artistas e intelectuales, de modos más o menos conscientes, venían ocupando como instrumentos de dominación.

Publicaciones como la de “*Orientalismo*” de Edward Said en 1978 y “*The Empire Writes Back*” de Ashcroft, Griffiths, y Tiffin en 1989 fueron una influencia determinante en el

²² Un ejemplo de ello se encuentra en el artículo de Menno Oostra (1990-1991).

surgimiento de los estudios postcoloniales, que se ubicaron inicialmente en el ámbito de los estudios literarios (Mishra & Hodge, 1994). Trabajos de esta índole inspiraron también la conformación de un grupo de intelectuales surasiáticos, liderados por Guha, interesados en escribir la historia, o las historias, de Oriente desde Oriente mismo y que se denominaron estudios subalternos (Guha, 2001). Con una decidida conciencia geopolítica, estas iniciativas fueron realizadas en su mayoría por intelectuales nacidos en los países que se independizaron después de la Segunda Guerra Mundial; específicamente, países que se encontraban ubicados en el Sur de Asia o en el continente africano y que hasta ese momento se mantuvieron como colonias inglesas y francesas.

Las propuestas teóricas y metodológicas de los estudios postcoloniales y subalternos tuvieron eco en intelectuales de América Latina. Un grupo de pensadores en la región, asumió abiertamente su cercanía con este tipo de iniciativas, en tanto este continente también había sido víctima en épocas de conquista y colonia europeas. Se consideraba además que los países latinoamericanos mantenían una posición mundial desventajosa, afectados por el imperialismo, el neocolonialismo, y por hacer parte de las antípodas de Europa y Estados Unidos (Rodríguez I., 2001). La ampliación de estudios de este tipo a contextos diferentes de los países asiáticos y africanos recientemente reconocidos como Estados soberanos, llevaron a asumir posturas más flexibles sobre aproximaciones metodológicas, *“at least when that difference is articulated towards emancipatory anticolonialist ends”* (Slemon, 1995, pág. 51). De tal manera, se incluyó en la perspectiva a los habitantes de países que se independizaron en el siglo XIX y se asumió como postcoloniales y subalternos a quienes se consideraban oprimidos por razones de género o raza.

Así, la pregunta sobre las construcciones de otredad en relaciones de poder se expandió a diferentes países del globo e interesó a activistas sociales, a políticos y a académicos de diversas disciplinas. Las y los intelectuales de las ciencias sociales se vieron especialmente compelidos a franquear el lugar histórico de sus disciplinas como aparatos de conquista y dominación. En este contexto, la Antropología como disciplina social y asumiendo su papel en la producción de otredades, se planteó también el reto de analizar sus propios discursos y su participación en la construcción de representaciones sobre “los otros”.

La recepción de estas influencias en América Latina se presentó además porque este debate y este análisis crítico del papel de la Antropología y de las ciencias sociales como instrumentos de poder, ya se había planteado en estos contextos. Un ejemplo significativo de este punto es la publicación del texto “De eso que llaman antropología mexicana” (Warman, Nolasco & Bonfil, 1970), anterior a la publicación de “Orientalismo”, en el que se reconocían las relaciones de poder en la que se había inscrito el discurso y el ejercicio de la disciplina antropológica: *“La antropología no es una creatura arbitraria de la civilización occidental. Todo lo contrario: es una respuesta a necesidades concretas y precisas de esa civilización. El conocimiento de los otros pueblos nunca ha sido un lujo sino una necesidad”* (Warman et al., 1970, pág. 10).

Las y los antropólogos, profesionales y en formación, influidos por el marxismo renaciente en las décadas de 1960 y 1970, incentivaron reflexiones críticas sobre las maneras tradicionales que sus países habían planteado para relacionarse con comunidades indígenas, con campesinos y con otros pobladores marginales a la sociedad dominante. Este proceso fue paralelo al que vivían intelectuales que provenían

de Oriente y que se estaban formando en Estados Unidos pero, a diferencia de éstos, en América Latina se vivía el debate entre aceptar una larga herencia colonial por la que este continente se había convertido en parte de Occidente o asumir un legado propio en el que cabía su construcción como antítesis de Occidente, aunque tampoco se tratase de una región definida como Oriente. Lo que se puede encontrar en los textos de la época es que se asumió que América Latina era Occidente, en tanto las sociedades mayoritarias y dominantes de sus países ya hacían parte de esta civilización. Así, la crítica disciplinar en el contexto latinoamericano se enfocó especialmente en el análisis de cómo se habían construido las representaciones de sus “otros internos”.

Es posible aseverar incluso, que enérgicas y críticas posturas que exigían una transformación en el ejercicio disciplinar, se vivieron en países latinoamericanos desde comienzos de siglo. En Colombia por ejemplo, desde la temprana formación disciplinar en Antropología, con la fundación del Instituto Etnológico Nacional en la década del 40, se hizo eco de las preocupaciones y perspectivas críticas del tratamiento a grupos indígenas en el país (Duque, 1944 y 1945; Schottelius, 1946; Andrade, 1953; Márquez, 1956). Como lo plantean Pineda (2008) y Correa (2007), en un mismo tiempo y espacio se encontraron: (i) los debates sobre el reconocimiento y protección a los pueblos indígenas en América Latina, que se materializaron con la creación del Instituto Indigenista Interamericano y su correlato en Colombia, el Instituto Indigenista Nacional; (ii) la propuesta antropológica de Paul Rivet que criticaba las posturas racistas y totalitarias del momento, además de reconocer la importancia del hombre americano en la historia de la humanidad; y (iii) las nascentes propuestas de la antropología aplicada norteamericana, que hacía un llamado a la participación activa de los antropólogos en los proyectos estatales.

En este contexto de inicios de siglo XX se puede encontrar entonces un germen fructífero de reflexiones críticas hacia la Antropología y hacia la civilización occidental, que se veía como una gran amenaza para la supervivencia de grupos étnicos. Sin embargo, es en las décadas de los 60 y los 70 cuando se planteó la duda en el corazón mismo de la Antropología en Colombia, porque estudiantes e intelectuales se cuestionaron su papel como facilitadores de la introducción violenta de la sociedad occidental, que había oprimido y diezmado a sus grupos minoritarios.

A pesar de sus evidentes diferencias podemos afirmar entonces que las propuestas de estudios subalternos y postcoloniales inspiradas en las afirmaciones de Said, a propósito de su estudio sobre el Orientalismo, llegaron a América latina a finales de los 80 para reunirse con una tradición crítica que ya se encontraba en estos países con décadas de desarrollos.

Después de 50 años, ya en el siglo XXI, podemos afirmar que no ha cesado “*la urgencia de hacer un análisis antropológico de la Antropología, estudiar sus recursos materiales, técnicos y metodológicos, sus finalidades, su función social, sus alcances y campos de acción*” (Oliveira en Warman *et al.*, 1970, pág. 78). Al contrario, se ha mantenido la tarea apremiante de contribuir a una antropología de la antropología que, más allá de legitimar la formación disciplinar y la profesionalización en un campo del saber, mantenga la pregunta ampulosa sobre su historia, su sentido y su actuación como constructores de otredad.

1.2.2 Desarrollos de la Antropología de la Antropología en Colombia

La cantidad de trabajos que se han realizado en Colombia y que podrían ubicarse en esta línea de historia y antropología de la antropología, permite proponer una clasificación de éstos en momentos nucleares de reflexividad y transformación disciplinar, entendidos como los espacio-tiempos o cronotopos que propician la concentración de estudios surgidos desde los mismos antropólogos y antropólogas (o científicos sociales cercanos a la Antropología) sobre la forma de construir conocimiento en esta disciplina y sobre sus influencias o efectos sociales.

Aunque muchas de las investigaciones que se desarrollan bajo el foco antropológico incluyen reflexiones sobre la disciplina misma, los espacios de reflexión ideales se manifiestan en los Congresos Nacionales de Antropología²³ y en los compilados de publicaciones que tienen como objetivo principal la reflexión disciplinar. Adicionalmente, es posible seguir la trayectoria de vida de algunos académicos que constantemente publican escritos analizando personajes o eventos del pasado, o revisando críticamente las tendencias contemporáneas en la formación y el ejercicio de la Antropología. Basándome en el estudio de estas tres fuentes, propongo en este aparte una revisión de los aspectos más significativos de lo que sido la antropología de la antropología en Colombia hasta el presente y una caracterización de sus tendencias temáticas.

En un primer momento de institucionalización de la antropología en el país en la década de 1940, intelectuales como Paul Rivet y Gregorio Hernández de Alba escribieron reflexiones dirigidas a definir la Etnología o elaborar manuales sobre cómo hacer Etnografía. Una gran parte de estos escritos se encuentran en documentos no publicados y cartas personales (Ej. Documentos inéditos y personales de Gregorio Hernández de Alba en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá).

A mediados de esta década en Colombia, como en otros países latinoamericanos, se vivió un auge del indigenismo y bajo este ámbito se elaboraron textos que abordaron el debate sobre si la Antropología debía asumir un papel resueltamente activo frente a la situación de los indígenas en sus respectivos países o si debía privilegiar la mirada neutral y objetiva propia de la ciencia. Se elaboraron documentos sobre la importancia de lo indígena para definir la Nación y, en su mayoría, informes, proyectos o cartas con demandas específicas dirigidas a organismos estatales (Ej. Artículos publicados en el Boletín de Arqueología del IEN, documentos oficiales del Instituto Indigenista Nacional de Colombia).

En los años 60 se fundaron los primeros Departamentos de Antropología en cuatro universidades colombianas y en la década de 1970 sintieron la influencia de tendencias marxistas, leninistas y maoístas en partidos políticos de izquierda, en los movimientos rurales y urbanos de diferentes lugares del país y en las aulas universitarias. Se escribieron una gran cantidad de panfletos, artículos, tesis de grado y todo tipo de documentos que señalaron un descontento con la formación en antropología y que

²³ A la fecha se han organizado 13 congresos en Colombia desde el primero en 1978, con una regularidad bianual.

abogaron por una disciplina comprometida con la transformación del país. Por la misma época, se generaron iniciativas desde Colciencias para hacer una historia de la ciencia en el país y se publicaron textos con gran resonancia en el ámbito académico, como los “*Apuntes para la historia de la ciencia en Colombia*” (1971) editado por Jaime Jaramillo Uribe y en el que participó Luis Duque Gómez con la sección de “*Notas sobre la historia de las investigaciones antropológicas en Colombia*”.

Con estos antecedentes, resulta notorio que la reflexión sobre la disciplina ha sido permanente desde su institucionalización en el país; sin embargo, es el primer Congreso Nacional de Antropología en Colombia, celebrado en Popayán en el año de 1978, donde encontramos la manifestación clara de un cronotopo ideal de reflexión disciplinar, que agrupó a antropólogos en formación y en ejercicio para la revisión crítica de lo que había sido y debía ser la antropología.

Como resultado de este proceso, aunado a la intención de realizar una historia de la ciencia nacional y también con el propósito de “...*que los antropólogos recién repatriados se conocieran con quienes venían trabajando en el país*” (De Friedemann & Arocha, 1979, pág. 13), a finales de los 70 la Sociedad Antropológica de Colombia abanderó un proyecto para evaluar desde una perspectiva crítica la producción antropológica nacional. Este análisis fue liderado por Jaime Arocha y Nina de Friedemann²⁴. Como resultado de esta iniciativa se publicaron los textos “*Bibliografía anotada y directorio de antropólogos colombianos*” (De Friedemann & Arocha, 1979) y “*Un siglo de investigación social*” (Arocha & Friedemann, 1984)²⁵. Además, sirvió de fuente de motivación para que Milciades Chaves publicara el documento “*Trayectoria de la antropología colombiana*” con la historia de la Antropología construida por las y los pioneros de esta disciplina en el país (Chaves, 1986).

Estos contextos fueron propicios al surgimiento de antropólogos y antropólogas que escribieron sobre la antropología en Colombia en esta época y que mantuvieron en su trayectoria académica el interés permanente por realizar estudios históricos y antropológicos sobre la antropología en el país, como es el caso de Jaime Arocha, Nina de Friedemann, Hernán Henao, Roberto Pineda Camacho, Myriam Jimeno, José Eduardo Rueda, Néstor Miranda y Carlos Alberto Uribe, entre otros.

En los documentos de reflexión disciplinar de finales de los 70 y de la década de los 80, se pueden encontrar tres postulados comunes:

- La necesidad de hacer una historia particular de la conformación de la antropología en el contexto colombiano.
- El análisis crítico sobre el quehacer de la antropología y su relación con el Estado y los grupos indígenas.

²⁴ Adicionalmente, participaron en este estudio: María Eugenia Romero, Álvaro Chaves Mendoza, Sergio Ramírez Lamus, Orlando Jaramillo, Francisco Ortiz Gómez, Iván Zagarra Cayón, Adela Morales de Löök quienes fueron también ponentes en el Simposio sobre Formación Antropológica en Colombia, organizado por este grupo para el Primer Congreso de Antropología.

²⁵ Además de Jaime Arocha y Nina de Friedemann, participaron en esta publicación Olga Restrepo, Myriam Jimeno, Roberto Pineda Camacho, Xochitl Herrera, Miguel Lobo-Guerrero, Carlos Patiño Rosselli y Néstor Miranda.

- La propuesta de legitimar e introducir a otros grupos sociales diferentes a los indígenas en los estudios antropológicos.

Esta época se convirtió entonces en un espacio de reflexión sobre lo ocurrido en los años precedentes y permitió sopesar proyectos a futuro, como la “*ampliación de las tendencias históricas y de los objetivos de atención hacia otros sectores sociales, más allá de los étnicos*” (Correa F. , 2006a, pág. 54), partiendo de la percepción de una disciplina de finales de siglo cuyo desarrollo en Colombia permitía pensarla como una disciplina madura.

En 1988, se constituyó la Misión de Ciencia y Tecnología “*con el objeto de establecer el estado del arte de los diferentes aspectos relacionados con estas áreas, proponer una reorganización institucional y proporcionar un marco normativo para el desarrollo de la ciencia y la tecnología en Colombia*” (Garay, 2004). Esta Misión analizó programas de formación académica y centros de investigación y producción científica en varias disciplinas, incluida la Antropología. Colciencias²⁶ organizó además un seminario sobre “Investigación y Ciencias Sociales” en el que participó Roberto Pineda Giraldo con su informe sobre las fases históricas que había recorrido hasta el momento la antropología en el país (Pineda G, 1991).

Posteriormente, se publicó la recopilación bibliográfica “*1980-1990: Una década de producción antropológica en Colombia*” que compiló libros, artículos, informes inéditos de investigación, tesis de grado y audiovisuales que daban cuenta de la investigación antropológica en la década de 1980 (ICAN, 1990). Este catálogo fue analizado en el documento “*Evaluación de la producción y práctica antropológica*” (Jimeno, Sotomayor, & Zea, 1993) que mostró una tendencia dirigida a estudiar la producción académica en la disciplina, con menores reflexiones sobre su labor política o social.

En los años 90 las historias y los estudios reflexivos y críticos sobre la antropología en Colombia se mantuvieron y consolidaron con ponencias, tesis de grado, artículos y compilaciones. Al grupo de antropólogos y antropólogas citado se sumaron nuevas voces interesadas en la historia y la antropología de la antropología como François Correa, Ximena Pachón, Mauricio Pardo y Eduardo Restrepo, entre otros.

Sin embargo, es en los primeros años del siglo XXI cuando se vivió la revitalización de la historia y la antropología de la antropología en Colombia, gracias al esfuerzo mantenido por el grupo de académicos mencionado, a la inclusión de asignaturas electivas en los Departamentos de Antropología que estudiaban el tema, a la creación de grupos como el de Antropología e Historia de las Antropología en América Latina (AHAAL)²⁷, a las publicaciones seriadas de los Departamentos de Antropología, del ICANH y del Museo del Oro y a las motivaciones de las nuevas generaciones de egresados y estudiantes de Antropología. En este período se presentó un crecimiento exponencial en el número de escritos cuyo objetivo central apuntaba a la reflexión disciplinar.

²⁶ En 1968 se crea en Colombia el “*Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas Francisco José de Caldas –Colciencias*”, adscrito al Ministerio de Educación, como una iniciativa para crear institucionalidad del país en ciencia y tecnología entendida como una estrategia fundamental para el desarrollo del país.

²⁷ Para mayor información de este grupo ver la página www.everyoneweb.es/ahaal/.

Las discusiones que se plantearon en diversos documentos de las décadas 1990 y 2000, podrían agruparse en cuatro puntos nuevos de reflexión y análisis:

- La participación de colombianos y extranjeros en los comienzos y el desarrollo de la disciplina en el país.
- La definición y crítica de la Antropología como disciplina particular, como profesión y como comunidad científica.
- La apuesta de la antropología frente a la globalización y la localidad.
- Las características de su interacción con las antropologías metropolitanas.
- La formación en los Departamentos de Antropología.
- Las condiciones de ejercicio profesional, científico y laboral que cada país le brinda a sus antropólogos y antropólogas graduados.

En un análisis somero sobre las opciones temáticas de la producción en Antropología de la Antropología en el país, pueden observarse ciertas tendencias que incluso se asemejan a casos representativos de América Latina, especialmente a países como México y Perú (Ej. Marzal, 1993; Warman *et al.*, 1970; Krotz, 1996 y Degregori & Sandoval, 2008; 2009). Entre las estrategias más recurrentes se pueden citar:

- Las **historias disciplinares**, entendidas como aquellos documentos en los que se establecen puntos de origen y etapas en la historia de la Antropología, fases marcadas por acontecimientos institucionales que son generalmente promovidos por figuras claves (Ej. los y las pioneras), por instituciones (Institutos Etnológicos, Indigenistas, Nacionales de Antropología, Universidades), o por grupos de personas (Sociedades, grupos activistas y/o de investigación, etc.). Algunos ejemplos de escritos colombianos en esta línea son la introducción y el capítulo primero del texto editado por Arocha y Friedemann (1984), los textos de Chaves (1986), Pineda G. (1991), Echeverri (1997), Pineda C. (1979) y Jimeno (2000).

Un subgrupo de este estilo de abordar la antropología de la antropología son los escritos que dan cuenta de su enseñanza, en estos trabajos se ubica cronológicamente el devenir de la disciplina desde el punto de vista de su instrucción y aprendizaje en los ámbitos académicos y educativos (ej. Uribe, 1980; Barragán, 2001; Pineda C, 2004; 2005 y Correa, 2006a).

- Otras ponderaciones, como las contenidas en el texto “Un Siglo de Investigación Social” (Arocha & Friedemann, 1984), caracterizan la Antropología en Colombia a partir de **lupas particulares**, como la crítica en torno a lo privilegiado y lo discriminado en temáticas, grupos humanos, metodologías y teorías, entre otros. En algunas reflexiones, como las de Jimeno (2000) hay una búsqueda por caracterizar la Antropología en Colombia (a diferencia de la Antropología en otros países, especialmente los metropolitanos), también se encuentran ejercicios irónicos y críticos de la comunidad antropológica, como el que realiza Ulloa (1993).
- Un grupo anexo, que no plantea directamente reflexiones sobre la antropología pero que se construyen con el fin de servir como vehículos e instrumentos de análisis, son las **recopilaciones bibliográficas** generales (Bernal, 1969; Morales, 1973; Arocha & Friedemann, 1984; ICAN, 1990) o las compilaciones de documentos según zonas geográficas (Correa, 1990; Herrera, 1974; Reichel-

Dolmatoff, 1962), grupos sociales (Vasco, 1998), o líneas de investigación (Hoyos, 1991; Restrepo, 1999; Restrepo y Rojas, 2008).

La cantidad de documentos publicados y no publicados, enfocados en este tema de hacer historia y antropología de la antropología, da cuenta de un amplio y complejo trabajo de reflexión disciplinar. La investigación que presento se inscribe en este campo de estudios, especialmente en el contexto de la renovación crítica contemporánea hacia y desde la disciplina antropológica, que he planteado como uno de los momentos nucleares en la construcción de reflexividad y transformación disciplinar de comienzos de siglo. Adicionalmente, aunque se ha elaborado un importante trabajo en torno a la Antropología de la Antropología en Colombia, este proyecto aporta un punto de vista apenas esbozado (Jimeno, Sotomayor, & Zea, 1993) y poco utilizado de manera exhaustiva, este es el de la conciencia espacial.

Desde esta perspectiva, asumo que es posible encontrar tendencias nacionales de hacer antropología, sin embargo, considero que es importante escudriñar los matices y las diferencias que se presentan en la Antropología en Colombia, según su desarrollo en diferentes lugares del país. Además, considero que es importante la conciencia espacial en el desarrollo y la práctica disciplinar, de tal manera que resulta clave avanzar en la lectura de lugares, territorios y territorialidades que participan y que se construyen en la investigación antropológica.

1.2.3 Literatura gris o antropología apócrifa: tesis de grado

Las tesis de grado²⁸ hacen parte de lo que se ha dado en considerar como “*literatura menor o informal, literatura invisible, semipublicada o no convencional, documento gris, información gris y literatura gris*” (Poggi & Pinkman, pág. 1). Este concepto, relativamente nuevo²⁹, agrupa a los documentos que se caracterizan por tener orígenes, formas de distribución y acceso diferentes a la literatura que se mueve en circuitos de publicación comercial, como libros y artículos de revista. Generalmente cuentan con tiradas de pocos ejemplares, suelen dirigirse a un público especializado y no se ajustan necesariamente a las normas de control bibliográfico (ISBN, ISSN, etc.). En este grupo se encuentran también (Torres, 1994):

- Informes, tanto del sector público como privado, que contienen información científica y técnica, económica, social, etc. Frecuentemente la Administración Pública encarga estudios técnicos (no confidenciales) que luego sirven solamente al departamento o servicio que los contrata.
- Ponencias y comunicaciones de congresos.
- Normas y recomendaciones técnicas, especialmente las que no son de los organismos de normalización oficiales.

²⁸ Además de las tesis de grado y dada la alta deserción y rezago de los estudiantes de antropología de la Universidad Nacional, incluí en este estudio los informes finales de trabajo de campo, documentos escritos como el fruto de una experiencia en campo desarrollada durante el 5° semestre de carrera. En algunos casos estos informes sobrepasan las 100 hojas y poseen características de formato y contenido similares a las tesis de grado.

²⁹ Se acuñó como resultado de un Seminario en York (Londres) en 1978, convocado para el estudio y tratamiento de literatura no convencional (Poggi & Pinkman).

- Artículos publicados en revistas de difusión no comercial, periódicos de difusión local, etc.
- Algunas publicaciones oficiales.
- Documentos de trabajo (working papers) para su discusión en reuniones posteriores.
- Pre-impresiones provisionales.
- Traducciones no publicadas.

Efectivamente las tesis de grado son documentos de circulación restringida. En cada universidad, o centro de educación superior, se puede ubicar un lugar especialmente designado para guardar los trabajos presentados por aquellos y aquellas estudiantes que desean optar por un título profesional. Un espacio lleno de tomos gruesos, en tamaño carta, con empastes finos cuyos colores regularmente están limitados a tonalidades oscuras que pueden variar entre azul, verde, rojo o negro. Las letras doradas o plateadas de la pasta señalan el título, autor o autora, fecha de presentación del trabajo y localización institucional (carrera, departamento, facultad, universidad). Hasta hace poco sólo se podían examinar si se era estudiante universitario o si se contaba con un permiso especial para el ingreso³⁰, aún sucede así con las tesis más antiguas. Se deben tener las condiciones para permanecer un buen tiempo en la biblioteca, rara vez son leídas en su totalidad, extrañamente son citadas en libros y artículos científicos publicados. Son definitivamente escritos para pocos ojos.

En una presentación de avance de esta investigación, se me objetó incluso el interés por este tipo de documentos al considerarlos un mero ejercicio académico que tiene poca influencia en el desarrollo de la antropología en el país. La primera justificación, sin embargo, tiene que ver con su función como fuente primaria y con la necesidad de establecer vínculos con los testimonios de quienes han participado en la historia de la antropología en Colombia, aunque no necesariamente en un papel protagónico. Ya desde mediados del siglo XX se recalca en Antropología la importancia de escuchar y observar a los integrantes de una comunidad, aún si éstos no eran sus líderes. Susan Wright recuerda que desde la década del 70 Talal Asid “argumentaba que los antropólogos habían definido equivocadamente, como ‘cultura auténtica’, ideologías dominantes históricamente específicas o discursos autorizados que no eran atemporales ni uniformemente compartidos” (Wright S. , 2007, pág. 171). Esta crítica fue válida para considerar otras voces en las culturas estudiadas desde la Antropología, no sólo a líderes políticos o espirituales; considero entonces que es igualmente adecuada para hacer una antropología de la antropología que se acerque a los antropólogos en formación, incluso a aquellos cuyo aporte no les significó un lugar de reconocimiento en la academia.

Como segundo aspecto, considero que este tipo de documentos puede dar cuenta efectivamente del desarrollo de esta disciplina en el país, teniendo en cuenta que una de sus características es que: “Su producción no circula a la manera de los productos usuales de conocimiento, en forma de artículos y ensayos, sino que está contenida en un abundante cuerpo de textos, informes y conceptos técnicos inéditos, con escasa circulación” (Jimeno, 2000, pág. 176). En este sentido, estaría promoviendo una imagen

³⁰ La mayoría de las universidades han decidido publicar vía web sus tesis, preferiblemente tesis de posgrado.

distorsionada de la Antropología en Colombia si no contribuyo a demostrar que es una historia plagada de tonos y literaturas grises.

Estas razones convierten en impertinente y vago el concepto de literatura gris y llevan a pensar en que resulta más acertado el término de **antropología apócrifa** propuesto por Caviedes (2007). Según este autor, es momento de creer en la antropología

“...hecha por antropólogos que nunca entregaron la tesis o cuya producción literaria yace en las bibliotecas de las universidades en proceso de enmohecerse o se encuentra mezclada con las opiniones de los líderes indígenas en las publicaciones de sus organizaciones. O por antropólogos que siguen trabajando desde pueblos pequeños apoyando a las organizaciones de base” (Caviedes, 2007, pág. 53).

Como toda fuente, las tesis de grado plantean algunas dificultades y no pocas paradojas. Las tesis son documentos circunscritos y dirigidos desde la institución universitaria, son informes “presentados a”, con toda la violencia simbólica de dominación que impone el examen (Bourdieu, 2003; Foucault, 1990 [1976]) y se ubican, en la clasificación que realizan Marcus y Cushman (1982), en las etnografías hechas para dos tipos de lectores principalmente, los especialistas en el área y el lectorado antropológico general³¹. La escritura de éstas entonces, está dirigida por los lineamientos institucionales que privilegian y conducen un tipo de texto en detrimento de otro.

A su vez, las tesis importan una paradoja en tanto son documentos que no están restringidos directamente por las fuerzas (económicas o políticas) que regulan la producción de textos para publicación y, probablemente por tratarse de trabajos de pregrado y estar inscritas en un proceso de formación, en ellas se pueden proponer novedosas estrategias, ciertas rupturas o alternativas con el canon de la escritura de etnografías en un momento histórico determinado. Además, en cierta medida permiten la escritura de reflexiones personales como el testimonio cercano a una experiencia vivida.

Las y los estudiantes como autores de los escritos en la década de los 70, se ubican además en un intersticio entre elite intelectual y subalternidad. Siguiendo a Said (1989) se podría pensar que el estudiante pertenece a la disciplina antropológica que ha contribuido a la representación del primitivo y a su manipulación con fines imperiales, es decir, ha sido un agente directo de la política dominante; sin embargo, los estudiantes que escriben las tesis de pregrado que analizaré pertenecen a los “países dominados” (Said E. , 1989) y a las antropologías periféricas (Gerholm & Hanners, 1982; Stocking, 1982) o antropologías del sur (Krotz, 1993), que tienen como característica una conciencia crítica de aquella idea de la otredad remota³². Su distancia con esta otredad se ve acotada en tanto ese otro participa, junto al antropólogo u antropóloga, como ciudadanos en la construcción de un Estado-Nación (Jimeno, 2000).

Pero hacer parte de una antropología periférica en un sistema global de geopolítica del conocimiento (Lins Ribeiro & Escobar, 2008 [2006]), no exime la posibilidad de que en

³¹ Que incluso se limita aún más a jurados de tesis y eventuales estudiantes de Antropología interesados en el tema.

³² Una aproximación a esta configuración de la otredad remota se encuentra en Leach (1967).

sus propios países dichas antropologías hayan replicado la configuración de centros y periferias (Gerholm & Hanners, 1982, pág. 21):

“En Colombia, por ejemplo, no es lo mismo hacer antropología y ser antropólogo estando en Popayán o Santa Marta (dos ciudades de la provincia) que Bogotá (la capital) dado el centralismo de recursos y la concentración de instituciones antropológicas en esta última; pero, incluso en una misma ciudad como Bogotá, existen diferencias significativas entre una universidad privada de elite como la Universidad de los Andes y una pública como la Universidad Nacional. Estas diferencias y especificidades de locación, se traducen en desigualdades en las condiciones y términos de la conversabilidad antropológica en el establecimiento antropológico en Colombia” (Restrepo, Diferencia, hegemonía y disciplinación en Antropología, 2006, pág. 58).

A pesar de la expansión de matrícula en la universidad colombiana en las décadas de los 60 y los 70, el número de estudiantes que podían acceder a la universidad no era suficiente para pensar en una educación superior masiva. Desde esta perspectiva, aunque no todos los estudiantes pertenecerían a una elite política, económica e intelectual del país, si hacían parte de una minoría privilegiada. Algunos, sin embargo, se encontraban incluidos en la definición de diferencia o de otredad por subordinación económica, política, o por su condición en cuanto a raza, género, clase o etnia, (Slemon, 1995 y Parry, 1995). Es innegable además que los estudiantes han surgido, en algunos momentos históricos y especialmente en la década de los 70, como sujetos capaces de resistir y luchar en contra de un orden hegemónico e imperante (como el sujeto postcolonial planteado en Mishra y Hodge, 1994), en este sentido, eran a su vez minoría privilegiada y sujetos subalternos. El análisis de las tesis se presenta entonces como el estudio necesario de documentos que son testimonio de esta confrontación de sentidos que vivieron los estudiantes y de las alternativas que propusieron para su resolución.

Algunos autores como Mignolo (1998), Lander (1999) y Castro-Gómez (1999) realizan una revisión crítica de los estudios culturales y de los planteamientos de los denominados subalternos o postcoloniales, según las características propias de América Latina. En estas revisiones, los autores proponen realizar un estudio y deconstrucción de categorías a partir de las cuales se ha representado a este continente. Se plantea que dichas categorías están intrínsecamente relacionadas con la labor de los científicos sociales y que implica la mirada crítica hacia estas ciencias o, como lo denomina Castro-Gómez, el llamado es a indagar *“de qué manera América o Latinoamérica fue construida por la intelectualidad local desde la discursividad global de los saberes expertos”* (Castro-Gómez, 1999, pág. 98), es decir, la *“crítica de la razón latinoamericana”*. Las características de intersticio, de las tesis y de los autores y autoras de éstas, permiten entonces analizarlas como espacios de producción de discursos privilegiados sobre Colombia y América Latina y, a su vez, permite su estudio como un momento de crítica radical a los discursos considerados hegemónicos.

1.2.4 Tesis de grado como fuente primaria

La necesidad de analizar las tesis de grado para reflexionar sobre la disciplina antropológica en el país, ha sido ratificada por estudiosos y estudiosas de la antropología en Colombia, que han hecho de este tipo de documentos su fuente principal.

El proceso seguido en la elaboración del texto "*Bibliografía anotada y directorio de antropólogos colombianos*" (De Friedemann & Arocha, 1979), liderado por la Sociedad Antropológica de Colombia, incluyó en su recopilación las tesis elaboradas por estudiantes de las universidades Nacional, Andes y Cauca. Este compilado permitió la elaboración de diversas ponencias para el simposio "Aproximaciones al estado actual de la antropología en Colombia" realizado el 9 de octubre de 1978 en el marco del Primer Congreso Nacional de Antropología. Entre estas ponencias, Iván Zagarra se propuso hacer una sinopsis de las tesis de grado en antropología, Sergio Ramírez aportó una revisión somera de las tesis en la universidad de los Andes. Con estos análisis, sumados a las apreciaciones de Jaime Arocha y Nina de Friedemann sobre las tesis de la universidad pública, en el texto se concluye lo siguiente:

"...las nuevas promociones de antropólogos están abordando casi todos los temas de la arqueología y la antropología socio-cultural, sin dejar de enfatizar problemas de sumo interés contemporáneo, tales como la desnutrición y el desarrollo, la investigación evaluativa, campesinos, problemas urbanos y educación. Sin embargo, la calidad de estos trabajos deja que desear, especialmente en relación al manejo de marcos de referencia teóricos" (De Friedemann & Arocha, 1979, pág. 24).

Este insumo contribuyó además a la escritura de artículos y capítulos de libro por quienes hicieron parte de las primeras generaciones de egresados de las universidades, como los elaborados por Carlos Alberto Uribe (1980, 1980-1981) y Néstor Miranda (1984).

Uribe presentó datos cuantitativos del número de graduados en las universidades y lo comparó con la cantidad de egresados en el IEN y el ICAN, para mostrar que para el cierre de la década de 1970, un 69.5% del total de antropólogos en Colombia eran profesionales formados en las universidades. Este porcentaje convirtió en mayoría a las y los antropólogos universitarios, en comparación con el 30% de pioneros y pioneras egresados del IEN, el ICAN u otras instituciones de formación antropológica extranjeras. Uribe notó también una proporción equitativa en términos de género, al comparar el número de antropólogas y antropólogos profesionales en el país. Acotó además algunas diferencias entre universidades, particularmente señaló el bajo número de estudiantes graduados en la Universidad Nacional, con una alta proporción de deserción y rezago, en contraste con el elevado número de egresados del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes. Finalmente, las transformaciones de los Departamentos de Antropología en las décadas precedentes llevaron a este autor a advertir la polarización del debate entre las que se habían denominado antropología académica y antropología beligerante. Al respecto concluyó: *"...sabemos que la opción académica no es satisfactoria, pero también desconfiamos de un "activismo antropológico" irresponsable. Y lo que es peor, hemos descuidado la investigación seria por temor a contaminarnos de academicismo"* (Uribe, 1980, pág. 305).

Néstor Miranda, como aporte al texto "*Un siglo de investigación social*" (Arocha & Friedemann, 1984), realizó un análisis del marxismo en las tesis de grado mostrando que, a pesar de no ser producciones de primer nivel, las tesis eran declarantes idóneas de los modelos de organización académica, afirmó que además en estos documentos era posible *"leer un pedazo de historia en el cual se condensan momentos de política y ciencia"* (Miranda, 1984, pág. 575).

Después de realizar una descripción sobre la proporción de estudios en temáticas y sujetos de investigación, Miranda señaló las posibilidades de formación en conciencia crítica que ofreció el marxismo. Afirmó que estos planteamientos implicaron rupturas insalvables en la conformación de los Departamentos de Antropología y permitieron contribuciones importantes en los estudios que abordaban la relación entre cultura y economía, la sociedad rural y la sociedad urbana. No obstante las posibilidades, Miranda agregó que en las tesis se podían apreciar serias dificultades para el desarrollo de las propuestas marxistas; la macrocefalia teórica y el divorcio empírico habían derivado en obstáculos para su aplicación específica en el país y en la práctica propuesta desde esta disciplina. De allí que consideró imprevisible el desarrollo del materialismo histórico en la antropología colombiana dado que su efecto inmediato fue “...*la confusión, hecho que se revela en los planteamientos teóricos de las monografías marxistas*” (Miranda, 1984, pág. 607).

A propósito de una nueva compilación de la producción antropológica sobre Colombia de la década de 1980, liderada por el ICAN (1990) y que incluyó las tesis de grado, se publicó el texto de Jimeno, Sotomayor y Zea “*Evaluación de la producción y práctica antropológica: parámetros y tendencias de la formación profesional*” (1993). En este artículo, se hizo una evaluación general de la producción antropológica por temas, grupos humanos y regiones. En un aparte, se analizaron las tesis de grado y se establecieron tendencias sobre los temas más trabajados. A propósito de esta revisión temática, se encontraron diferencias con las tendencias halladas en la producción antropológica profesional que, según las autoras:

“...pueden deberse a la no vinculación de investigadores de elevada producción con los centros académicos, la poca investigación que llevan a cabo los docentes de los mismos, la incapacidad para consolidar escuela dentro del alumnado, los currículos académicos poco flexibles que no permiten la participación de los alumnos en las investigaciones de sus maestros.” (Jimeno, Sotomayor, & Zea, 1993, pág. 56).

Para esta década, en contraste con la anterior, el mayor porcentaje de tesis entregadas se presentó en la Universidad Nacional (41%).

Como resultado de este análisis, se identificaron algunas tendencias espaciales en la investigación antropológica. Resultó evidente la concentración de estudios en la región andina, lo que se explicó en parte porque: ésta era la región más poblada del país, reflejaba la alta proporción de estudios urbanos en las ciudades de Bogotá, Medellín y Popayán, y era allí donde se localizaban los cuatro Departamentos de Antropología con una predisposición clara hacia “...*el estudio de su entorno próximo, sin grandes desplazamientos, y con los profesionales de cada región*” (Jimeno, Sotomayor, & Zea, 1993, pág. 41).

Se han realizado asimismo análisis sobre líneas y temáticas abordadas en los trabajos de grado estudiando las tesis de un Departamento de Antropología en particular, así, se desarrollaron los estudios elaborados por Pedro Rodríguez (1984) y François Correa (2006a) para el caso de la Universidad Nacional, de Andrés Barragán (1998, 2001) sobre las monografías de la Universidad de los Andes, de Alejandra Collazos analizando las tesis de grado en la Universidad del Cauca (2003) y de Edgar Bolívar (2006) sobre las tesis de la Universidad de Antioquia, entre otros.

Los trabajos de Correa (2006a) y Bolívar (2006), como profesores de la Universidad Nacional y Antioquia, respectivamente, fueron eco de un esfuerzo institucional por conocer las trayectorias y principales características de sus Departamentos de Antropología. Rodríguez (1984), Barragán (1998, 2001) y Collazos (2003) siguieron una resolución personal por realizar esta indagación para la presentación de sus propios informes de trabajo de campo y tesis de pregrado.

En términos temáticos, estos documentos presentaron la avasalladora cantidad de tesis en la línea de antropología social en comparación con las líneas de arqueología, antropología física o biológica y etnohistoria. Resaltaron además el número superior de tesis dedicadas a estudios de poblaciones urbanas en comparación con los de habitantes de zonas rurales.

En sus análisis sobre la distribución de los estudios en Colombia, encontraron una alta concentración de tesis desarrolladas en lugares geográficos próximos. Así, los trabajos en la Universidad Nacional y la Universidad de los Andes se aglutinaban en la ciudad de Bogotá y el departamento de Cundinamarca, aproximadamente con el 30 a 40% de monografías, en comparación con el porcentaje restante distribuido en diferentes lugares de los otros 31 departamentos del país. La concentración de estudios se vió mucho más marcada en las Universidades de Antioquia y Cauca, con un porcentaje aproximado del 60 a 70% de sus tesis desarrolladas en las ciudades de Medellín y Popayán y en los municipios de sus respectivos departamentos. En algunos casos, esta situación motivó el señalamiento de la investigación de las y los antropólogos en formación como una práctica con "*propensión por el etnocentrismo local en la elección de los lugares de estudio*" (Rodríguez P. , 1984, pág. 171) e incluso llevó a acusar esta tendencia como "*la muestra de una antropología casera y parroquialista*" (Collazos, 2003, pág. 247).

Como se puede notar en este breve resumen, la antropología de la antropología en Colombia, que ha utilizado a las tesis de grado como fuente primaria, es afortunadamente un terreno ya abonado y una tabula picta dispuesta al diálogo. La mayoría de los documentos, debido a la cantidad del material con el que se enfrentan, han desarrollado sus interpretaciones a partir de datos estadísticos, mi propuesta se encaminó a complementar estas visiones con una perspectiva espacial que entiende a los informes y las tesis como evidencias del proceso de construcción de terrenos antropológicos.

Adicionalmente, este punto de partida ha conformado un marco de análisis que permite y promueve nuevas lecturas de las tesis en tono comparativo, de manera tal que se acojan las tesis de las diferentes universidades y se incline a profundizar en el contenido de éstas. Este contexto ha motivado la investigación que presento, basada en el análisis de los informes de trabajo de grado y las tesis de grado presentados a los Departamentos de Antropología de las Universidades Andes, Nacional y Cauca³³ en los años de 1970 a 1979.

³³ Para esta década no fue posible encontrar los documentos de tesis de la Universidad de Antioquia. Bolívar (2006) explica que: "*la información que registra la producción de Trabajos de Grado da cuenta de ésta para comienzos del decenio de los ochenta. Los primeros egresados, un número que puede exceder la treintena, no elaboraron monografías en sentido estricto, sino*

1.3 Construcción conceptual y metodológica

1.3.1 Terrenos antropológicos: aproximaciones a un nuevo concepto

Como se mencionó anteriormente, en la segunda mitad del siglo XX se difundió la comprensión de las relaciones internacionales como imbuidas en un sistema mundial en el que los países estaban involucrados desde una posición ventajosa en los centros de poder económico y político, como imperios neocolonialistas, o en una posición adversa como periferias, países dependientes o como el denominado tercer mundo.

La inquietud por entender y transformar esta situación económica, que articulaba a diferentes países, comenzó a incluir la pregunta por la construcción del conocimiento científico. Se encontraron inequidades entre países centrales, productores de teorías frente a otros países periféricos, vistos como meros consumidores de éstas. Para el caso de la antropología en particular, se plantearon además las evidentes inequidades entre los países que elegían colonias para sus estudios (esto relacionado con el nacimiento mismo de la Antropología como disciplina científica) y aquellos que, desde un lugar periférico, estudiaban a las poblaciones que habitaban su mismo país. Se comenzaron a percibir en diferentes países del globo *“las implicaciones para el campo antropológico de las relaciones entre el lugar donde se desarrollaban los estudios antropológicos y el origen del antropólogo”* (Restrepo, 2006, pág. 52).

En 1977, se creó en Estados Unidos la Asociación de Antropólogos del Tercer Mundo donde se asumió el concepto de antropologías indígenas para caracterizar aquellas realizadas en el propio país, sociedad o grupo étnico. En la búsqueda de características propias de estas antropologías, se planteó que en estos casos las y los antropólogos no necesariamente se movían en ambientes académicos delimitados. Los contextos de su ejercicio los involucraban además con la actuación profesional en programas gubernamentales u otros oficios de carácter público (Restrepo, 2006).

Las críticas y elaboraciones posteriores de este concepto, sugirieron cambiar la denominación a antropólogos foráneos y antropólogos locales. Posteriormente, se han realizado estudios para caracterizar la antropología en América Latina, como parte de un grupo de antropologías periféricas o nacionales, en una relación desigual de poder con las antropologías centrales, metropolitanas o del norte (Gerholm & Hanners, 1982; Krotz, 1993; Cardoso de Oliveira, 1999-2000).

En relación con estos desarrollos, se ha generado la propuesta de entender el sistema mundial de construcción del conocimiento en términos de una geopolítica del conocimiento, desde una conciencia del lugar como un espacio de redes desde donde se ejerce la colonialidad del poder (Walsh, 2002). En contravía a la concepción de un conocimiento considerado universal, abstracto y deslocalizado, esta perspectiva concibe

informes que por no ser considerados productos de investigación, jamás fueron remitidos a ninguna biblioteca, producto de lo cual no hay registros” (Bolívar, 2006, pág. 248).

una historia del conocimiento marcada geohistóricamente, con lugares de origen y cuyas enunciaciones están siempre localizadas.

Desde este punto de partida, los autores adscritos a la propuesta estudiaron el conocimiento en dos vías. Analizaron sus geopolíticas como un diseño imperial en un sistema global, que permitió la consolidación de un conocimiento hegemónico. Un sistema en el que era posible ver centros que producían teorías y divulgaban sus avances, en contraste con unas periferias, asumidas como estudios de caso o receptoras de teorías producidas en otra parte. Simultáneamente, estudiaron las posibilidades de descolonización epistémica, es decir, develar los conocimientos que se venían generando “*del otro lado de la diferencia colonial, (...) desde la experiencia subalterna*” (Walsh, 2002, pág. 42). En esta segunda apuesta se inscribe la iniciativa de esta tesis, al investigar la antropología de la antropología en Colombia con una conciencia de lugar.

La decisión de privilegiar el análisis espacial para hacer un estudio que se incluye de manera particular en el campo de la antropología de la antropología en Colombia, me ha llevado a asumir las tesis e informes finales de trabajo de grado de los estudiantes de antropología de la década de los 70, como evidencia de diversos procesos de construcción de terrenos antropológicos.

Para definir lo que entenderé por terrenos antropológicos he de referirme a la definición de espacio que, dicho sea de paso, no siempre fue importante para las ciencias sociales. Sólo hasta finales del siglo XX las ciencias sociales comenzaron a dar una marcada importancia a la conceptualización de espacio y a enunciar posibles diferencias con otros conceptos como lugar y territorio (Delgado, 2003).

En la primera mitad del siglo XX predominaba la concepción de un espacio absoluto, la superficie en la que se ubicaban objetos o personas; no existía distinción alguna al utilizar las palabras espacio, lugar, región y territorio, se trataba de lo que estaba allí, que servía como referencia de ubicación, pero que no importaba en sí mismo sino por los elementos que éste contenía.

El surgimiento y consolidación del positivismo lógico y del neopositivismo involucró unión metodológica de todas las ciencias, neutralidad, privilegio del análisis cuantitativo y búsqueda de leyes generales, entre otros aspectos. Además, llevó a la definición de espacio como una especialidad científica y al nacimiento de una disciplina dedicada a su estudio, la Geografía (Tuan, 1974 y Sack, 1997 en Delgado, 2003). En este contexto, la definición de espacio se dividió en un *espacio concreto*, la superficie terrestre, y un *espacio abstracto*, a partir del cual se podrían erigir modelos, generalizaciones y predicciones.

Sin embargo, diversos desarrollos posteriores obligaron a complejizar este concepto. Las ideologías liberales, los planteamientos socialistas y el marxismo de mediados del siglo XX, denunciaron la necesidad de una mirada histórica y dialéctica para explicar el espacio (Richard Peet, David Harvey, Edward Soja, Milton Santos, en Delgado, 2003). En esta perspectiva, se hizo necesario inscribir categorías de análisis que dieran cuenta de los procesos de producción social del espacio y que el análisis social se hiciera sobre la base de ciencias comprometidas en la redistribución de la tierra como una necesidad para la transformación revolucionaria que hacía posible enfrentar al sistema capitalista.

A finales de los años 70, se plantean también propuestas analíticas del espacio, basadas en el existencialismo y la fenomenología de Husserl (Edward Relph, Anne Buttimer, David Ley y Yi Fu Tuan, en Delgado, 2003). Estas aproximaciones incluyen cuatro elementos para la conceptualización de espacio: conciencia, subjetividad, experiencia, cotidianidad y cuerpo.

Otros desarrollos preponderantes se han realizado entre aquellos sectores que buscan una ruptura con la modernidad, con los meta-relatos, con la racionalidad occidental hegemónica, con los intentos de universalización o unificación y con la centralización del poder³⁴ (Soja, 1989). Desde este punto de vista, se asume un espacio en el que no caben narrativas totalizadoras ya que prevalecen las diferencias étnicas y culturales, en donde se privilegia el conocimiento local y en el que se pueden advertir fragmentaciones, discontinuidad, caos, yuxtaposición y disyunción, más que regularidades o fenómenos predecibles, en fin, se trata ya de una pluralidad de espacios en temporalidades heterogéneas³⁵.

Finalmente, existen otro grupo de desarrollos que, buscando superar el dualismo entre estructura y acciones individuales, relacionan las propiedades estructurales del espacio en interacción con agentes sociales, en una dinámica que se inserta en un sistema complejo de relaciones (Giddens & Knox, 1994). En este sentido, se despliega una teoría de la estructuración en la que el espacio habita en la relación entre estructuras y agentes para la conformación dinámica de una sociedad.

La necesidad de entender el espacio desde una perspectiva que incluya diversos elementos ha ido aunada a la separación entre la idea de espacio y territorio, este último asumido a partir de las siguientes consideraciones:

- “1. Toda relación social tiene ocurrencia en el territorio y se expresa como territorialidad. El territorio es el escenario de las relaciones sociales y no solamente el marco espacial que delimita el dominio soberano de un Estado.*
- 2. El territorio es un espacio de poder, de gestión y de dominio del Estado, de individuos, de grupos y organizaciones y de empresas locales, nacionales y multinacionales.*
- 3. El territorio es una construcción social y nuestro conocimiento del mismo implica el conocimiento del proceso de su producción.*
- 4. La actividad espacial de los actores es diferencial y por lo tanto su capacidad real y potencial de crear, recrear y apropiarse territorio es desigual.*
- 5. En el espacio concurren y se sobreponen distintas territorialidades locales, regionales, nacionales y mundiales, con intereses distintos, con percepciones, valoraciones y actitudes territoriales diferentes, que generan relaciones de complementación, de cooperación y de conflicto.*

³⁴ Respetando la diversidad de posturas en este sentido he decidido abstenerme de denominarlos en términos generales como posmodernos.

³⁵ Teóricos como Jameson (1991) y Callinicos (1993) recuerdan que es importante asumir estos planteamientos desde una mirada crítica y teniendo en cuenta que hacen parte de un orden socio económico con características propias (sociedad posindustrial, acumulación flexible, globalización, etc.).

6. *El territorio no es fijo, sino móvil, mutable y desequilibrado. La realidad geosocial es cambiante y requiere permanentemente nuevas formas de organización territorial.*

7. *El sentido de pertenencia e identidad, el de conciencia regional, al igual que el ejercicio de la ciudadanía y de acción ciudadana, solo adquieren existencia real a partir de su expresión de territorialidad. En un mismo espacio se sobreponen múltiples territorialidades y múltiples lealtades”* (Montañez & Delgado, 1998, págs. 122-123).

En conjunción con estos esfuerzos de entender la complejidad de los conceptos de espacio y territorio, algunos desarrollos teóricos y metodológicos en Antropología han contribuido enormemente a la crítica de los tradicionales lugares etnográficos y han desvirtuado la visión de culturas y grupos sociales fijos a un territorio invariable, aislado y de fácil delimitación (Ej. Gupta & Ferguson, 1997; Uribe & Restrepo, 1997; 2000; Clifford, 1997, entre otros). Juiciosamente nos han llevado al camino que observa una configuración cultural más compleja en la que se incluyen relaciones globales y “glocales” (Ej. Robertson, 1992); múltiples, diversas y continuas movilidades (Ej. Marcus, 1995); no lugares (Augé, 1995), espacios sin coincidencia georreferenciable e incluso mundos virtuales (Ej. Martínez, 2005).

El análisis que privilegia una perspectiva espacial no significa entonces la localización de antropólogos y antropólogas en espacios naturales que existen, independientes de su presencia y con características fijas, por esta razón no sólo involucra la realización de mapas que ubiquen en lugares o regiones específicas del país los trabajos considerados antropológicos. Tiene que ver en cambio con tres tipos de territorialidades³⁶ que coinciden en una investigación antropológica: territorialidades nacionales y globales; territorialidades de las poblaciones que se investigan, sean éstas poblaciones con grupos humanos vivos o grupos del pasado; y territorialidades de las y los antropólogos en formación y en ejercicio disciplinar. Este espacio de investigación antropológica, en el que coinciden las territorialidades enumeradas, es lo que he llamado en este estudio, **terrenos antropológicos**.

Para su uso como categoría analítica, entenderé los terrenos antropológicos como esta concurrencia de territorialidades en el ejercicio consciente de realizar una investigación delimitada en la práctica de una disciplina científica en particular, más que en el sentido amplio que permite la etimología de la palabra antropológico. Asumiré además que cada investigación genera diferentes niveles de distanciamiento en tanto las y los estudiantes perciben a sus lugares de estudio como más cercanos o lejanos según su triple participación en la construcción de territorialidades. De acuerdo con esta propuesta, los y las estudiantes hacen parte de un país y participan en la configuración de territorialidades nacionales y globales; simultáneamente, interpretan y expresan los sentidos y usos de los territorios según lo que logran establecer en la relación con las poblaciones que los habitan, de tal manera que en su estudio participan en la construcción de territorialidades de las poblaciones investigadas; como tercer proceso simultáneo, las y los estudiantes

³⁶ Entendidas como “conjunto de prácticas y sus expresiones materiales y simbólicas capaces de garantizar la apropiación y permanencia de un determinado territorio por un determinado agente social, o Estado, los diferentes grupos sociales y las empresas” (Lobato Correa, 1996: 252, en Montañez & Delgado, 1998, pag 124).

participan en la constitución de su propia territorialidad, según la definición del territorio de vida que han construido en la relación con su entorno cercano.

Por ejemplo, la construcción de carreteras, las posibilidades de transporte terrestre y aéreo y el desarrollo de los medios de comunicación en el país, que han sido decisiones políticas que afectan la configuración de territorialidades nacionales, son elementos que participan en la percepción de lugares de estudio como cercanos y lejanos, o centrales y periféricos.

Estos elementos se relacionan además con el establecimiento de territorialidades de las y los antropólogos en formación. Si partimos del supuesto de que las ciencias que estudian al ser humano implican desde su principio un extrañamiento inherente a la práctica, ya que permiten y promueven la pregunta por lo humano desde lo humano, podemos afirmar que toda formación en la disciplina antropológica involucra un proceso de extrañamiento. Sin embargo, en una investigación específica estos procesos se ven influidos por diferentes distancias en las que el antropólogo o antropóloga relaciona su propia territorialidad con aquella territorialidad que analiza como si fuese un extraño. Así, es posible encontrar estudios en los que se quiera “ver su propio mundo con otros ojos”, es decir, cuando se percibe que la distancia geográfica y cultural es cercana al investigador, o estudios en los que el investigador se percibe como explorador, en tanto el lugar de estudio le resulta lejano en el tiempo, en el espacio o en términos culturales.

Otro elemento involucrado tiene que ver con la geopolítica del conocimiento (Lins Ribeiro & Escobar, 2008; Mignolo, 2002) en una suerte de territorialidad generada a partir del lugar de estudio. En este sentido, la localización de las instituciones de educación superior que en términos legales y legítimos están facultadas para la formación en antropología (regularmente, en los centros políticos y económicos) y la conformación de sus comunidades académicas, sugieren procesos de alejamiento o acercamiento a determinados lugares de estudio.

Toda investigación antropológica comprende la interacción directa con poblaciones vivas o se comunica de manera indirecta (por documentos, tuestos, restos u otros) con grupos humanos que tejieron o tejen diferentes territorialidades. Los territorios de las poblaciones implicadas en cada estudio demarcan también diferentes distancias, lejanías o cercanías, a lo que se suma el tipo de relación establecida con la o el estudiante, si por ejemplo la investigación es asumida como externa y como imposición al grupo, o como externa y soportada, o como fruto de un acuerdo, o como interna y como iniciativa de la población, o como realizada por parte de un integrante de la comunidad pero ajena a los intereses de ésta, etc.

Los terrenos antropológicos así entendidos, como espacio de coincidencia de diferentes territorialidades, se construyen en cuatro momentos que regularmente son etapas sucesivas en el tiempo, pero que después de iniciadas se vinculan como un ciclo de eventos en constante evaluación. Un primer momento de coincidencia de territorios, se presenta en la construcción preliminar del campo de estudio: se establecen preferencias teóricas y metodológicas, se generan posicionamientos sobre las relaciones ideales entre las personas que participarán en la investigación, se identifican y caracterizan los lugares de estudio; esto, desde la opción consciente de iniciar una investigación antropológica. El segundo momento se genera con las estrategias de acercamiento (o reacercamiento en el caso de investigaciones con un “otro cercano”). Es un momento en el que se combinan

estrategias para establecer los primeros acuerdos que guiarán las relaciones en campo y se hacen manifiestas las distancias en juego.

El tercer momento se ubica en la vivencia en campo que, como ya lo anotamos, se refiere a estudios de las más diversas características que pueden incluir interacción con población viva, análisis con documentos y escritos en archivos, indagaciones en contextos arqueológicos u otro tipo de estrategias. El cuarto momento se enmarca en la construcción de un registro comunicable de la experiencia, es decir, con la escritura de un texto, la elaboración de videos, reuniones de socialización u otras estrategias que impliquen la difusión de la investigación.

La construcción de terrenos antropológicos en los momentos sucesivos y paralelos que hemos anotado, se realiza además en el engranaje de diferentes escenarios como las universidades y otras instituciones de investigación en Antropología, los centros de documentación o archivos, las instituciones gubernamentales y no gubernamentales, los espacios habitados por las poblaciones que se investigan, otros espacios públicos y privados, etc.; y la articulación de las y los participantes de la investigación entre los que se pueden encontrar antropólogos, profesores, funcionarios públicos, habitantes de una comunidad, etc.

En este sentido, no sólo se asume el trabajo desarrollado por las y los estudiantes de antropología como aquel delimitado en los lugares y las comunidades que decidieron estudiar, o en un tiempo específico que podría definirse como trabajo de campo; se piensa además en la confluencia de territorialidades con diversos momentos, escenarios y participantes de la investigación, en un intento de contribuir al análisis espacial desde una perspectiva compleja como estrategia para continuar haciendo antropología de la antropología en Colombia.

1.3.2 Cartografía de los terrenos antropológicos: una apuesta metodológica

Como he mencionado, esta investigación responde al interés por estudiar la antropología apócrifa y específicamente las tesis e informes de trabajo de grado escritos por estudiantes de antropología de la década de 1970, como apoyo a la construcción de una antropología de la antropología en Colombia. La elección de privilegiar el análisis espacial entendido como la construcción de terrenos antropológicos fue resultado de los puntos de inflexión vividos durante el desarrollo de este proyecto. A continuación describiré estos puntos neurálgicos y su responsabilidad en la división de la investigación en tres fases: la georreferenciación de los documentos, la lectura subordinada y la interacción con los textos.

La descripción metodológica de un proyecto suele ser la oportunidad perfecta para construir artificiosamente un camino impecable de pasos sucesivos. Como ocurre cuando intentamos domesticar la memoria, caemos en la tendencia de limpiar los desaciertos y atar diferentes acontecimientos en series temporales, de manera tal que el proceso planeación-investigación-resultado quede plasmado casi como una sucesión natural de pasos (incluso al estilo causa-acción-efecto). Todas y todos aquellos que se han embarcado en procesos investigativos reconocen que son pocos los casos en que esta situación coincide con la realidad, pero el artificio es obligatorio si decidimos hacer comunicable nuestra experiencia. Para este escrito, he decidido describir la estrategia

metodológica vinculada a la historia misma de la investigación, de esta manera, sigue siendo un artificio porque sin duda es una retrospectiva manipulada que establece conexiones arbitrarias, pero incluyo en él algunos de los puntos neurálgicos de reflexión que llevaron a cambios de rumbo en el proyecto, así espero aminorar la percepción de evolución lineal que regularmente acompaña a este tipo de experiencias.

La inquietud que conduce a la elaboración de este proyecto surgió en los primeros meses del año 2005, en el contexto de las discusiones del Seminario “Antropología de la Antropología” de la Universidad Nacional de Colombia, un espacio extracurricular guiado por los docentes Roberto Pineda Camacho, François Correa y Ximena Pachón, y en el que participaron estudiantes de pregrado y postgrado, junto a otros docentes del departamento e invitados externos.

En mi condición de estudiante en proceso (y crisis) de elaboración de tesis y, junto a otro estudiante, Joshua Pimiento, estudiamos la posibilidad de contar con un mapa que nos mostrara los lugares que habían sido estudiados por la Antropología y que detallara la concentración o dispersión de estudios en zonas específicas. Esto, con el fin de obtener una guía para direccionar nuestras tesis hacia aquellos lugares que habían sido menos estudiadas. De allí surgió el texto “*Un espacio para la etnografía. Cartografía de las etnografías en Colombia*” (Bernal & Pimiento, 2005) presentado en las reuniones del seminario. Este documento se dividió en dos partes principales; la primera, una cartografía sobre los lugares estudiados por algunos y algunas pioneras de la Antropología en Colombia y la segunda, una propuesta de elaboración de una base de datos para consignar información etnográfica georreferenciada. En la primera parte se realizaron algunas elaboraciones en torno a los terrenos privilegiados y marginales de la antropología en Colombia; de la intención de profundizar en este análisis espacial de la disciplina surge mi proyecto de investigación para la Maestría en Antropología. En la segunda parte del texto, se expone la propuesta de elaborar una base de datos etnográfica con aplicación a un Sistema de Información Geográfica (SIG) y de allí nace el grupo estudiantil denominado “Etnografías en Colombia”. En el año 2006 realicé una segunda aproximación cartográfica a los terrenos de la Antropología Médica en el país, siguiendo la información de Herrera y Lobo-Guerrero (1988) y de mi propia recopilación (Bernal E. , 2006).

Gracias al trabajo y al acercamiento a las posturas de intelectuales como Mignolo (2003), Lander y Castro-Gómez (2003), entre otros, comencé a trabajar en un documento en el que analizaba cómo los patrones de la geopolítica del conocimiento se repetían en la Antropología en Colombia, con la identificación de lugares privilegiados en la construcción de conocimiento antropológico (Bogotá, Antioquia y Cauca) y zonas periféricas, como las regiones de la Amazonia, la Orinoquia y algunos sectores de la región del Caribe. Me interesó saber entonces si en las tesis de grado, que podrían considerarse como una práctica subalternizada al interior de la academia, se replicaba el mismo modelo de geopolítica del conocimiento con el que se explicaban las relaciones de poder entre las antropologías del mundo.

Para ello decidí compilar la información básica de los documentos en una base de datos en Excel y considerar las tesis de los cuatro Departamentos de Antropología consolidados históricamente en el país pero ubicados en espacios distintos, Bogotá (Universidad Nacional y Universidad de los Andes), Medellín (Universidad de Antioquia) y Popayán (Universidad del Cauca), los cuales podrían dar cuenta de sus características

particulares en términos de centralidad o periferia. Dicha comparación era viable porque ya existía un trabajo previo y reciente que analizaba la producción académica de cada Departamento (Ej. Correa, 2006 en la U. Nacional; Bolívar, 2006 en la U. de Antioquia; Collazos, 2003 en la U. del Cauca; Barragán, 2001 en la U. de los Andes), lo que me brindaba una base de análisis y la intención de transgredir el “localismo institucional” que percibí en esta clase de estudios. Según la entrevista realizada a Cristóbal Gnecco en el año 2007, esta ambición comparativa y abarcadora puede entenderse también porque era estudiante de posgrado en una Universidad de Bogotá, una ciudad capital, constituida como un lugar central en la geopolítica del conocimiento local desde donde se legitiman los análisis nacionales y generales, a diferencia de otros departamentos de Colombia, usualmente percibidos como de antropologías periféricas y constreñidos a establecer análisis regionales o parciales.

De manera paralela, durante el 2005 y el 2006, se realizaron paros prolongados en la Universidad Nacional como respuesta a la reforma propuesta por el entonces rector Marco Palacios quien asumía la idea, ya promovida en ámbitos internacionales, de lo infecundo que resultaba exigir investigación en el pregrado. Claustros, bloqueos y otras medidas de algunos estudiantes y docentes mostraron el descontento de una parte de la comunidad ante este presupuesto. Imbuída en este contexto, mi interés académico por analizar las tesis para contrastar la información que brindan con los enunciados de la geopolítica del conocimiento, se enlazó con la intención de contribuir al debate en la Universidad mostrando la gran riqueza investigativa que se encuentra en las tesis de pregrado y la necesidad de mantener y valorar esta práctica, por lo menos, para la disciplina antropológica.

Debido a la complejidad de retomar todas las tesis entregadas a los Departamentos desde 1968 (fecha de la primera tesis entregada) hasta el año 2006, decidí delimitar la búsqueda a dos decenios específicos: las tesis entregadas en una época considerada crítica en la antropología en Colombia, la década de 1970 y la década de 1996 a 2005 con las tesis entregadas después de la promulgación de la nueva Constitución Nacional de 1991. En una suerte de comparación entre una época anterior y posterior a la declaración de Colombia como un país multicultural y pluriétnico.

Terminada la recopilación, con visitas a las bibliotecas, centros de documentación y Departamentos de Antropología de las cuatro universidades elegidas, construí una matriz con información de 1340 tesis entregadas, distribuidas como se muestra en la Tabla 1-1. Además, a partir de esta información, elaboré algunos gráficos que me permitían ver tendencias en las tesis entregadas y en los lugares elegidos para las investigaciones³⁷ (ver Gráficos 1-1 y 1-2).

³⁷ Sobre estos datos volveré en el próximo capítulo.

Tabla 1-1: Tesis entregadas en los periodos de 1970-1979 y 1996-2005.

Universidad	Periodo		Total x Universidad
	1970-1979	1996-2005	
Andes	142	330	472
Antioquia	0	286	286
Cauca	17	99	116
Nacional	126 TG ³⁸ (40); TC ³⁹ (86)	340	466
Total x periodo	285	1055	1340

Gráfico 1-1: Comparación número de tesis entregadas en el periodo de 1970 a 1979.

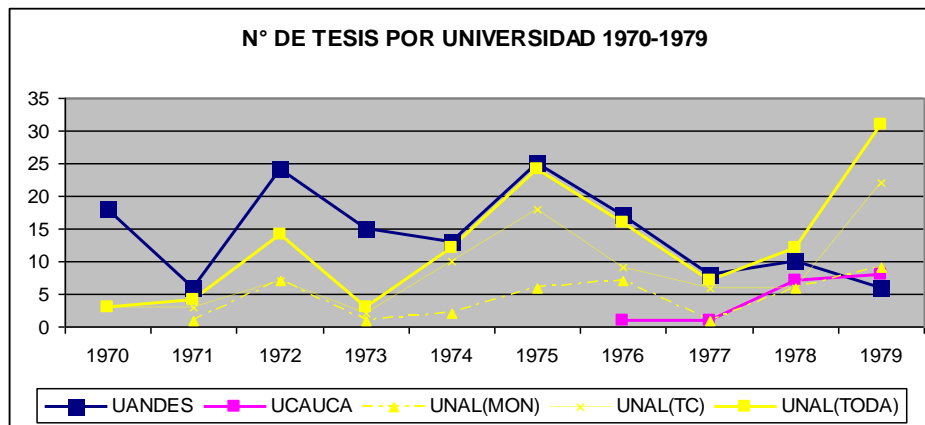
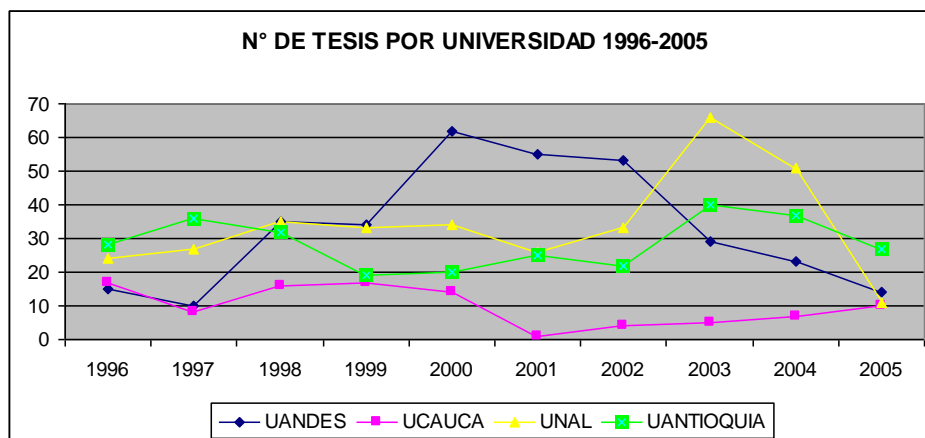


Gráfico 1-2: Comparación número de tesis entregadas en el periodo de 1996 a 2005.

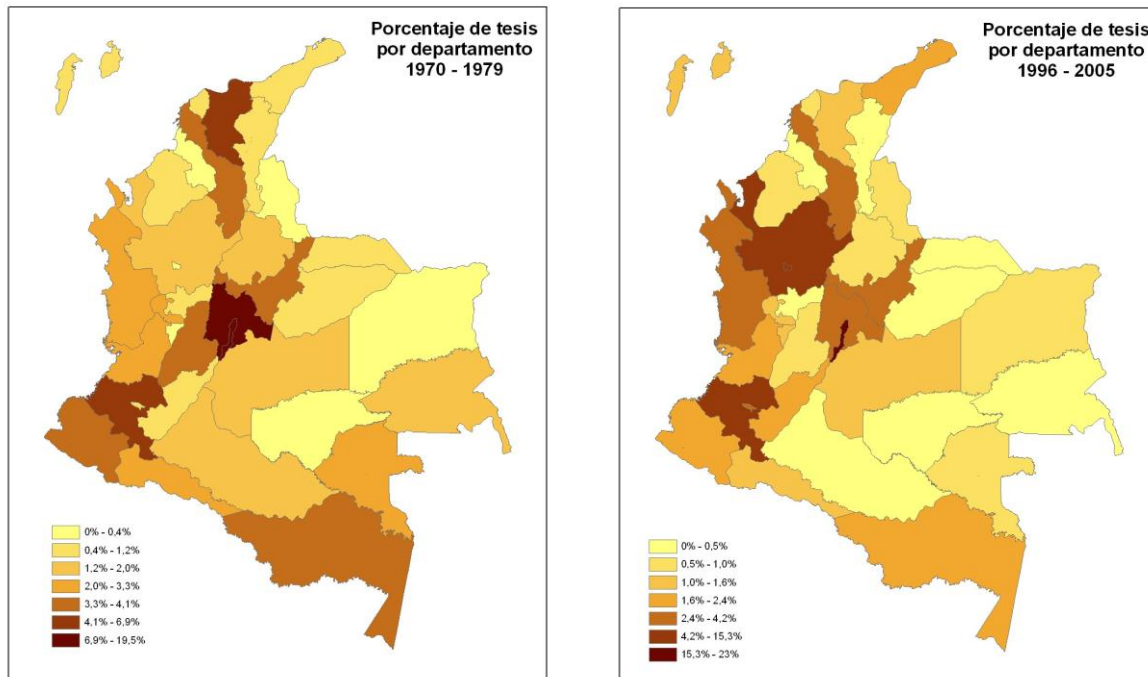


³⁸ Tesis de grado o Monografías.

³⁹ Informes finales de trabajo de campo.

Esta información me permitió la escritura de un documento en el que analicé las posibles razones por las que se podría estar replicando el modelo de la geopolítica mundial en los contornos nacionales, tal y como plantearan Gerholm y Hanners (1982) en la década de los 80. Analicé cómo en esta configuración podrían influir aspectos como: otredad cercana o local como sujeto privilegiado de investigación, geopolítica en la ubicación de los Departamentos de Antropología y lugar de habitación permanente de los estudiantes, prácticas de formación en Antropología, acceso a los lugares elegidos como campo por condiciones geográficas, financieras y conflicto armado, entre otros (Bernal E. , 2008).

Mapa 1-1: Comparación lugares estudiados en las tesis entregadas en los periodos de 1970-1979 y 1996-2005.



Este esfuerzo se vio detenido, sin embargo, por una reflexión importante. No estaba considerando las razones que las y los estudiantes habían dado en sus propias tesis para la elección de los terrenos. Estaba retomando solamente el número de las tesis y sus características generales para que sirvieran de autorización a mi voz y a mis propias interpretaciones, pero no estaba dejando lugar para que fueran las tesis mismas quienes expresaran sus razones. Este aspecto me llevó a abandonar la fase en la que me proponía dejar una mera georreferenciación de los documentos como sustento para mi propio discurso y a iniciar una nueva fase en la que revisara asiduamente las tesis, buscando la respuesta a mis preguntas principales. En este momento decidí concentrar mi atención a la década de los 70, es decir, delimité mi estudio a 285 documentos distribuidos como se muestra en la Tabla 1-2.

Para esta segunda fase de mi investigación y en aras de establecer las principales influencias para la elección de los lugares de estudio en las y los estudiantes de antropología, creé un formulario en el que consignaba los siguientes aspectos:

- Caracterización que los autores o autoras hacían del lugar en el que habían hecho campo, como central o como marginal para el país.
- Cómo el Departamento de Antropología en el que estudiaban había influenciado su decisión.
- Qué características personales anotadas pudieron haber afectado la escogencia del lugar a estudiar (Ej. Estado civil, género, lugar de nacimiento o habitación permanente, etc.).
- Cómo su elección sobre el lugar de estudio se vio influida por los grupos con los que pretendían hacer la investigación (grupos indígenas, campesinos, urbanos, etc.).
- Qué sucesos extra-académicos afectaron la opción sobre los lugares a estudiar.

Tabla 1-2: Tesis entregadas en la década de 1970 consideradas en el estudio.

Universidad	Número de tesis o informes de trabajo de campo
Andes	142
Antioquia	0 ⁴⁰
Cauca	17
Nacional	126 TG (40); TC(86) ⁴¹
Total x período	285

Con estos aspectos en mente emprendí la lectura de las tesis. Debo confesar que, con toda la ingenuidad del caso, estaba segura de encontrar fácilmente estas respuestas. Pero, como es regular en los contextos de investigación cualitativa, hallé resistencias en mis fuentes. Pocas tesis definían con claridad los motivos por los cuales habían elegido el lugar de estudio. La mayoría estaban repletas de discusiones teóricas o teórico-metodológicas relacionadas con el marxismo, contenían apartes que parecían grandes listados de los problemas que aquejaban al país y planteaban constantemente férreas críticas a la Antropología, a la situación dependiente de Colombia en el sistema mundial, al Estado y a todo lo que permitía el *statu quo*. Inicé entonces un escrito que diera cuenta de la descripción de los datos obtenidos en estas primeras lecturas. El documento previsto estaría dividido en cinco secciones, cada una daría cuenta de las preguntas transversales a las tesis así: (I) descripción de los lugares en los que se realizó el trabajo de campo, (II) Departamentos de Antropología, (III) características de los estudiantes, (IV) sujetos de investigación y (V) acontecimientos influyentes.

⁴⁰ Para esta década no fue posible encontrar los documentos de tesis de la Universidad de Antioquia. Bolívar (2006) explica que: “la información que registra la producción de Trabajos de Grado da cuenta de ésta para comienzos del decenio de los ochenta. Los primeros egresados, un número que puede exceder la treintena, no elaboraron monografías en sentido estricto, sino informes que por no ser considerados productos de investigación, jamás fueron remitidos a ninguna biblioteca, producto de lo cual no hay registros” (Bolívar, 2006, pág. 248).

⁴¹ Para la Universidad Nacional consideré tanto las tesis de grado (TG) o monografías entregadas para optar por el título, como los informes finales de trabajo de campo (TC). Ver cita 28.

Tres dificultades salieron a flote con esta propuesta de análisis. En primer lugar, resultaba muy difícil hacer generalizaciones sobre información puntual que muchas tesis ofrecían de manera francamente borrosa; un segundo aspecto, es que varias afirmaciones resultaban descartables porque se remitían a aspectos que consideré en ese momento como sentido común y en tercer lugar, en la lectura transversal aparecía una Colombia homogénea, no parecía existir una diferencia resaltable entre las regiones analizadas. Pero quizás lo más impactante de esta reflexión es que me percaté de la subordinación a la que había sometido a las tesis. Como en la aplicación de una encuesta descuidada, quise amoldar las tesis a mis inquietudes y perdí la capacidad de escucha y de lectura atenta. Decidí entonces volver a retomar la lectura de estos documentos con una mirada dispuesta a encontrar lo que estos escritos querían transmitir. Para no caer además en las trampas de considerar obvios ciertos aspectos de lo que percibía como un otro cercano, decidí asumir una actitud de sorpresa incluso en lo que consideraba antes sentido común. En otras palabras, me involucré en el proceso de extrañamiento necesario para hacer antropología de la antropología en Colombia.

Como fruto de esta reflexión y con miras a reconocer los aspectos que considero fueron los más reiterativos y de mayor importancia en los escritos de los y las estudiantes, presento en los capítulos tres, cuatro y cinco de este documento, una descripción de los elementos de mayor énfasis entre quienes que optaron por hacer sus estudios sobre las regiones Amazonia, Orinoquia, Pacífico y Caribe en la década de los 70, regiones que han sido consideradas como periféricas frente a la centralidad política y económica de la región Andina⁴².

No supongo crear la sensación de que soy un mero puente que permite la voz de las y los estudiantes que escribieron sus tesis e informes de trabajo de campo en la década de los 70, porque sometí los documentos a una organización determinada y a una selección de citas que permitió finalmente mostrar mi propia interpretación. Sí espero, en cambio, que la descripción de estos aspectos, que podrían aparecer como repetitivos o de sentido común, logre evidenciar el registro de un diálogo entre la autora de este escrito y los autores⁴³ de aquellas tesis e informes de trabajo de campo, con cuatro décadas de distancia. Por este motivo, realicé un análisis de discurso con categorías emergentes (en este proceso retomé el contenido entero de las tesis, incluyendo los espacios dedicados para agradecimientos y los epígrafes), utilicé estrategias bibliométricas para identificar a las y los autores más influyentes en los documentos y asumí un proceso de espacialización de las tesis y trabajos de campo, entendido como una estrategia metodológica para hacer una antropología de antropología que privilegiara la perspectiva espacial en una escala nacional.

⁴² En este documento no abordaré el caso de la región Andina dado que el número de tesis y la complejidad de los estudios en esta región (Sur, Centro y Norte) hacen necesario un estudio minucioso que bien podría pensarse como un segundo tomo o un trabajo posterior que supere los alcances de este texto.

⁴³ Para marcar una diferencia entre las citas de trabajos publicados (fuentes secundarias) y las citas de tesis e informes de trabajo de campo, que son mis fuentes primarias, decidí en estas últimas escribir los dos apellidos de su autor o autora siempre que fuera posible, así: (Gutiérrez, 1990)=fuente secundaria, (Gutiérrez Alvarado, 1973)=fuente primaria. Esto no fue posible con las tesis cuyo autor o autora aparece en los documentos y las bases de datos de las bibliotecas con un solo apellido.

Como resultado de esta experiencia propongo una estrategia metodológica de espacialización que tenga en cuenta que el espacio es dinámico y muta según las estrategias que se asuman para representarlo, y que cubije los siguientes aspectos:

1. Construcción de bases de datos con información general de los documentos y ubicación de las tesis e informes finales de trabajo de campo en un espacio abstracto, representado a partir de gráficas y cartografías de localización absoluta (mapas).

Los ítems utilizados en la base de datos construida para esta investigación fueron: número de identificación de las tesis según la biblioteca en la que están ubicadas, universidad de presentación de la tesis, posibilidades de acceder al texto, título, autoría, género autores (mujer, hombre, par mujeres, par hombre, par mixto, otros), dirección de la tesis, año, población estudiada⁴⁴, tema general y tema específico⁴⁵ y ubicación espacial (región, departamento, municipio, otro referente, otro país, sin espacio físico).

2. Contextualización de las cartografías asumiendo una percepción histórica y relacional sobre el espacio antropológico, entendido como terreno antropológico.
3. Lectura analítica de las tesis con categorías previas de análisis sobre los presupuestos, las experiencias y percepciones con los que las y los estudiantes construyeron sus terrenos. Para esta investigación las categorías se refirieron a las caracterizaciones realizadas por las y los estudiantes de la época sobre:
 - Los lugares en los que hicieron trabajo de campo como: marginales o periféricos, de importancia regional, nacional o académica, rutas de acercamiento y dificultades, características generales, otros.
 - Su trabajo de investigación: temática, metodología, conceptos y autores más relevantes, subdisciplina o línea antropológica, relación con otros disciplinas, otros.

⁴⁴ Para la clasificación de la población estudiada se utilizó la característica que los mismos autores de las tesis utilizaban para su definición y se clasificó de la siguiente manera: indígenas (nombre del grupo indígena); negritudes/afrodescendientes; pobladores o habitantes de un municipio, barrio o departamento; grupo socioeconómico (mineros, proletarios, pescadores, etc.); población prehispánica (estudios arqueológicos) y sujetos históricos; población móvil (colonizadores, desplazados); ciclo vital (niños, jóvenes, adultos mayores, etc.); comunidad educativa (profesores, estudiantes, etc.); perspectiva médica (Ej. curanderos, enfermos, etc.); género; grupos místicos y religiosos; actores/víctimas del conflicto armado; artistas; otra población, no aplica.

⁴⁵ Los temas generales se agruparon en: antropología simbólica/imaginarios/representaciones; conflictos sociopolíticos - cambio cultural, cambio social; arqueología general; antropología política - organización social; antropología económica - social; historia - etnohistoria; antropología médica - etnomedicina - salud; socialización y educación; antropología física o biológica; espacios; sexualidad y género; etnografía y etnología; problemas sociales particulares; teoría; cultura popular; relaciones interétnicas/ intergrupales; compilación de información antropológica; lingüística; biología, etnobiología - geografía física; emociones; otros.

- Sus Departamentos de Antropología: currículos y prácticas pedagógicas, actividades extra-escolares, docentes influyentes, relación con estudiantes de su carrera y otras personas de la comunidad académica, otros.
 - Características personales: estado civil, trabajo u ocupaciones adicionales al estudio, tesis como contacto con otro lejano, tesis como contacto con otro cercano, redes y contactos.
 - Relaciones con las poblaciones que se investigaron en las tesis: definición de los sujetos de estudio, acercamientos, relaciones (relaciones cercanas y dificultades para establecer relaciones), otros.
 - Relaciones con instituciones que influyeron en el estudio: instituciones, colaboraciones, dificultades, otros.
 - Financiación: apoyos y dificultades.
 - Sucesos influyentes: académicos y otros.
 - Principales conclusiones
4. Interpretaciones regionales y transversales de los aspectos más representativos en la construcción de terrenos antropológicos de la época. Para este punto, seguí cuatro ejes de análisis que analizo en los capítulos dedicados a la descripción de los terrenos antropológicos en diferentes regiones (capítulos tres, cuatro y cinco), y que retomo como lectura transversal en el capítulo de discusión:
- (I) Definición de las zonas estudiadas en relación con la idea de Estado-Nación,
 - (II) Construcción de corrientes de pensamiento frente a la presión de constituirse en generación de ruptura,
 - (III) Posicionamientos como investigadores y toma de postura frente a la relación con otros sujetos de la investigación, y
 - (IV) Reconsideraciones de supuestos previos a partir de la experiencia vivida en campo.

2. Corpus cartográfico de las tesis e informes finales de trabajo de campo: aperitivo para el análisis

Como resultado de los primeros pasos de la cartografía propuesta, que incluyeron la construcción de bases de datos y mapas, en esta sección presento información general de las tesis e informes finales de trabajo de campo entregados a los Departamentos de Antropología en Colombia en la década de 1970. Las cifras y los datos espaciales cuantitativos fueron el primer resultado en la investigación que presento, por tanto, resultan útiles como introducción a los capítulos que abordarán cada una de las regiones, particularmente porque permiten el surgimiento de diversas preguntas e interpretaciones y constituyen la evidencia de la amplitud del campo de estudio al que me he adscrito.

2.1 Rutas propuestas y rumbos imprevistos con la emergencia de la antropología universitaria

En Viena, en 1952, se celebró el encuentro S.O.S de la Etnología a propósito del IV Congreso Mundial de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. Intelectuales de diferentes países ubicaron a los grupos humanos que habían sido estudiados por esta disciplina hasta la fecha y aquellos con más urgencia a investigar. Gerardo Reichel-Dolmatoff, invitado a este encuentro y atendiendo a su llamado, presentó su correspondiente descripción de la situación etnológica en Colombia. Trece años después, Alicia Dussán de Reichel-Dolmatoff complementó esta propuesta y publicó el texto denominado “Problemas y necesidades de la investigación etnológica en Colombia” (1965).

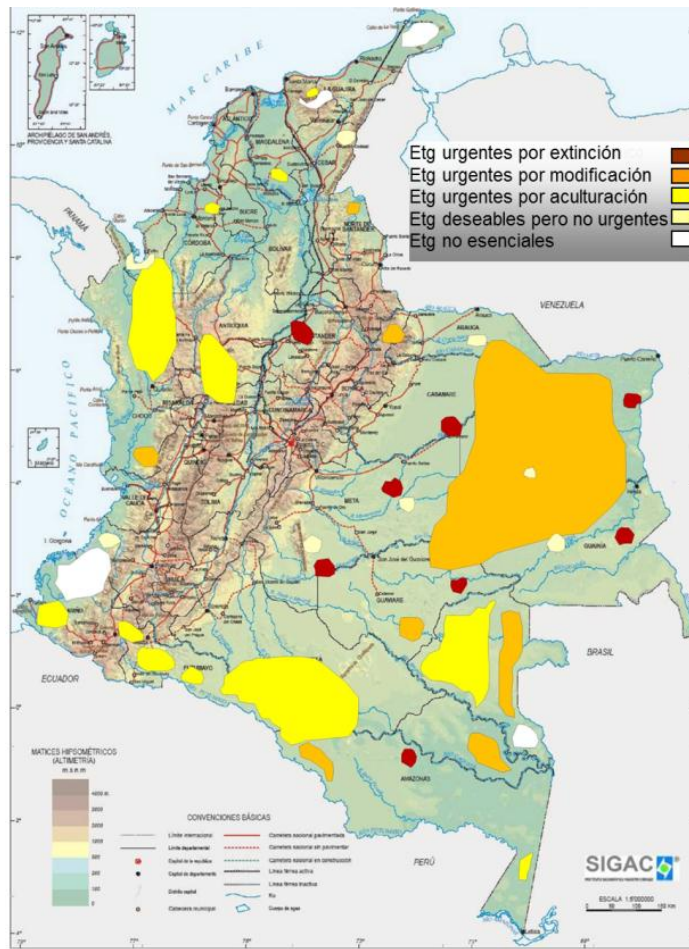
Un importante anuncio se estaba evidenciando en estas reuniones y escritos, se trataba de la crisis de la etnología. En el origen de esta disciplina, la selección de los lugares para realizar trabajo de campo estuvo relacionada con dos aspectos principalmente, conocer mejor a las colonias a partir del trabajo de etnólogos que partían desde los países colonizadores y apoyar la exploración de las manchas grises o blancas de los mapas, es decir, resultaba imperante ir a los *terrae incognitae*⁴⁶. Pero a mediados del siglo XX una situación distinta se percibía. Las preguntas antropológicas habían cambiado. Para ese momento, más que conocer a un otro lejano e inferior, se buscaba dar cuenta de una humanidad diversa que acercara y respetara a las diferentes culturas, esto desde enfoques diversos como el funcionalismo, el relativismo cultural y el

⁴⁶ Porciones de la tierra que aún no se habían explorado.

estructuralismo (Boivin, Rosato, & Arribas, 2007). Además, la mayoría de los países en el mundo ya se habían declarado como Estados soberanos e independientes. Al mismo tiempo, los mapas se estaban completando, los cartógrafos veían desaparecer las manchas blancas para dar paso a formas definidas de fronteras nacionales, montañas, ríos y demás. Los territorios inexplorados estaban dejando de existir.

Alicia Dussán, escribió cómo esta desaparición de territorios inexplorados estaba directamente relacionada con la expansión de Occidente, de su saber tecnológico y científico pero sobre todo, de su poderío militar. Esta acelerada difusión provocó una sensación de incertidumbre, rodeada de densos aires de pesimismo. Los grupos indígenas en Colombia estaban destinados a la desaparición o a la aculturación, se estaba viviendo “*el ocaso de las culturas aborígenes*” (Dussán, 1965, pág. 25). Resultaba necesario entonces hacer una etnología de emergencia. Atendiendo a esta lógica, Dussán analizó los reconocimientos regionales y las etnologías que debían realizarse en diferentes lugares del país y propuso una clasificación de las etnografías como: urgentes por extinción, modificación o aculturación de los grupos indígenas, deseables pero no urgentes y no esenciales (ver Mapa 2-1).

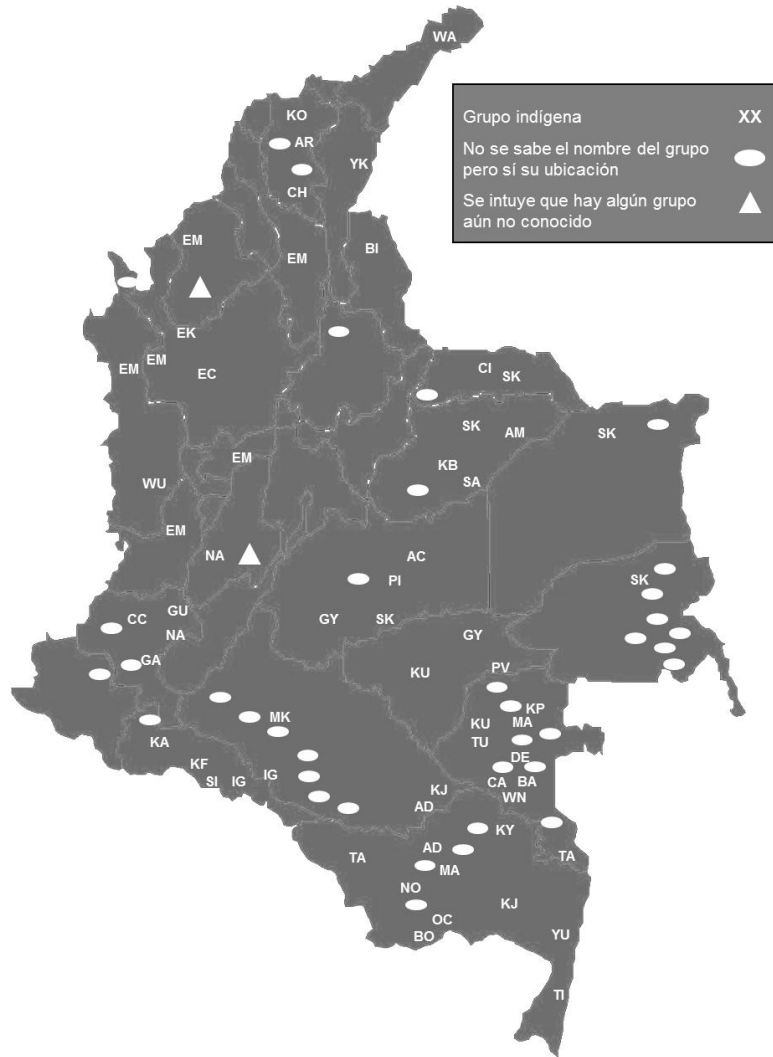
Mapa 2-1: Cartografía de investigación etnológica urgente en Colombia propuesta por Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán.



Construido en base al documento de Dussán (1965).

El número de los grupos étnicos en Colombia, de los cuales se tenía conocimiento hasta el momento, ya había sobrepasado los cien (ver Mapa 2-2). Pero no todos se conocían gracias a los antropólogos, y en la mayoría de los casos, sólo se contaba con datos superficiales de ubicación y lengua. El llamado era evidente, había que privilegiar el estudio de los grupos indígenas cuya supervivencia vital o cultural se viera amenazada y la forma de hacerlo era el trabajo de campo que utilizara la metodología etnográfica combinada con investigación lingüística, física y arqueológica.

Mapa 2-2: Grupos indígenas de Colombia conocidos en 1965.



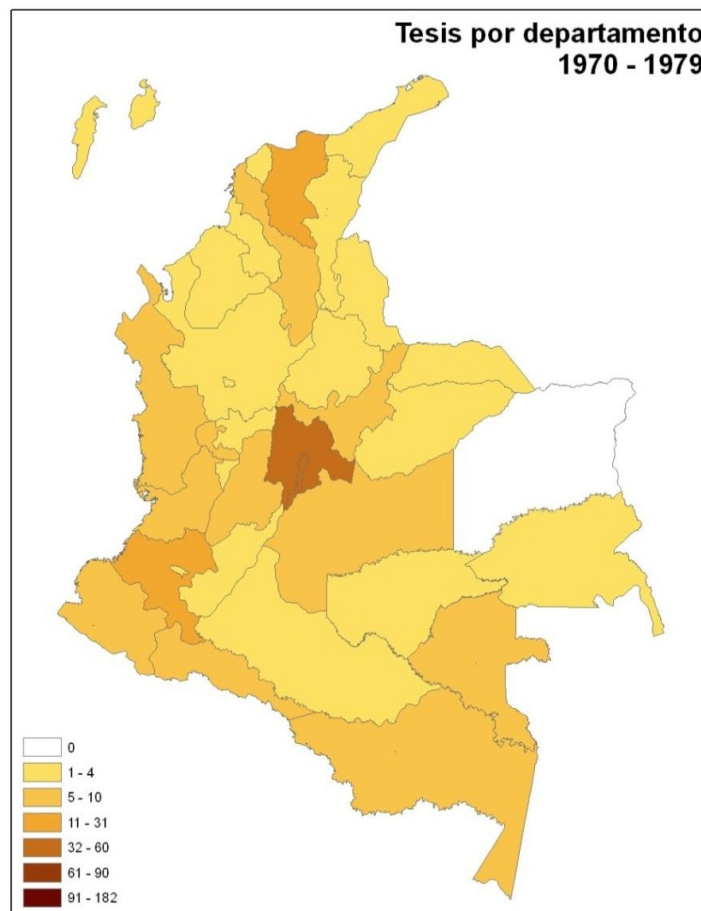
Construido según información de Dussán (1965).

Al momento de la publicación del texto ya se había iniciado la carrera de antropología en la Universidad de los Andes, existía en la Universidad Nacional como un énfasis de Sociología y se ofrecía como asignatura a diversas carreras en las universidades Cauca, Antioquia y Javeriana. Poco faltaba para que se crearan los Departamentos de Antropología que ofrecían esta carrera en las universidades Nacional, Cauca y Antioquia. Con el grupo de etnólogos que ya tenía el país, sumados ahora a las y los antropólogos

en formación, era posible iniciar programas organizados de investigaciones etnológicas urgentes que abarcaran una buena parte del territorio colombiano. Probablemente ésta se presentó como la coyuntura nacional e internacional más favorable para diseñar un plan, una cartografía que se convirtiera en la ruta del trabajo etnológico de los años siguientes.

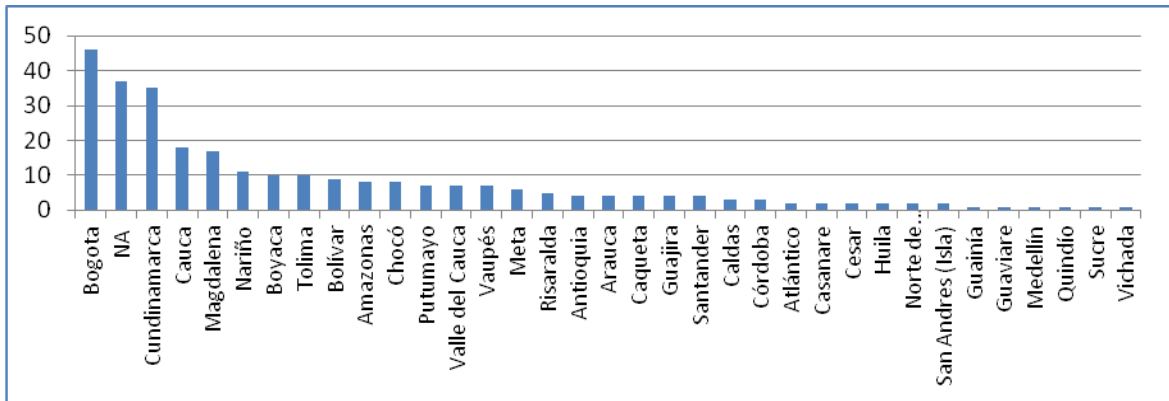
Lo que sucedió sin embargo, en cuanto a tesis se refiere, estuvo alejado de esta ruta propuesta. Un poco más del 45% de los trabajos se concentraron en Bogotá y Cundinamarca, en lugares ni siquiera considerados por la cartografía pensada por Alicia Dussán. Además, los y las estudiantes de Antropología siguieron dirigiendo sus pasos a los departamentos del Magdalena y Cauca cuya investigación hacía parte de lo clasificado como reconocimientos regionales “*no esenciales en el estado actual de los conocimientos*” (Dussán, 1965, pág. 39). Boyacá, Nariño y Tolima mostraron una importancia inusitada y aunque hubo tesis desarrolladas en los lugares planteados como urgentes o esenciales, su número aparece, en comparación al resto, visiblemente inferior (ver Mapa 2-3).

Mapa 2-3: Distribución de tesis e informes finales de trabajo de campo de la década de 1970.



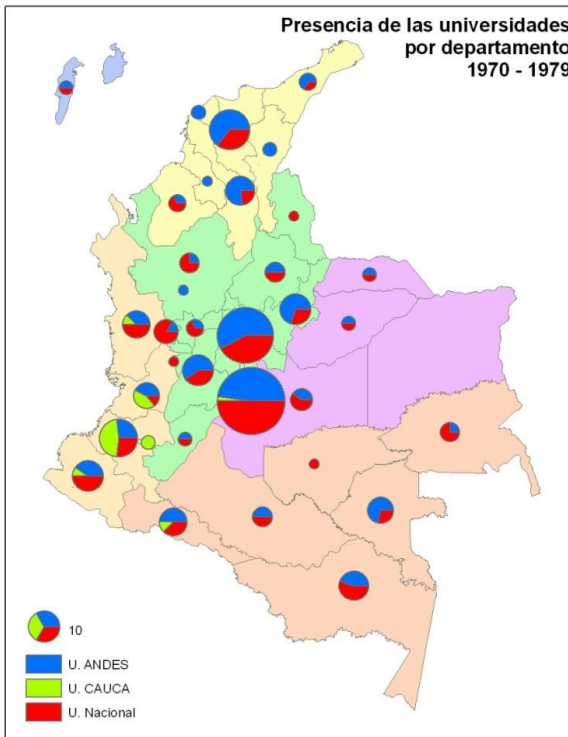
En el Gráfico 2-1 se muestra la distribución de las tesis e informes de trabajo de campo de las universidades en la década de los 70, en los departamentos de Colombia.

Gráfico 2-1: Distribución por departamento de las tesis e informes finales de trabajo de campo⁴⁷.



Al contrastar los lugares escogidos para realizar monografías y trabajos de campo, puede corroborarse lo que los autores citados han señalado sobre las tendencias de las tesis de grado en Colombia. Las y los estudiantes de la época se inclinaron a elegir lugares geográficos próximos, como sus lugares de estudio (ver Mapa 2-4).

Mapa 2-4: Distribución por universidades de las tesis e informes finales de trabajo de campo en Colombia.



⁴⁷ La referencia “NA” en la gráfica se refiere a trabajos sin referencia a un departamento específico.

El 30% de las tesis en las universidades Nacional y Andes se agruparon en Bogotá y Cundinamarca. En relación con los otros departamentos del país, las tesis de la Universidad Nacional estudiaron más lugares ubicados en la región andina y la Universidad de los Andes aquellos localizados en la región Caribe, probablemente por la influencia de los esposos Reichel-Dolmatoff en ésta última. Para la Universidad del Cauca, la concentración de estudios fue mucho mayor, el 60% de las tesis fueron realizadas en su departamento, como se puede apreciar en los siguientes gráficos:

Gráfico 2-2: Concentración de tesis y trabajos de campo por departamento.

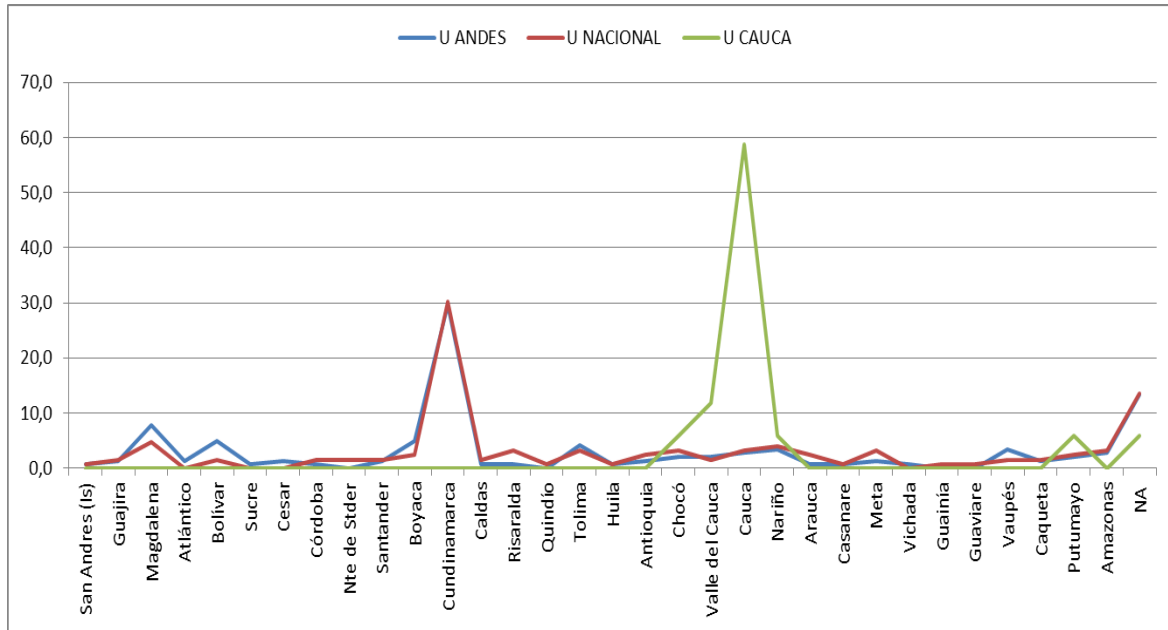


Gráfico 2-3: Lugares de estudio elegidos en las monografías de la Universidad de Los Andes.

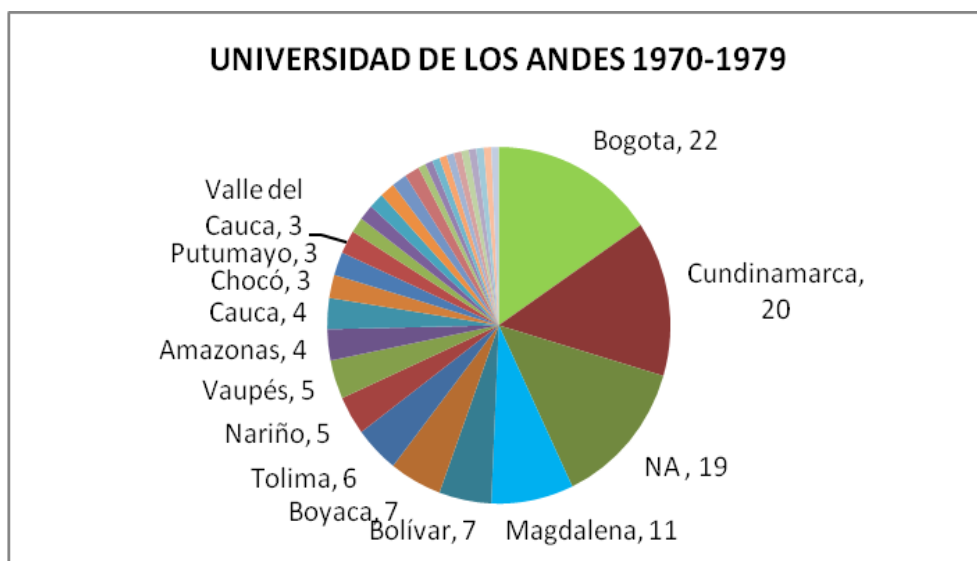


Gráfico 2-4: Lugares de estudio elegidos en las monografías e informes finales de trabajo de campo de la Universidad Nacional.

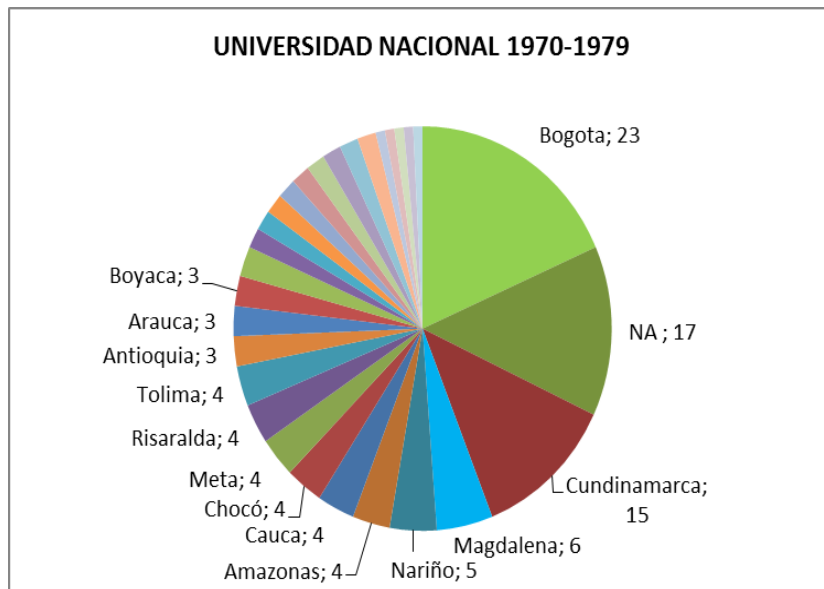
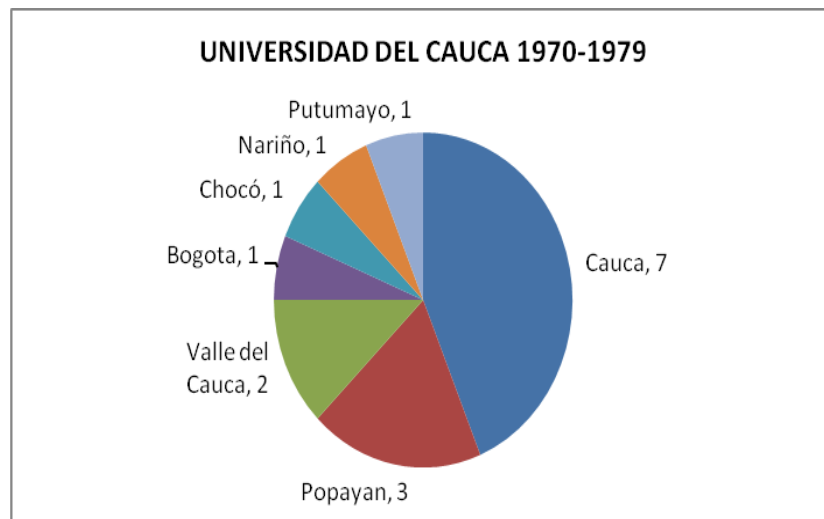


Gráfico 2-5: Lugares de estudio elegidos en las monografías de la Universidad del Cauca.



Es importante anotar que el número de tesis entregadas a los Departamentos de Antropología, varió significativamente en las tres universidades. La Universidad de los Andes contó con 142 monografías, en contraste con la Universidad Nacional, en la que se presentaron 40⁴⁸ y con la Universidad del Cauca, que habiendo iniciado actividades

⁴⁸ Para el caso de la Universidad Nacional, entre los años 1970 y 1979 aparecen registradas 40 monografías, en un departamento con más de 100 estudiantes. Como se mencionó en la cita 28, para este estudio se consideraron además los informes finales de la asignatura "Trabajo de

como departamento en el año 1970, contó en esta década con 17 tesis de grado. Teniendo en cuenta los informes finales de trabajo de campo de la Universidad Nacional que se incluyeron para esta investigación, el panorama de los documentos entregados a los Departamentos de Antropología para la década de 1970 es el siguiente:

Gráfico 2-6: Comparación de tesis entregadas en las universidades de estudio.

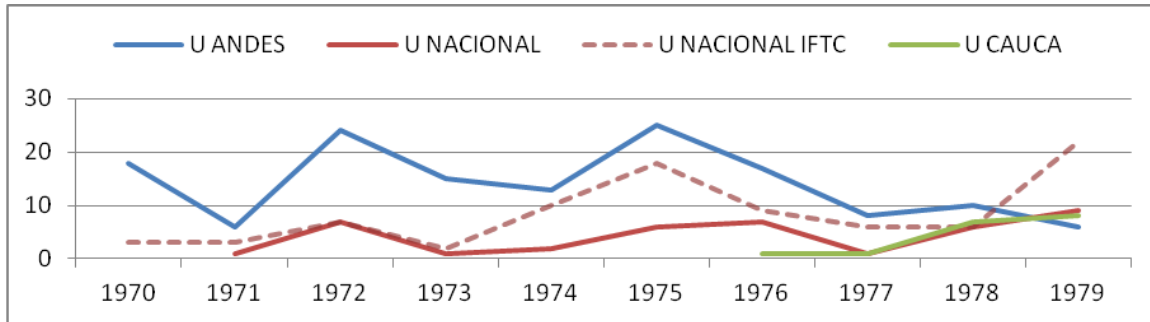


Gráfico 2-7: Monografías entregadas por universidad en la década de 1970.

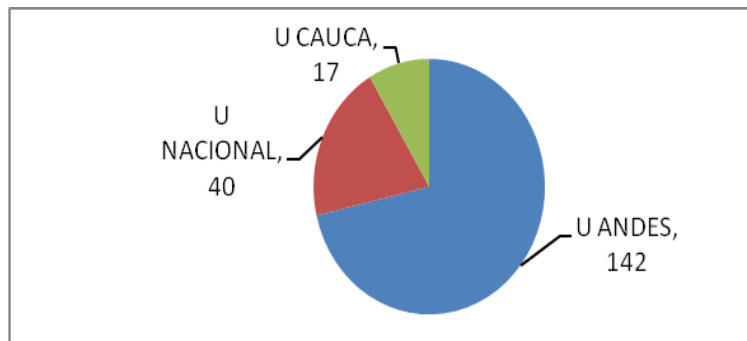
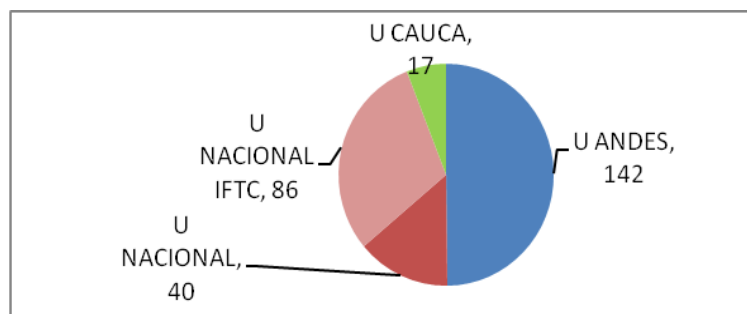


Gráfico 2-8: Trabajos analizados entregados en la década de 1970.



Se incluyen los informes finales de trabajo de campo (IFTC) de la Universidad Nacional.

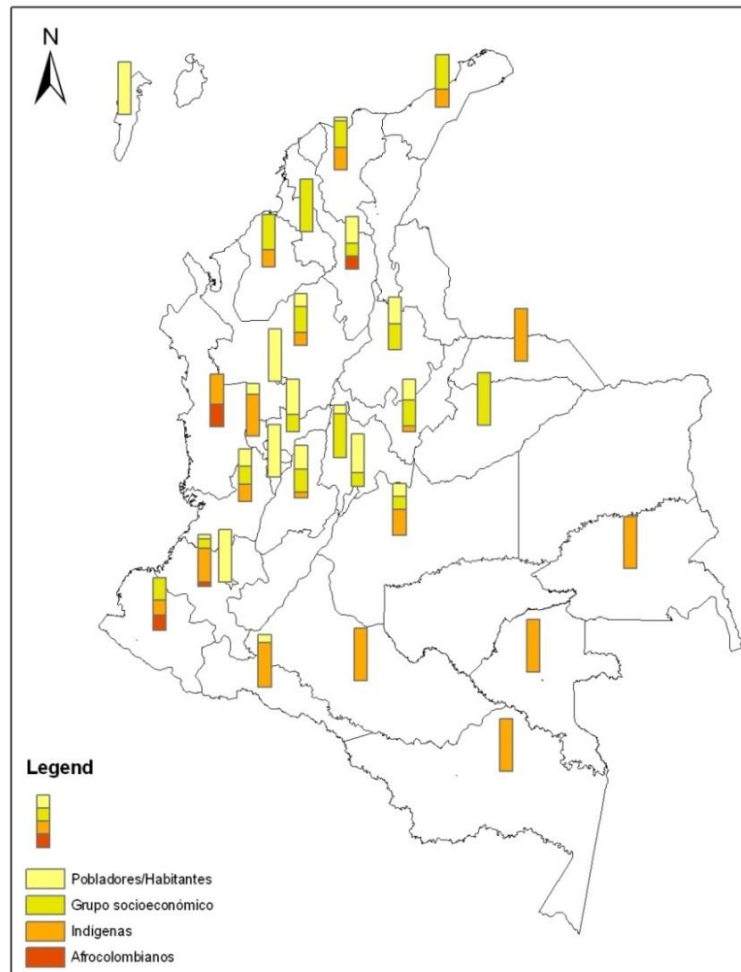
Campo” ofrecida en el 5° semestre de la carrera, que se encuentran depositados en la biblioteca de la universidad. Estos informes, que no necesariamente contaron con un director o directora, podían llegar a presentar rigurosos ejercicios de investigación o tratarse de descripciones muy generales con pocas páginas. He incluido estos documentos en el análisis dada su relevancia en la indagación sobre las rutas seguidas por los y las estudiantes en sus prácticas de investigación.

2.2 Grupos poblacionales de los terrenos antropológicos

Teniendo como referencia la definición misma que las y los estudiantes dieron a los sujetos que hicieron parte de sus investigaciones, clasifiqué a las poblaciones estudiadas en tres grupos generales. El **grupo I** (ver Mapa 2-5), que reúne la mayor cantidad de documentos (58,6%), se refiere a las tesis e informes de trabajo en las que se define a los cuatro tipos de sujetos de investigación más estudiados, así:

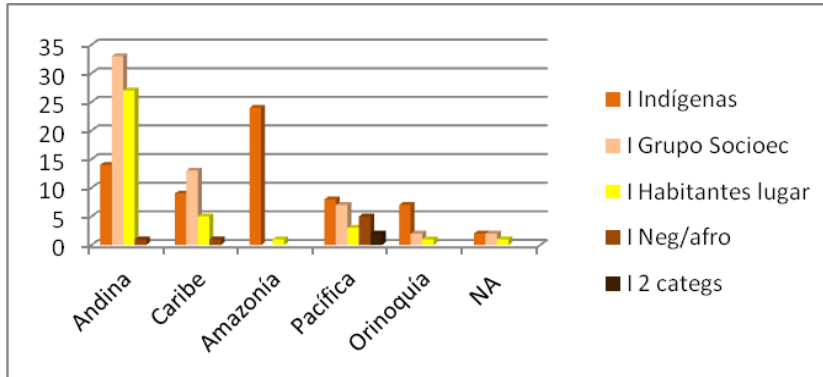
- Habitantes de un lugar específico (pobladores de ciudades, municipios y departamentos).
- Grupos étnicos (indígenas).
- Grupos negros o afrodescendientes.
- Grupos socioeconómicos (campesinos, pescadores, obreros, etc.).

Mapa 2-5: Distribución de los sujetos de investigación clasificados en Grupo I.



Las regiones de la Amazonia y la Orinoquia se mantuvieron primordialmente como zonas de estudio de grupos indígenas. La investigación de grupos negros o afrodescendientes se concentró en la región del Pacífico. Las regiones Andina y del Pacífico, aparecen como las regiones con mayor diversidad en la definición de tipos de sujetos de estudio.

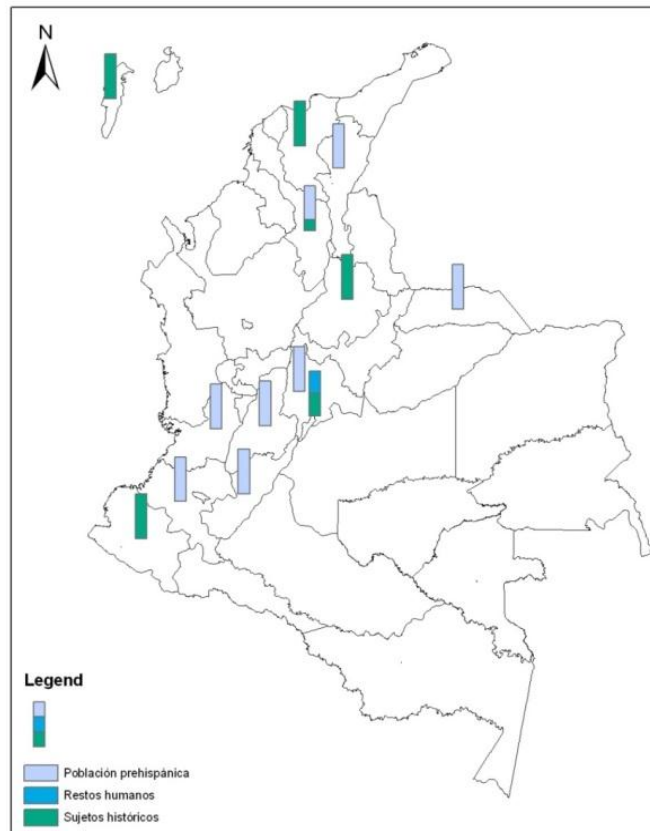
Gráfico 2-9: Distribución de la población estudiada como Grupo I por regiones.



En el **Grupo II** (ver Mapa 2-6) convergen los estudios de grupos poblacionales ubicados en un pasado remoto y que incluyen dos tipos de sujetos de estudio:

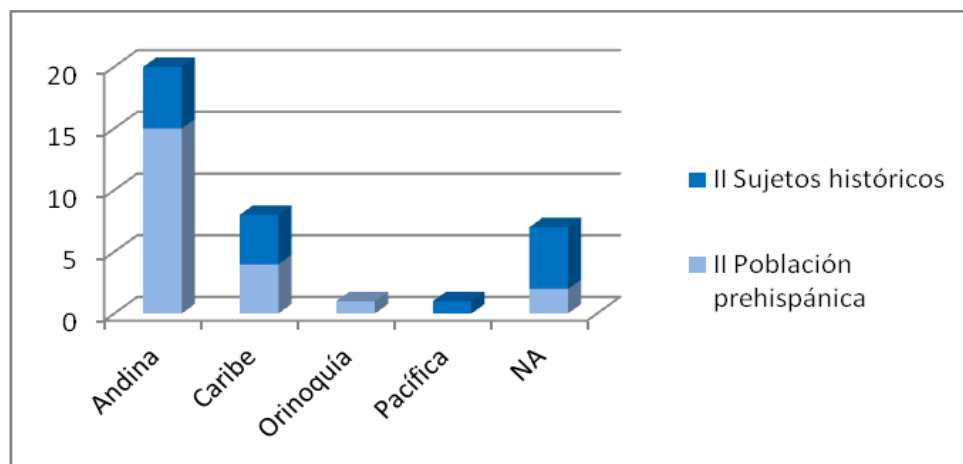
- Población prehispánica (estudio con pobladores de la zona que la habitaron en períodos anteriores a la conquista española)
- Sujetos históricos (estudios, preferentemente documentales, de grupos que habitaron en períodos posteriores a la conquista española y anteriores a la segunda mitad del siglo XX)

Mapa 2-6: Distribución de los sujetos de investigación clasificados en Grupo II.



Este grupo de estudios abarca el 13,3% del total de las investigaciones de la época. Desde esta perspectiva de acercamiento a los pobladores antepasados del país, los análisis se concentraron en las regiones Andina y Caribe. Hubo una mayor centralización de estudios arqueológicos en la región Andina, privilegiada desde décadas anteriores como referente en la investigación arqueológica e histórica. Las referencias en este sentido para las regiones Orinoquía y Pacífica son mínimas, y la región de la Amazonia no ubica estudios desde esta perspectiva para la década. Algunos de estos estudios (que aparecen en la gráfica 12 como NA), abordaron grupos poblacionales que no se encuadraban en una región en particular, bien sea porque se referían a estudios generales, nacionales o sin georreferenciación específica.

Gráfico 2-10: Distribución de la población estudiada como Grupo II por regiones.



El **Grupo III** (ver Mapa 2-7) congrega a las tesis e informes de trabajo de campo que se acercaron a su población de estudio desde diversas caracterizaciones, con tipos de sujetos de estudio como:

- Población móvil (migrantes, inmigrantes, colonos).
- Ciclo vital (niños, jóvenes, familias, adulto mayor).
- Comunidad educativa (escuelas, universidades, estudiantes, profesores, entre otros).
- Perspectiva médica (enfermos, programas, instituciones, médicos, entre otros).
- Género (mujeres) .
- Grupos místicos y religiosos.
- Otros.

Este grupo contiene un número de estudios ligeramente mayor (17,9%) en comparación con el grupo II y avisa una complejización creciente en los tipos de acercamiento a las poblaciones a estudiar. En este caso, aunque los grupos humanos que se investigan son también habitantes de zonas rurales y urbanas, ya no es su residencia la característica principal que los define, tampoco su adscripción a un grupo étnico, racial o socioeconómico, ni su ubicación temporal en un pasado remoto de la nación.

Mapa 2-7: Distribución de los sujetos de investigación clasificados en Grupo III.

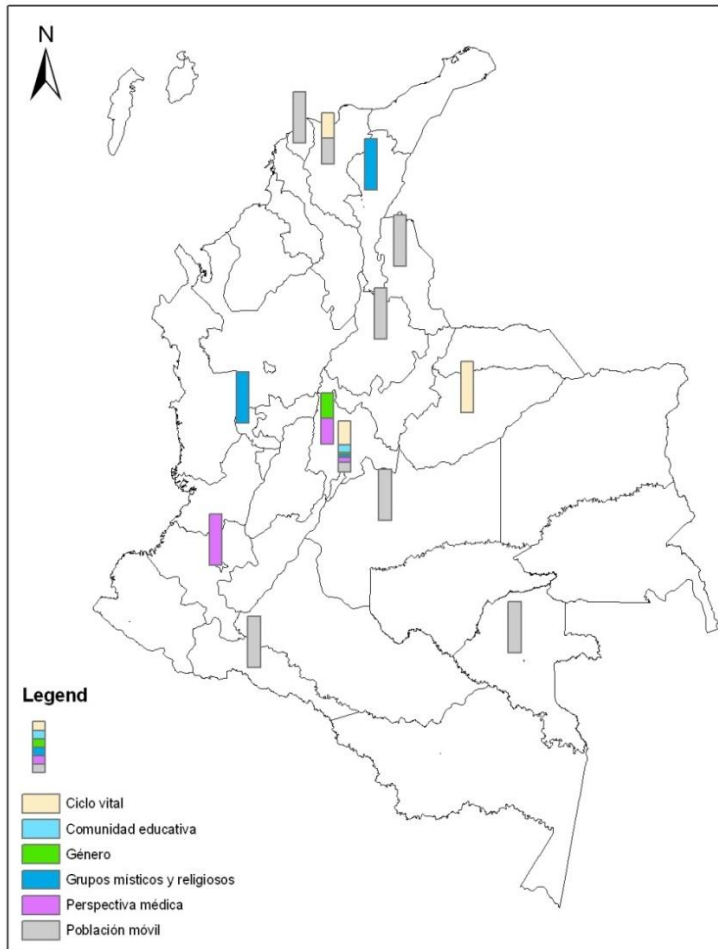
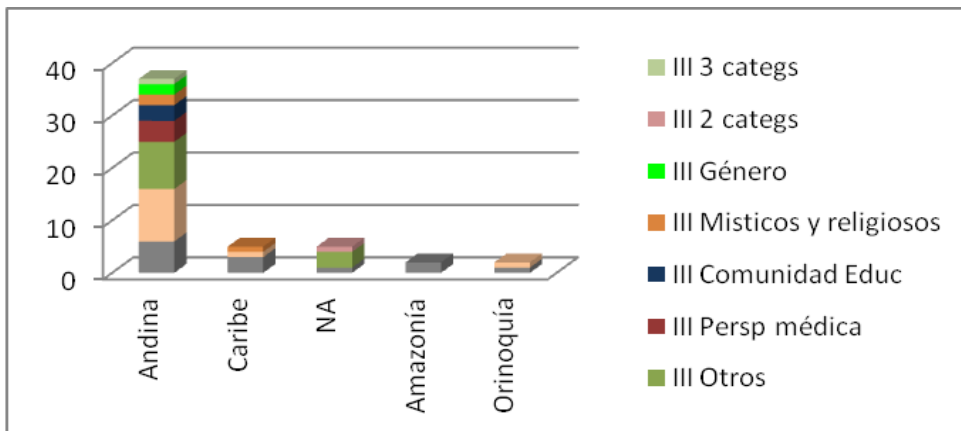


Gráfico 2-11: Distribución de la población estudiada como Grupo III por regiones.



Incluso, hay documentos que definen la caracterización de su población de estudio utilizando dos o más referentes en los grupos señalados, como se puede apreciar en la Tabla 2-1.

Tabla 2-1: Distribución por regiones de la población estudiada con dos o más categorías de definición.

Población estudiada	Región				
	Amazonía	Andina	Pacífica	NA	Total
Comunidad educativa y ciclo vital (niños)				1	1
Género (mujeres) y grupo socioeconómico (obreras)		1			1
Grupo socioeconómico (campesinos) y comunidad educativa				1	1
Grupo socioeconómico (campesinos) y población móvil (migrantes internos)		1			1
Grupo socioeconómico (trabajador) y ciclo vital (niños)		1			1
Indígenas (Tukanos) y población móvil (colonos)	1				1
Negros/Afro y grupo socioeconómico (campesinos)			1		1
Negros/Afro, grupo socioeconómico (pescadores) y habitantes lugar (municipio)			1		1
Comunidad educativa, ciclo vital (niños) y habitantes lugar (barrio)		1			1
Total general	1	4	2	2	9

2.3 Ramas de la Antropología y temáticas estudiadas

La clasificación de los temas de un grupo de investigaciones en Antropología suele ser una tarea problemática, tanto así que regularmente en las recopilaciones bibliográficas siempre hay un lugar con un número importante de documentos clasificados como “otros”⁴⁹. Es un reto además para quien clasifica, porque se debe adjudicar una etiqueta que aglutine diversos documentos, evitando que este proceso simplifique un trabajo de investigación complejo. En este apartado propongo la clasificación de las tesis e informes finales de trabajo de campo en 18 temas generales que fueron estudiados como tópicos principales de los estudios, no se incluyeron los temas secundarios. En los capítulos siguientes, realizaré una descripción más detallada y una propuesta de interpretación del estudio de estas temáticas en las regiones Amazonia, Orinoquia, Pacífico y Caribe.

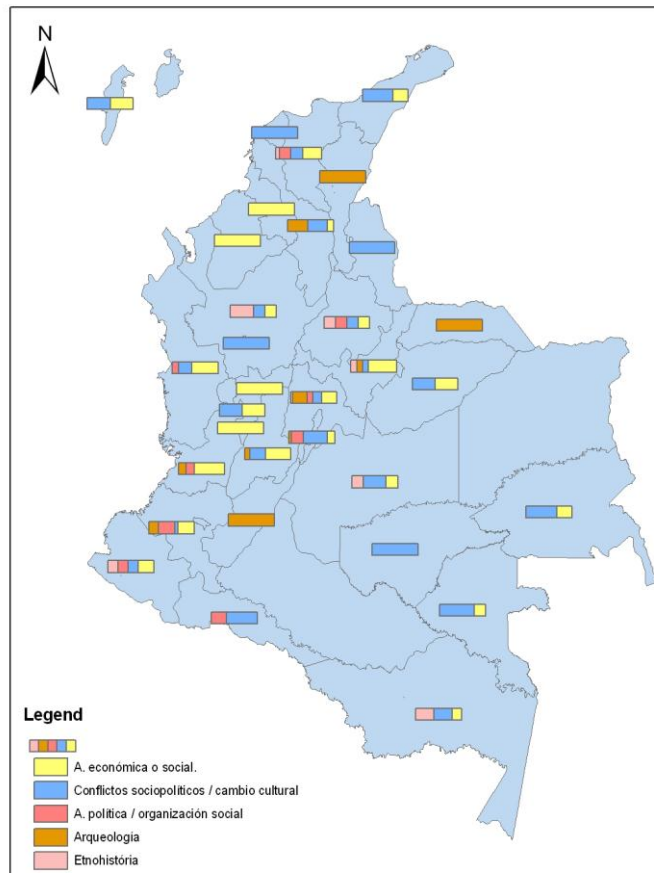
En términos generales, sobresalen tres temáticas estudiadas que aluden a las principales preocupaciones y a la influencia del marxismo entre las y los estudiantes de la época: la inminente transformación del país y de sus habitantes con el ingreso del capitalismo, la necesidad de entender las estructuras económicas de los grupos investigados y la demanda por reconstruir la historia del país desde una perspectiva del conflicto y de la lucha de clases⁵⁰.

⁴⁹ Por ejemplo, en las compilaciones bibliográficas realizadas por Bernal (1969), De Friedemann y Arocha (1979) e ICAN (1990).

⁵⁰ De esta manera, el 57.2% de los documentos definen como sus principales temas de estudio los de: “Conflictos sociopolíticos/ Cambio cultural/ Cambio social/ Aculturación/ Deculturación”, “Organización económica, organización política y organización social”, “Arqueología general” e “Historia/ Ethnohistoria”.

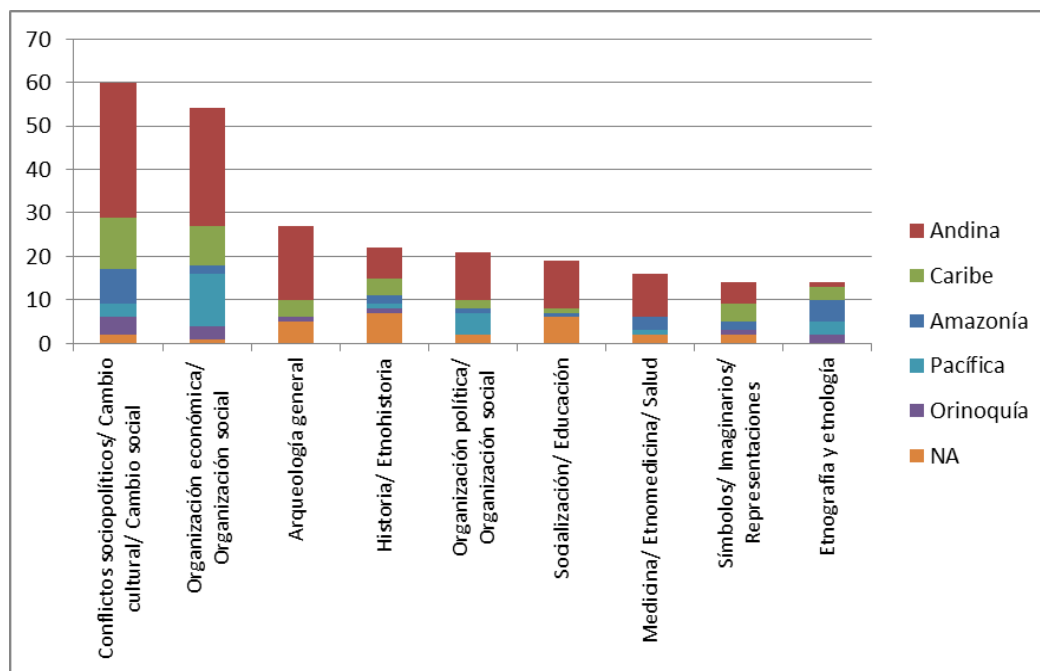
Tabla 2-2: Temas generales tratados en las tesis e informes finales de trabajo de campo.

Temas generales	N° de trabajos	%
Conflictos sociopolíticos / Cambio cultural / Cambio social / Aculturación	60	21,1
Organización económica / Organización social	54	18,9
Arqueología general	27	9,5
Historia / Etnohistoria	22	7,7
Organización política / Organización social	21	7,4
Socialización / Educación	19	6,7
Medicina / Etnomedicina / Salud	16	5,6
Símbolos / Imaginarios / Representaciones	14	4,9
Etnografía y etnología	14	4,9
Desarrollos teóricos	9	3,2
Relaciones interétnicas / intergrupales	8	2,8
Problemas sociales específicos	5	1,8
Antropología física o biológica	4	1,4
Lingüística / Etnolingüística	4	1,4
Espacios	3	1,1
Biología / Etnobiología / Geografía física	2	0,7
Compilación de información antropológica	2	0,7
Sexualidad / Género	1	0,4
Total	285	100

Mapa 2-8: Distribución de temas considerados en los documentos analizados.

La selección de temas principales en las investigaciones incluye algunas diferencias importantes entre las regiones estudiadas, como se puede apreciar en el siguiente gráfico:

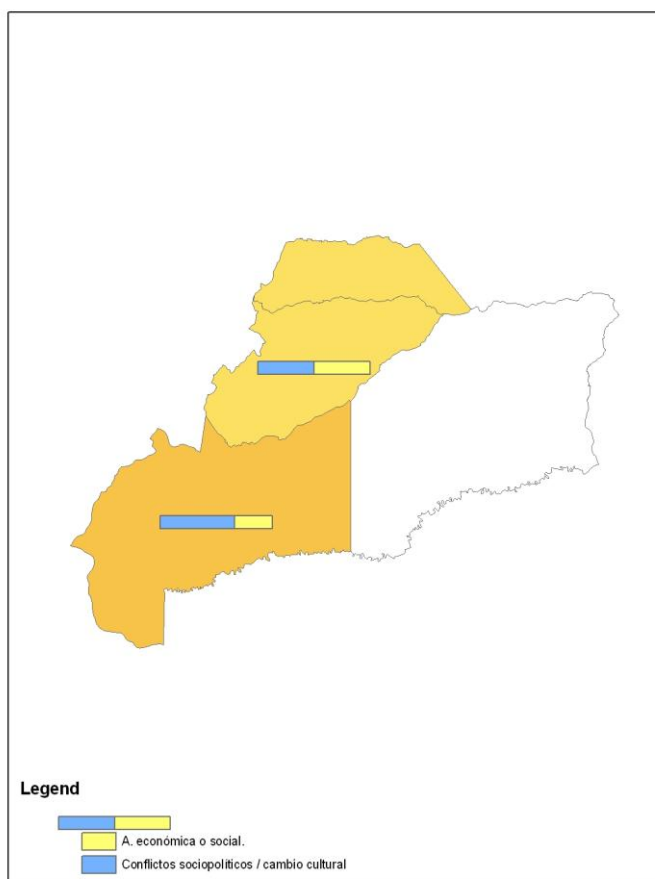
Gráfico 2-12: Comparación de principales temas tratados por región.



En la región de la Orinoquia se estudiaron los tres temas principales señalados, los cambios culturales, las estructuras económicas y las historias de grupos de campesinos o colonos y de grupos indígenas denominados por los estudiantes como salivas, achaguas y guahibos. Se desarrollaron algunos pocos trabajos con etnografías generales de los grupos Achagua y Guahibo, y se avanzó en un estudio lingüístico sobre estos últimos. Se abordaron también problemas de la evangelización realizada por el Instituto Lingüístico de Verano. En este período, algunos de los estudios desarrollados, especialmente la excavación arqueológica, se realizó con el apoyo de la Estación Antropológica Cravo Norte, en el departamento de Arauca.

Tabla 2-3: Temas estudiados en la región Orinoquia.

Temas	Nº Trabajos
Conflictos sociopolíticos / Cambio cultural / Cambio social / Aculturación	4
Organización económica / Organización social	3
Etnografía y etnología	2
Arqueología general	1
Historia / Etnohistoria	1
Símbolos / Imaginarios / Representaciones	1
Lingüística / Etnolingüística	1
Total	13

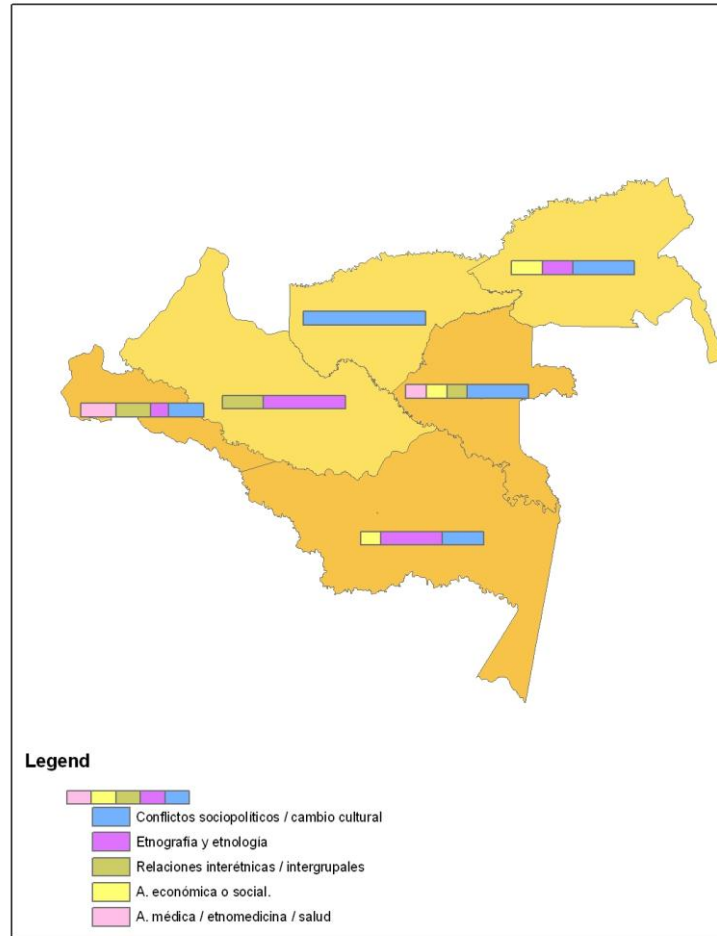
Mapa 2-9: Distribución principales temas estudiados en la región Orinoquia.

En la región Amazonia también fueron predominantes los temas de conflicto, cambio y aculturación y se presentaron escritos sobre historia y organización económica, política y social de los grupos estudiados. A diferencia de las otras regiones analizadas, en esta región fue importante el porcentaje de estudios enfocados en la realización de etnografías generales. También resultó representativa esta región en las indagaciones sobre relaciones interétnicas, medicina o etnomedicina, mitología y educación formal en grupos indígenas.

Tabla 2-4: Temas estudiados en la región Amazonia.

Temas	N° Trabajos
Conflictos sociopolíticos / Cambio cultural / Cambio social / Aculturación	8
Etnografía y etnología	5
Relaciones interétnicas / intergrupales	4
Medicina / Etnomedicina / Salud	3
Organización económica / Organización social	2
Historia / Etnohistoria	2
Símbolos / Imaginarios / Representaciones	2
Organización política / Organización social	1
Socialización / Educación	1
Total	28

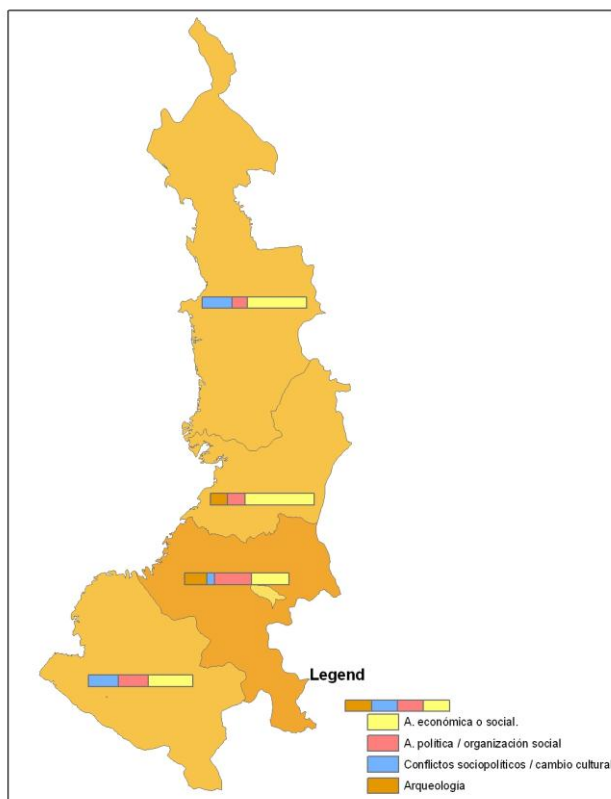
Mapa 2-10: Distribución principales temas estudiados en la región Amazonia.



En la región del Pacífico se encontró un número mayor de temas principales sobre la organización económica, política y social de los grupos analizados, en comparación con el tema de conflictos, cambio y aculturación, que ocupa el primer lugar en las otras regiones estudiadas. Apareció un estudio urbano, en la ciudad de Cali, y un trabajo sobre relaciones interétnicas. Se realizaron tres estudios con el ánimo de construir etnografías generales, dos de ellos sobre comunidades indígenas (Inga y Waunama) y uno sobre una comunidad negra de la costa pacífica.

Tabla 2-5: Temas estudiados en la región del Pacífico.

Temas	N° Trabajos
Organización económica / Organización social	12
Organización política / Organización social	5
Conflictos sociopolíticos / Cambio cultural / Cambio social / Aculturación	3
Etnografía y etnología	3
Historia / Etnohistoria	1
Medicina / Etnomedicina / Salud	1
Relaciones interétnicas / intergrupales	1
Total	26

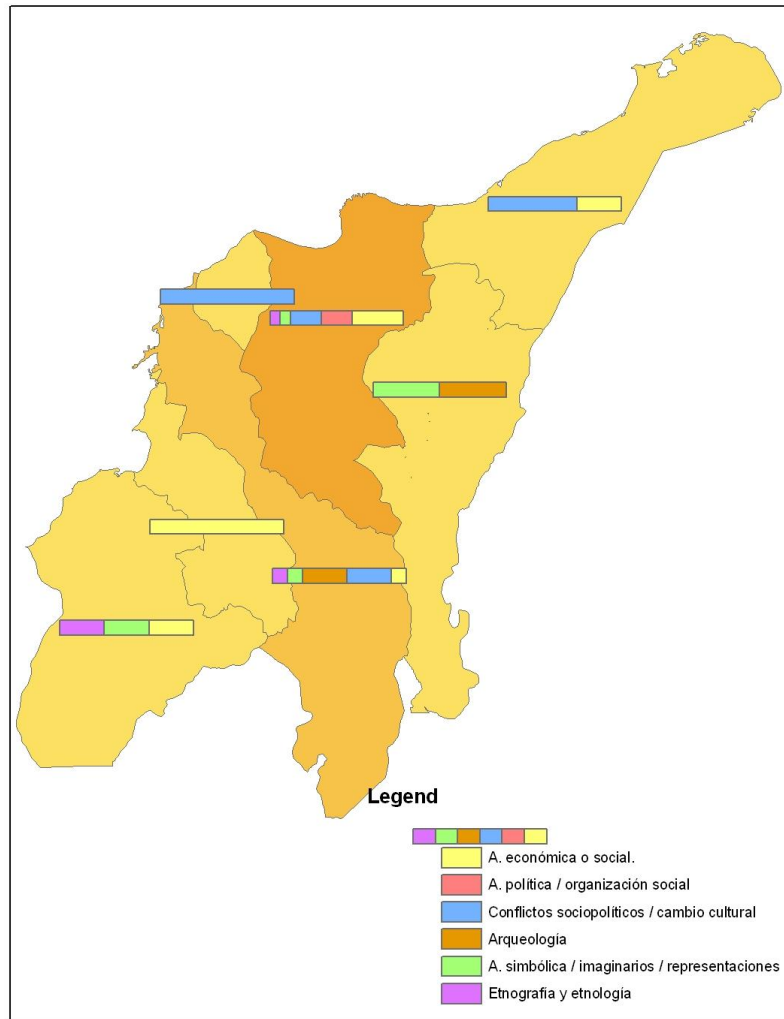
Mapa 2-11: Distribución principales temas estudiados en la región del Pacífico.

Los estudios de la región del Caribe fueron más numerosos que en las anteriores regiones y allí se abordaron los temas que ya hemos planteado como mayoritarios en todo el país. Además, se realizaron tres etnografías generales (sobre los Chamí-Embera, los Arhuacos y sobre un pueblo en la costa norte), hubo un grupo de escritos que trabajó los símbolos y las representaciones y se generó una especial atención en las relaciones inter-étnicas, particularmente entre los grupos indígenas y los colonos u otros pobladores de los lugares elegidos para su estudio. Se presentaron textos sobre tres excavaciones arqueológicas en el Departamento de Bolívar y una en el Departamento del Cesar. En esta región, fue importante la ayuda generada por la Estación Antropológica de la Sierra Nevada, especialmente para las y los estudiantes de la Universidad de los Andes.

Tabla 2-6: Temas estudiados en la región Caribe.

Temas	N° Trabajos
Conflictos sociopolíticos / Cambio cultural / Cambio social / Aculturación	12
Organización económica / Organización social	9
Arqueología general	4
Historia / Etnohistoria	4
Símbolos / Imaginarios / Representaciones	4
Etnografía y etnología	3
Organización política / Organización social	2
Relaciones interétnicas / intergrupales	2
Socialización / Educación	1
Total	41

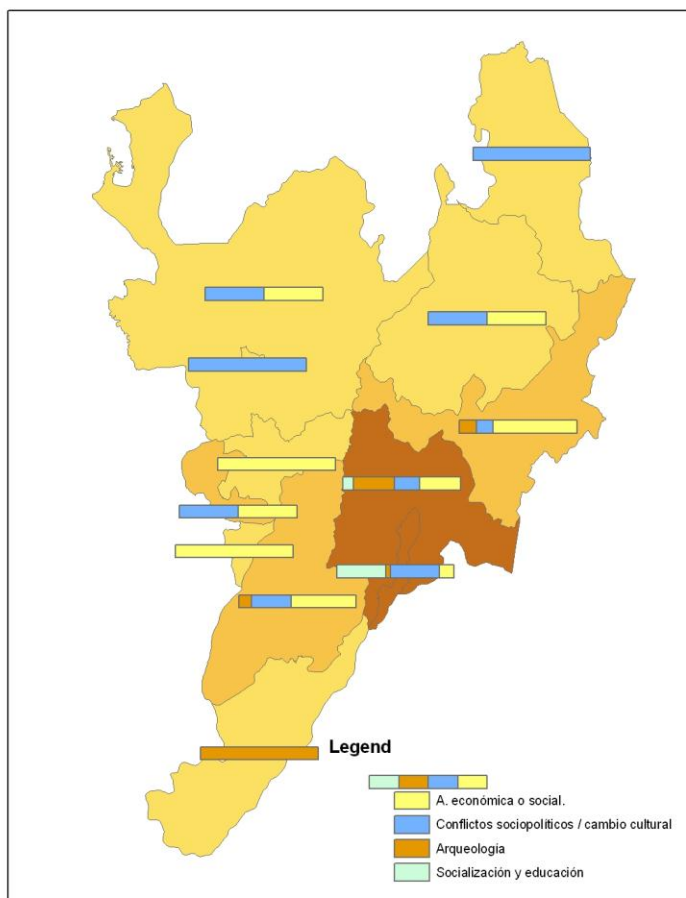
Mapa 2-12: Distribución principales temas estudiados en la región Caribe.



En la región Andina se encontraron ubicados el mayor número de trabajos y la mayor diversidad de temáticas abordadas. Esta parece que fue una tendencia de la época tanto en los tópicos como en los grupos poblacionales investigados; las regiones más alejadas presentaron una menor diversidad en la definición de sujetos y temas en comparación con las regiones más allegadas a los centros políticos y económicos del país, donde además se encontraban ubicados los Departamentos de Antropología. La tendencia a la investigación sobre conflictos, organización económica y política e historia, resultó también sobresaliente en esta región y fueron numerosos los trabajos en las principales ciudades, especialmente en Bogotá. A estos temas se añadieron otra variedad de abordajes hacia pobladores y lugares siendo minoritarios, en comparación con otras regiones, los estudios enfocados en etnografías generales o en relaciones interétnicas. Dadas las características de complejidad y amplitud de esta región, y las delimitaciones de espacio para la presentación de este escrito, el análisis detallado de la zona Andina no se realizará en este documento, probablemente éste se presentará en un documento posterior.

Tabla 2-7: Temas estudiados en la región Andina.

Temas	N° Trabajos
Conflictos sociopolíticos / Cambio cultural / Cambio social / Aculturación	31
Organización económica / Organización social	27
Arqueología general	17
Organización política / Organización social	11
Socialización / Educación	11
Medicina / Etnomedicina / Salud	10
Historia / Etnohistoria	7
Símbolos / Imaginarios / Representaciones	5
Problemas sociales específicos	5
Antropología física o biológica	4
Espacios	3
Lingüística / Etnolingüística	2
Biología / Etnobiología / Geografía física	2
Compilación de información antropológica	2
Etnografía y etnología	1
Relaciones interétnicas / intergrupales	1
Sexualidad / Género	1
Total	140

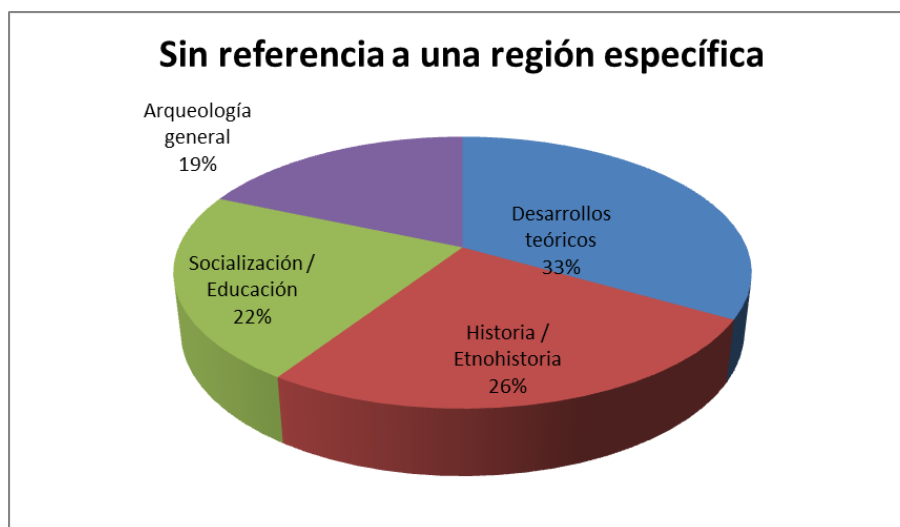
Mapa 2-13: Distribución principales temas estudiados en la región Andina.

Finalmente, la diversidad de temas se advierte también entre algunos estudios que no pudieron ser ubicados en los mapas anteriores, bien sea porque proponían análisis de todo el país, porque el estudio se desarrolló en otros países (Israel y Perú)⁵¹, porque se trataba de desarrollos teóricos o temas de investigación que no se elaboraron en un punto geográfico particular, o porque no hicieron explícito su lugar de estudio⁵². En este grupo son mayoritarios los documentos que plantean desarrollos teóricos, los estudios históricos y los textos sobre educación. A pesar de que no fueron mayoritarios, también se trabajaron los temas de conflicto y organización económica y política, temas predominantemente abordados en las otras regiones.

Tabla 2-8: Temas estudiados sin referencia a una región específica.

Temas	N° Trabajos
Desarrollos teóricos	9
Historia / Etnohistoria	7
Socialización / Educación	6
Arqueología general	5
Conflictos sociopolíticos / Cambio cultural / Cambio social / Aculturación	2
Organización política / Organización social	2
Medicina / Etnomedicina / Salud	2
Símbolos / Imaginarios / Representaciones	2
Organización económica / Organización social	1
Lingüística / Etnolingüística	1
Total	37

Gráfico 2-13: Principales temas considerados en los estudios sin referencia a una región específica.

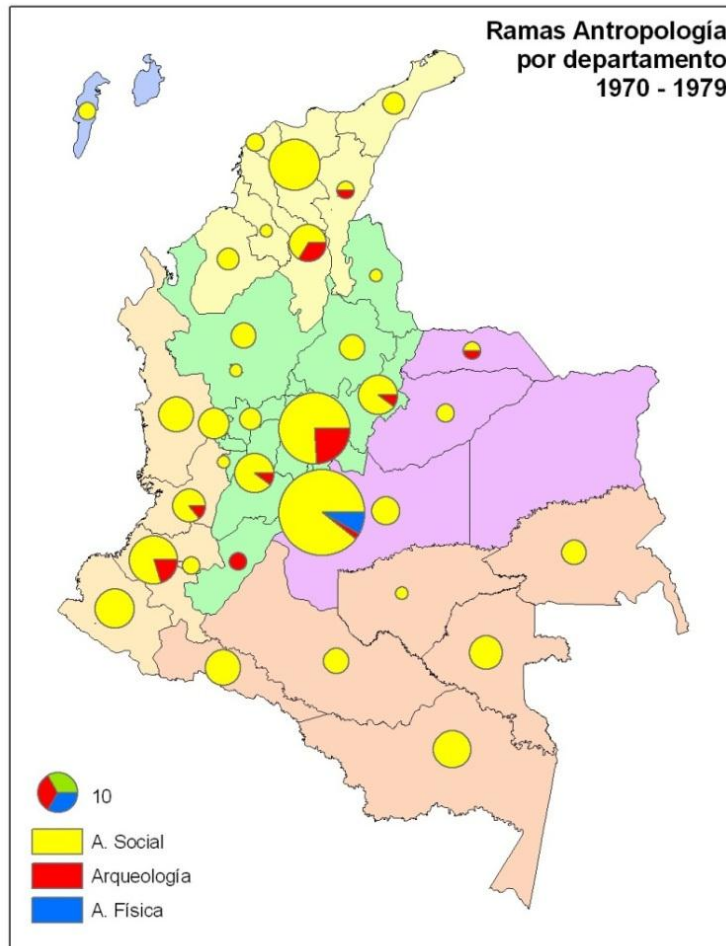


⁵¹ En el Anexo E se muestra un mapa en el que se comparan los estudios desarrollados en otros países en la década 1970-1979 y los elaborados en la década 1996-2005.

⁵² Especialmente en el caso de excavaciones arqueológicas en las que, por ejemplo, se identificaba el lugar de trabajo con el nombre de una finca, sin aclarar su ubicación.

La clasificación de los trabajos en las clásicas ramas de la antropología permite concluir, de manera similar a otros estudios sobre la disciplina, que se presentó una preponderancia de indagaciones desarrolladas en todo el país en la línea de antropología social. La arqueología presenta el mayor porcentaje de estudios en la región Andina, aunque también se desarrollan trabajos en las regiones Caribe y Pacífica, la mayoría de documentos se basan en la descripción de los hallazgos encontrados en excavaciones de corta duración. Los estudios declarados como parte de la línea de antropología física son minoritarios y están ubicados sólo en Bogotá (ver Mapa 2-14).

Mapa 2-14: Ramas de la antropología estudiadas por departamento.



Algunos aperitivos conllevan el riesgo de generar una fuerte expectativa que no necesariamente es resuelta con el plato principal. La descripción básica de los mapas presentados en este capítulo pretende ser un llamado a nuevas y diversas preguntas de investigación que seguramente desborden lo presentado en este documento y permitirán nuevas indagaciones. En los capítulos siguientes, realizaré una descripción de lo presentado en las tesis e informes finales de trabajo campo que analizaron pobladores de las regiones Amazonia, Orinoquia, Pacífico y Caribe. A partir de lo escrito por las y los estudiantes, describiré las principales tendencias que definieron la construcción de sus terrenos antropológicos en la década de 1970.

3. Terrenos antropológicos en las regiones Amazonia y Orinoquia

Los y las estudiantes de antropología que viajaron a las regiones de la Amazonia y la Orinoquia en la década de 1970 se dirigieron a las intendencias y comisarías, esta división política cuya débil definición y diferenciación ubicaba a estos lugares en un espacio liminal en relación con el Estado colombiano. Recordaba, de un lado, la heteronomía y la negación que significó ser tratados como terrenos nacionales baldíos y de otro lado, mostraba la transición hacia un Estado que pretendía una mayor presencia y reconocimiento de la región.

Desde el siglo XIX y hasta comienzos del siglo XX se consideraban Territorios Nacionales a vastas regiones del país con poca población, considerados por los gobiernos como zonas baldías:

“Desde la constitución de 1863 se estableció que estas ‘enormes extensiones selváticas’, de gran potencial económico e incapaces de gobernarse a sí mismas por estar pobladas por tribus salvajes, fueran regidas directamente por el Gobierno central para ser colonizadas y sometidas a mejoras. Se conocen desde entonces como Territorios Nacionales tutelados por un régimen especial. A finales del S. XIX la República decide entregar el control de estas mismas regiones a la Iglesia Católica a través de un convenio con el Vaticano” (Serje, 2005, pág. 4).

Las intendencias y comisarías aparecieron como divisiones político-administrativas del territorio colombiano en la primera mitad del siglo XX. A través de estas denominaciones, se buscó dar mayor autonomía a los antiguos territorios nacionales, antes conminados al Gobierno central y a los departamentos a los que se encontraran adscritos.

Según se puede leer en los 41 documentos entregados como tesis de grado e informes de trabajo de campo (28 sobre el Amazonas y 13 sobre la Orinoquia), este grupo de estudiantes apoyaba deliberadamente la mayor presencia del Estado en la región. Estaban decididos a construir Estado-Nación allí donde el Estado sólo veía frontera. Esta determinación permitió establecer dos giros de suma importancia para la caracterización de la Antropología en Colombia y para la definición de estos lugares como terrenos de estudio. Primero, promovió un cambio de perspectiva sobre la Amazonia, que pasó de ser ubicada como un reservorio natural y étnico de importancia para la humanidad a ser definida como un lugar de denuncia de los exacerbados poderes locales (especialmente de comerciantes y misioneros católicos y protestantes) que hacían juego con la apabullante ausencia estatal. Un segundo giro se presentó con el esfuerzo por articular la situación de las sociedades de esta zona con la historia del país, en este sentido, ya no sólo era importante describir las características particulares de los grupos humanos que habitaban la región, se vivió la necesidad de vincular su situación con lo que estaba

ocurriendo en Colombia, en América Latina y en el mundo entero. Las y los estudiantes consideraban que estaban viviendo un cambio sin precedentes y se sentían compelidos a actuar frente a un capitalismo feroz que ya había llegado a la selva.

Las formas que adquirieron estos giros estuvieron demarcadas por los dos contextos más influyentes entre los antropólogos y antropólogas en formación. De un lado, ellos y ellas se veían enfrentados a las transformaciones en los Departamentos de Antropología de las cuatro universidades, cambios que los llamaban, incluso de manera angustiante, a convertirse en una generación de ruptura. El segundo contexto es el trabajo de campo a partir del cual vivieron de frente las relaciones, en ocasiones dependientes, que tenía el trabajo académico con diversas personas e instituciones gubernamentales y religiosas. Adicionalmente, este trabajo los llevó a una situación difícil de afrontar, ellos y ellas sentían todos los rincones del país como su casa y su causa, pero en poco tiempo encontraron que para esas tierras ellos no eran necesariamente cercanos ni compañeros de lucha, de manera chocante descubrieron la distancia que los hacía extranjeros en su propio país.

3.1 Desde el gran baúl de riquezas hacia los márgenes del Estado

Para esta década, las regiones de la Amazonia y la Orinoquia ya habían pasado por varios procesos en los que la descripción, la explicación y la exotización se complementaban para consolidar la imagen de otredad remota para Occidente, uno de los tres tipos de otredad que identificaba Edmund Leach (1967) a mediados del siglo XX.

Es abundante la literatura que se ha escrito sobre estos lugares, Ana Pizarro (2009) por ejemplo, ha analizado los escritos que se construyeron en los períodos de ocupación y colonización entre los siglos XV a XVIII⁵³, en los acercamientos de naturalistas y científicos de los siglos XVIII y XIX⁵⁴, en el auge y decadencia de la explotación del caucho entre los siglos XIX y XX, y los textos escritos y publicados en el siglo XXI. Su análisis permite seguirle el rastro a la consolidación de la Amazonia como lugar de importancia mundial.

Algunas leyendas, como la de Las Amazonas, El Dorado u otras que hicieron referencia la Maligno, al Demonio y al enemigo, alimentadas con las crónicas y otros escritos elaborados durante la época de la colonia, fortalecían la imagen de una región que pudo ser explorada pero no colonizada. Una zona rica y difícil que se mostraba tremendamente atractiva para los aventureros más ambiciosos y osados de Europa.

Siglos después, naturalistas y científicos presentaban una gran diversidad biológica y de grupos humanos que poblaban la región. La selva tropical se mostraba así como un

⁵³ La autora destaca: el viaje de Francisco de Orellana y la crónica escrita por Fray Gaspar de Carvajal (1541-1542), la expedición de Pedro de Urzúa, que termina siendo la de Lope de Aguirre (1559-1561), y el viaje de Pedro Teixeira, cuya crónica es escrita por el jesuita Cristóbal de Acuña (1641) (Pizarro, 2009, pág. 33 y 34).

⁵⁴ Entre los que se mencionan los escritos de Charles Marie de La Condamine y Alexander Von Humboldt, como los más influyentes (Pizarro, 2009, págs. 85-100).

importante lugar para descubrir, como una fuente inagotable de información para las disciplinas nacientes del siglo XIX. Esto también alimentaba la idea de una zona que, de ser domada, podría abrigar importantes proyectos económicos. Adicionalmente, se avivaba en la iglesia católica su misión de evangelizar a estos pueblos alejados de Dios.

En el siglo XX, se suma a estas posturas el ambientalismo, que encontró una gran recepción en los tiempos de posguerra de los años 50. Esta postura hacía eco de las críticas y de las desesperanzadoras visiones de futuro para el ser humano en el caso de que el “mundo occidental”, capitalista y mecanizado, llegara a todos los confines del planeta. La destrucción de la naturaleza fue relacionada con un futuro estancamiento económico (Santoyo, 2002) y con el fin mismo de la existencia humana. En estos términos, surgió la Amazonia como el “pulmón del mundo”, un territorio clave cuyo mantenimiento ofrecía confianza en el futuro frente a las críticas que surgían de los desastres del progreso. Se configuraba también como aquel importante lugar que pertenecía a todos los habitantes del mundo que sobrevivieran a la hecatombe.

Los y las estudiantes de antropología en los años 70 compartían estos imaginarios que vinculaban ferocidad, riqueza, desconocimiento y riesgo de desaparición. Sin embargo, para esta época se planteaba un aspecto que resultó fundamental para el viraje de perspectiva. La selva no debía conservarse como se encontraba en ese momento para evitar todas las amenazas del progreso que se avecinaban, porque este lugar ya había sido transformado por poderes locales y lo que necesitaba era una nueva transformación que les ofreciera a sus habitantes la posibilidad de enfrentar la ola del capitalismo. Dicha posibilidad se concentró en el poder del Estado y en su capacidad para remplazar o suplir las necesidades que misioneros y comerciantes habían creado en las comunidades indígenas, en un proceso que incluyera el reconocimiento y la valorización de sus culturas.

En las tesis e informes de trabajo de campo se puede entrever este tránsito que camina desde el reconocimiento de la riqueza biológica y cultural de la región, hacia la crítica a misioneros y comerciantes y la denuncia de la ausencia del Estado. Podría decirse que emergió con fuerza la imagen de la Amazonia y la Orinoquia colombianas, en tanto ya eran menos definidas como aquellas regiones que superaban las fronteras nacionales por su trascendencia mundial y eran más caracterizadas como lugares marginales para el Estado colombiano.

Para el caso de la región de Orinoquia resultó además como hito devastador, las masacres de indígenas Guahibos y Cuivas en los departamentos de Arauca y el Meta. En Enero de 1968 fueron asesinados 16 indígenas, hombres, mujeres y niños, en una vivienda de la finca La Rubiera. Invitados a una supuesta cena, los indígenas fueron arremetidos por fusiles y machetes que utilizaron los colonos de la región. En febrero de 1970, llegó a la zona de Planas el Batallón 21 Vargas del Ejército Nacional y adelantó las operaciones denominadas Fuerza de Tarea Centauro (I, II, III), con el propósito de acabar con la supuesta guerrilla indígena organizada por Jaramillo Ulloa. Esta operación significó una represión violenta a los indígenas de la región, que fueron encarcelados, torturados y asesinados, aún sin prueba alguna para las detenciones (Colombia Nunca Más, 2001).

Además de la consternación por el etnocidio cometido, causó gran indignación en estudiantes y antropólogos de la década, la naturalidad con que la que se confesaban los

asesinatos de indígenas. Los colonos de la zona incluso manifestaban sin remiendos que estos homicidios hacían parte de algunas prácticas que habían designado como “guahibiadas”. En uno y otro caso se hizo patente la deshumanización con la que colonos y militares se referían a los indígenas de la región. Esta situación fue determinante para el nacimiento de la Sociedad Antropológica de Colombia y para el llamado a que desde la Antropología se iniciaran acciones puntuales en defensa del indígena.

Entre las evidencias en Colombia de los efectos nocivos que algunos poderes locales asentados en estas zonas habían provocado, se encuentra como paradigmático el documento, *Siervos de Dios y amos de indios: el Estado y la misión capuchina en el Putumayo* de Daniel Bonilla (1969). En este libro, Bonilla denunció la usurpación de tierras de indígenas del Valle de Sibundoy por parte de la misión capuchina, además expuso las situaciones de servidumbre (con trabajo gratuito y pago de tributos) a las que se veían sometidos estos indígenas y evidenció los procesos de deculturación que se estaban llevando a cabo so pretexto de la catequización y el evangelio. La denuncia se extendía al Estado, a quien se le acusaba de permitir y avalar esta situación con acuerdos como el Concordato y el Convenio de Misiones, en los que cedía la autoridad real de estos terrenos a las órdenes religiosas.

El 31 de diciembre de 1887 se firmó el Concordato entre la Iglesia Católica y el Gobierno colombiano, en donde se estableció que los poderes públicos debían reconocer a la iglesia católica como elemento cardinal del orden social, debían protegerla y hacerla respetar. En éste además, se ratificaba a la Iglesia católica como administradora y supervisora de la educación pública a través de comunidades misioneras. En 1902 se celebró la Convención sobre Misiones con una duración de 25 años, renovada en 1927 y 1952:

“Allí se establece que los grupos indígenas ubicados en los territorios de misiones deben ser evangelizados y educados cristianamente por misioneros católicos, quienes cuentan con el apoyo material y moral necesarios para el cumplimiento de este objetivo, lo que comprende, entre otras cosas, la prohibición de la propaganda protestante” (García, 2003, pág. 301).

El texto de Bonilla fue referente por excelencia de una denuncia que redundó en la transformación de una política estatal. Para muchos estudiantes, fue gracias a esta publicación que se revisó el Concordato entre el Vaticano y el gobierno, a partir del cual la iglesia católica controlaba extensos territorios del país. En este ambiente álgido de pruebas, se recordaron otras denuncias sobre los procesos esclavistas y etnocidas en la extracción del caucho, acusadas años atrás. Particularmente, se recordó la existencia del “Libro Rojo del Putumayo” (Thomson, 1913), que llevó a algunos estudiantes a la relectura de “La Vorágine” (Rivera, 1946 [1924]), según se puede leer en la publicación “Llegó el Amazonas a Bogotá” (Reyes, 2009).

Con esta construcción previa al campo, las y los estudiantes agudizaron su mirada hacia los principales agentes del cambio: los misioneros y los comerciantes. Seguía entonces la tarea de buscar los referentes que les ayudaran a observar qué era lo que estos agentes estaban transformando. Para ello, se guiaron por los autores cuya lectura era casi que obligatoria en la época, documentos de Carlos Marx, complementados o

desarrollados con otros textos de Morgan, Althusser, Godelier, Meillasoux, Lenin, Stalin y Mao Tse Tung⁵⁵. La mirada se cualificó entonces para analizar las formaciones socio-económicas que en ese momento se podían observar en los grupos indígenas y los cambios que ocurrían debido a la llegada del capitalismo y su integración económica al sistema nacional.

A través de este foco de atención, los y las estudiantes preveían el estudio de economías de autosubsistencia o precapitalistas que se transformaban rápidamente en economías capitalistas, producto de la relación colonial con la “sociedad más global”, la “sociedad colombiana” o la “sociedad mayoritaria”. Se buscó describir cómo los grupos indígenas pasaban de ser productores y autosuficientes a ser dependientes de comerciantes, colonos y misioneros en centros de explotación de caucho y madera, puestos militares o navales (Ej. Puerto Leguizamo y Leticia), penales aislados (Ej. Araracuara), mercados locales e internados, entre otros.

Advertían además que las explotaciones económicas, la usurpación violenta de tierras, el etnocidio y el incremento en las actividades de comercio y otros oficios dispuestos por la presencia misionera, habían llevado a los grupos indígenas a la intensificación o creación de nuevas formas de producción en desmedro de formas tradicionales y cooperativas. Se percibía que en ese momento los grupos indígenas se veían sometidos al endeude, la utilización del dinero, la venta de fuerza de trabajo (con la consecuente aparición del salario y la transformación del indígena en proletario), el cambio de sentido de artesanías a mercancías, la individuación de bienes y tierras, la disminución de las relaciones cooperativas y del sentido de tribu y comunidad, entre otros.

Como se mencionó, la manifestación de estos cambios se presentó paralela a la acusación de la precariedad del Estado en la zona. Así, se denunciaron los muchos casos de epidemia, enfermedad y muerte que se presentaban entre los habitantes de estas regiones debidos, en gran parte, a la ausencia o escasez en los servicios de salud que ofrecía el Estado. Se condenó la falta de vías y las dificultades de acceso y comunicación en estas zonas. Las dificultades de acceso además, hacían más espinosa la tarea de hacer un trabajo de campo satisfactorio para las y los estudiantes.

De la mano de la crítica al capitalismo, las y los estudiantes de la época denunciaron el lugar de la selva como extracción de materias primas que lucraban intereses particulares nacionales y extranjeros, y cómo la idea de reserva para el futuro reñía con la explotación que los comerciantes (caucheros y otros) y misioneros venían realizando hace ya un buen tiempo con la aquiescencia del Estado.

Las propuestas al final de las tesis estaban dirigidas en su mayor parte a fortalecer escuelas, centros de salud y vías de comunicación en la zona, robustecer la presencia estatal y vincular a ésta el trabajo de los antropólogos. Estas propuestas se mostraban osadas pero no eran descabelladas si se considera el ambiente de la época de desmoronamiento del Frente Nacional, vigorización de movimientos sociales y políticos, y

⁵⁵ La influencia mayor de alguno de estos autores se relacionaba también con los grupos políticos a los que los y las estudiantes pertenecían.

toma de decisiones gubernamentales que pretendían el fortalecimiento del Estado central y la disminución de poderes locales (Pécaut, 2006).

3.2 Sociedades frías al calor de la historia nacional

En la década de 1970 la sensación de que los grupos indígenas se encontraban ante una gran amenaza que implicaba desaparición o cambio era ampliamente compartida. En los temas más recurrentes, citados en los documentos escritos por los estudiantes de la época, las preposiciones “de” y “des” aparecen incesantemente, se hablaba de procesos de deculturación, desindigenización, desintegración, desmembramiento como tribu, destrucción de formas económicas tradicionales y de formas típicas de organización social, descomposición étnica.

Ya se tenía una idea de los responsables del cambio, misioneros, comerciantes y colonos por acción y el Estado por omisión. También se tenía un punto de estudio del cambio, los análisis marxistas servían para observar la introducción del capitalismo en las formaciones socio-económicas de los grupos indígenas. Adicionalmente, como Víctor Daniel Bonilla, otros científicos sociales estaban dispuestos en el país a manifestar el sinsabor que dejaba ser testigos de la pequeñez del Estado. Pero una pregunta aparecía como necesaria para defender la idea del cambio. Si los grupos indígenas se estaban transformando habría que entender cómo eran estas sociedades antes de vivir sometidos a las influencias locales.

Para responder a estas inquietudes se hicieron ingentes esfuerzos por reconstruir el pasado de los grupos indígenas, pero fue una tarea ardua. Entre otros aspectos, las y los estudiantes encontraron que “*no existe una cronología, datos que puedan ser fechados y relacionados*” (Guzmán González, 1971, pág. 39), o que “*estaba impedida de contemplar al indio en condiciones naturales de vida desligadas de la influencia externa que les había modificado inevitable e irreversiblemente*” (García Mejía, 1972, pág. 2).

¿Cómo conseguir entonces esta historia? Existían estudios importantes sobre algunos grupos indígenas de la Amazonia y la Orinoquia, elaborados por científicos que habían trabajado en la zona a finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX⁵⁶ y por misioneros capuchinos⁵⁷. Por esta misma época además, se venían adelantando estudios por miembros del Instituto Lingüístico de Verano⁵⁸ y por un grupo de doctorandos que animados por documentos, conferencias o entrevistas personales con Gerardo Reichel-Dolmatoff, habían decidido realizar largas temporadas de campo⁵⁹.

⁵⁶ Como Theodor Koch Grünberg, Thomas Whiffen, Irving Goldman y Marcos Fulop, entre otros. (Pineda C., 2005).

⁵⁷ Como el padre Marcelino Castellví quien realizó estudios sobre las lenguas Kamsá y Tinigua, y fundó el Centro de Investigaciones Lingüístico-Etnológicas de la Amazonia Colombiana con sede en Sibundoy.

⁵⁸ Como Nathan Waltz y Alva Wheeler, quienes realizaron trabajos de tipo comparativo sobre la Familia Lingüística Tucano.

⁵⁹ Entre los primeros etnólogos extranjeros se encuentran, entre otros, Steve y Cristina Hugh Jones, Patrice Bidou, Jean Jackson, Peter Silverwood, Kaj Århem, Pierre Jacopin, Jürg Gasché, Mireille Guyot, en su mayoría estudiantes de doctorado de las universidades de Cambridge, de la Sorbona y Stanford. También por entonces Jon Landaburu y otros investigadores iniciaron densos

El mayor número de estudios de investigadores extranjeros se estaba desarrollando en el Vaupés, que era considerada en la época como una “anthropological terrae incognita” (Goldman, 1979 [1963]). La terrae incognita o terrae ignota era un término utilizado en cartografía que se refería a los espacios blancos en los mapas, es decir, a aquellas regiones que no habían sido mapeadas o documentadas hasta el momento. Las zonas blancas en los mapas desaparecieron casi en su totalidad en el siglo XIX, sin embargo, Irving Goldman utiliza esta metáfora para reconocer, haciendo eco del llamado de Gerardo Reichel-Dolmatoff, que el Vaupés seguía siendo una región desconocida para la antropología y que existían muy pocas investigaciones antropológicas en la zona, en comparación con la riqueza de información que podían ofrecer las comunidades indígenas existentes.

Sin embargo, el pasado de los indígenas que los y las estudiantes buscaban, no parecía encontrarse en estas etnologías. La mayoría de éstas no se podían ubicar en las bibliotecas de las universidades y fueron escritas en alemán, inglés o en francés, idiomas que no manejaban muchos de ellos. Los trabajos que estaban desarrollando en ese momento el grupo de doctorandos tampoco fueron ampliamente conocidos por los estudiantes de la época. Además parecían traer consigo dos dificultades, de un lado, estaban quienes las veían como el trabajo de académicos que provenían de los países imperialistas (Estados Unidos y Francia, primordialmente), declarados usurpadores de América Latina⁶⁰. De otro lado, se dirigían bajo las premisas del estructuralismo, una propuesta teórica que comenzó a conocerse y ganar algunos adeptos en Colombia desde los años 50 pero que era acusada por otros como anti-histórica, poco crítica de las relaciones estructurales de la sociedad y “*cargada de prejuicios ideológicos; todo ello bajo el rótulo de descripción objetiva e imparcial*” (Guzmán González, 1971, s.p.).

Lo que evidencian las tesis y los informes de trabajo de campo es que, ante esta serie de dificultades para conocer el pasado de los grupos indígenas, la decisión tomada fue reconstruir la historia de los lugares. En este seguimiento, los y las estudiantes relataron fundaciones de caseríos y procesos migratorios de las comunidades indígenas. Estos hallazgos fueron fundamentales para identificar y construir “historias del contacto”. Siguiendo esta pista se reconstruye, por ejemplo, la llegada del caucho a la región con sus nefastas consecuencias, o la conformación de municipios y reservas, como en La Asunción:

“La colonización indígena a esta zona comenzó en la década de los años 60 a consecuencia del interés de la Comisaría del Vaupés y de su comisario Miguel Cuervo Araoz, de construir la carretera que de San José va hacia Calamar, y la necesidad de conseguir gente que les trabajara en ella, que además de ser barata su mano de obra tuviera que conocer bastante la región, es por esta razón que se escogieron indígenas residentes en el bajo Vaupés y se trajeron a la región en aviones de la FAC. (...) Por esta misma época comenzó la oleada de colonización blanca a la región (1960-65), estimulados por entidades del Gobierno y fue así

trabajos sobre las lenguas aborígenes (Pineda C., 2005, pág. 12). Para el caso de la Orinoquia se encontraba la obra de Nancy y Robert Morey, quienes estudiaron el comercio indígena en los Llanos durante los siglos XVI y XVII (Friedemann & Arocha, 1982).

⁶⁰ Esta postura se ve reforzada con textos como el de Eduardo Galeano, “Las venas abiertas de América Latina”. México: Siglo XXI. 2001 [1971].

como en 1968 se fundó "El Retorno" (...) Este grupo de indígenas por lo tanto tuvo que dispersarse y este fue el origen de la "Reserva de la Asunción" (...) zona cercana a la colonización blanca (...) La reserva tomó su nombre en honor a la Virgen de la Asunción, patrona de Montfort y recibió el nombre por parte del fundador de ésta" (Navarro Trujillo, 1979, págs. 12-15).

En esta lógica, las y los estudiantes se dieron a la tarea de identificar los momentos históricos en los que hubo un mayor contacto y que más transformación provocaron en los grupos indígenas. Los sucesos más nombrados en esta construcción fueron: el proceso de conquista y colonización de los españoles, la llegada de comunidades religiosas, especialmente grupos misioneros capuchinos y movimientos mesiánicos a la región, la guerra colombo-peruana y la llegada y establecimiento de caucherías en diversas zonas. Éste último fue definido como el evento más avasallante en la historia de los grupos indígenas que habitaban la Amazonia.

En estos escritos de los años 70, podría leerse entre líneas que el tiempo que estaban viviendo los estudiantes, se ubicaba como un quinto momento de fuerte transformación, aquel en el que se mantenían remanentes de actividades religiosas y comerciales de comienzos de siglo XX en la región y al que se le sumaba la rotunda llegada del capitalismo, propio de la segunda mitad del siglo. Se advertía asimismo la posibilidad de que llegaran a estos lugares los movimientos de revolución, como el que se venía gestando con fuerza en las universidades.

Fue este entonces un intento por calentar a las sociedades frías⁶¹, al calor de la historia nacional. Se enlazaron las características particulares presentes en los grupos indígenas con los sucesos históricos que estas poblaciones habían sufrido, incluso algunos poco conocidos en la época, como el auge de la empresa cauchera. Al intento de promover una mayor presencia estatal en la zona con las denuncias que ya hemos anotado, se le sumó este esfuerzo por incluir a los grupos indígenas de la Amazonia y la Orinoquia en la historia de los oprimidos en el país, en otras palabras, se buscó también hacerlos partícipes del pasado republicano del Estado-Nación. Hemos de anotar, sin embargo, que esta campaña se realizó teniendo como eje central la historia de Occidente, por las dificultades anotadas y por los intereses de la época, poco se recupera la historia de los grupos indígenas.

Como excepción a esta mayoría, se asoma tímida una propuesta que es desarrollada años después. Si bien es cierto que muchos de los escritos dan cuenta de una historia de Occidente a la que se sumaban los indígenas, en algunos casos se generó la inquietud por saber cómo los indígenas habían incluido esta historia nacional en sus propios relatos. Un caso ejemplar de esta situación se encuentra en una de las tesis en la que se buscaba inicialmente "*desbrozar ciertas problemáticas del mundo simbólico andoque y/o presentar simplemente algunos textos míticos*" (Pineda Camacho, 1973, pág. 1) y se encontró en los relatos míticos de los indígenas, referencias explícitas a las "mercancías de los blancos", la "violencia con la Casa Arana" y la "violencia con los peruanos".

⁶¹ Uso este término parodiando las críticas que se hacían en la época al estructuralismo levistrausiano, por considerar que esta perspectiva teórica y metodológica desconocía que las comunidades primitivas tenían historia. Esta crítica se ha revaluado en los últimos años (Pineda C., 2010).

Comenzó a notarse así que la inclusión de la historia nacional introdujo transformaciones en los mitos indígenas y de esta manera en su organización social, en tanto: “*Todos los cuentos y mitos tienen relación con el crecimiento de la gente de hoy y con su bienestar o su desgracia (...) siempre están en relación con actividades y sucesos de la vida social* (Guzmán González, 1971, pág. 37). Este aspecto fue retomado posteriormente como parte del desarrollo de la etnohistoria en Colombia (Landaburu & Pineda C, 1984).

3.3 La distancia entre la selva y los Departamentos de Antropología

A propósito de los convulsionados eventos que ocurrieron en los Departamentos de Antropología en los años 70, recalcaré tres de ellos como los sucesos principales que generaron nuevas distancias entre las ciudades que albergaban a estos Departamentos y el trabajo de campo en la Amazonia y la Orinoquia. Me referiré a la finalización del proceso iniciado en la Universidad de los Andes por Alicia Dussán y Gerardo Reichel-Dolmatoff, al nombramiento de Álvaro Soto como director del entonces Instituto Colombiano de Antropología (ICAN) y el surgimiento de la propuesta metodológica liderada, en esta región, por Horacio Calle en la Universidad Nacional de Colombia.

En los años 60, Alicia Dussán y Gerardo Reichel-Dolmatoff emprendieron dos proyectos: la fundación del Departamento de Antropología en la Universidad de los Andes y la investigación que dio como resultado el libro *Desana* (Reichel-Dolmatoff, *Desana: simbolismo de los indios Tukano del Vaupés*, 1968). Estos proyectos representaron un punto importante para la historia de esta pareja que, aprovechando su vasta experiencia en diferentes regiones del país con trabajos de campo, excavaciones y publicaciones, planearon una estrategia de investigación que sirviera de guía para organizar y dirigir los estudios antropológicos en el país (Dussán de R, 1965). En este plan, ocupaban un lugar preponderante las regiones de la Amazonia y la Orinoquia por alojar a los grupos indígenas más amenazados por procesos de extinción, modificación o aculturación.

Las prioridades que proponía esta pareja ya habían sido dadas a conocer en eventos académicos mundiales, como el Congreso Internacional de Antropología y Etnología, conocido también como el S.O.S de la Etnología, celebrado en Viena en 1952, y en diversas conferencias que ofrecieron en universidades extranjeras, como lo relata Augusto Oyuela a propósito de la charla que ofreció Gerardo Reichel-Dolmatoff en la Universidad de Harvard (Oyuela, 1997). Esto, porque sus intereses armonizaban con las preocupaciones mundiales sobre la amenaza que significaba Occidente para la supervivencia de los pueblos indígenas.

La publicación de *Desana*, además de brindar una muy buena información sobre este grupo, significó “*pasar de un marco de referencia exterior a un sistema de conceptualización desde el interior de la comunidad indígena. Reichel no somete los datos a un sistema teórico que los selecciona y los cataloga, sino que por el contrario, constituye un universo con sus leyes propias*” (Friedemann & Arocha, 1979) y la utilización de una metodología novedosa para la época, el informante único fuera de su contexto cultural. Se convirtió así en una referencia obligada para todo aquel que quisiera estudiar la zona.

La estrategia pensada por Dussán y Reichel-Dolmatoff tuvo un importante empuje en la Universidad de los Andes. Esta pareja advertía que dadas las características de esta universidad privada, allí se alejarían del activismo político y radical que se estaba viviendo en las universidades públicas, esto “*debido aparentemente a una mala experiencia en la Universidad de Cartagena, donde una huelga o un tropel, había afectado seriamente su laboratorio de arqueología hasta casi destruirlo*” (Pineda C., 2008, pág. 19). Además, esta institución se demostraba afable ante los esfuerzos por conseguir recursos en fundaciones norteamericanas e invitar a investigadores extranjeros para que ofrecieran clases. A finales de la década del 60 consiguieron entonces la formación de los primeros profesionales en antropología y la constitución de un espacio ideal para la interacción de doctorandos extranjeros y estudiantes de pregrado. La influencia de su pensamiento se puede constatar en las primeras tesis sobre la Amazonia de esta universidad⁶² (Pineda C., 2005) y algunas tesis de la década del 70, que muestran la importancia de los investigadores extranjeros como docentes o compañeros de viaje (Guzmán González 1971, Pineda Camacho, 1973 y Correa Rubio, 1979).

En la década de los 70 estas condiciones variaron ostensiblemente (Barragán A. , 2001). En los y las estudiantes de la Universidad de los Andes fue creciendo la crítica hacia las que consideraban como posturas positivistas de la academia, se establecieron lazos de compañerismo y convergencia ideológica con estudiantes de la Universidad Nacional y se vivió un ambiente altamente hostil frente a las propuestas de la “antropología de urgencia”⁶³ que venían manifestando Alicia Dussán y Gerardo Reichel-Dolmatoff, presiones que llevaron a su renuncia y la de otros profesores allegados a la pareja. Este evento significó la ruptura con un puente de comunicación establecido entre Bogotá y la Amazonia y la ampliación de la distancia entre estos dos lugares.

La nueva dirección que tomaría la investigación antropológica para los años 70, puede verse reflejada con las políticas asumidas por Álvaro Soto, egresado en el año 1969 de la Universidad de los Andes. En esta década Soto fungió de manera paralela como director del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes (desde 1973) y director del Instituto Colombiano de Antropología (ICAN). Desde el ICAN, apoyó la creación de las estaciones antropológicas que, como menciona Correa (2006), buscaban además de permitir el desarrollo de las ciencias naturales y sociales, ofrecer ayudas prácticas a los grupos indígenas ofreciéndoles posibilidades de educación, atención primaria en salud y proyectos económicos que les permitieran mayor independencia.

Gracias a la existencia de la Estación Antropológica La Pedrera (coordinada por Martín von Hildebrand y Felipe Paz) y la Estación Cravo Norte (coordinada por Francisco Ortiz) se generó un nuevo acercamiento a las regiones de la Amazonia y la Orinoquia porque se ofreció apoyo financiero y académico a quienes decidieran realizar allí sus tesis. Abridados bajo esta dinámica, estudiantes como Montejo (1976) y Loboguerrero (1979)

⁶² Soto, A. (1969) *Mitos de los Cubeos* y Torres L, A. (1969) *Mito y cultura entre los Barasana: un grupo indígena Tukano del Vaupés*.

⁶³ Se ha denominado “antropología de urgencia” a la propuesta de Alicia Dussán y Gerardo Reichel-Dolmatoff que buscaba privilegiar el estudio de los grupos indígenas cuya supervivencia se veía fuertemente amenazada por procesos de aculturación y extinción física y cultural (Dussán, 1965).

desarrollaron sus trabajos de grado. Esta medida sin embargo, benefició solamente a estudiantes de la Universidad de los Andes.

Compartiendo este ánimo de participar activamente en la solución de los principales problemas de estas comunidades, aparecieron las propuestas de nuevas Organizaciones no Gubernamentales (ONGs). Para esta década, se presenta el caso de Alzate P. (1979) estudiante de la Universidad Nacional de Colombia, que hacía parte de la Fundación de Comunidades Colombianas (FUNCOL) que:

“...en aras al conocimiento de las necesidades que en materia de salud presentan los grupos indígenas de estas regiones (...) se propone adelantar una campaña de salud con dichos grupos. (...) La implementación técnica de este programa, a juicio de FUNCOL, requiere de una información técnica de carácter antropológico correspondiente al conocimiento de la cultura material y espiritual de estos grupos indígenas. En este sentido y con las limitaciones inherentes presté mi colaboración como antropóloga, teniendo bajo mi responsabilidad el estudio de las condiciones socio-económicas de los grupos seleccionados por la institución” (Alzate Posada, 1979, págs. 1-2).

A propósito de la articulación con investigadores extranjeros, Jean Jackson (2001) menciona que lamenta la Resolución 626 bis, apoyada por Álvaro Soto, que reglamentaba la Ley de Patrimonio Cultural. Jackson es antropóloga y fue investigadora de la región del Vaupés en la década de los 70, como estudiante de doctorado de la Universidad de Stanford y posteriormente como profesora del Massachusetts Institute of Technology (MIT). Para esta autora la Resolución 626 bis implicaba altos costos para quienes quisieran investigar en el país e incluso sobrepasaba sus posibilidades (como asegurar el cupo para un estudiante colombiano en una universidad con programa de doctorado). Esta situación, según Jackson, hizo que los académicos extranjeros dejaran de venir a Colombia hasta 1982, mientras el decreto estuvo vigente. En algunas publicaciones científicas internacionales se habló incluso de un boicot silencioso hacia la antropología colombiana (Darnhofer-Demár, 1982, pág. 514).

Por esta misma época, se fortaleció una propuesta de hacer antropología liderada por Horacio Calle en la región amazónica. Horacio Calle realizó estudios iniciales en Economía, sin embargo, abandonó esta carrera y decidió avanzar en estudios de antropología y de sociología en el exterior. A inicios de la década de 1970, fue profesor del Departamento de Antropología en la Universidad Nacional e investigador del ICAN. En su apuesta por una nueva antropología, abogaba por un conocimiento que entrara a transformar a la comunidad y su mundo social, en aras del bienestar de la misma comunidad, consideraba además que no encontraba sentido a la publicación académica

“porque parto ya de la base de que ese conocimiento es para revertirlo totalmente en beneficio de la comunidad y no para que esté en publicaciones donde no tiene mayor utilidad (...) el escribir artículos para publicar quita tiempo, un tiempo que más bien le dedico al trabajo que tengo que hacer en el campo” (Wiesner & Calle, 1976).

En sus palabras:

“...la Antropología debe ser un estudio de la problemática que está afrontando cada comunidad en particular, buscando la forma en la cual este estudio nos permita diseñar una política de acción en beneficio de los intereses de la

comunidad, perteneciente siempre al conjunto de comunidades ajenas a las políticas integracionistas oficiales en boga” (Wiesner & Calle, 1976, pág. 3).

Además, en términos metodológicos Calle defendía el trabajo antropológico como:

“...una estadía prolongada, acompañada de una serie de actitudes personales del investigador con respecto a la comunidad, como compartir por completo su forma de vida sin establecer diferencias sociales, [esto] permitiría que se llegara a una aceptación tal que la comunidad vuelva a desarrollarse en su forma espontánea y natural. Pero tradicionalmente es corriente en antropología llenarse de su parafernalia como cualquier otra profesión, aparentemente para ayudarse en el aspecto técnico de la investigación: cámaras fotográficas, grabadoras, máquinas de escribir y un montón de elementos que crean obligatoriamente una distancia social entre el investigador y la comunidad en la cual se encuentra.” (Wiesner & Calle, 1976, págs. 4, 5).

Así, la principal apuesta liderada por Calle y compartida por un grupo de estudiantes y primeros antropólogos profesionales en el país, fue abandonar la torre académica, dejando atrás: el concepto de *aculturación* que ocultaba el papel que las clases dominantes jugaban en este proceso, la supuesta neutralidad política, la delimitación del estudio a una comunidad local, la parafernalia de las investigaciones de terreno (cámaras, grabadoras, máquinas de escribir, etc.), las publicaciones que sólo contribuían a aumentar el prestigio del investigador, los textos norteamericanos como referencia bibliográfica privilegiada y la antropología misma.

En cambio, se proponían investigaciones que:

- Revelaran la actuación de las clases dominantes sobre los aculturados, sobre comunidades que resultaban perdiendo su identidad a expensas de lo que se les imponía de manera violenta.
- Declararan abiertamente su compromiso, que inevitablemente se presentaba o con las clases dominantes o con los dominados.
- Reconocieran las dimensiones regionales, nacionales e internacionales en los problemas de las comunidades locales.
- Estudiaran las problemáticas de una comunidad para diseñar políticas de acción en beneficio de dicha comunidad, diferentes a las políticas integracionistas que satisfacían a las clases dominantes.
- Vivieran con la comunidad, no como investigadores visitantes, temporales y externos, sino convirtiéndose realmente en parte de ella.
- Disminuyeran el consumo superfluo de aparatos electrónicos para el registro audiovisual de la investigación.
- Hicieran trabajos que beneficiaran a las comunidades y no sólo al investigador, por ejemplo hacer pequeños escritos, cartillas y otras actividades apartadas de la lógica colonialista de la academia como las publicaciones.
- Valoraran el heroísmo de los indígenas.
- Se basaran en literatura diferente a la anglosajona para pensar el país.
- Fueran más allá de la propia antropología dado su origen ligado al colonialismo.

Con este pensamiento, Horacio Calle y su esposa Isabel vivieron y realizaron un trabajo constante con indígenas Uitoto, establecieron relaciones cercanas y ganaron una confianza suficiente entre los líderes de estos grupos como para que los y las estudiantes que contaran con su aval fueran aceptados más fácilmente, como es el caso de García

Mejía (1972) y Bolívar Rojas (1974) para esta década. En este sentido, promovieron la reducción de las distancias entre Bogotá y el Amazonas así:

“...el contacto fue establecido desde Bogotá gracias al doctor Horacio Calle y a su experiencia en el conocimiento de estos grupos de la amazonia, obtuvimos de antemano la posibilidad de permanecer en una Maloca muinane, distante a 3 horas de Puerto Leguízamo, en el Putumayo. En ese sentido, se nos facilitó por una parte todo el trabajo de establecer una confianza con los miembros d la comunidad, ya que íbamos tras el carisma de Horacio Calle y su esposa Isabel” (Bolívar Rojas, 1974).

En este contexto se encontraban también algunos académicos que no pertenecían a los Departamentos de Antropología pero su experticia y conocimiento de la zona los llevó a convertirse en asesores permanentes de quienes quisieran investigar en la región, tal es el caso de Camilo Domínguez (geógrafo) y Víctor Daniel Bonilla (abogado y licenciado en Filosofía y Letras). Esto además, porque en la década de los 70 se presentó una fuerte relación entre estudiantes y profesores de diferentes disciplinas que mantenían importantes puntos en común, primordialmente la búsqueda de la transformación del país y la crítica hacia sus propias disciplinas. Esta oportunidad se presentó entonces como una posibilidad de acercamiento entre Bogotá y el Amazonas.

Para los primeros años de la década se vivieron fuertes pugnas entre las universidades públicas y el Estado, que alcanzaron su nivel de tensión más alto en el año 1971 con el cierre de 11 universidades, incluyendo la Universidad Nacional. Varias de estas universidades fueron ocupadas por miembros del Ejército (Pécaut, 2006). Un ambiente de este calibre hizo que algunos estudiantes consideraran que debían permanecer cerca de sus universidades y participar en las marchas, las huelgas y otras actividades que venía liderando el movimiento estudiantil. En algunos casos, esto implicó la reducción del tiempo dedicado al campo y un distanciamiento aún mayor de las zonas geográficamente más alejadas de Bogotá. Este contexto, en contravía de las posibilidades de acercamiento a las regiones de la Amazonia y la Orinoquia, disminuyó la ubicación de estas regiones como lugares privilegiados de estudio.

Uno de los contextos más importantes en el desarrollo de la disciplina en los años 70 será entonces el de los Departamentos de Antropología. Los procesos allí generados implicaron, para el caso de las regiones de la Amazonia y la Orinoquia, un alejamiento de investigadores norteamericanos y europeos al país, especialmente a la región del Vaupés. Significó además el distanciamiento entre antropólogos en formación y los pioneros y pioneras de la disciplina, al considerar a estos últimos como modelos de una práctica academicista de la Antropología. En el mismo proceso, se planteó una cercanía, con límites bastante borrosos, entre la Antropología y el Estado, particularmente con el trabajo liderado por Álvaro Soto en el ICAN y las Estaciones Antropológicas, e incluso entre la antropología y las comunidades directamente, sin intervención del Estado, como la propuesta liderada por Horacio Calle en la Universidad Nacional.

3.4 Las chocantes evidencias del campo

A pesar de la fuerza en las convicciones de los y las estudiantes que viajaron a diferentes lugares de la Amazonia y la Orinoquia en la década de 1970, la experiencia del trabajo en campo los llevó a sopesar algunas de sus inferencias previas. Especialmente, como

se logra apreciar en las tesis más descriptivas sobre el proceso llevado a cabo, este grupo de antropólogos en formación encontró que no era tan sencilla la caracterización de los “blancos dominantes”, ya que había importantes diferencias entre las personas no indígenas que hallaron en terreno y por la contundente prueba de que ellos y ellas mismas hacían parte de “los blancos”. Adicionalmente, se encontraron con que si bien había claras transformaciones económicas en las comunidades estudiadas, éstos cambios no eran los únicos o los más importantes, en algunos casos, esto llevó a pensar en los límites del análisis de los grupos indígenas desde los planteamientos marxistas.

Uno de los momentos más representativos en el proceso que llevó a complejizar la idea del “blanco” se vivió en el contacto con los misioneros. En esa época, el punto de llegada y el primer lugar de estadía de los y las estudiantes eran las misiones y no en pocos casos era allí donde encontraban la mejor guía para saber a qué grupo acercarse y cómo hacerlo.

Martín Von Hildebrand, evocando su primera llegada a la selva colombiana, recuerda los consejos de Gerardo Reichel-Dolmatoff sobre qué grupo era mejor estudiar, qué implementos debía llevar y cómo debía cargarlos, los textos de lectura previa que lo podrían ubicar e incluso qué cursos o conocimientos prácticos debía adquirir para que le fueran útiles en campo (Reyes, 2009). En las tesis de grado consultadas, en cambio, se menciona que este tipo de consejos prácticos no eran ofrecidos en las asignaturas vistas en la Universidad y hacen referencia explícita a cómo este vacío se suplió gracias la ayuda que en este sentido les ofrecieron los religiosos. Algunos líderes de las órdenes religiosas en la zona fueron incluso el punto de contacto que permitió el acceso de los estudiantes a las comunidades:

“El Padre Valencia (...) nos colaboró ampliamente con transporte, marineros, comida, guías-intérpretes e influyó directamente para que en los poblados visitados se nos prestara siempre similar ayuda” (Pinzón Sanchez, 1975, pág. 2), “Al hermano Francisco Avendaño, quien me reconfortó y me guio en la práctica de terreno” (Trujillo Amaya, 1979, pág. NP), “...tuve q recurrir a la ayuda de la Prefectura Apostólica de Mitú, quien me facilitó los mecanismos indispensables para penetrar dentro de la comunidad Desana de Puerto Asís” (Espinosa Torres, 1976, pág. 43).

En el campo, hubo un encuentro incluso con misioneros que eran fervientes denunciantes y activistas en contra de la explotación del trabajo indígena por extractores de caucho, y que estaban ellos mismos inscritos en un proceso de crítica que surgía desde el interior de la Iglesia (como el grupo de sacerdotes “La Golconda”, cercanos a la teología de la liberación). Esto, sin contar con que algunos grupos indígenas, dada su cercanía y su relación histórica con los misioneros, defendían su estancia cercana y le hallaban mayor utilidad a las órdenes religiosas que a la presencia de los estudiantes de antropología.

En el artículo escrito por Menno Oostra (1990-1991) se evidencia esta complejidad cuando, de manera reflexiva, este autor analiza lo ocurrido con el proyecto de antropología aplicada que el ICAN adelantó en el Mirití desde el año 1977. La intención de realizar cambios en la estructura social de la región sin entender de manera adecuada los lazos ya establecidos entre los grupos indígenas con misioneros y con población no indígena en la zona, además sin contemplar el poder político y económico de estas personas, hizo que los efectos del proyecto fueran mucho menores a los esperados.

Aunque se logró implantar la discusión sobre los internados y las prácticas misioneras que atentaban contra la cultura indígena (Ej. Prohibición de hablar en su lengua, burlas y castigos cuando se realizan rituales u otras manifestaciones culturales, hábito del endeude, evitar la vivienda en malocas y promover las viviendas unifamiliares, etc.), se generó tal polarización entre misioneros y antropólogos que, además de romper lazos de comunicación y cooperación, los indígenas y otros pobladores de la zona debieron decidir a quienes apoyaban y ubicarse en uno u otro lugar de la confrontación.

La posición ante los misioneros capuchinos en las conclusiones de algunas tesis se tornó entonces ambigua y diversa. En cambio, se fortaleció y radicalizó la lucha contra otro grupo religioso, los misioneros protestantes que hacían parte del Instituto Lingüístico de Verano/Traductores de la Biblia Wycliffe (ILV)⁶⁴. Grupo que también fue fuertemente criticado por los misioneros capuchinos, quienes además denunciaban el trato especial que les brindaba el Estado en comparación con las misiones religiosas católicas.

En el año de 1962, el ILV firmó un contrato con el gobierno colombiano como orden cristiana. Este instituto se presentó como una propuesta de investigación lingüística y etnográfica en grupos indígenas y se comprometió con el Estado a:

“...desempeñar funciones técnicas destinadas al ‘mejoramiento social, económico, cívico, moral e higiénico de los indios’ y a ‘respetar las prerrogativas de la Iglesia católica según los términos del concordato’ (Stoll, 1983 en Jackson, 1984, pág. 58), sin embargo, el objetivo último de los integrantes del Instituto era traducir la Biblia a lenguas indígenas y de esta manera consolidar procesos de evangelización en estos grupos, en su etnografía Álvaro Wheeler comenta “mediante la paciente ayuda de varios sionas, tradujimos porciones de la sagrada biblia, las cuales los sionas sumaron a la colección de materiales de lectura en su lengua materna” (Wheeler, 1987, pág. xii).

Las y los antropólogos de la década adjudicaron al ILV ser instrumento del imperialismo, por su origen norteamericano y por las prácticas evangelizadoras que habían ocultado al Estado, arguyendo que su interés era primordialmente académico y consistía en el estudio de las lenguas indígenas. Se menciona que los integrantes de este Instituto, a partir de su actuación en la zona *“han ido modelando la conciencia de los distintos grupos indígenas para facilitar la introducción del capitalismo, cuando no directamente, de las transnacionales”* (Correal, Cardona, Chávez y Ferrufino, citados en ALAI⁶⁵, 1978). Se planteaba que el trabajo de estos misioneros aunaba la disgregación cultural y social de las comunidades con las que trabajaban, promocionaba el surgimiento y la consolidación de sectores pequeño-burgueses locales y colaboraba abiertamente con las empresas transnacionales, al tiempo que se consolidaban como intermediarios obligados entre las comunidades aborígenes y el resto de la Nación.

⁶⁴ Nombre de la organización no gubernamental afiliada al “Summer Institute of Linguistics” (SIL, <http://sil.org/sil/>), que a su vez es socio principal de “Wycliffe Bible Translators” organización cristiana dedicada a la traducción de la Biblia a lenguas minoritarias. Según información consultada en la página web: <http://www.wycliffe.org/About/AssociatedOrganizations.aspx>.

⁶⁵ Agence Latino-Americaine d'Information.

Otra relación que llevó a replantear el lugar de los y las estudiantes en el campo fue la que establecieron con los funcionarios del gobierno. Las Divisiones u Oficinas de Asuntos Indígenas en las Intendencias y Comisarías eran los primeros lugares a los que llegaban los y las estudiantes a recoger los datos que se tenían sobre los grupos humanos con los que deseaban trabajar, sin embargo, se encontraron con que la información que tenían estos organismos del Estado estaba desorganizada, era insuficiente, errática o simplemente inexistente. Con la misma situación se toparon en los hospitales y otros archivos. Al parecer, la mejor información se encontraba en los archivos capuchinos o del ILV a los que los estudiantes tenían muy poco acceso (Trujillo Amaya, 1979). Quienes estaban encargados de estos organismos prometían su ayuda al campo de los estudiantes siempre y cuando este trabajo contribuyera a complementar (o crear) la información referente a un grupo específico.

De esta manera, el espíritu de llegar a cambiar la situación de los grupos indígenas se topó con un vacío que pocos estaban dispuestos a llenar pero que resultaba perentorio para una política estatal, la construcción y organización de datos demográficos, cartográficos u otros generales. Algunos estudiantes en sus tesis se dieron a la tarea de elaborar y aplicar encuestas (Guzmán González, 1971; Meisel P., 1972; Alzate Posada, 1979) en algunos trabajos se puede leer en cambio el lamento por no conocer el manejo de la técnica o no contar con los recursos suficientes para desarrollarla (Vásquez, 1976) o porque se dieron cuenta de las debilidades de ésta: *“La inutilidad de la encuesta se hizo evidente al comparar los resultados con las conversaciones sostenidas en el círculo profesoral”* (Mejía Piñeros., 1975, pág. 12).

De una u otra manera, los estudiantes debieron asumir su papel como informadores o colaboradores del Estado, antes que asesores. La falta de información general y cuantitativa fue sentida por todo el país, de manera tal que se hizo necesario iniciar procesos como el Censo Nacional a Poblaciones Indígenas, realizado en el año de 1977.

El tercer tipo de encuentro, el más importante en este caso, fue con los grupos indígenas, los y las estudiantes realizaron 41 trabajos de campo con indígenas de 18 grupos distintos:

Gráfico 3-1: Grupos humanos de la Amazonia estudiados en la década de 1970.

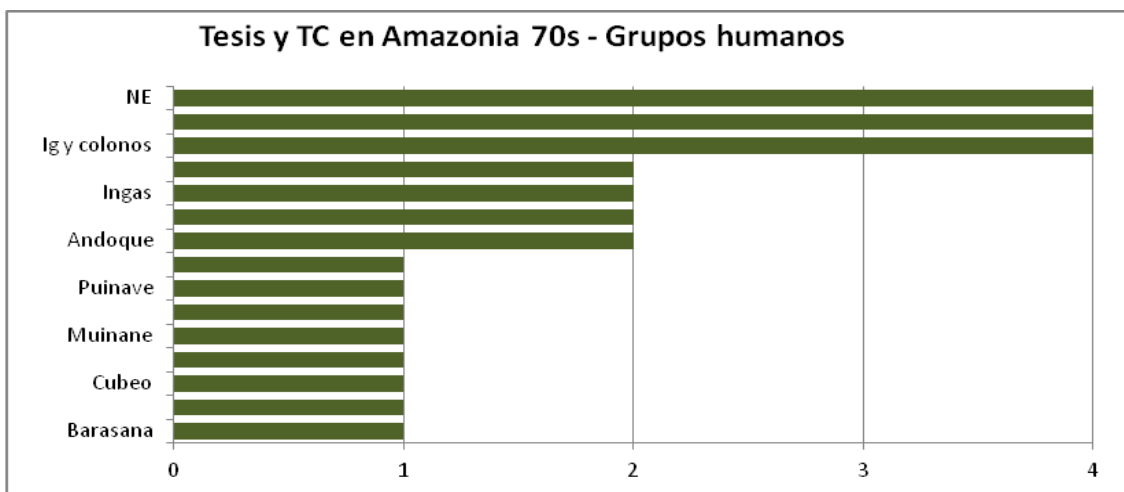
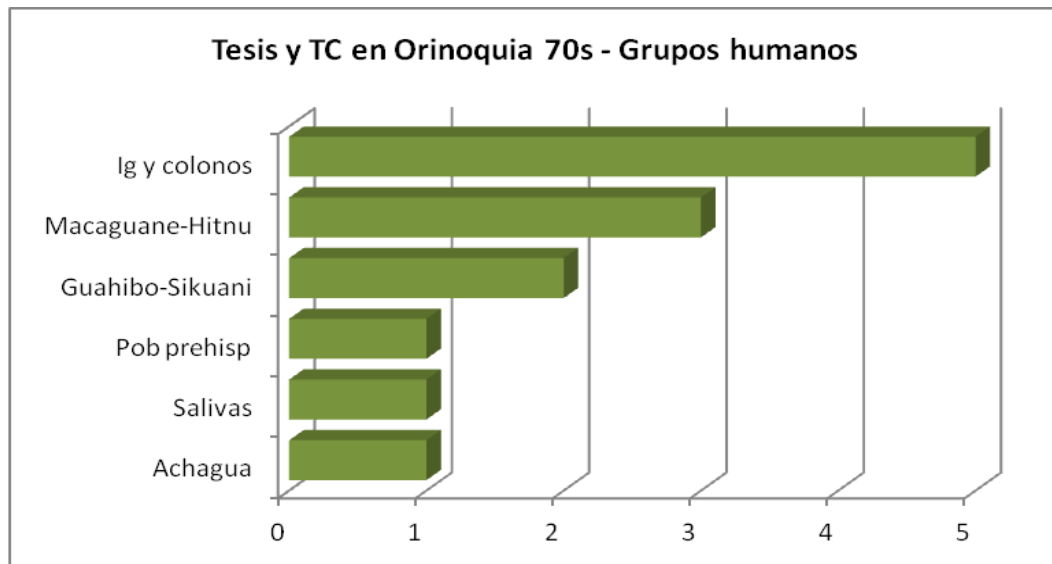


Gráfico 3-2: Grupos humanos de la Orinoquia estudiados en la década de 1970.

Es posible notar que hubo una gran diversidad de grupos abordados a pesar del pequeño porcentaje de estudios en estas regiones, comparándolos con el total de las tesis y trabajos de grado entregados en la década de 1970 (El 9,8% correspondieron a la Amazonia y el 4,6% a la Orinoquia). Esto respondió en parte a que no hubo un programa o plan que direccionara la selección de los trabajos de grado a un grupo indígena en particular. Por temor a la aculturación, a la deculturación o al avance del capitalismo en estas regiones, la decisión fue abarcar la mayor variedad de grupos posibles.

Como hemos visto, los y las estudiantes sentían la importancia de consolidar un proyecto de Nación incluyente que cobijara a estas zonas reconociendo sus particularidades y brindando una mayor presencia estatal, no sólo identificándolas como fronteras. Sin embargo, el trabajo de campo les mostró que a pesar de pertenecer a un mismo país, su lugar frente a los indígenas era el de extranjeros.

Las primeras señales se advirtieron con el desconocimiento de la región. Para sus trabajos de campo, las y los estudiantes viajaron a resguardos y reservas indígenas⁶⁶ como La Asunción, a Inspecciones de policía como la de Maticuró, en Milán, y a lugares que son definidos por referencias geográficas como el Valle de Sibundoy, la Hoya Amazónica, o por la cercanía a los Ríos Inírida, Putumayo, Pirá-paraná, Carapará y Iguarapará, entre otros. Según se plantea en los textos, ninguno de los estudiantes que entregaron sus informes de trabajo de campo o tesis era indígena, colono u otro tipo de habitante de la Amazonia o de la Orinoquia, todos se refieren al viaje largo y costoso que debieron realizar y a la novedad que les significó encontrarse en estos sitios.

⁶⁶ La figura de reservas indígenas, que existía en aplicación a la Ley 135 de 1961, generó fuertes debates porque proponía la propiedad provisional en la que “se le daba al indígena el derecho al usufructo mientras se sometía el territorio a la conformación de las Unidades Agrícolas Familiares –UAF- para su titulación individual”. Esta figura fue eliminada con la Ley 89 de 1980 que determinó exclusivamente la constitución de los resguardos (Arango & Sánchez, 2004).

La segunda prueba de su extranjería y tal vez una de las más contundentes, era la incapacidad que sentían de comunicarse con los indígenas. Entre los grupos a los que se acercaron se hablaban por lo menos 10 lenguas diferentes. Se encontraron con indígenas que hablaban Tucano, lengua de una gran complejidad en el conjunto regional del Vaupés (Correa F. , 1987), otros grupos se comunicaban en lenguas Andoque, Arawak, Witoto, Ticuna, Makú-Puinave, Quechua, Kamsá, Guahibo o Sáliba. Esto provocó una fuerte sensación de extrañeza:

“sintiéndonos muchas veces como intrusos dentro del grupo. Además el desconocimiento de la lengua nativa, nos resta posibilidades de averiguar aspectos tabú, temas tratados por ellos tan sólo en su lengua” (Quimbayo Ramon, 1972, pág. 9), *“ignorábamos la lengua y por lo tanto no podíamos estar preguntando constantemente cuando se hacían las pausas pertinentes, y mucho menos repetir lo que el viejo iba diciendo”* (Pineda Camacho, 1973, pág. 4).

Según lo relatan en sus textos, las estudiantes mujeres sintieron una señal de extranjería adicional. A esta zona llegaron 38 estudiantes (que realizaron 41 documentos de informes de trabajo de campo y monografías), 14 hombres y 13 mujeres a la región de la Amazonia y 5 hombres y 6 mujeres a la región de la Orinoquia. Exactamente el 50% de los estudiantes que viajaron a estas dos regiones fueron hombres y el 50% restante mujeres. Aunque se pueden apreciar importantes variaciones según los departamentos de destino, como se muestra en el Mapa 3-1 y el Gráfico 3-3.

Mapa 3-1: Estudios en la Amazonia y la Orinoquia según género de los autores.

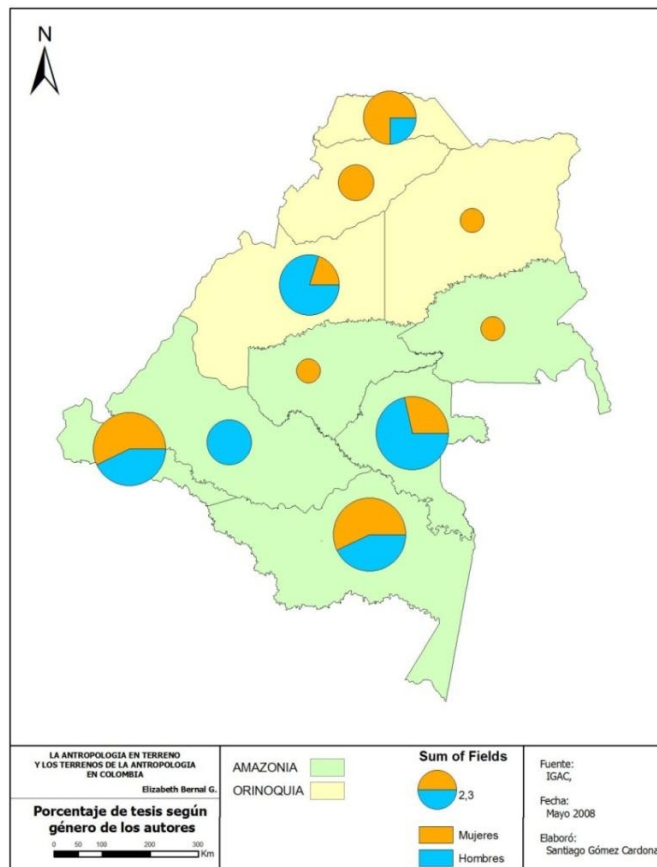
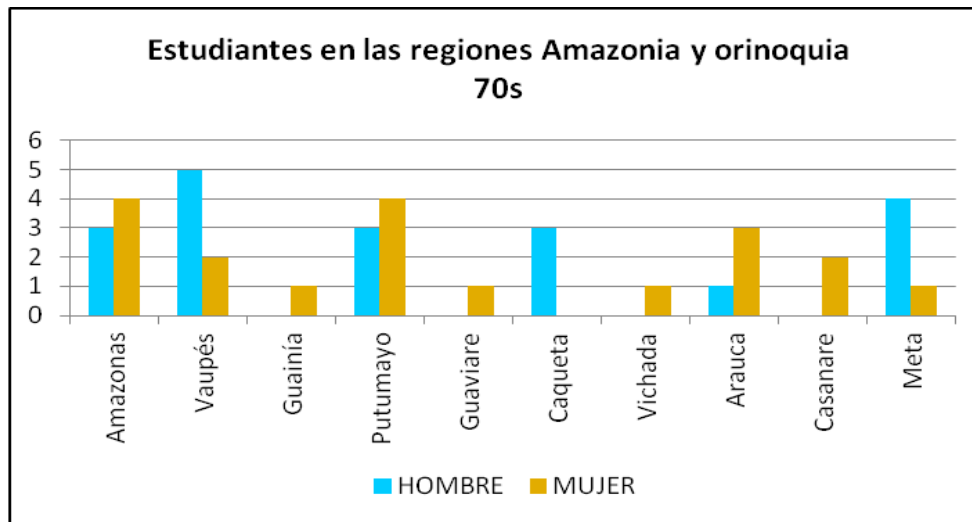


Gráfico 3-3: Estudiantes en la Amazonia y la Orinoquia por departamento.

La Amazonia y la Orinoquia vistas como regiones no eran un lugar de trabajo de campo de un género en exclusiva, existía una importante proporción entre estudiantes hombres y mujeres en la zona, sin embargo, la diferencia se vivió en el terreno mismo:

“...dada mi pertenencia al sexo opuesto (...) me imposibilitó compenetrarme con el mundo del hombre, el cual me ubicó como una mujer más del grupo (...) me cerró el camino para atender y conocer a cabalidad ciertos aspectos fundamentales de la cultura, como por ejemplo, el mundo cosmológico, ya que el cómo de éste es exclusivo del sexo masculino” (Espinosa Torres, 1976).

Jean Jackson (1986) en la década de los 80 analiza su trabajo de campo en el Vaupés como investigadora mujer y escribe cómo vivió un intenso conflicto entre la identidad sexual que estaba construyendo como académica en Estados Unidos y aquella que le imponía el grupo Tucano para poder estudiarlo. Esta fue una situación similar a la que vivieron las estudiantes de la época, quienes integraban una franca lucha por romper el lazo discriminatorio que unía lo femenino con el mundo de la cocina, los niños y la escuela. De alguna manera, su decisión de viajar a la selva remitía a la idea de la Amazona, aguerrida y temeraria, dispuesta a demostrar su fortaleza incluso en ambientes dominados por lo masculino. Pero si quería convivir con un grupo indígena debía acercarse más a una mujer indígena que a una Amazona, es decir, debía participar en el trabajo diario de la chagra, cuidar a los niños, cocinar y limpiar o, por lo menos, debía servir como profesora o enfermera, aceptando el ingreso restrictivo y esporádico a los espacios exclusivos a los hombres indígenas⁶⁷. Aunque fueran extranjeras y mostraran un comportamiento claramente distinto a las indígenas, no dejaban de ser mujeres y de ser tratadas como tal. Esta situación limitó que ellas estudiaran algunos

⁶⁷ Hay un caso que se establece como excepción, Patricia Meisel comenta que asumió responsabilidades como miembro de la organización campesina (OCIDEC) a nivel regional, lo que señala como “un método y estilo inmejorables” (Meisel P., 1972).

temas como la mitología pero posibilitó, de otro lado, el interés por las relaciones interétnicas y la deculturación en el ámbito doméstico.

En una de las tesis se comenta los beneficios de la diferencia de género en equipos de trabajo:

“el equipo en cuanto tal, la pareja de investigadores se hizo más eficaz que en cualquier otra circunstancia, con lo cual captábamos la totalidad del trabajo a nivel de sus divisiones más elementales (...) Tal vez no sea el lugar apropiado, pero deseo rendir testimonio póstumo a la compañera Ana Lucía de Ardila (...) A ella, y a mi esposa, Gloria Urueta, se debe buena parte de la información, que de otra manera me hubiera sido imposible recolectar” (Bolívar Rojas, 1974, págs. 4, 10).

Esta sensación de extranjería que los y las estudiantes vivieron en el encuentro con los grupos indígenas se sumó en algunos casos a la imagen que les antecedió. Las comunidades visitadas ya habían recibido en el pasado a personas interesadas en preguntar sobre muchos aspectos de su cultura y que intentaban registrar todas las respuestas, es decir, que la imagen del antropólogo preexistía a la llegada del estudiante e influía en su definición en tanto se acercaba o se diferenciaba de otros blancos (misioneros, comerciantes). Ya hemos comentado que la buena imagen de algunos antropólogos favoreció el ingreso de los estudiantes a un grupo, al parecer, también ocurrió el caso contrario

“...una vez establecido el contacto con la comunidad, los indígenas empezaron a cuestionar mi presencia. Su experiencia anterior les había enseñado a definir al antropólogo como un simple y vulgar explotador; como una persona que comercia sus costumbres y cultura para enriquecerse; como una persona que deforma la realidad para hacer aparecerlos ante el mundo como algo turísticamente llamativo” (Espinosa Torres, 1976, pág. 43).

A partir de estas relaciones, las comunidades ya habían establecido ciertas pautas de interacción, como cobrar por la información o permitir la comunicación sólo con un tipo de informantes, regularmente elegidos por ellos.

Después de estos choques iniciales, en los textos se puede encontrar como llegó al campo un momento de *amor fati* en el que los y las estudiantes aceptaron sus diferencias, su lugar como parte de los blancos, y desde allí construyeron su relación con los indígenas. En la observación participante, que era entendida de muy diversas maneras por los estudiantes, se establecieron diferentes estrategias para minimizar este efecto de extranjería. Las y los estudiantes se concentraron en hacerse útiles a la comunidad (particularmente en labores cotidianas y domésticas, en algunos casos desde sus habilidades como universitarios, como saber redactar cartas), aprovechar los momentos festivos para recabar información que de otra manera era esquiva y aprehender ciertas tácticas para tener conversaciones efectivas con ellos (Ej. Conversaciones informales y abiertas, trabajo como docentes, ayuda en primeros auxilios, búsqueda y encuentro de personas de la comunidad que los apoyaran, acercamiento a los jóvenes indígenas que manejaban el español y servían de traductores, triangulación de información, etc.).

Uno de los estudiantes menciona que le favoreció además tener la *“autodidaxia que implica la militancia en el Movimiento Obrero Colombiano”* (Pinzón Sanchez, 1975). Aunque las rutinas de estudio, debate y liderazgo político debieron ser remplazados por

esfuerzos humildes para ser aceptado por la comunidad, como participar en parte de los procesos de extracción de la coca, intentar el aprendizaje de la lengua y mostrar un sincero interés por conocer sus mitos.

En esta dinámica vivieron el debate por determinar cuáles técnicas y herramientas disciplinares respondían al cambio de mirada que estaban proponiendo y cuáles perpetuaban la visión de una disciplina ligada al colonialismo, allí cabía la pregunta de si se debían usar aparatos electrónicos en el campo, como la cámara de fotos o la grabadora. A pesar de que el uso de estos aparatos era limitado, por los accidentes en campo, típicos de estos ambientes (Ej. problemas por la humedad de la zona o por caídas de los aparatos en los ríos), o porque no se podía fotografiar o filmar el interior de la maloca, ni era posible hacer seguimiento a algunas actividades en el interior de la selva (Bolívar Rojas, 1974), o porque hacía falta un mayor manejo de la técnica por parte de los estudiantes (Vásquez, 1976), o porque sentían que su uso molestaba a la comunidad y alteraba su actuación cotidiana (Ramírez Sanchez, 1979), en la mayoría de los documentos se evidenció su importancia para el registro fidedigno de los datos y se encontró que, a pesar de encontrar cierta resistencia en un primer momento, los indígenas (especialmente los niños) se acostumbraban a estos aparatos (Vásquez, 1976) e incluso algunos ya los conocían por investigadores que estuvieron antes en la zona.

Para concluir esta serie de reflexiones, que fueron el resultado de las vivencias en el terreno de estudio, resulta notorio hallar cómo los y las estudiantes efectivamente encontraron lo que habían previsto, campesinos e indígenas con importantes virtudes, pero que además eran habitantes violentados, pobres, marginales, que vendían su fuerza de trabajo según la imposición de injustas relaciones laborales. Efectivamente, estos grupos humanos eran víctimas de comerciantes colombianos y brasileros, caucheros y misioneros, y vivían un impactante cambio en su economía (transformaciones en unidades de producción, en sus relaciones de producción y en las fuerzas productivas, inclusión de actividades externas como la extracción del caucho, etc.) Su transición parecía indicar un camino que partía desde ser indígenas hacia ser colonos explotados en los márgenes del país.

Pero también observaron que se presentaban cambios en otras esferas. Los grupos indígenas estaban viviendo transformaciones en sus tradiciones, estaban cambiando sus sistemas de autoridad y poder político, surgían nuevas normas de parentesco, filiación y matrimonio, se separaban clanes, se fortalecía la individualización de la comunidad y de la tierra, los jóvenes realizaban viajes sin retorno, se establecían novedosas formas de intercambio con otros grupos indígenas y no indígenas, entre otros. Estos cambios fueron explicados como consecuencia de los procesos de evangelización:

“...el olvido de la antigua moral indígena, estricta, efectiva y real para sustituirla por principios teóricos y confusión ante las contradicciones que trajeron tanto los misioneros como los blancos en general (...) los internados, invalidaron las funciones de endoculturación de la familia y la comunidad” (Navarro Trujillo, 1979, pág. 158), “fomentaron el bipartidismo religioso entre los indígenas (protestantes y católicos)” (Pinzón Sanchez, 1975, pág. 178).

Se interpretaban también a la luz de las mismas condiciones de interacción con la sociedad civilizada que influían en las superestructuras ideológicas y jurídico-políticas de las comunidades como: cambios en las relaciones de poder por la constitución de cabildos y aparición de autoridades no indígenas que se convertían en sujetos

intermediarios, introducción y consumo de transistores o radios, bebidas alcohólicas, ropa occidental, sobrevalorización de la cultura occidental que llevaba a modificaciones de la lengua, diferencias y conflictos al interior de las comunidades, surgimiento de indígenas que se avergonzaban de su cultura y comenzaban a migrar con aspiraciones de integrar la sociedad civilizada.

Esta advertencia de cambios que no sólo estaban supeditados a las transformaciones económicas permitió dudar de algunos de los supuestos previos, por ejemplo, se comenzaron a plantear interrogantes al materialismo dialéctico: *“Entre los andokes parecería que es el nivel ideológico el que da cuenta de las relaciones de producción y no a la inversa (...) Toda formación socio-económica, incluidas las primitivas, implican en su estructura económica al menos dos modos diversos de producción”* (Guzmán González, 1971, págs. 113-114).

Se fortaleció la idea de que no sólo había integración o destrucción de las comunidades ante el encuentro con otra cultura más poderosa, además se detectaban dinámicas que estaban construyendo las comunidades y que permitían el mantenimiento de sus características particulares, por ejemplo:

“Los andokes plantean el interrogante de una tercera posibilidad a través de múltiples reajustes en que, ni se repiten las mismas relaciones de la sociedad global, ni se olvidan tampoco las tradiciones del pasado” (Guzmán González, 1971, pág. 113), *o la identificación de prácticas de modificación corporal que aún persistían como “pinturas, escarificaciones y perforaciones en las orejas y en el labio”* (Navarro Trujillo, 1979, pág. 28), *o descubrimientos como que “se confiesan católicos pero conservan religiosidad mágico-supersticiosa”* (Galarza Salamanca, 1975, s.p.).

Estas ideas se fortalecieron con las propuestas de autores latinoamericanos, fueron particularmente influyentes y citados en las tesis, los trabajos de Gonzalo Aguirre Beltrán y Darcy Ribeiro. Ambos autores, el primero desde su trabajo de campo en México y el segundo en Brasil, abonaron el camino para los estudios regionales, que ampliaban el estudio de comunidades singulares y que enfatizaban la relación entre grupos indígenas, entre indígenas y otros grupos humanos, y entre indígenas y Estado. Sus abordajes iniciales a los procesos de aculturación y sus posteriores críticas a este concepto, los llevaron a proponer interpretaciones como las de Regiones de Refugio (Aguirre B., 1991 [1967]) y Transfiguración Étnica (Ribeiro, 1971), este último especialmente, afirmaba que era posible advertir los mecanismos por los que puede persistir la identidad étnica a pesar de las presiones externas y apoyaba algunas de las ideas que se ven tímidamente esbozadas en los trabajos de grado.

Excede las ambiciones de este texto hacer un seguimiento cuidadoso al camino que siguieron los y las estudiantes de estas regiones después de su grado o de su deserción de la universidad. Sin embargo, algunos eventos como la exposición *Llegó el Amazonas a Bogotá* en el Museo Nacional en el año 2009 y el *Congreso internacional de Antropología e Historia amazónicas en los países andinos* en el año 2011, que recogen la experiencia y los avances de académicos especializados en la zona, es posible reconocer a algunos de los extranjeros y de los estudiantes de esta década que ahora, 40 años después, han mantenido un trabajo constante o han dejado huella con los trabajos que encontraron su germen en el afán y la confusión de aquella época. Para el caso de la Amazonia y la Orinoquia, se pueden perfilar los procesos en los que se

proyectó una nueva relación entre los Departamentos de Antropología y el Estado en la construcción de Nación. Además, es posible advertir las respuestas desde las que indígenas y no indígenas, habitantes de estas regiones, asumieron una postura activa frente a las nuevas propuestas de inclusión y establecieron estrategias de relación con los nuevos visitantes de la selva, las y los estudiantes de Antropología.

4. Terrenos antropológicos en la región del Pacífico

Como terreno de estudio de los y las estudiantes de antropología en la década de 1970, la región del Pacífico revistió intereses particulares. A diferencia del Amazonas, el Pacífico en ese momento no contaba con el reconocimiento como una zona biodiversa de importancia mundial, o como una región étnica. Era vista primordialmente como una zona de aprovechamiento de recursos naturales. Podría decirse incluso que hasta mediados del siglo XX el Pacífico había vivido al abrigo de la lluvia y oculto a la sombra de los Andes.

Con el reconocimiento de estas condiciones, es posible advertir en las tesis e informes finales de trabajo de campo, el esfuerzo de las y los estudiantes para que el Pacífico dejara de ser visto únicamente como una región definida por sus recursos y pasara a ser entendido como un lugar poblado por comunidades históricas. Dicho esfuerzo se une a la tendencia más general de plantear un cambio de perspectiva en el que los habitantes de estos lugares dejaran de ser inquilinos del Estado y pasaran a ser una responsabilidad de éste, una responsabilidad no asumida.

Las direcciones de estos esfuerzos se vieron influenciadas por su inscripción en dos contextos nucleares, las universidades y los trabajos de campo. En los departamentos de antropología se planteaba la necesidad de incluir a diferentes grupos humanos, rurales y urbanos, como sujetos legítimos de investigación antropológica, ya que, a pesar de sus diferencias, coincidían en una condición de marginalidad que era necesario contrarrestar para una efectiva transformación nacional. Los departamentos de antropología fueron testigos además de la fuerza de los debates sobre las implicaciones de asumir la tradición y cultura de los habitantes negros de la zona como legados de África, como constructos de su relación con América o como grupos que, al igual que los pueblos indígenas, hacían parte de la gran masa de marginalidad en el país.

El trabajo de campo además, advirtió que en la región eran sumamente importantes los lugares de contacto entre pobladores indígenas y no indígenas. Esta situación anunció cierta inquietud sobre relaciones interétnicas entre grupos marginales, pero fue una sospecha parcialmente ignorada. Las situaciones con las que se encontraron promovieron igualmente que algunas categorías de análisis propuestas por Marx y otros autores, se mostraran rígidas ante las diversas situaciones percibidas en la región. La necesidad de flexibilidad tocó incluso la definición misma de trabajo de campo que comenzó a incluir, además de la observación participante, la observación directa y la participación parcial e indirecta.

Estas inquietudes florecieron en los diversos contextos de trabajo de campo donde las y los estudiantes se jugaban su lugar como sujetos extraños a la zona, luchando por acercamientos afectivos y concurrencias políticas con los habitantes de la región. Así, los terrenos del Pacífico fueron contruidos en la década de los 70 en las complejas relaciones que un grupo de estudiantes establecía con el Estado, como intermediarios, demandantes y auditores; con la Nación, en su búsqueda de una inclusión respetuosa de las diferencias; con la Antropología, en la transformación y la formación de los Departamentos de Antropología; y con los sujetos de estudio, en su campaña incesante de provocar acercamientos.

4.1 De terrenos baldíos con zonas de extracción a lugares habitados

En la década de 1970, mostrar alguna importancia de la región del Pacífico significaba en gran medida remontarse a un pasado dorado, esto es, a épocas coloniales en donde las riquezas que emanaban del subsuelo, del bosque y de los ríos tenían una importante participación en el mercado mundial y eran símbolo de riqueza para los pobladores cercanos. Como se menciona en una de las tesis:

“En muchos pueblos de la sierra nariñense se oía hablar incesantemente del oro barbacoano, proveniente de un pueblo fantasma que albergaba en su memoria la vida esplendorosa de gentes de alta alcurnia quienes condimentaban exquisitos manjares con polvo de oro. Barbacoas, pueblo opulento, que congregaba mercaderes de diversos orígenes; cuna de grandes políticos e intelectuales y que, inexplicablemente, fue abandonado en los confines de las selvas del litoral pacífico” (Dávila Silva, 1979, pág. 150).

El oro, el platino y la tagua, extraídos de lo que hoy conocemos como Chocó, el Valle del Cauca, y las costas de Cauca y Nariño, eran llamativos tanto para las comunidades locales, como para particulares y empresas nacionales y extranjeras. Las actividades extractivas dejaban además algunos dividendos al Estado que veía en éstas una posibilidad de aprovechar aquellas tierras lejanas a su jurisdicción (Almarino, 2009).

Sin embargo, para mediados del siglo XX la rentabilidad de estas actividades extractivas había disminuido de manera considerable. Esto, por las nuevas condiciones del mercado global y por las dinámicas mismas de una zona cuyas características naturales y sociales la hicieron esquivada al establecimiento de monopolios. En aquellos momentos, el Estado asumió un papel ambivalente. Sus esfuerzos se dirigían a:

- Identificar aquellos lugares que no tenían habitantes permanentes ni estaban siendo utilizados, para definirlos como tierras baldías y así consolidar su propiedad sobre éstas y promover la colonización.
- Generar políticas de protección de los recursos naturales, como respuesta a la ola ambientalista y a las presiones internacionales.
- Incentivar la inversión de particulares, nacionales y extranjeros, en una zona que había perdido parcialmente su atractivo.

La conflictiva situación entre promover la colonización, cuidar los recursos naturales e incentivar la explotación económica de la región, puede constatarse en la maleabilidad de tres tipos de reglamentaciones especialmente importantes para el Litoral: la definición y

tratamiento de tierras baldías o nacionales, la legislación forestal y la legislación minera (Baracaldo, 1977).

En la definición y tratamiento de tierras baldías, históricamente se ha presumido en favor del Estado la propiedad de ciertos terrenos considerados sin dueño, a menos que algún particular solicitase un derecho a la propiedad demostrando su ocupación y uso continuo. La caracterización como zona baldía primó sobre amplios espacios de tierra en la región del Pacífico en el siglo XX, debido a que el Estado no tuvo muchas demandas por la apropiación de éstos.

La historiadora Claudia Leal en un estudio reciente, analiza esta situación y demuestra cómo fueron pocas las solicitudes de propiedad de terrenos baldíos en el Pacífico porque el interés sobre las tierras del litoral se concentraba en el acceso a los recursos más que en su apropiación para usos continuados. Era en la posibilidad de acceder y utilizar los recursos donde se vivían la mayor parte de los conflictos. Empresarios o personas de la elite no se disputaban títulos para liderar procesos de colonización que buscaran convertir estos lugares en su lugar de habitación permanente, buscaban concesiones o arrendamientos temporales de lugares específicos para la extracción de tagua, oro y platino. Las comunidades indígenas y negras por su parte, pretendían mantener el acceso más que privatizar estos lugares a nombre propio, esto porque *“mientras que los cultivos y las áreas de habitación han sido tradicionalmente considerados de uso privado por los pobladores locales, las áreas de recolección son de acceso común”* (Leal, 2008, pág. 420).

Así, aunque había conflictos por titulaciones, puede decirse que la lucha por la tierra era menor en comparación con otras zonas del país. De allí su preeminencia de trato por parte del Estado como zona baldía y de la característica de los conflictos más centrados en arrendamientos y concesiones. En esta lógica, las políticas referidas al manejo de bosques y minas se hicieron altamente influyentes en la región.

El Estado emitió una serie de normas que en ocasiones tomaban rumbos contradictorios. Reglamentó la protección de sus recursos naturales, se establecieron prohibiciones a tumbas de bosque en hoyas hidrográficas, se exigió el cuidado y regeneración de las zonas de extracción, se crearon las Reservas Naturales y se fundaron y fortalecieron institutos encargados de su cuidado (Ej. Instituto Nacional de Recursos Naturales-INDERENA y la Corporación Nacional de Investigación y Fomento Forestal-CONIF). Al mismo tiempo, se creaban las condiciones que facilitarían la extracción de recursos por parte de particulares y empresas nacionales y extranjeras, como la ampliación de límites para los contratos de arrendamiento, adjudicación de lugares de extracción incluso en zonas de gran importancia ecológica, privilegios tributarios, etc. (Baracaldo, 1977 y Botero, 1994). Según lo planteó Aquiles Escalante a comienzos de la década, aunque los gobiernos de Colombia se habían encontrado con esta disyuntiva, siempre se privilegió la decisión de atraer particulares y extranjeros. Particularmente para la región del Pacífico, el Estado había asumido un débil compromiso con las riquezas del su suelo y subsuelo, pálidamente considerados nacionales (Escalante, 1971), como lo cita uno de los estudiantes:

“El Gobierno de Colombia es muy favorable a toda legítima empresa que tenga como objeto el engrandecimiento del Estado. Conocedor de su vasta riqueza, él comprende la importancia de ofrecer estímulos a todos los que vengan a su

territorio a desarrollar sus maravillosos recursos mineros y a buscar sus conveniencias comerciales y está por lo tanto dispuesto a dar liberalmente concesiones y privilegios” (Restrepo en Sabogal Caicedo, 1973, s.p.).

Las instituciones fundadas para la protección de los recursos naturales se convirtieron también en centros de investigación que analizaban las posibilidades económicas de la región y sugerían proyectos rentables para su desarrollo. Los gobiernos centrales y locales en el Pacífico, financiaron diversos estudios que indagaran las condiciones de las tierras del Litoral y determinaran oportunidades futuras para la zona, como el “Seminario sobre la Costa Pacífica”, organizado por el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA) y CONIF en 1977 (Baracaldo, 1977) y los informes de las Corporaciones Autónomas Regionales (CAR-CAUCA, 1973); se analizaban proyectos de impulso a la pesca industrial y de apoyo para el mejoramiento de la pesca artesanal, como el “Programa de integración Costa Pacífico”, liderado por la Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero (Mosquera, 1970), el “Seminario sobre el Océano Pacífico” (Vegas & Rojas, 1976) y el “Proyecto para el desarrollo de la pesca artesanal en el Litoral Pacífico” del Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (1977); finalmente, se perfilaban las mejores condiciones para el aprovechamiento de los recursos e industrias forestales, como los estudios elaborados por el Instituto de Fomento Algodonero (Patiño, 1970), por el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) (Samper, 1976), y por el INDERENA y Reid Collins Associates (Inderena, 1976).

Algunos de estos análisis planteaban aumentar la participación de los pobladores locales en proyectos futuros, sin embargo, aunque todos reflejaban en sus conclusiones algunas sugerencias para desarrollar programas económicos, en general salían a flote las dificultades de la región para pensar actividades productivas permanentes y altamente rentables. Estas limitaciones también fueron identificadas en los escritos de las y los estudiantes de la época: *“Según las características anteriores [suelos], la tierra no permite una roturación intensiva, las vías de comunicación se hacen intransitables, influyen también en las pautas de poblamiento y en el retardo del acaparamiento de tierras en manos de unos pocos terratenientes, como suele suceder”* (Portela Guarín, 1978, pág. 5). En ocasiones incluso, estudiantes ávidos por formular soluciones económicas para la región se veían desconcertados ante un medio que veían como *“un enclave de formas atrasadas que persisten en un sistema capitalista deformado”* (González de Ceballos, 1978, pág. 3).

El debate sobre el mejor uso del suelo, del océano y del subsuelo de la región, estaba latente y era prioritario en la época. Sin embargo, los y las estudiantes de antropología consideraron que: *“Generalmente se hace énfasis en los recursos naturales de las zonas marginadas dejando de lado el elemento humano que interactúa con el medio. No se ve como una parte integral del proceso ambiental sino como un problema al cual no se le plantean soluciones”* (Vargas Escobar, 1978, pág. 1).

En los escritos se nota efectivamente un cambio de perspectiva. Los y las antropólogas en formación, abordaron a esta región como terreno de estudio para demostrar que no sólo se trataba de un espacio vacío de colonos y lleno de recursos del Estado para extraer de manera más o menos cuidadosa, su intención era evidenciar la presencia de habitantes que ocupaban y utilizaban de un modo particular estos lugares y cuya reticencia a la privatización de terrenos les estaba costando un paulatino bloqueo al acceso de estos recursos y una acelerada inclusión al sistema capitalista en las condiciones más desventajosas.

Es posible advertir en las tesis que, persiguiendo este objetivo, los y las estudiantes se encontraron con tres tipos de territorios que confluían en un mismo espacio: los que se habían formado con la presencia indígena ancestral, anterior a la llegada de los españoles; lugares apropiados por las comunidades negras que fueron traídas por los violentos procesos de esclavización y que después de su liberación lograron convertirlos en lugares de habitación permanente; y lugares colonizados por indígenas, negros y otras personas que migraron de zonas cercanas en pleno siglo XX.

Eran escasos los estudios arqueológicos de la región que demostraran el primer lugar de confluencia, es decir, la antigüedad de grupos indígenas asentados allí en tiempos prehispánicos. Tampoco hubo tesis o trabajos de grado que hicieran estudios arqueológicos en esta región.

Los indicios sobre el pasado de los indígenas en el Pacífico fue buscado primordialmente con el seguimiento a las similitudes y diferencias entre las lenguas habladas por los grupos de la región y las familias lingüísticas ya reconocidas por la época. La lengua Chocó fue estudiada por Paul Rivet (1943-1944) quien la relacionó con la familia Caribe, en esta misma línea desarrolló sus trabajos Sergio Elías Ortiz (1940). Esta lengua fue estudiada también por Loewen (1960) quien planteó que se trataba de una lengua autónoma y la designó como familia Chocó, con dos ramas: Wanana o Noanamá y Emberá (con dos lenguas y más de 10 dialectos). La Revista Colombiana de Antropología también publicó un extenso estudio sobre la lengua Chamí escrito por Jean Caudmont, en la década de los 50 (1955, 1956a, 1956b).

En 1945, Gerardo Reichel-Dolmatoff y Milciades Chaves participaron en un viaje al municipio de Río Frío en el Departamento del Valle del Cauca. En este viaje, que fue financiado por el gobierno de Francia, recogieron material lingüístico, etnográfico y folclórico. Parte de esta información recopilada fue publicada por la Revista Colombiana del Folklore (Reichel-Dolmatoff, 1953), el Boletín de Arqueología (Reichel-Dolmatof, 1945; Chaves, 1945) y la Revista Colombiana de Antropología (Reichel-Dolmatof, 1960, 1963). También la pareja Roberto Pineda y Virginia Gutierrez de Pineda, elaboraron un escrito sobre noanamaes, emberaes y catíos (Pineda G & Gutierrez, 1958). Previamente habían sido desarrollados trabajos similares como los de Henry Wassen (1933) y David Stout (1948). Hubo tesis que también citaron estudios de religiosos, como el de la madre Laura (1923) o Fray Severino (1959). En estas publicaciones, se encontraban rigurosas descripciones sobre los indígenas del Chocó, mayoritariamente sobre mitos y concepciones religiosas de los Embera-Chamí; sin embargo, las y los estudiantes las percibían como referencias débiles al momento de desentrañar la situación económica de estos grupos, entonces los artículos fueron citados constantemente en las tesis más como descripción general y punto de partida de los estudios que como fuentes de apoyo en la interpretación y el análisis.

Los documentos que aparecieron privilegiados fueron los escritos que analizaban la región y la situación de sus habitantes en los periodos de conquista y colonia. En este punto, fueron relevantes los estudios de Sven Erik-Isaacson, quien describió las tácticas españolas para fundar pueblos en el alto Atrato en el siglo XVII (1976) y de Fatheleen Romoli (1963). Fue muy importante para esta perspectiva el movimiento de la nueva historia en Colombia que estaba aportando: *“...por fin los elementos para la reconstrucción de una verdadera historia patria, notablemente diferente de la historia*

heroica y oficial, de la cual ciertas regiones y grupos étnicos han sido tradicional y significativamente excluidos" (Castrillón Caviedes, 1975, pág. 5).

Fueron especialmente citados los trabajos de Jaime Jaramillo Uribe (1963, 1968, 1969, 1976), Álvaro Tirado (1971), Margarita González (1973, 1974) y Germán Colmenares (1972, 1975, 1978) sobre la historia social y económica de Colombia de los siglos XVI a XVIII que incluía la descripción de los procesos de esclavización y un pasado construido por la acción de esclavos, mineros, comerciantes y terratenientes de la zona. Estos acercamientos fueron enriquecidos con los textos de Robert West (1957, 1969, 1972) y Mateo Mina (1975).

Como en el Amazonas, se detectaron en esta región los momentos históricos de contacto y se mostró que la época colonial trajo uno de los mayores elementos de aculturación para el Pacífico, la minería. De esta manera, se consolidó un espacio de denuncia sobre las consecuencias que la actividad minera trajo para la configuración demográfica de estos lugares en la época colonial, especialmente se acusó la abrupta disminución de población indígena (denominados por los y las estudiantes como Cholos, Chocoes, Waunanas, Coyapas, Cunas y Coiqueres), la migración forzada a la que se vieron sometidos los sobrevivientes y la llegada de población negra en los siglos XVII, XVIII y XIX como esclavos en enclaves mineros, como cimarrones y como libres.

Algunos estudiantes incluso se animaron a conocer las fuentes primarias visitando los archivos de Bogotá, Popayán y Quibdó. En estos documentos, se mostraba en general a unos indígenas aguerridos, que no pudieron ser completamente sometidos por la corona española, se mencionaba que "*Los indígenas del área eran hostiles y no se dejaron subyugar fácilmente, puesto que a su cultura no correspondían sistemas jerárquicos de organización social, como era el caso de muchos pueblos serranos*" (Dávila Silva, 1979, pág. 154). También se resaltaba de manera especial la actividad de la población negra, que a pesar de haber sido sometida a cruentos tratamientos por el proceso esclavista, participó activamente en su propia liberación y en la lucha por la tierra (Borrero de Querubín, 1979), además, conquistó las difíciles condiciones del Pacífico como pobladores libres, como campesinos y como mineros.

Así, las y los estudiantes de antropología se unían entonces a los esfuerzos liderados por la historia al considerar que "*si la historia económica colombiana es una ciencia muy nueva, la historia social es prácticamente inexistente*" (Dávila Silva, 1979, pág. 180) La antropología en este sentido fue también historia social y en este proceso los estudiantes resaltaron que en la región del Pacífico existían pobladores que habían luchado su estadía en estos lugares y que lo continuaban haciendo, frente a las nuevas condiciones que en esos momentos se les presentaban.

Es posible advertir entonces en las tesis de antropología de la década de 1970, un esfuerzo decidido por reforzar la idea de una región ocupada por comunidades que la habían habitado y utilizado incluso antes del establecimiento de la República y por virar la mirada que incluyera la caracterización de habitantes nativos en relación con el medio natural. De esta manera, pretendían superar los análisis tipo diagnóstico que sólo se preocupaban por interrogar a la región a propósito del futuro de sus recursos naturales y suponían además la construcción de una imagen que atara dichos recursos a los pobladores de la región como usuarios ancestrales, contraria a la idea de que éstos recursos pertenecían al Estado y debían ser administrados por éste, so pena de no tener otro dueño que los reclamara.

4.2 Del Estado administrador al Estado responsable

Un número importante de historiadores ha mostrado además que, desde tiempos coloniales, esta zona fue esquiva a un control externo directo:

“En síntesis, la situación de las provincias que conformaban el Pacífico sur en las postrimeras del dominio colonial indica que: en un territorio extenso habitaba una población importante pero dispersa (18.795 habitantes), con precarios asentamientos hispánicos, ciudades y puertos, y una débil presencia eclesiástica, en los que predominaban los reales de minas (...) como frontera minera sus contornos y bases de acción fueron inestables y fluidos, lo que incidió en las rivalidades de las “ciudades” para asegurar su control (...) los dispositivos del dominio y la explotación de esta sociedad esclavista presentaron importantes fisuras que permitieron diversas formas de resistencia y el despliegue de ingeniosas iniciativas de los sectores subalternos” (Almario, 2009, págs. 94-95).

Para mediados del siglo XX la situación había cambiado, pero la lejanía de un poder central, definido en la década de los 70 por el Estado, se mantenía. Los y las estudiantes fueron testigos en muchos lugares de la región del Pacífico, de una presencia estatal apocada. Esta situación se hace evidente en una de las tesis, en la que se menciona que: *“Los sitios donde hay trabajadores públicos como la Inspección de Policía Departamental, el puesto de policía y la recaudación municipal son piezas arrendadas de una casa de dos pisos, habitadas en la parte superior por los dueños” (Lewin Figueroa, 1971, pág. 23).*

En los escritos de la época, se describe así al Estado en el Pacífico como un administrador menor de impuestos y de justicia (Borrero de Querubín, 1979), que parecía haber tomado la decisión de tolerar la región, fungiendo como mediador de conflictos y estableciendo una presencia tímida con respecto a otros poderes locales.

Existía la intención de los últimos gobiernos de la época por ampliar el Estado y asumir una mayor presencia en estas regiones. Las costas de Cauca, Valle del Cauca y Nariño pertenecían a unos departamentos reconocidos como tales desde finales del siglo XIX e inicios del XX, en complejos procesos de organización y reorganización territorial del país. El Chocó era el departamento más joven después de haber sido reconocido como tal en 1947. Sin embargo, una importante sección de esta región fue considerada como territorio de misiones que, durante la década de los 60 y los 70, comenzaron a insertarse en administraciones departamentales (Jimeno Santoyo, 1971).

Pero las y los estudiantes mencionan en sus escritos que las intenciones de articular estas zonas, reconociéndoles autonomía, reñían con la situación de la construcción de vías en el país y con las grandes deficiencias del transporte público. Un importante número de lugares en esta región estaban físicamente aislados de los centros políticos y económicos del país, se comentaba incluso que sólo se favorecía la comunicación entre latifundios ganaderos (González de Ceballos, 1978). Adicionalmente, el Estado tenía una gran deuda con los habitantes de esta región por la pobre prestación de servicios públicos como agua, luz, alcantarillado y tratamiento de basuras. En las tesis se denunciaban también acuciantes problemas de salud (desnutrición y contaminación principalmente) y la necesidad de programas y puestos que respondieran a esta necesidad. Se hizo manifiesto además el número reducido de guarderías, escuelas y

otras instituciones educativas que hicieran palpable la presencia del Estado en su función educadora⁶⁸.

Además de su condición de marginalidad frente al Estado, en los documentos se mostraba que los habitantes del Pacífico habían sido víctimas de los flujos nerviosos de los mercados de la madera (Olarte Reyes, 1978; Yepes Chaves, 1974), del oro (Atencio Babilonia & Zacipa Córdoba, 1972) y del azúcar (Aragón Lince, 1975; Borrero de Querubín, 1979) que los habían confinado a regiones malsanas y los habían sometido a procesos de desplazamiento, dependencia, proletarización y empobrecimiento. Planteaban que, tanto habitantes de zonas urbanas como pobladores de zonas rurales, eran víctimas de la desatención de un Estado que había asumido su papel frente a una zona fronteriza como protector del medio ambiente y líder en la construcción de propuestas para su desarrollo económico, pero no había advertido su responsabilidad con los habitantes que la integraban. En las tesis se recordaba entonces que los grupos que habitaban la región hacían parte de la nación colombiana y que era el Estado quien los estaba condenando a una situación de marginalidad.

Esta condición se acentuaba aún más al estudiar las situaciones a las que se habían visto sometidos los diferentes habitantes de la región. En los estudios de los grupos indígenas con etnografías generales (Castrillón, 1975; Suarez, 1977) o con estudios específicos enfocados a analizar las estructuras sociales y económicas (Orozco, 1975; Vollmer, 1976; Peña, 1978; Portela, 1978), o a partir de análisis de relaciones interétnicas (Vargas, 1978), los y las estudiantes encontraron efectos perversos del contacto de estos grupos con la cultura occidental. Particularmente, expusieron que en este contacto violento e inequitativo los indígenas estaban pagando con la pérdida de tradiciones y una creciente dependencia al mercado local. Hallaron además que la población indígena había sido vulnerada históricamente en los procesos de lucha por la tierra porque había sido obligada a habitar las cabeceras y las hoyas de los ríos y seguía siendo vulnerada de tal manera que veía amenazada su estadía y supervivencia en una zona en la que eran minoría.

Los documentos que analizaron población campesina y urbana no indígena, denunciaron también las transformaciones en las relaciones económicas, sociales y de parentesco en las comunidades estudiadas. Se mostraron procesos desafortunados de creciente dependencia económica, proletarización, empobrecimiento y relaciones de explotación establecidas por las empresas extractivas que funcionaban en la zona. Se denunciaron especialmente los efectos perversos del establecimiento de la Chocó Pacífico en la región, una compañía minera creada en el año 1916: *“Era una entidad bajo la cual operaba el consorcio conformado en las negociaciones entre las dos compañías -la South American Gold and Platinum Company- creadas en Estados Unidos bajo la dirección de Lewisohn”* (Leal, 2009, pág. 160).

Aquiles Escalante hizo pública la denuncia a esta compañía en su libro *“La minería del hambre: Condoto y la Chocó Pacífico”* (Escalante, La minería del hambre: Condoto y la Chocó Pacífico, 1971). En sus descripciones, Escalante acusaba que esta empresa

⁶⁸ Estas denuncias son particularmente reiterativas en los textos de: Borrero de Querubín, 1979; Torne de Valcárcel., 1975; Olarte Reyes, 1978; González de Ceballos, 1978; Yepes Chamorro, 1974; Jimeno Santoyo, 1971; Ceballos Bohórquez, 1978; Abello S., 1975; Lewin Figueroa, 1971.

obtenía grandes ganancias a costa de la depredación de los recursos naturales, que no pagaba regalías al Estado y que lo engañaba en sus informes contables. Especialmente, Escalante mostraba las consecuencias negativas que trajo su actividad a las poblaciones negras localizadas en su área de influencia, que se habían visto sometidas a degradantes condiciones laborales, situación que permeaba la cultura y la vida misma de estos grupos.

Los documentos mostraban que algunos pobladores de las zonas rurales y selváticas de la región eran violentados además por la desafortunada consolidación del racismo que sostuvo y legitimó la empresa esclavista. Los y las estudiantes denunciaron entonces la pigmentocracia⁶⁹, los estereotipos, el abuso y la degradación que el mismo Estado había heredado en su tratamiento a los habitantes que pertenecían a comunidades negras.

A pesar de que los problemas por el reconocimiento de propiedad de la tierra eran menos numerosos que los conflictos por el acceso a los recursos, en esta región existía una inequitativa distribución de la tierra y en esos momentos se encontraba vigente allí la política estatal de reforma agraria. La cuestión de la tierra era además un tema obligado, en las tesis y los informes de trabajo de campo es evidente el convencimiento de que el problema más apremiante en Colombia, que cruzaba a todas las regiones del país, era el relacionado con la distribución de la tierra. Con este presupuesto, los y las estudiantes analizaron el funcionamiento del ICA, la Caja Agraria, el Instituto de Mercadeo Agropecuario (IDEMA), el INDERENA y, por supuesto, el INCORA. Este trabajo de los estudiantes de la década de los 70 impulsó a que sus documentos se convirtieran en un mecanismo de vigilancia a los programas gubernamentales en boga⁷⁰. En sus textos, los estudiantes denunciaron que las condiciones para el otorgamiento de créditos a campesinos impedían su acceso real a estos recursos, además que la conformación de empresas comunitarias con un débil y descontextualizado acompañamiento técnico, no significaban un cambio real en las condiciones de la distribución de la tierra en la región y que siguieron beneficiando a los poderes locales tradicionales (Lewin Figueroa, 1971; Atencio Babilonia & Zacipa Córdoba, 1972; Abello S., 1975; Borrero de Querubín, 1979).

Con estos datos, se pedía un mayor compromiso de los gobiernos central y locales para mejorar las vías de comunicación, reforzar las instituciones y los programas en salubridad reduciendo los índices de mortalidad y morbilidad que encontraban alarmantes, definir la cantidad y las características de la población (necesidad de un censo local) y fortalecer el aparato educativo, particularizando una enseñanza a los indígenas que no rompiera con sus tradiciones, esta última solicitud iba acompañada de una fuerte crítica a los internados de las misiones que aún persistían en la zona.

⁶⁹ El concepto de pigmentocracia ha sido utilizado en América Latina “*en el afán por denunciar la base fundacional “étnica” de la estructura social de las ciudades latinoamericanas desde la colonia*” (Femenías, 2010, pág. 175). Se entiende como el mecanismo estructurante de sociedades en los que se ubica a los sujetos por su color de piel u origen étnico. En América y otros lugares del mundo, se utilizó este mecanismo en el desarrollo de la colonización europea para la ubicación de indios y negros en la escala más baja de la pirámide social y la justificación de su abuso (Lynn, 2011).

⁷⁰ Hubo una sola tesis que trabajó en una zona urbana. En esta tesis de un barrio periférico en Cali, no se mencionó el problema de la reforma agraria, pero sí se evaluaron los efectos de un proyecto Estatal, específicamente un programa nutricional del ICBF (Torne de Valcárcel, 1975).

Se persiguieron los errores en las políticas agrarias desarrollistas del Estado y se solicitó una mayor presencia estatal en el acompañamiento a los pobladores del Pacífico, con asistencia técnica y con instituciones eficientes que aseguraran un equitativo acceso a la tierra, a los recursos que necesitaban y a la creación de proyectos económicos comunitarios.

Estos análisis sobre las deudas del Estado, demostradas en las debilidades en la prestación de servicios públicos, en la desprotección en la que había dejado a los habitantes de la región frente a las presiones de la economía mundial y de los poderes locales, y en las acciones desacertadas de los institutos estatales relacionados con la reforma agraria, sirvieron para adelantar un proceso de responsabilización de éste por las condiciones de los habitantes de la región. Se planteó que las decisiones estatales no debían acudir solamente a las estrategias de aprovechamiento de una zona limítrofe cuyas condiciones naturales hacían difícil pensar en grandes proyectos económicos, permanentes o con rentabilidad asegurada. Las y los estudiantes planteaban que el Estado además de reconocer la ocupación histórica de las diferentes comunidades de la región, debía asumir su papel como agente configurador de la situación de marginalidad en la que se encontraban.

En otras palabras, se planteaba que el Pacífico no sólo era una frontera nacional que debía administrarse de la mejor manera, además se recalca que las acciones y omisiones del Estado estaban privando a sus pobladores del beneficio de las políticas públicas. Al plantear la condición de marginalidad, los habitantes del Litoral eran definidos ya no sólo por sus características particulares (Ej. mitos, religión, organización social y actividades económicas, entre otros) como se había realizado en etnografías previas y que se explicaban en parte tras la adaptación a un medio ambiente hostil. Los estudiantes los analizaron también a través del Estado como constituyente de unas comunidades que empezaban a definirse en su relación con éste, como población marginal.

4.3 Marginalidad confirmada, etnicidades en duda

Para 1970, en las universidades la antropología, así como otras disciplinas, era considerada más que un mecanismo para la acumulación de conocimiento; era un instrumento político para transformar la nación. Signados bajo este precepto, las y los estudiantes consideraban que sus estudios no debían delimitarse al estudio de los indígenas porque éstos eran sólo una parte de todos los grupos que habitaban el territorio colombiano y de los muchos oprimidos por un sistema capitalista apabullante. El objetivo principal estaba signado en conocer para transformar la Nación y este ambicioso compromiso se extendía a todos los habitantes del país y especialmente a aquellos considerados marginales.

Esta concepción fue particularmente importante en esta región del Pacífico. En algunos de los textos que estudiaron comunidades no indígenas aparecen frases dirigidas a retomar la visión holística de la antropología, como en las siguientes citas:

“En la evolución de la ciencia antropológica, marcada por la evolución de su objeto de estudio, muchos antropólogos convencionalmente han dejado las sociedades tribales aisladas para ocuparse de los conglomerados humanos de campos y ciudades, no solo para incrementar el tamaño de las muestras, de donde

finalmente se derivan las generalizaciones, sino también -y lo más importante- para compenetrarse con la realidad de una gran masa de población que cada día alcanza niveles más complejos viéndose abocada constantemente a todos los problemas que presenta la marginalidad” (Torre de Valcárcel, 1975, pág. i); “Todas las sociedades interesan al Antropólogo, pues aportan testimonios de las reacciones de los hombres bajo formas culturales ante los problemas planteados por las necesidades biológicas integrativas e instrumentales en los diferentes grupos humanos” (Motta González, 1977, pág. 4); “Actualmente los antropólogos están poniendo un énfasis cada vez mayor en el estudio de las sociedades urbanas y campesinas. El desarrollo de la disciplina imponía necesariamente dicha orientación” (Castrillón Caviedes, 1975, pág. 5).

En las investigaciones adelantadas para las entregas de tesis e informes finales, se encontró en el Pacífico que además de la población indígena, otros grupos en el campo y en las ciudades ingresaban vertiginosamente en la sociedad nacional y en un sistema económico mayor que los venía absorbiendo. Cuando era analizada su condición de marginalidad, más que las diferencias entre los grupos del pacífico, se planteaban sus coincidencias como habitantes de una misma región, víctimas de la acción de las empresas y la omisión del Estado. Para este punto, resultaron fundamentales los acercamientos desde las propuestas de Marx y Engels, complementadas con las publicaciones sobre antropología económica de Godelier (utilizado especialmente en los estudios sobre grupos indígenas) y los escritos de Lenin (citado particularmente para los estudios rurales). Estas propuestas que enfatizaban el análisis de las relaciones económicas, permitieron establecer puntos de conexión entre comunidades físicamente aisladas del centro de poder pero sistemáticamente integradas a una economía mundial.

Para la situación de los grupos que integraban la región del Pacífico también fueron citados los trabajos de Robinson y Brigman (1969a, 1969 b). Fueron importantes además las tesis de la época que se convertían rápidamente en referentes bibliográficos de otros trabajos, como es el caso de los estudios hechos en Risaralda con los Embera-Chamí por Luis Guillermo Vasco (1970) e Idelfonso Gutiérrez (1972) y otros documentos no publicados de recién egresados, por ejemplo, los de Edgardo Cayón (Cayón, 1974; Cayón & Gutiérrez, 1973).

Un elemento imposible de eludir y que permitía establecer puntos de coincidencia entre los diferentes habitantes de la región era la fiereza del medio. Para entender las características ambientales de la zona, los y las estudiantes debieron acercarse a disciplinas como la Geografía y particularmente a la Ecología Cultural, porque con sus lecturas y su experiencia personal comprendieron que el medio ambiente (denominado por ellos también como ambiente geográfico o hábitat), cumplía un papel fundamental para comprender a sus pobladores y planteaba una perspectiva diferente a la victimización de estos grupos. Se iniciaba así el reconocimiento de una posición activa de estos habitantes que ideaban estrategias creativas para enfrentar las condiciones ambientales más difíciles. Así, las descripciones sobre la alta humedad y las cambiantes condiciones del Litoral Pacífico eran evidencias que permitían valorar la acción histórica de grupos humanos que aprendieron a relacionarse con un medio hostil. Planteaba

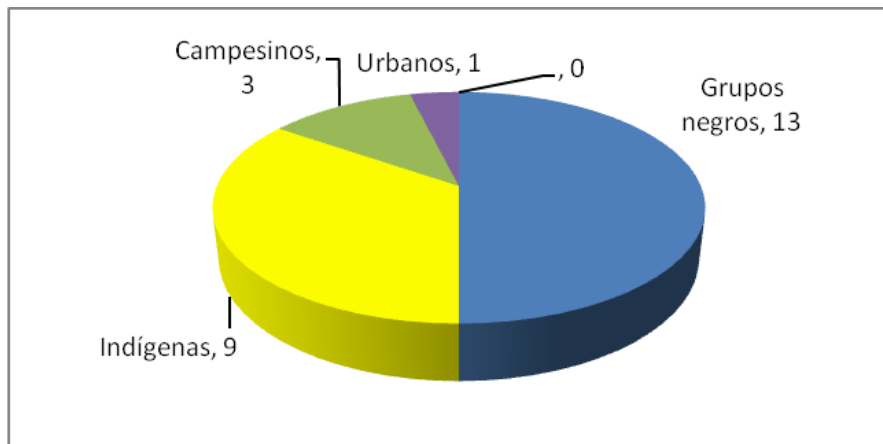
además la inclusión de otros grupos no indígenas como domadores de la selva húmeda⁷¹.

El estudio del medio ambiente permitía además analizar la influencia del capitalismo en la transformación y el agotamiento de los recursos naturales, que redundaba en transformaciones económicas y sociales para las comunidades, en condiciones desventajosas. Finalmente, de la posibilidad de entender las posibilidades del medio dependía en gran medida la construcción de proyectos económicos viables para sus pobladores, para la región y para el país. Proyecto con en el que se sentían comprometidos los y las estudiantes.

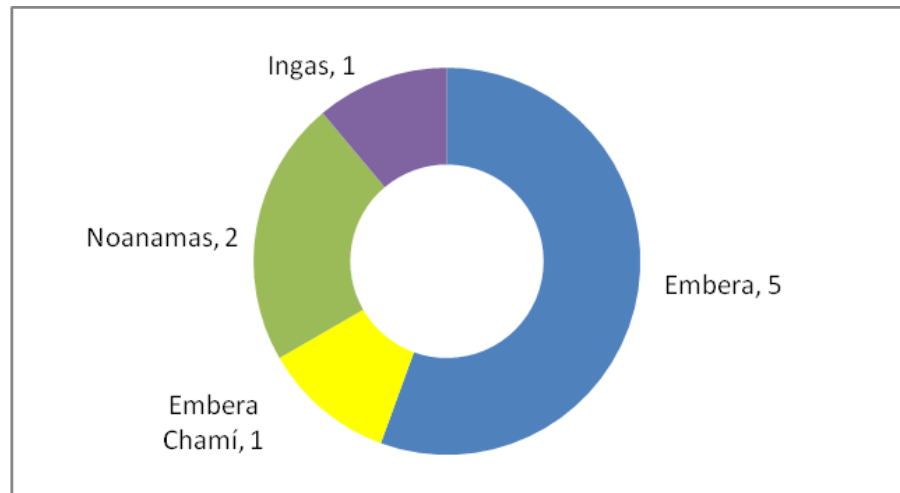
Las nuevas perspectivas permitieron a los estudiantes encontrar similitudes entre diferentes comunidades que habitaban la misma región, hallando que los diversos grupos humanos a los que habían decidido acercarse estaban cobijados por condiciones comunes que los convertían en legítimos temas de investigación antropológica y de acción política.

Así, 9 estudios, una tercera parte del total de los textos entregados en esta época, se refirieron específicamente al estudio con grupos étnicos, particularmente con las comunidades indígenas Embera, Embera-Chamí, Noanamá e Inga (Mota Giraldo, 1971; Castrillón Caviedes, 1975; Orozco Rojas, 1975; Vollmer, 1976; Suarez Sandoval, 1977; Vargas Escobar, 1978; Peña Cajiao, 1978; Portela Guarín, 1978; Sabogal C., 1973). Los 18 documentos restantes, el 69.2% del total de los documentos, se enfocaron en la población no indígena del Litoral Pacífico. Entre éstos, se realizaron 13 estudios que definían a su población en términos raciales, como grupos negros; se presentaron 3 documentos que caracterizaban a su población como campesina (Lewin Figueroa, 1971; Jimeno Santoyo, 1971; Abello S., 1975) y uno enfocado en población urbana (Torne de Valcárcel, 1975), en éstos últimos primó la actividad socioeconómica y la localización para la caracterización de la población con la que se trabajó.

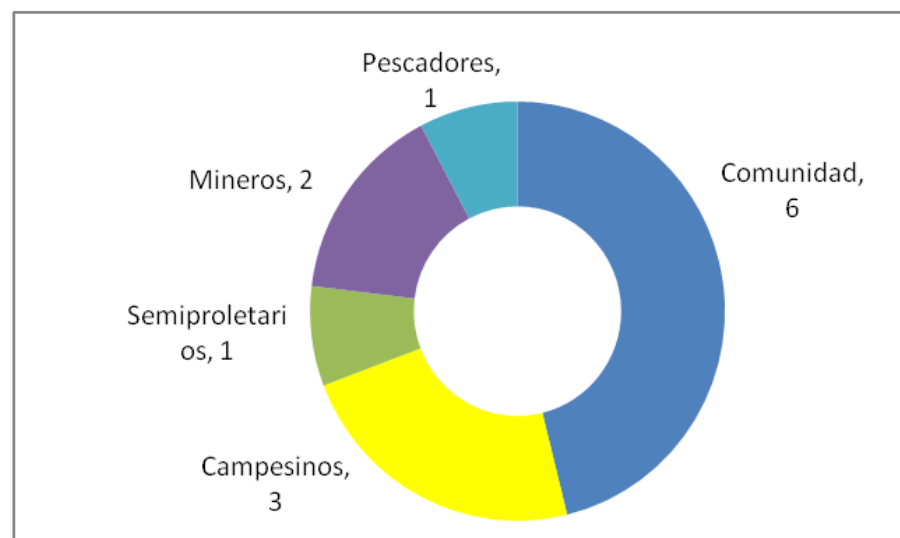
Gráfico 4-1: Poblaciones del Pacífico estudiadas en la década de 1970.



⁷¹ Al parecer una idea incipiente de lo desarrollado posteriormente por Astrid Ulloa con su concepto de “nativo ecológico”, aunque centrado en la población indígena (Ulloa, 2001).

Gráfico 4-2: Grupos indígenas del Pacífico estudiados en la década de 1970.

En las investigaciones realizadas con grupos negros (el 50%), algunos incluyen en su definición categorías similares a las trabajadas con los grupos indígenas como matrifocalidad o deculturación y asumiéndolos como comunidades, con etnografías generales (Atencio y Zacipa, 1972; Yepes, 1975; Hernández, 1975; Arévalo, 1976; Motta, 1977; Dávila, 1979). Otros escritos, reunieron la característica racial con elementos de identificación socioeconómica, definiéndolos como comunidades negras de pescadores, mineros, campesinos o semiproletarios (Olarte, 1978; Moncada, 1977; Borrero, 1976; Ceballos, 1978; González de Ceballos, 1978; Yepes, 1974; Aragón, 1975) y realizando etnografías específicas.

Gráfico 4-3: Grupos negros del Pacífico estudiados en la década de 1970.

Estos datos demuestran cómo para la zona existió una importante diversidad de estudios, debido en parte a este nuevo esfuerzo de apropiación holística de la realidad colombiana. Con estos escritos se evoca además, una importante discusión que se vivía en los Departamentos de Antropología y que ronda la definición de los sujetos legítimos

de investigación antropológica. En este caso, resurgía con fuerza la pregunta sobre cómo asumir a las comunidades negras, particularmente se preguntaba si éstas debían ser definidas como parte de la población no indígena marginal en el país o si era posible pensarlos también como grupos étnicos que mantenían tradiciones ancestrales.

Los grupos negros encontrados en algunos lugares de la región del Pacífico eran diferentes a otros campesinos y habitantes urbanos estudiados en las tesis, en tanto estos últimos eran grupos que habían colonizado recientemente su lugar de habitación. Algunos de estos pobladores eran migrantes que apenas estaban comenzando a constituirse como pueblos y la indagación por su historia solía dirigirse fundamentalmente a la fundación de la vereda o el barrio. Además, en algunos casos los pobladores de alguna vereda manifestaban expresamente que eran mestizos diferentes a los indígenas y a los negros (Jimeno Santoyo, 1971). En cambio, parecían ser una muestra de los habitantes rurales y urbanos de todo el país, eran un ejemplo de lo que ocurría en los campos y en las periferias de las ciudades, como márgenes de todo el territorio nacional.

Con los grupos negros en cambio, estaba desarrollándose una propuesta en la que se proponía que la búsqueda de su historia se fuera más allá de la fundación de sus poblados en América y que se remontara al legado de África. Esta perspectiva, que introducía la pregunta por las huellas de africanía fue influenciada con el trabajo de Melville Herskovitz, un antropólogo e historiador estadounidense que desde los años 40 se convirtió en un fuerte defensor de la idea de que era posible encontrar supervivencias africanas en la población negra de América. Su estudio "The Myth of the Negro Past" (1941) ha sido ampliamente debatido y ha ejercido una influencia importante en los estudios sobre afrodescendencia.

Nina de Friedemann, quien hace parte del grupo de pioneras de la disciplina en el país y fue una impulsadora acérrima de la propuesta de afrodescendencia, publicó en 1984 el texto "Estudios de negros de la antropología colombiana: presencia e invisibilidad". En este escrito, realizó una caracterización del estudio de las comunidades negras hasta ese momento y concluyó que esta población ha sufrido una invisibilización permanente por parte de la academia en general y de la antropología colombiana en particular.

Friedemann realizó un recuento de las razones que llevaron a la discriminación de la gente negra en el mundo entero y retomó los principales acercamientos que se habían realizado en Colombia a esta población, haciendo énfasis en los aportes de José Rafael Arboleda S.J. (1951, 1952, 1955, 1962), Aquiles Escalante (1954, 1959, 1964) y Rogelio Velásquez (1960), quienes iniciaron los estudios científicos de esta población en Colombia con escritos de importante trascendencia como "La historia y la antropología del negro en Colombia" (Arboleda, 1962), "El negro en Colombia" (Escalante, 1964) y "La minería del hambre: Condoto y la Chocó Pacífico" (Escalante, 1971). La autora subrayó además el importante aporte de la literatura y las expresiones artísticas para este tipo de estudios, sin embargo, lamentó el desafortunado alejamiento entre los procesos de construcción de conocimiento antropológico con el arte en general, lo cual disminuyó la posibilidad de encontrar poemas, novelas, cuentos y canciones como fuentes ricas en información antropológica.

Según lo planteado en el escrito de Friedemann, las universidades fueron reticentes a retomar y profundizar en este tipo de estudios. Esto, se demostraba con la no contratación de especialistas en la temática en los Departamentos de Antropología y con las débiles bases teóricas con las que se enfrentaban los estudiantes al momento de

realizar sus trabajos de campo. Plantea Nina de Friedemann, que ni Aquiles Escalante ni Rogelio Velásquez fueron contratados por los Departamentos de Antropología (Arocha & Friedemann, 1984) de aquel entonces. Ella misma estuvo poco tiempo como profesora en la Universidad Nacional de Colombia; primero renunció por una necesidad sentida de hacer mayor trabajo de campo y pasados algunos años se postuló para su reingreso pero no fue admitida por los entonces encargados de la selección en el Departamento, según se afirma en una bibliografía publicada recientemente (Arocha J. , 2009).

Desde la postura asumida por este grupo de pioneros, se defendía la idea de que no era posible que se perdieran todos los rastros de África a pesar del desplazamiento violento de mujeres y hombres negros al continente americano. Se planteaba además que la historia de estas poblaciones había sido sacudida por la trata transoceánica, pero que no iniciaba allí. Siguiendo esta convicción, realizaron estudios para delimitar y caracterizar las regiones y las tribus de las cuales fueron extraídos los esclavizados, denunciaron la crueldad de la trata con descripciones minuciosas de las condiciones en los barcos, en las ventas y en los trabajos a los que se vieron sujetos los esclavos, hicieron un seguimiento al camino de estas personas en América y compararon las tradiciones de las comunidades negras en la región con tradiciones existentes en tribus y comunidades negras de África.

Los documentos de Arboleda y Escalante fueron abundantemente citados en las tesis que asumían esta perspectiva en el estudio de las comunidades negras. Los estudiantes señalaban los análisis hechos por estos autores y sus búsquedas en archivos sobre las características de la trata en Colombia (especialmente los archivos sobre el puerto de Cartagena de Indias).

Con estas revisiones documentales, los autores citados delimitaron los lugares de los que fue extraída la mayoría de la población esclavizada que llegó al continente. Esto, debido a los discursos que sostenían la imposibilidad de que se pudieran mantener tradiciones culturales africanas dada la multiplicidad de lenguas y culturas diversas de las personas esclavizadas traídas a América, además del proceso mismo de esclavización que transportaba individuos y no tribus, grupos o familias. Las y los estudiantes que seguían esta corriente mostraban, teniendo como referente a Aquiles Escalante (1964), que las y los esclavos no provenían de todas las regiones de África, lo que disminuía la variedad de tribus involucradas en el proceso y que era posible delimitar las zonas africanas de extracción, como el Sudán Occidental, la Costa de Guinea y el Congo, y los orígenes tribales de quienes fueron esclavizados en la trata (golofios, mandingas, bambaras ararás, bantúes, manicongos, kongos y angolas).

Se trataba, sin embargo, de un debate vivo. Otros documentos estaban dispuestos a rebatir estos planteamientos y a señalar los errores cometidos por esta corriente al pretender ver señales de África a aspectos que eran producto de la experiencia de estas comunidades en América, por ejemplo:

“Por último, respondemos a los muchos antropólogos partidarios de la “influencia de modelos africanos en América trasplantados y reinterpretados por el negro” que los conceptos de “propiedad familiar” y “trabajo cooperativo” implantados en los caseríos negros no provienen de modelos culturales africanos (...) son creaciones culturales que responden a las nuevas condiciones materiales de los libertos, (...) los africanismos desaparecen a medida que la sociedad se desarrolla y se urbaniza” (Dávila Silva, 1979, pág. 128 y 177).

Es además evidente el difícil tránsito que enfrentaban las y los estudiantes, incluso aquellos que no defendían alguna de las posturas ni trabajaron en sus investigaciones directamente con grupos negros. Algunos prefirieron designarlos como “morenos”, probablemente por la conciencia que tenían de la discriminación racial de la que estaban sido víctimas estos grupos y por buscar un cambio de lenguaje que potenciara a su vez un cambio de perspectiva, sin embargo, en los textos no se aclara o justifica el uso de esta denominación. Quienes directamente los definieron como comunidades negras, se encontraron con la tensión de posicionarse en si se podían encontrar reductos y coincidencias con las tradiciones africanas o si lo más importante era la construcción que habían hecho en su relación con el medio americano. Aunque los estudiantes tenían una guía básica para iniciar sus estudios con la nueva historia y las publicaciones de los y la pionera en antropología, a quienes no tenían como profesores, estas referencias apenas marcaban el largo camino que hacía falta transitar.

Pocas dudas quedaban entonces de que las comunidades del Pacífico sufrían procesos semejantes a todos los pobladores marginales del país, pero la pregunta sobre las tradiciones que conservaban, sobre la explicación y el origen de éstas, fue un asunto irresuelto y particularmente problemático para la caracterización de las comunidades negras. Gracias a la apertura disciplinar de la Antropología a todos los pobladores marginales en el país, la legitimidad del estudio de la población negra de la región no era foco de fuertes cuestionamientos. La perspectiva con la que se asumiera su tradición, sin embargo, sí estaba puesta en duda y era un tema altamente controversial en los Departamentos de Antropología. Según lo reflejan las tesis, había en la época más aquiescencia por la perspectiva de huellas de africanía en la Universidad Nacional y la Universidad del Cauca, y mayores críticas a esta postura en los documentos escritos por estudiantes de la Universidad de los Andes.

4.4 El inevitable encuentro con las zonas de contacto interétnico

El segundo contexto, que participó en la construcción de los lugares de la región del Pacífico como terrenos de investigación antropológica, fue el trabajo de campo. Una de las características que salta a la vista en la caracterización de esta región como terreno y que se ve relatada en las tesis, es el interesante encuentro de los y las estudiantes que partieron buscando el contacto conflictivo entre dos grupos humanos, uno dominante y el otro dominado, y terminaron hallando múltiples puntos de contacto, de difícil caracterización, entre diferentes grupos dominados.

Particularmente, los estudiantes se percataron en sus trabajos de la complicación de estudiar a los grupos indígenas sin remitirse en algún momento a los grupos negros y viceversa, dadas las relaciones constantes que establecían en ese momento y el proceso histórico mismo que denotaba migraciones permanentes y apropiaciones temporales y alternadas de la tierra (Lewin F., 1971; Jimeno S., 1971; Aragón L., 1975; Arévalo, 1976; Motta G., 1977; González de C., 1978; Dávila S., 1979; Borrero de Q, 1979). Incluso el análisis de los campesinos de la zona, que no eran definidos por sus características raciales o étnicas, tenía que ver necesariamente con la presencia de otros grupos, en tanto éstos se definían en contraposición a sus vecinos, indígenas o negros (Jimeno Santoyo, 1971).

En los documentos surgieron entonces varios interrogantes sobre las interacciones de diferentes grupos humanos en la región; especialmente, a propósito de la relación y las posibles influencias en la configuración de grupos indígenas y grupos negros. Inquietudes que ya se habían generado en estudios previos, por ejemplo:

“...hay que mencionar que, mientras Norman Whitten en 1965 encontró que en puertos urbanos del litoral pacífico muchos negros que habían emigrado del bosque organizaban su vida alrededor de parentelas o kindreds, en 1961 Louis Faron también había localizado kindreds entre emberaes del Darién en Panamá” (Friedemann & Arocha, 1982).

No todos advirtieron el mismo tipo de relaciones. En algunos casos, se recalcaba la condición de víctimas de los indígenas, víctimas incluso de los grupos negros que los desplazaban, esto es evidente en frases como *“dispersión de los grupos debido al avance de la colonización mestiza y/o blanca (o negra, en el caso de nuestro trabajo)”* (Suarez Sandoval, 1977, pág. 343). Otros mostraban también que la población negra se encontraba en condiciones desventajosas frente al indígena, como el proceso de reconocimiento de resguardos y reservas, que se estaba llevando a cabo en ese momento y reconocía derechos territoriales a los indígenas pero no a los negros (Castrillón Caviedes, 1975). En un tercer grupo, es posible encontrar aquellos que enfatizaban las relaciones de complementariedad o sinérgicas, como compadrazgo o relaciones económicas a través de las cuales estos grupos habían acordado estrategias para relacionarse con el sistema capitalista y los comerciantes locales (Atencio B. & Zacipa C., 1972; Castrillón C., 1975). Este se presenta empero como un germen difuso de discusión, a pesar de que en la mayoría de los documentos se comenta la existencia permanente de esta situación, ninguno desarrolla lo que, hoy en día, ha sido abordado por estudios sistemáticos de estas relaciones como el de *“La trama interétnica. Ritual, sociedad y figuras de intercambio entre los grupos negros y Emberá del Chocó”* (Losonczy, 2006 [1997]).

Resulta interesante recalcar este encuentro que se presentó en el trabajo de campo con las relaciones interétnicas porque implicó asimismo una ruptura en la concepción previa de los y las estudiantes. Su preparación teórica precedente les permitía reconocer y analizar las relaciones entre dominantes-dominados, los dominantes que regularmente eran identificados como los blancos latifundistas o dueños de los medios de producción, relaciones que efectivamente encontraron; pero poco los preparó para el análisis entre dominados-dominados, como la compleja situación que se presentaba en el Pacífico entre indígenas, negros y campesinos. El resultado entonces fueron algunas alusiones y breves descripciones de cómo los grupos indígenas eran minoría en la zona frente a una mayoritaria población negra y campesina, que, sin embargo, también ocupaba un lugar marginal frente a una nación que los discriminaba y un Estado que ignoraba sus historias, sus particularidades. Se describieron así algunos puntos de contacto entre unos y otros, pero el análisis de estas situaciones era opacado bajo la sombra del interés primordial de la época, establecer las transformaciones económicas y las pérdidas culturales que estaban viviendo estos grupos como consecuencia de la consolidación del sistema capitalista.

Por esta razón, las relaciones que más se analizaron fueron las de estos grupos con los mestizos o blancos como grupo dominante, quienes habían sido insertados en la región por el capital extractivo internacional (Sabogal Caicedo, 1973) y detentaban el poder burgués terrateniente (Ceballos Bohorquez, 1978) o eran dueños de tiendas que

interactuaban con indígenas y negros a partir de actitudes despectivas y relaciones de explotación (Lewin Figueroa, 1971). En menor medida, se mencionaba la presencia de misioneros, funcionarios del Estado y turistas, aunque se aseguraba que si bien estas influencias eran menores, también promovían la deculturación y desintegración de comunidades.

De la mano de estos interrogantes aparecen nuevas opciones y condiciones del trabajo de campo, especialmente surgen nuevos lugares, diferencias en tipos de observación y dificultades con algunas de las categorías extraídas desde la perspectiva marxista.

Los posibles lugares que brindaban información al trabajo tomaron un matiz distinto. En algunas de las tesis se plantea que las y los estudiantes debieron pasar la mayor parte de su tiempo en los pueblos, más que en las reservas, resguardos u otros tipos de asentamiento. De esta manera, surgieron nuevos espacios de observación como los mercados, las tiendas y las cárceles que eran primordialmente espacios de contacto. En estos lugares, se hicieron evidentes las constantes y complejas interacciones que existían entre integrantes de comunidades indígenas, grupos negros y otros habitantes de la región como misioneros, comerciantes y funcionarios públicos. Me he permitido una cita extensa de una de las tesis porque en ésta se puede apreciar la complejidad de lugares utilizados en su etnografía:

"Observación en Quibdó: actividades económicas y administración de la comunidad, observación del movimiento pendular (llegada a Quibdó y regreso a su región) de la población indígena, actividades de los indígenas dentro de la comunidad: lugar de hospedaje, relaciones sociales y otras como búsqueda de los centros de salud y reclamos judiciales, diversiones de los indígenas, etc.; actividades económicas de los indígenas en Quibdó, sistemas de mercado e intercambio comercial entre la población de Quibdó y los indígenas que llegan, diferenciación de procedencia y grado de aculturación de los indígenas que iban llegando a Quibdó, comportamientos y actitudes de la población de Quibdó respecto a los indígenas y viceversa, observación de las actividades y actitudes de y con respecto a la población indígena que vive permanentemente en Quibdó (trabajadora asalariadas: 2 mujeres, indígenas detenidos en la cárcel: 41 hombres)

Encuestas formales: a indígenas de la cárcel, a indígenas asalariadas de la comunidad, a los 15 principales y más conocidos "compadres" morenos residentes en Quibdó, de los indígenas.

Encuesta y entrevistas informales: a indígenas que iban llegando, a los "compadres" y amigos morenos de los indígenas a medida que iban siendo detectados, a funcionarios civiles: secretario de Gobierno, personal de malaria, jefe de Bienestar Familiar, director del Sena, director de la cárcel, personal del DAS y de la Policía, personal del hospital, y otros profesionales: abogados, médicos, etc., todos muy interesados en ayudar a los cholos, a funcionarios y personal religioso: algunos de ellos tienen un conocimiento pragmático de los problemas de los indígenas, basado en una permanencia de 30 y más años entre ellos. Su información, por tanto, fue especialmente valiosa y se tuvo la oportunidad de contar continuamente con ella.

Informantes especiales: Padre Jaime Velásquez, quien durante 12 años de permanencia continua en la región indígena Embera puede contar la hazaña, por pocos igualada, de haber visitado virtualmente todos y cada uno de los tambos (casas) indígenas de la región y se ha visto mezclado en diferentes pleitos a causa de su natural predilección por los indígenas. Es sin duda una de las personas depositarias de mayor información sobre la problemática "moreno-embera".

Una típica maestra morena, de aquellas personas que se las saben todas, madrina y protectora de muchísimos cholos. Se interesó especialmente por la investigación informando sobre la llegada de los indígenas al Quibdó y proporcionando información de su propia cuenta. Ella facilitó informaciones muy difíciles de obtener en corto tiempo por vías normales.

Eusebio Palacios: el típico compadre moreno, amigo y protector de los cholos. No sé leer ni escribir -dice- pero es dicharachero, descomplicado y amigo de decir la verdad, sobre todo a las personas respetables. A él le debo la comprensión de algunos de los más sutiles mecanismos del sistema de compadrazgo indígena de Quibdó” (Castrillón Caviedes, 1975, págs. 11-12).

Las variaciones en los lugares de observación implicaron también cambios en la legitimación de estrategias de investigación alternativas. Es posible advertir especialmente, que los y las estudiantes comenzaron a plantearse además de la observación participante, la realización de observaciones directas (Mota G., 1971; Zuñiga E., 1972; Yepes C., 1974; Castrillón C., 1975; Motta G., 1977) o participaciones indirectas y parciales (Portela G., 1978). Las condiciones que en su momento les brindó el trabajo de campo les impedía asumir una participación más activa y permanente frente a los sucesos que veían. Las dinámicas urbanas en los pueblos y lugares de contacto, parecían truncar la percepción o el sentimiento de hacer parte de una comunidad; por ejemplo, en esta región no son mayoritarias las referencias a colaboraciones en labores cotidianas de las casas en las que habitaron o a contribuciones a las comunidades asumiendo ciertos roles útiles como profesores/as u otro tipo de función específica que implicara una mayor identificación como parte o como evidente colaborador del grupo estudiado.

Se aclaraba entonces, aunque sin mayores elaboraciones metodológicas, que algunas de las estrategias de recopilación de información como el uso de entrevistas, encuestas o conversaciones informales, se realizaron fuera del territorio del grupo elegido para su estudio o que, incluso viviendo en el mismo territorio, las y los estudiantes sólo pudieron asumir un rol de observadores. Podríamos decir incluso que en algunos momentos sólo pudieron ser estudiantes de antropología.

Un tercer aspecto, producto del trabajo de campo, aparece inquietante para los autores de algunos escritos. Hemos mencionado que las categorías de análisis que traía la corriente marxista fueron muy importantes para establecer las relaciones de grupos humanos aparentemente aislados, con un sistema mayor que los acogía en condiciones perniciosas. Sin embargo, algunas categorías resultaron problemáticas al momento de su aplicación, especialmente la clasificación de los grupos como clase o su tipificación en un tipo de economía específica.

Los debates sobre “clase en sí” y “clase para sí” no resolvieron del todo las dudas y poco explicaban algunas particularidades de estos grupos, como: la sobrevivencia de castas (Dávila Silva, 1979), el sistema de rangos basado en relaciones espaciales (Ej. ubicación del sitio de vivienda) u otros elementos de poder, prestigio y religión (Lewin F., 1971; Jimeno S., 1971). Tampoco parecían ser suficientes para explicar la influencia determinante de la estructura ideológica (Ceballos Bohorquez, 1978) o del sistema de valores en la estratificación social (Motta González, 1977), y la participación específica de los complejos etnoculturales en la configuración de regiones con escasas posibilidades de comparación y asimilación a una sociedad industrial (Torre de Valcárcel, 1975). Algunos estudiantes plantearon estas dificultades sin encontrar un punto de resolución

satisfactorio, otros propusieron acercamientos alternativos o complementarios como la definición de clase elaborada por Weber y Mills, o el estudio de estos grupos desde la idea de Nación, elaborada por Stalin. De una u otra manera, se matizaba o adecuaba un paradigma que resultaba poroso en el enfrentamiento con la realidad encontrada en el trabajo de campo.

Tampoco fue sencillo equiparar a las comunidades con tipos económicos. Algunos estudiantes planteaban que no se podía hablar de una efectiva transición económica ya que los diferentes grupos habían desarrollado estrategias alternativas para su integración a las nuevas condiciones, como se menciona en uno de los escritos:

“Generalmente se da en comunidades indígenas la coexistencia económica con formas supertrasadas de carácter semifeudal (Cauca, Llanos, etc.), acá hay una serie de procesos industriales en la obtención de materias primas (oro, platino, madera, banano, palma africana, etc.) (...) el indígena no participa directamente pero su actividad económica está ligada a dichos procesos pues él, junto a algunos negros dedicados a la agricultura produce ciertos bienes (plátano, tubérculos, maíz, arroz, etc) que son consumidos por los obreros en una relación agro-industrial (...) las comunidades indígenas del Chocó son una parte muy activa de la estructura económica de la región” (Vargas Escobar, 1978, pág. 100).

En las situaciones encontradas, coexistían relaciones de producción precapitalistas y capitalistas, además de combinaciones de economías de subsistencia, monetarias y fluctuantes. Era cierto entonces que las ciencias sociales habían encontrado un puente de comunicación, pero el contexto del trabajo de campo comenzaba a demandar categorías específicas o, por lo menos, más flexibles.

Las posibilidades de adecuar la perspectiva marxista se encontraba en algunos desarrollos de autores latinoamericanos, como José Carlos Mariátegui (2002 [1928]), Aguirre Beltrán (Aguirre B., 1991 [1967]), Darcy Ribeiro (1971) y Rodolfo Stavenhagen (1970), entre otros, pero incluso con estos referentes se presentaban dificultades. Por ejemplo, un estudiante dudaba de las posibilidades de análisis en la perspectiva de “regiones de refugio” propuesta por Gonzalo Aguirre, ya que planteaba que existían diferencias significativas entre los grupos indígenas que él estudió (Pangala y Matará) con los indígenas de Riobamba, estudiados por Aguirre. Incluso advertía que este concepto no podría aplicarse a las situaciones de otros indígenas de Colombia como los Chimila y los Andoque (Castrillón Caviedes, 1975).

Los planteamientos marxistas y sus desarrollos fueron entonces muy importantes para la preparación al campo y para la transformación de una mirada antropológica que había encontrado en estas posturas la posibilidad de articular a los diferentes grupos con la nación y a la nación colombiana con el mundo. La experiencia en campo empero, significó un choque que obligó a la adecuación o por lo menos a la reflexión sobre los límites de las categorías asumidas previamente.

Además de las limitaciones encontradas en algunos conceptos a utilizar, las posibilidades de investigación antropológica en esta región forzaron la reflexión en los estudiantes a través de los dos tipos de acercamiento a las comunidades y grupos humanos con los que se encontraron. De un lado, ellos y ellas (especialmente explícito en los textos de las estudiantes mujeres) vivieron un choque inicial que evidenciaba su lejanía como pobladores urbanos en comunidades rurales: “...pues una vez inmersa dentro de ese

pequeño mundo, mi ser antropóloga perdió sentido y mi ser mujer, sola, burguesa e inútil en el trabajo diario de sobrevivir resaltó a la vista de todos" (Vollmer, 1976, pág. 1).

La sensación de lejanía se presentó también por sus condiciones fenotípicas, que las y los mostraban diferentes a los habitantes de las comunidades con las que trabajaron:

"El color de mi piel era más blanco que el de todo el pueblo (...) Fue necesario vivir muchos meses, pertenecer a la casta de los más pobres, ser blanco del rencor de los ricos, de la compasión de los pobres, y de la amistad de jóvenes y ancianas negras para lograr comprender el intrincadísimo sistema de relaciones sociales y la ideología imperante junto con las sutiles formas de discriminación social y racial" (Dávila Silva, 1979, págs. 151-152).

Esto significó iniciar un difícil proceso de acercamiento en el que las y los estudiantes se hicieron conscientes de su diferencia, lucharon contra los estereotipos que sus características podían despertar y establecieron relaciones de amistad fundadas, en ocasiones, en su presencia como sujetos débiles que precisaban de la compasión y ayuda permanente de los integrantes de la comunidad. En otros casos, representaban cierta utilidad como posible puente de contacto y conversación con el Estado.

Las dinámicas de acercamiento pudieron estar influidas además por un fenómeno que se comenta someramente en los documentos y que pudo favorecer la aceptación de los estudiantes en las comunidades: la notoria migración de jóvenes indígenas, negros y campesinos desde los campos hacia las ciudades (Jimeno S., 1971; Dávila S., 1979; Borrero de Q., 1979). Los estudiantes fueron, en cierta medida, un grupo de jóvenes que emprendía el camino contrario. Ellos y ellas que habitaban las ciudades demostraban su interés por hacer parte, aunque temporalmente, del campo.

Otra posibilidad de acercamiento se presentó en la coincidencia ideológica con los sujetos de estudio como sujetos políticos, especialmente con los grupos campesinos quienes mostraban su actividad política desde diversos tipos de organización. Los y las estudiantes eran testigos de las acciones que estos grupos estaban desarrollando en la búsqueda de reclamos específicos, como la obtención de servicios públicos (era el caso de algunas Juntas de Acción Comunal), o que se unían a un movimiento nacional (ANUC) de recuperación de tierras, de denuncias hacia el Estado y otros poderes, y de reivindicación de la importancia del campo en la construcción de la nación.

Un estudiante incluso considera la importancia de su lugar político en la reivindicación histórica de la población negra, cercana a los movimientos por los derechos civiles que se venían presentando en Estados Unidos. Citando a Friedmann y Whitten, el autor de esta tesis comienza su escrito con la siguiente transcripción:

"Una historia cultural negra en América escrita con mayor precisión, logrará hacer palidecer las perspectivas denigrantes que las sociedades nacionales utilizan, como mecanismos de dominio sobre sus minorías étnicas y logrará aclarar al mismo negro de áreas como el Litoral Pacífico la importancia de su participación en el destino de sus respectivos países a través de 450 años de historia. Cuando ello suceda, los pioneros negros de Colombia y Ecuador se educarán estructuralmente en la misma posición de aquellos en otros lugares de América, quienes orgullosamente reclaman ser "Black", "Norre", "Negre"" (Friedmann y Whitten, 1975 en Olarte R., 1978, s.p.).

La reflexión que surgió de estas experiencias en campo permitió a las y los estudiantes aceptarse como diferentes a las comunidades, a pesar de su intención de identificación con éstas. A su vez, esto despertó las inquietudes de sus propios límites como antropólogos y antropólogas y planteó matices de los alcances de su participación política y de los niveles de acercamiento con sujetos que se les presentaron a algunos como francamente distantes y en otros reafirmaron su proyecto político. Sus experiencias significaron un choque perturbador que, a pesar de no ser desarrollado en estos momentos, resultó germen de propuestas futuras.

Como lo mencionamos al inicio de este capítulo, a diferencia de la Amazonia, en la década de 1970 el Pacífico no estaba definido como un gran baúl de riquezas materiales y culturales que era necesario conservar por el bien de la humanidad entera. Escobar nos muestra que la definición del Pacífico como área biodiversa, como posible centro de desarrollo para el país (por la palma africana y las camaroneras) y como región étnica es construida a partir de los años 1980 y consolidada en los años 1990 por las acciones que, con distintos intereses y objetivos, realizan grupos étnicos, movimientos sociales, intelectuales, empresas multinacionales, Estado y otras instituciones (Ej. ONGs). Este autor menciona:

“Hace tiempo Sofonías Yacup (1934), político liberal de Guapi, uno de los pueblos principales en el Pacífico del sur, describió el Pacífico como un “el litoral letárgico y recóndito, un lugar ausente atrapado en su propio aislamiento”, abandonado por el gobierno nacional a su propio destino, y en la necesidad horrible de redención y progreso. (...) Si uno hubiera visitado el Pacífico en los años sesenta, podría decir que poco había cambiado desde las palabras apasionadas de Yacup de los años treinta; aunque menos recóndito quizás, el litoral todavía era percibido por la mayoría como letárgico y maldito por su propia historia, y la era de desarrollo todavía estaba por llegar. Esto cambió drásticamente en los años ochenta.” (Escobar, 2010 [2008], pág. 45).

Podría decirse que el alejamiento de la región del Pacífico de los grandes centros políticos y económicos, fue importante para la definición, desde épocas coloniales hasta la primera mitad del siglo XX, de los territorios de sus habitantes. Sin embargo, en los años 70 ya se avistaban las señas de grandes proyectos económicos que ahora, en el siglo XXI, le han significado visibilidad internacional e inclusión en los planes de desarrollo nacionales, pero también han afianzado su papel como zona extractiva y han contribuido al recrudecimiento del conflicto armado en el país con nefastas consecuencias para sus habitantes.

Estos 40 años también han sido referentes de la construcción del Pacífico como región étnica. Los procesos que han seguido los grupos negros e indígenas, acompañados de diversas instituciones y de académicos, entre los que se encuentran las y los antropólogos, han permitido el reconocimiento de unos y otros como grupos étnicos. Este reconocimiento, a su vez, ha significado la posibilidad de reclamar derechos constitucionales. De esta manera, se ha obtenido un considerable avance en la transformación de la perspectiva que definía a esta región básicamente como una zona baldía y se ha hecho evidente el papel del Estado como principal responsable en el aseguramiento de los derechos adquiridos.

Los debates sobre el peso de la tradición africana y de la historia americana en las comunidades negras son parte de una discusión actual que se ha visto enriquecida por

diversos acercamientos a los que, sin duda, contribuyeron los encuentros en el trabajo de campo gracias a los que se hizo fundamental analizar las relaciones entre indígenas, negros, campesinos y otros habitantes de la región, construir categorías más adecuadas a la realidad que allí se presentaba y avisar nuevos lugares y posibilidades de observación.

5. Terrenos antropológicos en la región del Caribe

Pocos lugares estuvieron tan cerca de conseguir ser el centro político y económico de la nación, como los puertos de la región del Caribe. En las historias sobre esta región abundan las referencias a un pasado de innegable poderío económico, comprobado en los periodos de conquista y colonización europea y que se mantuvo incluso en los comienzos de la república. Para la década de 1970, sin embargo, las y los estudiantes se alejaron de este interés por demostrar un pasado glorioso de la región y dirigieron sus esfuerzos a transformar la idea de los otrora valerosos fundadores venidos desde España, por invasores violentos que iniciaron una historia de destierros y violaciones al territorio americano con nefastas consecuencias que pervivían en el siglo XX. Con este mismo impulso, se procuró la homogenización de la región del Caribe con las otras regiones de Colombia en tanto, a pesar de sus diferencias, hacían parte de un país periférico para el sistema económico mundial imperante.

Las tesis e informes de trabajo de campo de la década tuvieron como punto de partida los postulados marxistas que, alejándose de otras propuestas teóricas y metodológicas de la antropología en el momento, presentaban una posibilidad de análisis en el que se articulaban de manera sistémica a todos los habitantes del país, se reconocía el papel configurador del conflicto en las relaciones entre diferentes grupos humanos y se evidenciaba la posibilidad de una nueva transformación nacional. Pero no fue fácil aplicar estos postulados a una región que era difícilmente clasificable como capitalista; en el Caribe se encontraban rezagos de economías feudales, semif feudales o precapitalistas y a pesar del crecimiento de su economía, el débil desarrollo de su industria hacía que sus habitantes marginales estuvieran lejos de ser concebidos como una clase proletaria. De esta situación, surgió la necesidad de pensar en categorías más útiles al contexto y, de la mano de autores colombianos y latinoamericanos, se trabajó desde la postura de relaciones interétnicas y se pensó a los sujetos estudiados como parte de la nación en tanto minorías étnicas, minorías étnico-culturales y minorías nacionales.

Los sujetos de investigación antropológica así pensados, se definían en tanto eran grupos humanos que hasta mediados del siglo XX vivían con modos de producción tradicionales y que de manera violenta estaban siendo transformados por dinámicas externas a ellos. Eran grupos que habían sido las víctimas por excelencia en la historia del continente y que continuaban siendo víctimas de la sociedad mayor que, aunque aún en términos difusos, era representada en las tesis por las grandes empresas extranjeras, por el Estado y por los pobladores próximos a los grupos estudiados. Dicha transformación significaba la inserción de estos sujetos en mercados locales y nacionales bajo condiciones desventajosas y en claro desmedro de su calidad de vida.

Otro elemento fundamental que servía como punto de partida a las investigaciones de quienes se estaban formando en los Departamentos de Antropología en la década de los 70, es que se trataba de grupos desconocidos. En las búsquedas realizadas por las y los estudiantes resultó obvia la ausencia de estudios académicos que ofrecieran información cuantitativa y cualitativa de los lugares y grupos elegidos para su estudio. Irónicamente, era en las instituciones estatales fuertemente criticadas por ellas y ellos, donde podía encontrarse parte de la información deseada y las que fueron incluso fuentes financiadoras o facilitadoras de este tipo de investigaciones. Se acentuaba así la relación ambivalente con el Estado que ha caracterizado a las universidades de América Latina.

A este marco para la comprensión de los sujetos de estudio, se vinculaba la universidad como uno de los escenarios claves en la construcción de terrenos antropológicos. Para las fechas analizadas, este lugar se convirtió en centro de debate para la comprensión de la realidad y espacio de interacciones que permitieron el acercamiento a grupos específicos. Éste además fue el ámbito en el que se empañaban las diferencias disciplinares y un débil espacio para la formación en instrumentos, técnicas y estrategias metodológicas para el trabajo en campo⁷².

Diversos escenarios y marcos de análisis se encontraron y enlazaron en la experiencia del campo, reflejada en los documentos escritos. Allí afloraron matices que no se habían considerado previamente sobre los sujetos de estudio y su articulación con el país, se reflexionó sobre las herramientas teóricas y metodológicas para abordarlos y se generaron cambios en la percepción de investigados e investigadores. Aquellos sujetos de estudio considerados previamente como víctimas que debían ser reivindicadas como parte integrante de la nación, se presentaron también como agentes políticos que estaban elaborando propuestas para su propia reivindicación y para la construcción de una nación que los acogiera. Además, los y las estudiantes asumieron su relación ambivalente con el Estado y desde allí buscaron ser, además de vigilantes de la acción de las instituciones estatales y voceros de situaciones locales, partícipes en la construcción de referentes y en la formulación de política pública.

5.1 Advertencia sobre nuevos pasados y presentes amargos para la región

En los años de 1970, las y los estudiantes de antropología contribuyeron a presentar un giro en la definición de la región del Caribe como lugar. El viraje estuvo signado por dos procesos principales, en uno, se trasladó el acento en el estudio del período colonial y se pasó de una historia empeñada en evidenciar la grandeza de la región a una historia que denunciaba procesos violentos contra la población nativa americana. Como segundo proceso, se puede advertir en las tesis un esfuerzo por posicionar a esta región como parte del presente de la nación, particularmente localizarla en un presente en el que el país ocupaba un lugar desventajoso frente al sistema capitalista mundial.

⁷² Como trabajo en campo incluyo tanto los estudios que se hicieron con pobladores en diferentes lugares de la región, como los estudios basados en revisión documental (Lalinde Sarmiento, 1970), (Castillo Espitia, 1978), (Tarazona Bautista, 1975) y las excavaciones con fines de estudio arqueológico (Behar Asis, 1976), (Castellanos de Sanint, 1975), (Laverde Toro, 1972), (Villamizar Rincón, 1972).

Según los análisis historiográficos de la región, liderados por Bell (1988, 1996), Meisel (1994 y 2000) y Calvo (2000), en los estudios sobre el Caribe se han privilegiado temáticas referidas al período colonial y, particularmente, se ha resaltado la importancia de Cartagena como puente comunicador y como puerta de ingreso. Cartagena efectivamente fue un centro comercial y militar fundamental en los siglos XVI a XVIII, épocas de conquista y colonización europea en América. Era en gran medida la posibilidad de comunicación con otras regiones del Caribe y una de las más importantes puertas de entrada hacia las provincias del interior, encargada del almacenamiento, comercio y traslado de personas negras esclavizadas y de productos diversos (Múnera A. , 1996).

Su importancia era tal, que diversos autores plantean los constantes litigios con los que Cartagena defendió su lugar como centro político y económico de la colonia. Un ejemplo de ello, es el relatado por Múnera (1996), quien describe la disputa por la sede del Virreinato de la Nueva Granada, por “*el privilegio de ser la más alta autoridad del reino*” (pág. 30). Esta pugna vivida en el siglo XVIII entre Santafé de Bogotá y Cartagena de Indias es una muestra, según este autor influenciado por las planteamientos de Said (1979), de cómo esta región fue construida como periferia por un artilugio político desde quienes vieron amenazado su posición privilegiada, en este caso los dirigentes santafereños, más que como la condición inevitable de un lugar que estuvo alejado del centro:

“En efecto, se podría argumentar que el proceso de hacer de la costa Caribe y su gente la imagen del "otro" fue parte de la construcción de la identidad andina como el "ser" que mejor representaba una imaginada nación "colombiana". (...) Así, el centro andino creó la imagen del Caribe como frontera y como un espacio donde había una ausencia de orden social”. (Múnera A. , 1996, pág. 40).

Como argumento que demostrara que Cartagena debía ser la sede del Virreinato, se manifestaba que su posición geográfica permitía a España un mayor control económico y político de las dispersas sociedades caribeñas. Se aseguraba que las dificultades de comunicación desde los Andes impedían un control efectivo de los puertos caribeños y se ofrecían ejemplos de que, aún sin estar formalmente reconocida como tal, Cartagena debió fungir en varias ocasiones como centro de control imperial (Múnera A. , 1996).

Desde Santafé en cambio, se promovió la imagen de esta región como un lugar con un clima pestilente, ausente de luces, con escasa población, geografía marginal e inexperta tradición burocrática. Según Múnera (1996), los dirigentes de Santafé optaron por demostrar las debilidades de la región Caribe, con mayor ahínco que el que mostraron por defender las fortalezas de los Andes y eligieron reforzar la perspectiva de periferia del Caribe como un discurso estratégico para combatir a uno de sus más fuertes competidores.

A finales del siglo XVIII e inicios del XIX, Cartagena continuaba siendo el centro militar y comercial más grande de la Nueva Granada, a pesar de la ruina de los pocos intentos por crear plantaciones azucareras esclavistas y del contrabando de harinas, ropas y diferentes productos básicos (Meisel, 1994). Su participación en la gesta independentista es también comúnmente analizada y se ilustra el proceso que llevó al nacimiento del segundo Estado soberano de América (Sourdis, La independencia del Caribe colombiano 1810 – 1821: Cartagena, Sante Marta, Valledupar y Riohacha, 2010).

La importancia de Cartagena y su pugna con Santafé se reavivó en la fase independentista, tal como queda planteado en las declaraciones abiertas de rebeldía contra el gobierno de Santafé en 1809, en el manifiesto de Cartagena de 1810, en el que sus dirigentes se rehusaban a pertenecer a una república cuyo centro se mantuviera en Santafé de Bogotá y en el proyecto separatista de 1932 de los “veteranos de la libertad”, que pretendía convertir a la Costa Caribe en un Estado autónomo (Múnera A. , 1996).

Estos estudios, además de enfatizar la grandiosidad del pasado de la región, incluyen en sus análisis el catastrófico costo de la independencia para Cartagena y su provincia, dado el proceso pacificador y la consecuente destrucción de la ciudad, lo que significó la pérdida de su preeminencia geopolítica (Sourdis, 2010) y reforzó su imagen como periferia.

Las y los estudiantes de antropología de los años 70 realizaron también análisis sobre esta época pero con un viraje interesante, más que realzar la fortaleza de esta región hacen evidentes las historias de destierros y actuaciones violentas de los conquistadores hacia los pueblos originarios de América. Con esto, las y los estudiantes plantean cómo la situación actual en el país tiene que ver con las herencias de una historia más desgarradora que gloriosa y fortalecen la idea de grupos indígenas ya no como rezagos de población prehispánica en la zona, sino como primeros ocupantes y dueños ancestrales de estos territorios.

En este giro cumplieron un papel fundamental los autores de la nueva historia de Colombia, quienes se convirtieron en fuentes secundarias legítimas y privilegiadas para la comprensión del pasado de la región y del país. Entre los autores más citados en las tesis de la época se encuentra Juan Friede, quien había escrito un importante volumen de análisis generales sobre Colombia⁷³ en los que los estudiantes podían encontrar pistas significativas de cómo los grupos indígenas, habitantes originarios de la región, habían sido históricamente desplazados de los territorios que ocupaban. Estos acercamientos eran complementados con citas a los escritos de Álvaro Tirado⁷⁴, Orlando Fals Borda⁷⁵, Antonio García⁷⁶ y Darío Mesa⁷⁷, que ponían el acento en un problema primordial, la repartición y el uso de la tierra en Colombia.

En este nuevo pasado, los españoles, considerados previamente como heroicos fundadores de poblados, se veían más como extranjeros invadiendo violentamente los territorios de los habitantes originarios de América. Aparecían además, otros actores de la historia, como los grupos prehispánicos y los negros esclavizados, ambos víctimas de

⁷³ La explotación del indígena en Colombia (1973), Los chibchas bajo la dominación española (1974), Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y Fundación de Bogotá (1536-1539) (1960), El indio en la lucha por la tierra (1976), Algunas consideraciones sobre las leyes de indias (1964), Evolución de la propiedad territorial en Colombia (1971) y Colección de documentos inéditos para la Historia de Colombia (1509-1550). Vol.10 (1955-1960), entre otros.

⁷⁴ Introducción a la Historia Económica de Colombia (1971).

⁷⁵ Historia de la cuestión agraria en Colombia (1975), Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla (1978).

⁷⁶ Legislación indigenista en Colombia (1951), Dinámica de las reformas agrarias en América Latina (1972), Significado de la Reforma Agraria (1973), Reforma agraria y economía empresarial en América Latina (1967).

⁷⁷ El problema agrario en Colombia 1920-1960 (1971).

la ambición extranjera. Así, en los departamentos de antropología se establecía un fuerte lazo con la formación en historia y los sujetos tradicionales de estudio no sólo se definían como culturas diferentes, además se caracterizaban como víctimas añejas.

El segundo movimiento en la definición de esta región por parte de los tesisistas, se puede observar en la reconsideración del presente del Caribe. Para el momento que he decidido estudiar en este escrito, la región había recobrado en gran medida su participación en las decisiones nacionales. Situación que se hacía patente en su recuperación económica y con la creación de los departamentos de Córdoba en 1952, la Guajira en 1964, Sucre en 1966 y el Cesar en 1967. Este hecho permitió el aumento de representación política de la región en el Congreso Nacional y un mayor poder de decisión en la distribución del gasto público del Estado, tan notable resultó este proceso que: *“en la costa la política se volvió una fuente de poder mucho más importante que en las regiones donde el crecimiento generado por la economía cafetera ofrecía nuevas fuentes de empleo, enriquecimiento y realización personal”* (Bell & Meisel, 1996, pág. 33).

Su crecimiento político fue manifiesto en 1970, cuando Evaristo Sourdis Juliao se lanzó como candidato a la presidencia de la República en las elecciones del último cuatrienio del Frente Nacional. Como integrante del partido conservador generó grandes manifestaciones de apoyo en los siete departamentos costeros e incluso entre algunos representantes de San Andrés (considerado aún como Intendencia). Con ello, se constituyó un comité para fortalecer la integración regional de la costa y las políticas descentralistas, sin embargo, Sourdis fue criticado como regionalista y fue finalmente Misael Pastrana, con el apoyo del expresidente Mariano Ospina, quien se postuló como fórmula presidencial de liberales y conservadores (Sourdis, 1996).

Así que, lejos estaríamos de argumentar que la región del Caribe no existía como presente de la nación, sin embargo, podemos encontrar que ese presente estaba relacionado con la demostración de la región como una zona próspera, en línea con el progreso, con proyectos económicos promisorios (como la extracción de sal y yeso en la Guajira, la ganadería en toda la región y los proyectos turísticos en curso), es decir, se privilegiaba demostrar a la región como una promesa de futuro y desde allí se legitimaba y consolidaba su participación política en la nación.

Las y los estudiantes de antropología de la época, abogaban también por las posibilidades económicas de la región Caribe, pero son mucho menores los esfuerzos por querer demostrar sus grandes potencialidades en comparación con las otras regiones de Colombia⁷⁸. Son más notorias en cambio, las advertencias de que estas posibilidades regionales se encontraban fuertemente limitadas por hacer parte de un país dependiente y en clara situación desventajosa en el sistema económico mundial.

Más importante que aunar en los conflictos entre regiones, se presentaba una insistencia en *“enfrentar de lleno la explicación y solución de los numerosos problemas que aquejan a nuestro país, los cuales, en vez de ocultarse en aras de una “buena imagen”*

⁷⁸ Aunque en uno de los estudios, se comenta que existe un panorama más positivo para esta región comparada con la región del Pacífico (Espinosa Garzón, 1977).

internacional y nacional deben más bien conocerse y resolverse” (González Sanmiguel, 1976).

Esta imagen menos optimista de la región, es reforzada con los estudios en municipios y poblados cercanos a las principales ciudades, lugares que podían dar cuenta de una historia y una situación económica adversa. En la caracterización de estos sitios, se mostraba la pobreza reinante y su alto grado de dependencia a las ciudades principales (Martínez Ceballos, 1972), se identificaba el bajo desarrollo de sus fuerzas productivas y de sus actividades económicas, que dejaban pocos márgenes de ganancia y eran desarrolladas con técnicas rudimentarias, sometidas además a fuertes variaciones climáticas. En la mayoría de los casos se mostraba cómo estos lugares se estaban configurando como frontera agropecuaria del capitalismo (Sánchez Alvarez, 1977), en una posición notablemente desfavorable para competir en los diferentes mercados (Espinosa Garzón, 1977), por ejemplo: *“A los colombianos nos llega una mínima parte de nuestra riqueza, arrancada con miles de esfuerzos por pescadores que operan con instrumentos rudimentarios y obsoletos al lado de los modernos aparatos que la técnica y el capital proporcionan a las grandes empresas”* (Espinosa Garzón, 1977, pág. 1). Además se mostraba que para esta región, la ganadería intensiva y la tecnificación de cultivos comerciales como el algodón y el arroz desde la década de los 60, se había hecho a expensas de la concentración de la tierra y el despojo de sus habitantes (Villamizar García-Herreros, 1975).

Según las y los autores de tesis y trabajos de grado de la época, las diversas situaciones por las que atravesaban los pobladores de estos lugares eran pruebas imbatibles de que la región del Caribe, como Colombia, era una zona atada de manera desfavorable a un sistema mundial imperialista que la ubicaba en un lugar de dependencia. Esta situación no parecía mejorar mientras se mantuvieran los latifundios propios del feudalismo, hubiera poco incentivo para la industria y no existiera la voluntad política de liberarse del imperio. El panorama de Colombia en el contexto mundial, es descrito por una estudiante de la siguiente manera:

“Diferencias entre sociedades con desarrollo capitalista clásico, en lucha directa con modos de producción precapitalista en el interior y exterior de la sociedad, y las sociedades [como Colombia] en las que el desarrollo del capitalismo se da cuando ya existe una economía mundial, dominada por los países capitalistas y muchas veces esta se constituye en factor decisivo para su desarrollo” (Villamizar García-Herreros, 1975, pág. 11).

El disminuido interés por resaltar las diferencias entre la región del Caribe y otras regiones del país y la acentuación, en cambio, de las similitudes con otros lugares de Colombia, podría sugerirnos que los y las estudiantes se vieron involucrados en la construcción de un nacionalismo basado en la idea de periferia mundial, esto es, en la insistencia por señalar evidencias que demostraran la marginalidad del sistema mundo como referentes para la consolidación de una comunidad imaginada periférica. Este aliento se vio favorecido con el estudio de los planteamientos marxistas, como analizaremos a continuación; sin embargo, las evidentes diferencias locales encontradas en el desarrollo de sus trabajos, presionó para que esta resolución de homogenizar debiera delimitarse y contemplar matices que hacían diversa la situación según lugares y sujetos de estudio.

5.2 Pugna entre teorías en boga

La revaluación de la historia hegemónica sobre el pasado de Colombia y la concientización de las dificultades a las que debían enfrentarse todas las regiones, fue posible en parte gracias al contexto de resurgimiento de los postulados marxistas en las naciones de América Latina y en otros países del mundo. En los documentos escritos por los estudiantes de la época, se nota una preocupación permanente por hacer operativas las categorías marxistas en investigaciones antropológicas, teniendo en cuenta que se trata de estudios en los que se abordaban contextos particulares; se buscaba además, establecer las relaciones entre el pasado de la región y la situación actual de sus habitantes.

La línea de partida de las tesis era la aclaración de lo que debía entenderse por fuerzas productivas, relaciones de producción, modos de producción y formación social. Para ello eran citados preferentemente los textos de "Introducción General a la Economía Política" de Marx (1857) y "Los Conceptos Fundamentales del Materialismo Histórico" de Martha Harnecker (1972). Aunque con diferentes niveles de intensidad, el autor o autora dejaba en claro que conocía estas definiciones y que las utilizaría en el texto, convencido(a) de que la única manera para entender la situación del momento era comprender y acoger el método dialéctico y el materialismo histórico. Como lo menciona uno de los autores:

"Siempre, en cada momento, nos estuvimos ciñendo a unas reglas de oro trazadas por Marx en la Introducción General a la Crítica de la Economía Política/1857, cuando dice "Parece justo comenzar por lo real y lo correcto, por el supuesto efectivo.". O sea, que a partir del "concreto pensado" y de las "determinaciones más simples" o como Marx lo señala: "... los sistemas -se refiere a las teorías- económicos que se elevaron desde lo simple -trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio- hasta el estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último es, manifiestamente, el método científico correcto". (Zapata Meza, 1974, pág. 2).

En este mismo proceso, se aclaraban en los textos las reservas y las diferencias con modelos teóricos o metodológicos como el funcionalismo, el estructuralismo y los desarrollos en el concepto de aculturación, con los que se establecían:

"... diferencias diametrales que nos separan del positivismo lógico, el funcionalismo y demás teorías seudocientíficas que desprovistas del lenguaje erudito de que se rodean, caen por su propio peso revelando así su fondo que no es más que un cúmulo de absurdos coherentes sin correspondencia con la realidad" (Torres G., 1978, pág. iii).

Las mayores críticas a estos modelos tenían que ver con seis características que se les atribuían. Aunque los desarrollos de estos reparos a las teorías consideradas tradicionales incluyen elementos más complejos, en términos generales podrían enlistarse de la siguiente manera:

- Estos acercamientos habían abordado muy poco el papel y las causas del cambio en las culturas. En los casos en que se abordaba, se describían las transformaciones de manera tal que daban una imagen de que se trataba del fruto del consenso o de procesos normales, inconscientes e inevitables. Esto no coincidía con la realidad vivida por los estudiantes, quienes advertían que "las

pugnas por romper el orden tradicional son más la regla que la excepción" (Uribe Tobón, 1974, pág. 2).

- Para conseguir cierta legitimidad científica, las diversas perspectivas habían abogado por la neutralidad valorativa de sus afirmaciones y la condición apolítica de su actividad.
- La historia de las sociedades estudiadas era regularmente un aspecto que no se consideraba o se lo retomaba sólo de manera secundaria. En la crítica a las propuestas de la aculturación, como las de Redfield, se tienen reparos porque ponen todo el énfasis en el contacto de dos grupos en un momento determinado pero no indagan en la relación histórica que estos grupos han mantenido entre ellos y con otras sociedades (Román Saavedra, 1974).
- Los diferentes aspectos considerados para la caracterización de una comunidad (economía, estructura social, cosmovisión, etc.) parecían una suma de características que se interrelacionaban pero no ofrecían un modelo explicativo (Ej. Crítica a Lewis en Espinosa, 1977).
- Las comunidades eran vistas como objetos de estudio (Ruiz Marmolejo, 1979).
- No se asumía el lugar de la sociedad dominante y sus violencias contra la población dominada eran regularmente pasadas por alto en los estudios (Uribe Tobón, 1974).
- Estaban atadas a concepciones etnocéntricas europeas y norteamericanas.
- No abordaban problemas generales, como el subdesarrollo en los países de América Latina, ni tenían en cuenta que:

"... el problema de la nación hoy en día está referido prácticamente en su totalidad a la estructura general de la dependencia. Por eso, no es posible resolver las dificultades que afrontamos a nivel teórico a partir únicamente de los datos empíricos que encontramos sino que hay que remitirse a estructuras de orden internacional, analizando a continuación cómo repercuten ellas sobre Colombia" (Torres G., 1978, pág. 3).

En la visión de los estudiantes, el marxismo permitía superar estas dificultades en tanto:

- Develaba el etnocentrismo de las ciencias sociales y planteaba que toda teoría es política y todo intelectual estaba asumiendo un lugar en la lucha de clases, aunque no tuviera conciencia de ello.
- Retomaba el conflicto, no sólo como posibilidad sino como configurador de sociedades. En esta línea, recuperaba el importante papel de esclarecer las interacciones pasadas y presentes entre dos formaciones socioeconómicas. En su propuesta de análisis, incluía el estudio del poder, la coerción, las fuerzas en desequilibrio e implicaba un marco teórico diacrónico por excelencia.
- Asumía a la economía como punto vertebral en las sociedades, de tal manera que planteaba un modelo explicativo de los cambios, al mismo tiempo que se convertía en guía de la mirada en los estudios y jerarquizaba los elementos a considerar.
- Daba la posibilidad a investigadores y comunidades investigadas a ser protagonistas del cambio, *"...es bueno recordar que de lo que se trata es de transformar las cosas y el mundo y no simplemente interpretarlos y estudiarlos. El estudio y el análisis deben servir como eslabón previo a la transformación"* (Iriarte Nuñez, 1974, pág. VIII). Dicha posibilidad se daba también con un nuevo posicionamiento de los tradicionales sujetos de estudio, por ejemplo, desde allí era posible

“...definir al indio por su participación en un modo de producción precapitalista [de modo que]... para lograr entender la manera como entran las influencias foráneas materiales o espirituales a un grupo indígena es necesario dejar de lado la imagen del tosco salvaje totalmente conforme con sus difíciles condiciones de vida” (González Sanmiguel, 1976, pág. 232).

Y adicionalmente permitía la articulación de mestizos e indígenas en un mismo sistema.

La prueba que demostraba el paradigma se encontraba en el paradigma mismo y saltaba a la vista con la revisión de una historia del país que iniciaba con los procesos violentos generados en la conquista y colonización de América por parte de los europeos, continuaba con los abusos de mestizos y descendientes de españoles en la República y se agudizaba en la segunda mitad del siglo XX, con las últimas colonizaciones y políticas estatales. Ante esta situación, las amenazas de dominio, que siempre estuvieron cerca a los grupos humanos que habitaban el país, se hicieron más fuertes porque se acercaron hasta los puntos geográficos regularmente alejados de los centros políticos y económicos. Veían que en los años 60 y 70 alcanzaron su punto máximo de violencia, con la nueva ola imperialista de la segunda mitad del siglo XX, liderada por los Estados Unidos.

Pero además de la historia del continente americano, era necesario conocer el pasado específico de la región y de los lugares que habían sido elegidos como campo. Las y los estudiantes buscaban descifrar la “cultura nativa”, es decir, las características de los grupos habitantes del continente antes de la llegada de los españoles. Podría decirse que si los pioneros buscaban registros prehispánicos para descubrir el pasado de la humanidad, en los 70 se buscaban registros para descubrir las formas de producción tradicionales o precapitalistas que fueron irrumpidas por el proceso de conquista y colonización europea.

Para encontrar respuestas sobre el pasado de la región, existía un referente que parecía obligatorio. Todas las tesis de la zona citaron el texto “Datos Histórico-Culturales sobre las Tribus de la Antigua Gobernación de Santa Marta”, publicado en 1951 por el Instituto Etnológico del Magdalena y escrito por Gerardo Reichel-Dolmatoff. En algunos casos, se complementaba esta referencia con otros trabajos arqueológicos, históricos y etnográficos elaborados por este mismo autor y por Alicia Dussán de Reichel-Dolmatoff. Regularmente, los trabajos arqueológicos e históricos elaborados por esta pareja eran poco cuestionados⁷⁹; por el contrario, su producción etnográfica se veía fuertemente criticada⁸⁰.

Esta lectura de los esposos Reichel-Dolmatoff, señala una situación que se podría comparar con las referencias a otros pioneros y pioneras de la Antropología en Colombia, como Milciades Chaves y sus trabajos sobre los Arhuacos y los Chimila en Santa

⁷⁹ Ej. Investigaciones arqueológicas en la Sierra (1955), Arqueología del Río Cesar (1954), Reconocimiento arqueológico en la Hoya del Río Sinú (1957).

⁸⁰ Ej. La estructura de la familia Caribe en Colombia (1958), Etnografía Chimila (1946).

Marta⁸¹, o los de Virginia Gutiérrez de Pineda y Roberto Pineda Giraldo⁸², en la Guajira. En las tesis y trabajos de campo de 1970, parece haber cierta aquiescencia por los estudios de este grupo de académicos siempre y cuando se refirieran al pasado de la región que analizaban, al contrario, surgían fuertes críticas y cuestionamientos en cuanto a su uso para explicar las condiciones del momento. En un proceso evidente de búsqueda de rupturas, en los escritos se localizaban a algunos pioneros y pioneras (que se encontraban en esta época como investigadores activos) como referentes legítimos del pasado, pero con pérdida de capacidad explicativa de aquel presente, se menciona que:

"...los antropólogos de la "vieja guardia" operaban dentro de unos marcos teóricos (fundamentalmente el funcional-estructuralismo) cuyos presupuestos teóricos les creaban otra serie de preocupaciones científicas –importantes por cierto- distintas de estas realidades, y por último, porque sólo hasta ahora un grupo de antropólogos jóvenes, que busca apoyar sus investigaciones en esquemas teóricos más acordes para interpretar y analizar la realidad socio-cultural de nuestro país, comienza a expresar nuevas inquietudes, busca replantearse muchos problemas y amplía su rango de intereses abarcando nuevos temas de investigación" (Uribe Tobón, 1974, pág. 63).

A pesar de contar con estos trabajos, resultó muy difícil a los estudiantes aclarar la situación de los indígenas antes de la llegada de los españoles. Una de las tesis es muy ilustrativa en este sentido:

"Describiremos lo que se cree que pudo haber sido el modo de vida de los Ick+ previo al contacto y eventual sometimiento a la sociedad occidental, cuando éstos aún conformaban una sociedad autónoma. Es importante partir de una situación algo hipotética en la cual los Ick+ aún no se encontraban subordinados a voluntades opresoras" (Sánchez Alvarez, 1977, pág. 47).

Se planteaba que había importantes trabajos arqueológicos pero aún muchas dudas, particularmente sobre la relación entre los indígenas de la sierra con grupos prehispánicos como los Tayrona. Dada esta dificultad, los historiadores se convirtieron en el segundo gran referente encontrado. Para estudios específicos sobre la región, fueron especialmente citados los textos de "Historia de la provincia de Santa Marta" de Restrepo Tirado (1975[1953]) y los documentos de Juan Friede (1951, 1973) sobre la metalurgia y los inmigrantes colonos en la Sierra Nevada de Santa Marta.

Para complementar la información ofrecida por estos autores, las y los estudiantes se arriesgaron a construir historia a partir de la lectura de fuentes primarias. Citaron a Juan de Castellanos, Pedro de Aguado y otros cronistas del siglo XIX e inicios del siglo XX, para complementar su imagen del pasado, necesario ahora para descubrir relaciones causales con el presente que vivían.

⁸¹ Ej. Arhuacos, vivienda, economía y manufactura (1965), Contribución a la antropología física de los Chimila (1946).

⁸² Ej. Material arqueológico de la zona calima (1945), Indios y blancos en la Guajira (1963), Familia y Cultura en Colombia (1968).

Un ejemplo de la importancia que tomó la lectura de estas fuentes bajo la nueva perspectiva de análisis, puede apreciarse en dos tesis de la Universidad de los Andes que estudian la historia de los Chimila y que se realizaron bajo preceptos distintos. La primera tesis, entregada iniciando la década, consideraba que era poco lo que se podía rescatar de las crónicas y documentos antiguos, porque eran muy pobres en la descripción de la cultura de estos pueblos (Lalinde Sarmiento, 1970); unos años después, estos mismos documentos se convirtieron en una fuente muy valiosa para un estudiante que reconstruyó desde allí las conflictivas relaciones interétnicas en épocas coloniales y resaltó los relatos de rebeliones, luchas y reducciones de los Chimilas frente a misioneros y pacificadores (Uribe Tobón, 1974).

Aunque era evidente el interés por escudriñar el pasado de la región, fue ínfima la citación a excavaciones arqueológicas presentadas como monografías o la relación manifiesta entre estudios arqueológicos y sociales en ese momento. Quienes decidieron embarcarse en estudios arqueológicos de la región (menos del 10%), más que continuar con hipótesis previas trabajadas por otros antropólogos y antropólogas que hayan estudiado los mismos lugares, buscaron sobre todo descubrir nuevos sitios de importancia arqueológica. Construyeron textos primordialmente descriptivos, condición explicada por algunos como consecuencia lógica del tímido desarrollo de esta rama de la antropología y de la necesidad de un primer paso que privilegiara la recolección y descripción de datos so pena de sacrificar su análisis. Comentaban además que los grandes vacíos y la cantidad de preguntas sin resolver a las que se enfrentaba esta disciplina, señalaban su derrotero: "*En mi caso, escogí la rama de la arqueología, por tratarse de una disciplina con amplio campo de trabajo, con grandes interrogantes por resolver*" (Villamizar Rincón, 1972, pág. 8).

Las debilidades en la información sobre las condiciones económicas de las poblaciones prehispánicas en el Caribe fueron solventadas someramente por las fuentes primarias y secundarias de la historia colonial. De este modo, fue posible advertir los modos de producción precapitalistas en el pasado de la zona, sin embargo, una nueva dificultad se asomaba, este pasado no devino en la conformación de una sociedad caribeña industrializada, con una clara división de clases sociales. ¿Cómo afrontar entonces este contexto particular desde categorías que fueron pensadas inicialmente para otro tipo de sociedades? ¿Cómo abordar el estudio de grupos humanos que no eran proletarios y que no estaban directamente imbuidos en un contexto de industrialización? Un apoyo importante en este punto fue la lectura de antropólogos como Maurice Godelier (1967, 1969), Darcy Ribeiro (1971, 1974), Gonzalo Aguirre Beltrán (1967, 1968 [1957]), Ricardo Pozas e Isabel H. de Pozas (1971) y del sociólogo Rodolfo Stavenhagen (1969). Este grupo de autores, permitió el enlace entre las propuestas marxistas de comienzos de siglo, con la situación de los países de América Latina después de la segunda guerra mundial y facilitaron las tareas de análisis ante la "...necesidad de definir objetivos particulares de la antropología colombiana y la búsqueda de un método de trabajo más adecuado a nuestra realidad de país "subdesarrollado" o "en vías de desarrollo" (González Sanmiguel, 1976, pág. 2).

Adicionalmente, los estudiantes se apoyaron en los planteamientos de Eric Wolf (1969) y Robert Redfield (1947, 1966) para definir y analizar desde una perspectiva antropológica a las sociedades rurales y a los campesinos. A pesar de aclarar las limitaciones de estas propuestas, que según lo plantearan los estudiantes, tampoco consideraban suficientemente la expansión del sistema capitalista y la transformación a la que estaban

siendo obligadas las comunidades (Vila Mejía, 1972), resultaron necesarias como punto de partida en el estudio de los habitantes de zonas rurales e incluso para intentar explicar la nueva situación de lo que consideraban campesinos-indígenas (Uribe Tobón, 1974) y campesinos-pescadores (Mendoza Tolosa, 1973).

Aunque hubo distanciamientos manifiestos ante algunas posturas⁸³, en general éstas contribuyeron a dar un nuevo viso y una alternativa a la perspectiva de la lucha de clases. Reconociendo la pervivencia de diferentes sociedades y culturas en un mismo espacio geográfico, se estableció que las interacciones conflictivas se generaban en contextos de relaciones interétnicas, en donde se encontraban y chocaban dos modos de producción, el de una sociedad mayoritaria y dominante con el de un grupo minoritario y tradicional. Esta concepción estuvo acompañada de un supuesto general, si las comunidades indígenas y agrarias hubiesen permanecido aisladas, sus transformaciones no se habrían producido de manera tan acelerada y drástica. Sólo el encuentro violento entre estas sociedades y la sociedad mayor puede explicar su situación actual.

Esta determinación influyó en los lugares de estudio escogidos para el trabajo de campo, ahora, más que comunidades alejadas y prístinas, se buscaba analizar las situaciones presentadas en aquellos sitios en donde se vivían constantemente interacciones entre dos grupos, se pretendía “*estudiar casos regionales concretos en donde están operando los fenómenos de contacto interétnico*” (Uribe Tobón, 1974, pág. 16). Bajo esta perspectiva, los resguardos cercanos a los pueblos y los pueblos cercanos a las ciudades se convirtieron en lugares predilectos para el campo en esta región.

Entender a las comunidades estudiadas en relación con la situación de una nación particular, que las define, ayudó a profundizar y a reforzar el uso de conceptos como minorías nacionales, minorías étnicas y minorías étnico-culturales. No había un avanzado desarrollo conceptual en este sentido o un consenso claramente identificable sobre su definición, esto se puede apreciar en que, aunque la mayoría de las tesis de esta región se refieren de una manera u otra a la perspectiva de minorías nacionales atadas a la idea de un modo de producción precapitalista, sólo en un caso se plantea una definición:

“Minorías nacionales... estados de desarrollo precapitalista, con una muy incipiente diferenciación de clases y estratos sociales” (Torres G., 1978, pág. 15)
“...características principales: propiedad común de la tierra bajo una forma híbrida que cobija variantes naturales indígenas y variantes jurídico políticas estatales, existencia de una economía común en disolución -debido a la influencia del modo d producción de la sociedad mayor- cuyos rasgos fundamentales se articulan alrededor de las características de "comuna oriental", donde no existen clases ni Estados Nacionales propiamente dichos por cuanto la unidad natural da trabajo con sus prerrequisitos materiales está garantizada” (Torres G., 1978, pág. 23).

Lo importante de este proceso es que, aún sin una definición clara, hay un cambio de sentido para el imaginario de las y los estudiantes, donde efectivamente marcaban una ruptura en la que se dejaba de considerar a las comunidades aisladas o ajenas a la influencia de la sociedad nacional, y se pasaba a plantearlas como comunidades articuladas a la nación. Esta postura evitó, sin embargo, asumir a estos grupos diluidos

⁸³ Algunos estudiantes, por ejemplo, comentaban que no era posible aplicar para todos los grupos indígenas del país la idea de regiones de refugio (Uribe Tobón, 1974).

en un entorno nacional, desconociendo sus particularidades culturales; lo que contribuyó, dicho sea de paso, a recalcar la importancia de la disciplina antropológica en las propuestas del momento.

La caracterización como minorías nacionales involucró también asumir a estas comunidades bajo una doble opresión, la del imperialismo sobre la nación y de la del Estado-Nación sobre ellos. Estas minorías hablarían entonces de un proceso específico de integración de los grupos indígenas a los Estados-Nación latinoamericanos del siglo XX y fue en esta clave donde se logró establecer el vínculo entre procesos mundiales que afectaban y determinaban la situación nacional, con los contextos particulares de los trabajos de campo.

5.3 Las víctimas del cambio y sus vicisitudes

El enfoque de minorías nacionales, involucradas en relaciones interétnicas, fue un punto de partida característico de la época y compartido por las y los estudiantes, aunque en un ambiente álgido de debate. Como ya se planteó, no se partía de un consenso sobre un concepto preciso y delimitado. Esta indefinición, sin embargo, permitió un margen de estudio de poblaciones bastante amplio, en el que las minorías étnicas eran consideradas apenas una parte de las minorías nacionales urgentes a estudiar y a asistir.

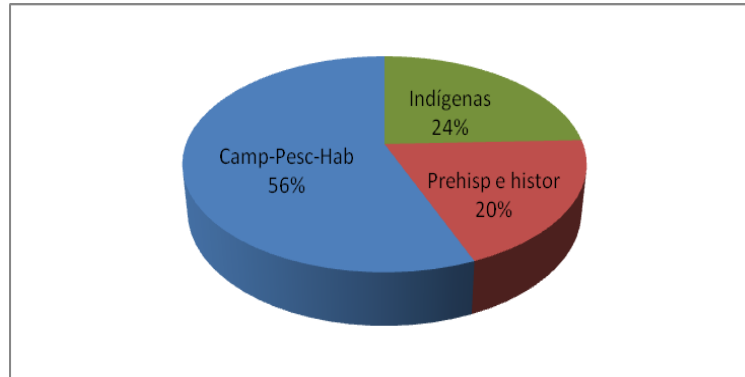
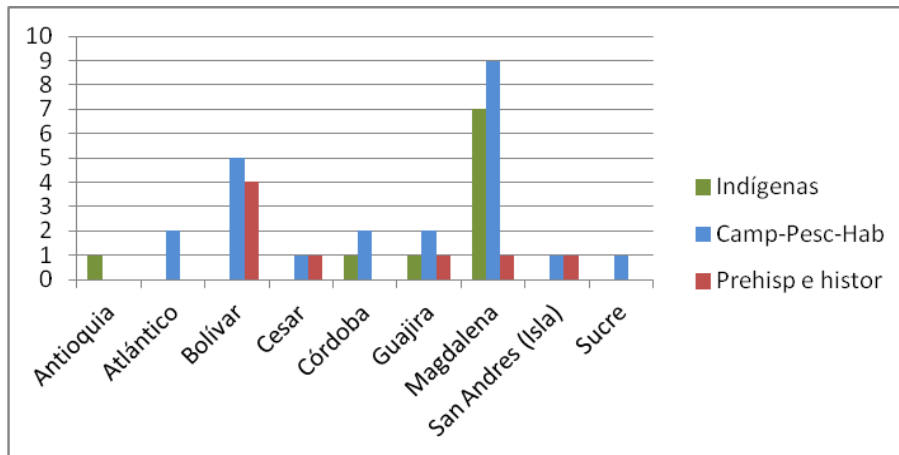
En la región del Caribe, en la década de los 70, un número importante de documentos (23) dan cuenta de estudios sobre campesinos, pescadores o habitantes no indígenas en los departamentos⁸⁴. Poco menos de la mitad son estudios de grupos indígenas basados en trabajo de campo directo con la población⁸⁵ o en revisiones documentales⁸⁶ y excavaciones arqueológicas⁸⁷. El detalle de la proporción de las poblaciones en los estudios puede apreciarse en las gráficas de la siguiente página.

⁸⁴ Estudios sobre pobladores no indígenas: Espinal Giraldo, 1970; Romero Moreno, 1970; Mendoza Tolosa, 1973; Ruiz Marmolejo, 1979; Espinosa Garzón, 1977; De Andreis P., 1977; Marino Samper, 1974; Martínez Ceballos, 1972; Villamizar García-Herreros, 1975; Londoño López, 1970; Muñoz M & Bodnar C, 1974; Martínez & Uribe, 1975; Iriarte Núñez, 1974; Villamizar Manrique, 1970; Montañez Herrera, 1970; Cardona Cardona, 1979; Adamoli, 1973; Bermúdez Quintana, 1976; Cáceres de Fullea, 1978; Bustamante Cavallo, 1970; Torres G., 1978; Vila Mejía, 1972; Heckadon Moreno, 1970; Zapata Meza, 1974.

⁸⁵ Trabajo de campo con grupos indígenas: Sánchez Álvarez, 1977; González Sanmiguel, 1976; Paz Rey, 1976; Campos Zornosa, 1976; Amaya V., 1975; Durán Merchán, 1974; Román Saavedra, 1974; Uribe Tobón, 1974; Russi Laverde, 1972; Vasco Uribe, 1970.

⁸⁶ Revisiones documentales sobre grupos indígenas: Castillo Espitia, 1978; Lalinde Sarmiento, 1970; Tarazona Bautista, 1975.

⁸⁷ Trabajos arqueológicos: Behar Asis, 1976; Laverde Toro, 1972; Villamizar Rincón, 1972; Castellanos de Sanint, 1975.

Gráfico 5-1: Proporción de grupos humanos estudiados en el Caribe.**Gráfico 5-2:** Estudios en el Caribe según grupos humanos.

Con las posturas anotadas anteriormente, el campo se volvió uno solo. Una estudiante plantea que “*podimos tomar conciencia del papel que el antropólogo puede tener en Colombia como descriptor y analizador de la sociedad en la cual vive y no exclusivamente de pequeños grupos indígenas*” (Vila Mejía, 1972, pág. 2).

Indígenas y campesinos estaban siendo afectados igualmente como minorías, ya que hacían parte de un país con una fuerte concentración de la tierra, causada en gran medida por los desplazamientos y despojos a la población rural. La inequitativa distribución de la tierra en Colombia, dejaba a estos pobladores del campo en condiciones desfavorables, que los convertían en candidatos ideales para ser explotados y en poblaciones obligadas a transformarse.

Además de esta percepción, que se planteaba como marco de análisis, las y los estudiantes cargaban con algunos presupuestos de los pobladores de la región. Se consideraba que la mayor concentración de población indígena en el Caribe era la que habitaba la Sierra Nevada de Santa Marta y que en la costa encontrarían población no indígena, en su mayoría de raza negra o mulata, cuyas principales actividades eran la agricultura y la pesca. Se tenía alguna idea de sus estructuras familiares gracias al trabajo de Virginia Gutiérrez de Pineda (1968) y, a partir de apreciaciones surgidas a

partir de datos demográficos generales, se sabía que se trataba de poblados con una estructura demográfica joven (Ej. Ruiz Marmolejo, 1979).

Los presupuestos llevados a campo y el marco de análisis construido, llevó a que en los documentos se privilegiara la definición de los sujetos de estudio en tres sentidos: eran víctimas de una sociedad mayor dominante, estaban en proceso de transformación-disolución y eran comunidades aún desconocidas para las ciencias sociales.

Si bien era cierto que se tenía alguna seguridad de que la principal promotora del cambio violento en los grupos minoritarios a nivel local era la sociedad nacional o la sociedad mayor, no era igualmente claro quiénes representaban dicha sociedad. En este esfuerzo por encontrar a “los otros de los otros” que estaban causando su disolución o de hallar la parte de ese “nosotros” que era responsable directa del cambio, se rastreaba la actuación de diferentes agentes y es posible identificar de manera difusa en los documentos, la alusión a tres tipos de responsables del cambio: misioneros en el pasado y empresas extractivas en el presente, que representaban la intervención directa de extranjeros en el país; políticas e instituciones estatales, con mayor presencia en esta región que en las regiones de Amazonas, Orinoquia y Pacífico; y representantes locales de dicha sociedad (comerciantes, colonos, etc.) cercanos geográficamente a las comunidades estudiadas.

En los documentos consultados se mostraba que la penetración misionera de comienzos del siglo XX había afectado a los “Arhuacos” y otros indígenas de la Sierra, aunque su influencia fue menor en comparación a la que se vieron abocados los grupos indígenas de otros lugares del país, como en Putumayo (Sánchez Alvarez, 1977). Las tesis mostraban además que las relaciones con españoles y sus descendientes habían convertido a los Chimila en campesinos-mestizos, a pesar de su tenaz resistencia (Uribe Tobón, 1974), y estaban plagadas de referencias sobre cómo inició y se consolidó la explotación económica y usurpación violenta de tierras a la población nativa. Estas referencias apuntaban a tres aspectos importantes en la reivindicación que se estaba dando en ese momento; se iniciaba un reconocimiento a grupos indígenas como propietarios originales de los territorios que ocupaban, más que como habitantes de lugares sin dueño o que eran propiedad del Estado; se establecían también las bases de un problema económico-social que inició en la conquista pero que se reproducía y continuaba en pleno siglo XX; y se aludía a los grupos indígenas como víctimas históricas que debían ser reivindicadas.

La segunda representación de extranjeros en la zona, agentes del cambio, es la presencia y actividad de empresas extractivas del bálsamo y petróleo y, especialmente, se considera la actuación de la United Fruit Company⁸⁸ en el Magdalena. Aunque estas empresas ya habían abandonado la zona o tenían un poder menor en ese momento, se

⁸⁸ Multinacional estadounidense que producía y comercializaba frutas tropicales, principalmente plátanos, piñas y ciruelas producidas en plantaciones de América Latina y vendidas en Estados Unidos y Europa. Se le acusa de ser responsable en la Masacre de las Bananeras ocurrida en Ciénaga, el 6 de diciembre de 1928, cuando el ejército colombiano abatió a cientos de manifestantes que protestaban por las malas condiciones de trabajo en la compañía. Se han escrito numerosos estudios y obras a propósito de este evento violento como los textos de Arango (1985), Gaitán (1997[1928]), Tirado (1976), Revista Credencial (2005).

analiza cómo introdujeron relaciones capitalistas a una región con otras lógicas económicas y cómo incluso su salida dejó consecuencias de desempleo y transformaciones en la configuración demográfica del departamento y en sus modos de producción (Villamizar García-Herreros, 1975). Entre las secuelas de la presencia y posterior partida de la United Fruit Company, se reconoce el fortalecimiento de la organización campesina y el recrudescimiento de la práctica de invasión de terrenos.

Menos nombradas pero aún presentes, se mencionan las actividades de comunidades religiosas. En los textos se hacen denuncias a las misiones capuchinas, a los evangélicos del Instituto Lingüístico de Verano y a otros grupos pentecostales (escasamente se menciona la actividad de la Unión de Misioneros Seglares - USEMI). Se denunciaban los procesos de educación que continuaban en internados de la zona (Sánchez Alvarez, 1977), aunque se reconocía el debilitamiento y el descrédito de las misiones católicas y evangélicas, tanto por la decisión del Estado de revertir terrenos misionales y de asumir las actividades que éstas profesaban con las comunidades, como por la actuación de los grupos indígenas resistiendo y luchado contra la presencia de algunos grupos de misioneros en sus territorios.

En el proceso de identificar a los principales agentes del cambio, se añadió de manera impetuosa el estudio sobre la participación del Estado. Este análisis se presentó con un énfasis tal que la actuación de las instituciones estatales pasó a convertirse en el referente privilegiado para caracterizar a los diferentes lugares visitados en esta región en los años 70, enfatizando tanto sus ausencias como sus acciones erráticas. No hay que olvidar que había una mayor presencia estatal en esta región, comparada con las regiones de Amazonia, Orinoquia y Pacífico.

Entre los elementos elegidos por los estudiantes para demostrar la ausencia estatal, es posible advertir los cimientos de la idea de un Estado Social de Derecho. Con una lupa auditora, las y los estudiantes contaban cuántas escuelas había en el lugar, cuántos centros de salud y cuál era la disponibilidad de médicos en la zona, abocaban datos de morbilidad y mortalidad, evaluaban los programas sanitarios, revisaban el estado de los servicios públicos de luz, agua, alcantarillado y el acceso real que tenían sus habitantes a éstos. En la búsqueda de las arterias que demostraban la articulación de aquellos lugares con el resto del país, encontraban los vacíos de un Estado a quién estaban exigiendo asumir responsabilidades, ya no sólo como estamento de seguridad o recaudador de impuestos, además como actor fundamental en la ampliación de lo público.

Los problemas más denunciados en los trabajos de campo y de grado, estaban relacionados con condiciones de salud, posibilidades educativas e infraestructura vial. A partir de allí, se denunciaba la poca capacidad del Estado para asegurar la vida (y la vida saludable), la formación y las posibilidades de desarrollo. Además de existir pocos centros de salud, la posibilidad de acceder a un servicio era inestable, en algunos lugares los médicos trabajaban dos días a la semana, se debía asumir una caminata de media hora a pie para encontrarlos (Bermúdez Quintana, 1976), o se trataba de un médico rural con poca legitimidad en la comunidad (Cardona Cardona, 1979). Esto, sumado a la deficiencia en servicios públicos de agua y alcantarillado, aumentaba el número de casos de enfermedad y muerte debidos a enfermedades infectocontagiosas evitables (Torres G., 1978; Ruiz Marmolejo, 1977).

El alcantarillado, la luz y el agua vivían además una etapa transitoria, o por lo menos así se consideraba en aquella época. Existían servicios que, aunque eran una obligación del Estado, para acceder a ellos debían conseguirse a través de particulares, por ejemplo, con pozos de acceso comunal o con previo permiso del propietario, para el caso del agua; o con lámparas de petróleo y gasolina o plantas comunitarias, para obtener luz en las noches (Cardona Cardona, 1979). Se aceptaba, sin embargo, que desde la época de 1960 había un incremento notable en la llegada de servicios públicos administrados por el Estado (Bermúdez Quintana, 1976), pero en todo caso sus posibilidades de acceso aún se veían restringidas (Torres G., 1978).

El segundo gran déficit se encontraba en la prestación de servicios educativos, pocas escuelas de primaria y menos colegios aún, explicaba la baja escolaridad de los habitantes y su lugar marginal en relación con oportunidades educativas (Iriarte Núñez, 1974; Bermúdez Quintana, 1976; Torres G., 1978; Villamizar García-Herreros, 1975).

Como punto culmen de muestra de la desatención del Estado en la zona y su evidente marginalidad, se señala el deficiente sistema vial, junto a las dificultades de comunicación y transporte (Iriarte Núñez, 1974; Durán Merchán, 1974; Villamizar García-Herreros, 1975; Torres G., 1978). A esto además se le suman las condiciones que merman las posibilidades de producción y desarrollo de la zona, como apropiadas infraestructuras hídricas o asistencia sanitaria y técnica. (Adamoli, 1973; Villamizar García-Herreros, 1975).

En algunos textos, se consideraba que las décadas de los 60 y 70 reflejaban el fin de la época de la violencia partidista y la consolidación del capitalismo en Colombia. El Estado asumía un papel primordial en este proceso con políticas de integración nacional en un sistema capitalista que toleraba y agudizaba la desigualdad interna y se convertía así el agente por excelencia de descomposición de comunidades locales. Las políticas públicas que más reflejaban esta situación eran las de reforma agraria, tratamiento a los grupos indígenas, descentralización política y proyectos para el desarrollo económico de la región.

Especialmente, se criticaban las medidas asumidas para una supuesta reforma agraria regulada por la Ley 135 de 196, que dio origen al Instituto Colombiano para la Reforma Agraria (INCORA). La reforma agraria visible en la región eran los dos proyectos bandera de creación de cooperativas y empresas comunitarias y de redistribución de la tierra.

En la mirada supervisora de las y los estudiantes, las empresas comunitarias sufrieron de varias fallas como:

- Los préstamos o créditos ofrecidos por la Caja Agraria no se daban oportunamente o en condiciones adecuadas que respondieran a las condiciones de las comunidades a quienes iba dirigida.
- Se tomaban decisiones con base en datos incompletos o incoherentes.
- Las comunidades seguían endeudadas y dependientes de un patrón, que sólo había cambiado de denominación, ahora era el Estado.
- La asistencia técnica a estos proyectos fue totalmente ausente o inadecuada, porque se desconocía la región o se ignoraba sistemáticamente a los pobladores.
- No aumentó el volumen de producción agrícola.
- Hubo cooperativas que no se usaron y fracasaron en el intento.

- No se elevó el nivel de vida de los campesinos.
- No se entendía la diferencia entre trabajadores agrícolas y campesinos, quienes necesitaban lógicas distintas para la conformación de empresas.

En términos generales, aunque el impulso a las empresas comunitarias pudo verse como un paliativo para la tensión social en la zona, sus descuidos e incoherencias llevaron a pensar a las y los estudiantes que se trató de una estrategia para crear las condiciones necesarias que permitieran el desarrollo del capitalismo en la región.

El segundo gran proyecto estaba relacionado con la redistribución de la tierra. La actividad del INCORA inició tempranamente en esta región en los años 60, esto, porque el Caribe se caracterizaba por ser la región con una mayor concentración de tierra y, así mismo, había una mayor fuerza e invasiones de tierra por parte del movimiento campesino. Parecía, sin embargo, que este proyecto tampoco cumplió con las expectativas y que por el contrario fracasó, en tanto:

- Se avanzó muy poco en adjudicaciones y compra de tierras.
- Algunas de las tierras compradas por el Estado aún se mantenían en las manos de sus antiguos arrendatarios.
- Las tierras adjudicadas fueron insuficientes o de dudosa calidad.
- Se mantuvo la estructura social agraria típica de la zona y la inequitativa distribución de la tierra, en algunas tesis incluso se plantea que aumentó la concentración de la tierra.

Entre las explicaciones que se daban a esta situación, se plantea que existen diferentes tipos de reforma agraria entre las que se encuentran aquellas que hacen parte de un proceso de transformación revolucionario y estructural, en el que se modifican las relaciones de poder y las normas institucionalizadas de la sociedad tradicional por nuevas fuerzas sociales, otras reformas con diferentes matices y las reformas marginales o las contra-reformas, que *“no buscan la ruptura del monopolio señorial o la transformación fundamental de las estructuras latifundistas, son reformistas y se dirigen a la conserva0 del status quo... este último es el caso de la reforma agraria colombiana”* (Villamizar García-Herreros, 1975, pág. 72).

Se menciona además que la reforma partió con grandes debilidades al tratarse de un acuerdo entre grupos dominantes en diálogo a través del Frente Nacional, quienes tenían intereses personales en que esta reforma no tuviera mayores repercusiones. De esta manera, se decía que *“los campesinos pasan de ser siervos del terrateniente a ser siervos del Estado”* (Iriarte Nuñez, 1974, pág. 32).

La conformación de empresas comunitarias y la distribución de tierras incluyeron a población indígena, con diferentes resultados aunque esta estuvo involucrada en otros proyectos estatales que los ubicaba en una situación ambigua. El tratamiento que el Estado estaba dando a algunas zonas de gran riqueza ecológica, como el nombramiento de parte de la Sierra Nevada como Parque Nacional Tayrona, les permitió una protección a los indígenas de la presión colonizadora y comercial (Martínez Ceballos, 1972). Este mismo aspecto, sin embargo, estaba relacionado con la inclusión de la Sierra Nevada en las propuestas turísticas del país, lo que significaba otro tipo de presión (Sánchez Alvarez, 1977). Podría decirse que este tono contradictorio y ambiguo fue predominante en las políticas estatales indigenistas.

Finalmente, el Estado lideraba proyectos que pretendían potenciar la economía nacional, como la construcción de carreteras, la promoción del turismo y la atracción del capital extranjero. Estos proyectos, sin embargo, encontraron fuertes resistencias, como la protesta en la Sierra Nevada de Santa Marta por la propuesta de construcción de una carretera desde Pueblo Nuevo hasta la cima del Inaura (Sánchez Alvarez, 1977). El crecimiento del turismo trajo además consecuencias negativas para las comunidades locales como alza de precios en temporadas de vacaciones, contaminación del mar y problemáticas sociales como delincuencia, alcoholismo, prostitución y drogadicción (Muñoz M & Bodnar C, 1974). El capital extranjero era visto además como usurpador y potenciador de desigualdades sociales (Torres G., 1978).

Al Estado entonces se lo acusaba por no ampliar suficientemente el uso de servicios públicos a la población del Caribe y por ingresar prácticas antagónicas a las condiciones concretas y a las concepciones y uso de la tierra de estas comunidades. Así, el Estado negaba soberanía territorial y autonomía sociocultural a los grupos, pero lo más grave aún era que estaba siendo protagonista de la construcción de nuevas marginalidades.

La triada de estos grupos de agentes del cambio, se completa con los representantes de la sociedad mayor, que no son misioneros o funcionarios estatales, y que habitan en los espacios locales elegidos como terrenos de estudio. Los mestizos, blancos o colombianos, como eran denominados desde los grupos estudiados, actuaban en estos lugares como terratenientes, contratistas, comerciantes, tenderos o delincuentes y eran responsables de la presión directa para el cambio en las pautas de consumo y modos de producción de las comunidades locales. Uno de los principales motores del cambio residía en el intercambio comercial.

Especialmente los contratistas y comerciantes habían generado dinámicas que promovían la dependencia de las comunidades locales a particulares y a las ciudades o pueblos cercanos. Es tal el desarrollo de esta condición, que algunos comerciantes hablan de “mis indios” (Russi Laverde, 1972) y que se advierte su gran poder deculturador, aún sin el uso de la fuerza:

"...en la actualidad no existe ningún misionero, Villazón o Mestre que efectúe ventas por medio de la coacción física; la civilización y los comerciantes se limitan a exhibir muy cortésmente sus mercancías y es el mismo Ick+ quien baja a Pueblo Bello para comprar lo que desea, él es quien decide pagar \$5.00 por el gancho con flor d plástico; \$50.00 por el anillo plateado con calavera y tibias cruzadas y quien se endeuda comprando aguardiente o chirrinche para sus borracheras" 234 (González Sanmiguel, 1976, pág. 234).

Se trataba de un “otro vecino” u “otro cercano” que había establecido relaciones con las comunidades locales de tal fuerza, que producían transformaciones irreparables.

Con estas referencias a los agentes del cambio, de una cosa parecían estar seguros en sus escritos la mayoría de los estudiantes de la época. La transformación era juzgada como disolución, descomposición, deculturación, desindigenización, destrribalización, descampesinización y, en general, como destrucción de culturas, formas de vida y economías tradicionales. Era un hecho y no se podía dar vuelta atrás. Ahora se advertía la génesis de modos de producción capitalistas, basados en formas económicas de inspiración occidental, que transformaban grupos autónomos en grupos dependientes,

cuya fuerza de trabajo se convertía en mercancía ante la inminencia del trabajo asalariado, la concentración monopolista de recursos y la lumpenización.

En sus escritos, los estudiantes observaban una creciente especialización del trabajo y cambios en la percepción de la propiedad, que paulatinamente adquiría características de propiedad privada. El intercambio en sus sistemas económicos era reemplazado por el dinero. Se trataba en general de cambios de gran envergadura que operaban en sociedades que no habían tenido tiempo de prepararse para ello porque estaban cambiando por agentes externos que los obligaban a una transformación acelerada. Así, no quedaba más remedio a estas sociedades que ingresar al sistema con formaciones económicas atrasadas, comunidades pobres, con bajos niveles de acumulación y mínimas posibilidades de competir.

Los cambios económicos transformaban a su vez valores culturales y atributos propios de las sociedades tradicionales, fueran estas conformadas por indígenas, campesinos o pescadores. Esto implicaba la:

“...pérdida total y parcial (...) de los rasgos distintivos de su base económica y su correspondiente superestructura, idioma, vestidos tradiciones, costumbres, reglas jurídicas y morales, etc., y la asimilación por imposición directa e indirecta de las características económicas y superestructurales dominantes en la sociedad nacional mayoritaria” (Campos Zornosa, 1976, pág. 2).

5.4 Relaciones ambiguas con el Estado, la Universidad y el campo

Como lo hemos anotado, en los documentos se mostraba cierta desconfianza de utilizar algunos de los estudios etnográficos de antropólogos y antropólogas que fueron pioneros de la disciplina en el país, por considerarlos insuficientes al momento de explicar situaciones de dominación y explotación. Para esta época ya existían centros de documentación consolidados que brindaban información pertinente a las monografías, como era el caso del Instituto Colombiano de Antropología (ICAN), el Museo del Oro, el Museo Casa del Marqués de San Jorge, el Archivo General de la Nación y las bibliotecas de las respectivas universidades, pero a pesar de la existencia de estos centros de documentación, en los escritos se menciona constantemente que había un vacío de información y particularmente de estudios desde las ciencias sociales, sobre los municipios analizados (Ej. Taganga, Riohacha, Isla Barú, Nueva Venecia, San Pablo, Chimichagua, etc.). Los estudiantes aseguran que podían encontrar literatura abundante sobre los Departamentos y sus capitales, pero poco sobre sus municipios, los pocos referentes los encontraban en tesis presentadas previamente a sus universidades.

En este panorama, las instituciones estatales se convirtieron en fuente privilegiada de información. A pesar de las férreas críticas sobre la actuación del Estado en la región, sus instituciones eran el principal promotor en la construcción de censos, estadísticas y análisis generales que permitieran servir de guía para la aplicación de políticas públicas. Comenzaron a aparecer reiteradamente citados los datos que ofrecían documentos elaborados por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), por los Ministerios de

Agricultura y Gobierno, por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE)⁸⁹ y especialmente por el INCORA y el Instituto Nacional de Recursos Naturales (INDERENA). Además de los documentos, resultó clave el apoyo brindado por funcionarios del INCORA, de la División Operativa de Asuntos Indígenas y de los hospitales en campo que trabajaban en los municipios elegidos como lugar de estudio. Incluso, algunas instituciones fueron fundamentales para el desarrollo de los estudios como la investigación:

“financiada por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, sin el cual hubiera sido imposible nuestra estadía en la isla” (Muñoz M & Bodnar C, 1974, pág. iii) o el apoyo del “...ICETEX seccional Barranquilla y a su director Edgardo Báez, sin cuya ayuda financiera no hubiera sido posible el desarrollo del trabajo y los continuos desplazamientos entre Bogotá y Barranquilla” (Cáceres de Fullea, 1978, pág. i).

Estos documentos servían para conocer en términos cuantitativos a la población a la que se estaban acercando y para considerar los problemas a los que buscaban hacer frente las políticas estatales. Los textos del IGAC y de Ernesto Guhl, además, les sirvieron a los estudiantes para establecer un marco de referencia de las posibilidades económicas de los terrenos de estudio según sus características físicas. De la mano de estos textos, los estudiantes identificaban su lugar de estudio y aclaraban su ubicación geográfica, las características del suelo, hidrografía, flora, fauna, vías de comunicación, extensión, límites, etc. Generalmente, esta información servía de referente para denunciar aquellas prácticas que se realizaban en espacios no aptos para ello (Ej. Ganadería extensiva y alta colonización en la Sierra Nevada de Santa Marta) y ayudaban a plantear el deterioro ecológico de la zona. Con estos referentes se sostiene además que los grupos de la región del Caribe estaban menos protegidos (en comparación con Amazonas y Pacífico), ya que estas zonas eran de más fácil acceso.

Además de los centros de documentación y de las instituciones estatales, el escenario de mayor importancia en la construcción previa del terreno fueron las universidades. La situación de Colombia era discutida y analizada en los salones de clase y en múltiples escenarios extra-académicos. Una y otra vez, se generaban debates que ponían a prueba la lectura de los textos de Marx, Engels, Lenin y Mao Tse-Tung, como base de explicación de lo que sucedía en el país y de la ruta que se debía tomar para transformarlo. La participación desventajosa de Colombia en el capitalismo mundial y su inminente inserción en la fase imperialista, era reforzada en cada discusión. Estas polémicas eran tan permanentes e impactantes en la época, que algunos autores han denominado a este período como la “antropología del debate” (Arocha & Friedemann, Un siglo de investigación social, 1984).

En esta fuerte interacción, se generaban influencias recíprocas para la elección de lugares y sujetos de estudio. Grupos de estudiantes organizaban salidas y viajes en los recesos semestrales que permitían un primer acercamiento a las comunidades. Algunos de ellos tenían en su haber viajes a diferentes partes del país, lo que les permitía tener una panorámica comparativa de la comunidad a la que decidían estudiar (Román Saavedra, 1974), o habían visitado previamente ese lugar y desde allí lo habían preferido

⁸⁹ Reorganizado en 1968 por Carlos Lleras Restrepo mediante el Decreto 3169.

para su estudio (Martínez Ceballos, 1972; Marino Samper, 1974; Torres G., 1978), o acogieron los consejos de compañeros que habían estudiado ese lugar con anterioridad, como en el caso de *“el sitio de “Los Patios”, llegamos por insinuación del compañero Idelfonso Gutiérrez, quien durante su larga permanencia en la zona tuvo la oportunidad de conocer las diferentes manifestaciones culturales del grupo que habitara la región”* (Villamizar Rincón, 1972, pág. 5), entre otros (Laverde Toro, 1972; Cardona Cardona, 1979). Incluso se tejieron relaciones con estudiantes universitarios de otros lugares, por ejemplo: *“Conté con la colaboración de un grupo de estudiantes de la Universidad Tecnológica del Magdalena, Carrera de Economía Agrícola, y que estaban interesados en hacer prácticas para una de sus materias”* (Martínez Ceballos, 1972, pág. 17).

En muchos casos, sin embargo, la relación más determinante fue la establecida con sus profesores, desde la cual es posible advertir algunas diferencias entre la Universidad Nacional y la Universidad de los Andes⁹⁰. En la Universidad de los Andes, se ve un claro apoyo de la investigación y del lugar institucional de Álvaro Soto para los estudios de la Sierra Nevada de Santa Marta, de las seis (6) tesis entregadas, cinco (5) son estudios realizados por estudiantes de la Universidad de los Andes. Así mismo, se puede entrever la influencia de Luis Guillermo Vasco y Nina de Friedemann en los cinco (5) estudios sobre pescadores en Taganga, todos de estudiantes de la Universidad Nacional.

Álvaro Soto, como director del ICAN, lideró las investigaciones en la Estación Antropológica de la Sierra Nevada desde 1973⁹¹ con un fuerte interés en Ciudad Perdida, como lo demuestran sus publicaciones sobre el tema (Soto, 1976, 1982, 1988 y 2006). Su posición y su interés fueron importantes para promover las monografías en la zona.

El paso de Nina de Friedemann como profesora de la Universidad Nacional fue corto y en la década de los 70 dirigió sólo tres tesis, una en la costa caucana y otro par en Taganga, municipio del Magdalena. El interés de esta investigadora por los estudios en poblaciones negras fue manifiesto durante toda su vida académica e indudablemente tuvo alguna influencia en la selección de estos lugares por parte de los estudiantes. Curiosamente, en ninguna de las tesis de esta región se hace alusión a afrodescendientes o huellas de africanía en las poblaciones negras de la costa atlántica, según lo relata ella misma en una entrevista, esto probablemente se relaciona con el que fue para ella un período de fuerte reflexión en el que sintió la necesidad de desarrollar un mayor trabajo de campo para consolidar sus presupuestos, lo que llevó a su renuncia a la Universidad Nacional (Arocha J. , 2009).

La segunda influencia de las tesis en esta región es la de Luis Guillermo Vasco, recién egresado de la Universidad Nacional. Este profesor asume la cátedra de Teorías Antropológicas II y Marx I, cátedras que contribuyó a crear cuando era estudiante, y desde allí contribuye a la legitimidad de los estudios sobre poblaciones diversas. Tanto en las cátedras que ofertaba, como en sus asesorías de tesis dirigió sus esfuerzos a hacer de la teoría marxista y sus desarrollos, la estrategia metodológica más conveniente para el estudio antropológico, como lo menciona una de las estudiantes:

⁹⁰ No hay tesis de estudiantes de antropología de la Universidad del Cauca en la década de 1970 que hayan hecho su trabajo en esta región.

⁹¹ La Estación de la Sierra Nevada funcionó hasta 1980. En 1976 fue encontrado el más grande asentamiento arqueológico Ciudad Perdida.

“Aplicando un método que desde el marxismo me diera esas respuestas (...) al tiempo que aplicaría alguna instrucción recibida con anterioridad, especialmente las recibidas en la cátedra de Teorías Antropológicas II (Marx I) que era orientada por el mismo profesor que tenía como asesor del trabajo de campo” (Villamizar García-Herreros, 1975, pág. 5).

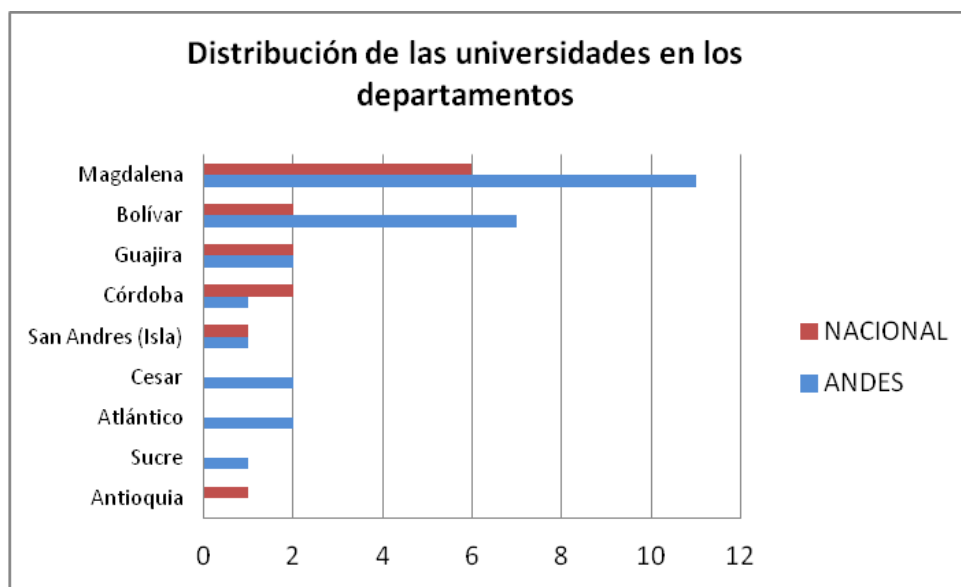
Con estas influencias, y la de otros profesores en la Universidad Nacional, como Gloria Triana y en la Universidad de los Andes, como Ann Osborn, José Manuel Guzmán, Patrice Bidou y Elías Sevilla, las y los estudiantes ingresan al estudio de los pescadores que para el momento era una novedad ya que *“En Colombia se han llevado a cabo muy pocos estudios sobre pesca, ya sea continental o marítima y menos aún estudios de los problemas socio-económicos que afrontan estas comunidades pesqueras”* (Mendoza Tolosa, 1973, pág. 72).

Otra dirección importante en la época es la de Álvaro Chaves Mendoza, quien estaba intentando hacer un semillero de arqueólogos en los Andes. En esta época, todas las tesis sobre estudios arqueológicos son hechas por estudiantes de la Universidad de los Andes quienes reconocen la influencia de este profesor:

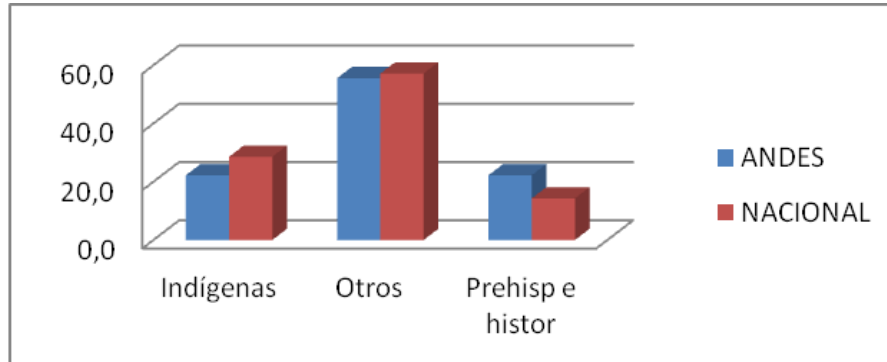
“El sitio fue explorado en principio por el Doctor Álvaro Chaves Mendoza y el entonces estudiante de antropología Idelfonso Gutiérrez Azopardo, quienes después de esta investigación preliminar llegaron a la conclusión de que se trataba de un complejo arqueológico de indudable importancia para el estudio de las relaciones culturales y espaciales en nuestros grupos prehispánicos más adelantados, los Muisca y los Taironas” (Laverde Toro, 1972, s.p.).

La distribución de los estudios en los departamentos de la región del Caribe por universidad se muestra en el Gráfico 5-3.

Gráfico 5-3: Distribución de estudios en el Caribe por Universidades y departamentos.



Y el panorama de los grupos estudiados por ambas universidades se manifestaba como aparece en el Gráfico 5-4.

Gráfico 5-4: Sujetos estudiados en el Caribe en Universidades Andes y Nacional.

Pero las interacciones no sólo se establecieron entre estudiantes y profesores de los Departamentos de Antropología, la meta última de transformar el país, permitió un relajamiento de las fronteras disciplinares. Esto probablemente tuvo que ver con las redefiniciones que se dan en antropología a propósito de los sujetos de estudio, del tiempo y del espacio involucrados en el ejercicio disciplinar. Ya hemos visto que al cambiar el punto de atención de un otro cultural, marcado por la diferencia con la sociedad de la que hacen parte las y los investigadores, hacia el otro marginal signado por la desigualdad en relación con una sociedad dominante, se amplía el panorama y se incluyen a diversos sujetos rurales y urbanos a quienes se les reconoce modos de producción tradicionales. En esta apertura a otros grupos, el estudio de la antropología se ve indefectiblemente ligado a estudios de otras disciplinas como la Sociología, la Economía y la Ciencia Política.

Los dos tiempos regularmente ligados a los estudios antropológicos eran el tiempo prehispánico y un tiempo presente ahistórico, en esta época sin embargo, se asume la importancia de conocer y estudiar el tiempo colonial y republicano para entender a las comunidades que se investigan, en un presente que es resultado de procesos históricos; por este motivo, hay también un fuerte acercamiento a las estrategias metodológicas de la Historia (Ej. Paleografía, Castillo Espitia, 1978) y a los historiadores e historiadoras del momento, aunque no se trataba de cualquier historia, se buscaba ante todo:

“Relegar a un segundo plano la historia como un recuento de eventos y de biografías de héroes (...), que la antropología sea también una ciencia histórica con estudios con perspectiva diacrónica porque la historia también ha cambiado (...) Las relaciones interétnicas deben ser enfocadas a partir del meollo histórico de la transformación, desintegración y génesis de modos de producción, todo esto en los marcos de una región intercultural” (Uribe Tobón, 1974, págs. 69, 284).

La tercera apertura que facilita la comunicación interdisciplinar, tiene que ver con los cambios en la concepción del espacio, ahora con un mayor énfasis por determinar las condiciones naturales del medio ambiente que habitan los grupos estudiados. La Geografía y la Ecología adquieren entonces un valor insuperable, al ser instrumentos que permiten entender los condicionamientos naturales de las actividades económicas de las comunidades. Las circunstancias ecológicas que permiten el establecimiento de economías nativas, influyen de esta manera en las características culturales de un grupo y en su eventual transformación. Este conocimiento, permite además prever las consecuencias que podrían traer para la pervivencia de nichos ecológicos, los cambios

trascendentales como los que se estaban presentando. A propósito, se menciona en uno de los estudios:

“Una economía como la de los Ick+, situada ésta en los tiempos prehispánicos o en el s.XX, depende en grado sumo de las condiciones en que se encuentre el medio natural, pues es a partir de la explotación de esta que se obtienen las materias primas básicas que sirven para el desarrollo de la vida en sociedad. Será de suma importancia entonces, para el devenir de la economía nativa el que mantengan las circunstancias ecológicas que la posibilitan, de ahí que estabilidad ecológica en el caso de los Arhuacos, se constituye en sinónimo de estabilidad económica (...) Con la incorporación de tecnología occidental el equilibrio se ha roto y se genera un deterioro ecológico” (Sánchez Alvarez, 1977, págs. 173-174).

Las interacciones en los departamentos y los acercamientos a otras disciplinas aumentan las posibilidades de estudio aunque parecen ser, según lo anotan los estudiantes, insuficientes al momento de la formación metodológica pertinente para la preparación del trabajo de campo. En las tesis se menciona que hay una exacerbada *“...especulación teórica que, en más de una ocasión, caracteriza a las ciencias sociales en la cátedra universitaria”* (Román Saavedra, 1974, pág. 1), esta situación se vivía de tal manera que los estudiantes percibían que: *“...tuvimos que completar dicha planificación no habiéndose visto con anterioridad técnicas de investigación antropológica y la que estuvo programada, estuvo falta de una dedicación práctica, no sabiéndose con qué nivel nos enfrentaríamos en el terreno”* (Martínez Ceballos, 1972, pág. 4).

Estas percepciones estaban también relacionadas con la idea de la ruptura que existió en los departamentos. La siguiente cita expresa ampliamente esta impresión de la época:

“A la unilateralidad de los estudios realizados por la antropología tradicional, junto con la brevedad del trabajo de campo, hay que agregar el elemento tal vez más importante: el de nuestra propia formación antropológica. En efecto: nuestra “formación” universitaria, se cimentaba por aquel entonces, en una mezcla de conceptos de aquí y de allá. “Marxismo revuelto con funcionalismo” y “funcionalismo marxista”, etc. Cuando salíamos de este revuelto teórico, caíamos en el campo de la etnografía informativa. Se nos afirmaba que “no podíamos teorizar, si no almacenábamos en nuestro ya perturbado cerebro el mayor número de datos posibles”; lo importante era memorizar y memorizar; de un momento a otro brotaría la teoría. (...) Contra toda esta antropología del dato y de la memoria, sustentada en una concepción antiteórica y empirista de la antropología, se gesta en el estudiantado una corriente que plantea una disciplina en otros términos. Se exigen una teoría sistemática y unitaria, que determine cuáles son las relaciones con el marxismo y hasta qué punto puede ser compatible con éste y que proponga finalmente su papel en el planteamiento y esclarecimiento de problemas del país. Si bien es cierto que vivimos el momento culminante de la lucha entre estas dos tendencias, e incluso se presencié la derrota de la vieja concepción, ello no quiere decir que nuestra formación sea precisamente la que corresponde a una teoría problemática. Dentro de la lucha entre las dos concepciones, pudimos clarificar los falsos problemas planteados por la vieja concepción y lo erróneo de sus enfoques. En cuanto a la nueva, sólo pudimos vislumbrar nuevos caminos y sentar tal vez las bases sobre las cuales, esperamos, se desarrolle una antropología eminentemente (...) Creemos que el desarrollo definitivo (y por tanto el triunfo) de la nueva concepción no depende sólo de los antropólogos, sino de la lucha de

clases y de los marcos sociales donde se desenvuelve nuestra antropología”
(Russi Laverde, 1972, págs. II-IV).

Las dificultades de preparación metodológica para el campo eran acompañadas en ocasiones con obstáculos de tipo financiero de los que algunos se salvaban por ser vecinos de la región:

“El presupuesto de viajes no lo calculé puesto que aprovechaba dos situaciones favorables que se me presentaban, mis viajes de regreso a casa (Bogotá - Santa Marta) y mi estadía en ella; la mayoría del gasto que tendría que efectuar planeé hacerlo desde un principio en material fotográfico y su revelado y copiado, cosa que así resultó” (Martínez Ceballos, 1972, pág. 7).

Pero en la mayoría de las situaciones, a pesar de contar con una pequeña subvención monetaria de la universidad, el dinero era visto como una de las mayores limitaciones para realizar una estadía prolongada, lo que es un indicio patente de que el trabajo de campo era una inversión privada del estudiante y de su familia. Un número importante de párrafos de agradecimiento son similares a la cita siguiente: *“Finalmente deseo manifestar mi profundo reconocimiento y agradecimiento a mi señora Madre, Paz Saavedra Vda. de R. y único hermano Raúl Román, quienes me apoyaron moral y económicamente durante mis estudios en la Universidad Nacional y en las salidas al terreno”* (Román Saavedra, 1974, págs. II-III).

Si la idea de quiénes son los *otros* estaba cambiando y el ambiente universitario advertía nuevos tiempos, inevitablemente la idea de *nosotros* también sufría mutaciones. Esta circunstancia hace pertinente preguntarnos ¿cómo se concebían las y los estudiantes en relación con los grupos que investigaron?

La diversidad de experiencias en campo alude a la presencia de diferentes tipos y niveles de distancia en la relación entre estudiantes y comunidades de estudio. En los estudios sobre el Caribe, los estudiantes relataron su sentir de “nosotros los blancos” y de “nosotros los investigadores” como pruebas de su lejanía, pero también presentaron muestras de cercanía en tanto eran vecinos nativos, parte de la periferia y reconocían similitudes en las tradiciones culturales.

El sentimiento de hacer parte de “los blancos” era evidente en los trabajos con grupos indígenas porque éstos hablaban un idioma diferente y mantenían tradiciones económicas y culturales difíciles de entender para alguien que es considerado, todo el tiempo, un externo. Esta lejanía estaba presente también con otras poblaciones en tanto se percibían dificultades de comunicación, como lo menciona uno de los estudiantes: *“Pude constatar en la práctica lo difícil que era tratar de conocer una cultura distinta a la nuestra y lograr una eficiente comunicación con los seres humanos que la portan, a pesar de éstos conocer el castellano”* (Román Saavedra, 1974, pág. 1).

O porque logran hacerse palpables las diferencias en la manera de percibir el mundo, como es el caso del mar, donde: *“Para nosotros, blancos, con nuestros valores, con sed de mar y sol de trópico, el gran pozo profundo del Caribe no es más que diversión, descanso y a veces temor. Para el barullero, pues es su medio, el mar es una fuente de actividad productiva”* (Cardona Cardona, 1979, pág. 38). Y se acentúan también las diferencias en las prácticas económicas, por ejemplo, *“Nosotros los blancos pescamos*

con anzuelos al extremo de un cordel (...) el barulero difícilmente lo hace solo; casi siempre acudirá a sus socios de bote” (Cardona Cardona, 1979, pág. 39).

La lejanía también es puesta en escena por los estereotipos y prejuicios que tenían las comunidades con la sociedad con la que identificaban a los estudiantes. En San Andrés, por ejemplo, existe desconfianza permanente con quienes vienen desde el continente colombiano y por ello: *“Dada la prevención justificada del isleño hacia el continental colombiano, es imposible la observación directa de las actividades sin el establecimiento previo de relaciones amistosas”* (Muñoz M & Bodnar C, 1974, pág. 17A).

También intervienen en el establecimiento de distancias, las identificaciones raciales o las relaciones históricas entre los grupos, como: *“En primer lugar, mi calidad de blanco hacía más difícil el trabajo en un núcleo negro (...) En segundo lugar, la actividad no siempre sancta de los pobladores de la región, hacía recaer sospechas sobre cualquier extraño”* (Cardona Cardona, 1979, pág. 10).

Otra cualidad a partir de la cual las distancias se hacían más grandes, era en el lugar del estudiante como investigador. En los escritos de la década, se presentan varios referentes de alejamiento, particularmente el hecho de que el investigador había llegado sin ser invitado: *“Mi presencia en Taganga (...) fue, como la mayoría de las veces en los trabajos de los antropólogos, una presencia no requerida, no pedida por la comunidad y en esa medida un proyecto investigativo del que efectivamente ella no se apropia”* (Ruiz Marmolejo, 1979, pág. 6).

El lugar de investigador se vive aún, en algunos casos, como el de un extraño cuyos intereses particulares eran ajenos a la comunidad:

“Mi rol que, a los ojos de la gente, era el de un investigador de la historia y de la economía del pueblo y de toda clase de aspectos exóticos. El interés por su religión aparecía simplemente como una curiosidad personal, muy explicable por el impacto de una religiosidad tan profunda y contrastante con la apatía religiosa de los otros pueblos” (Adamoli, 1973, pág. 12).

Esta sensación era comparada incluso con la experiencia de quien ingresa a la universidad:

“La sensación de vivir en otro mundo se refleja en la preocupación que se siente de percibir hasta las mínimas normas de conducta y no desviar de ellas. Y esto no tanto como táctica elemental, y por otra parte indispensable, para ser aceptados en el grupo, sino por la impresión de deber y de miedo que incumbe al entrar a una nueva vida, así como lo siente una adolescente ortodoxo que pisa por primera vez el umbral de la Universidad” (Adamoli, 1973, pág. 18).

Como había señales de lejanía, existían también algunos signos que mostraban la posibilidad de reducir distancias, uno de ellas se planteaba para quienes habían nacido y vivido en la misma región, como nos lo muestra uno de los estudiantes en la siguiente cita:

“Creo que mi situación de vecino de Taganga y algunos conocimientos sobre la pesca adquiridos mucho tiempo atrás en esta misma población, me daban un margen amplio de seguridad para regresar con nuevas armas (lápiz y papel) para

entrar a recoger y precisar muchas de las ya conocidas situaciones que se presentan aquí. En el plano físico, no fue necesario hacer reconocimiento puesto que durante los años de estudiante de bachillerato practiqué mis deportes favoritos por los acantilados y ensenadas del lugar, así como también por las empinadas faldas de sus lomas” (Martínez Ceballos, 1972, págs. 2-3).

Este tipo de cercanía afectó incluso la percepción de la observación participante que se concentró en las horas laborales, ya que el estudiante dormía en su casa, en Santa Marta. Se manifestaban también posibilidades de cercanía con las comunidades estudiadas en tanto los estudiantes se asumían como parte de la periferia, así:

“Pero después de contemplarlo con la imparcialidad desprevenida de quien no se está estudiando a sí mismo, se puede caer en cuenta de pronto de que no se trata de un caso tan ajeno. Se descubrirá entonces que nosotros también estamos viviendo en algún punto de la periferia de Macondo, en una u otra parte de esa dimensión sagrada mediante la cual nos gusta y nos obligan a alinearnos de la realidad” (Adamoli, 1973, pág. 13).

Finalmente, se logran advertir coincidencias culturales como: *“En Taganga hasta donde pudo observarse no existen líneas de descendencia distintas a las nuestras (...) Tampoco parecen existir reglas definidas de exogamia o endogamia” (Marino Samper, 1974, pág. 7).*

El tratamiento de estas distancias y la intención de disminuirlas, llevó a asumir diferentes estrategias metodológicas. Podemos dar por supuesto que la primera distancia a atacar era la del desconocimiento de las comunidades. Como ya se mencionó, previo al contacto con las fuentes primarias de la investigación, se estudiaban referentes teóricos comunes de análisis, se establecían interacciones, redes y contactos, y se visitaban centros documentales. El archivo tomó una importancia tal que hubo tres investigaciones basadas sólo en construcciones históricas de la región (Lalinde, 1970; Tarazona, 1975 y Castillo, 1978). También como se mencionó, algunos estudiantes realizaron viajes grupales previos, que le permitieron conocer diferentes zonas posibles de estudio antes de su elección de los lugares que se convertirían en su terreno.

Quienes se decidieron en sus estudios por la interacción directa en los territorios de las comunidades, debieron realizar encuestas y censos, para establecer estadísticas y datos generales de la región. En algunos casos, esto significó asumir la movilidad que implicaba los traslados permanentes entre diferentes lugares dentro del mismo terreno elegido (entre poblados y resguardos, entre diferentes zonas identificadas, etc.).

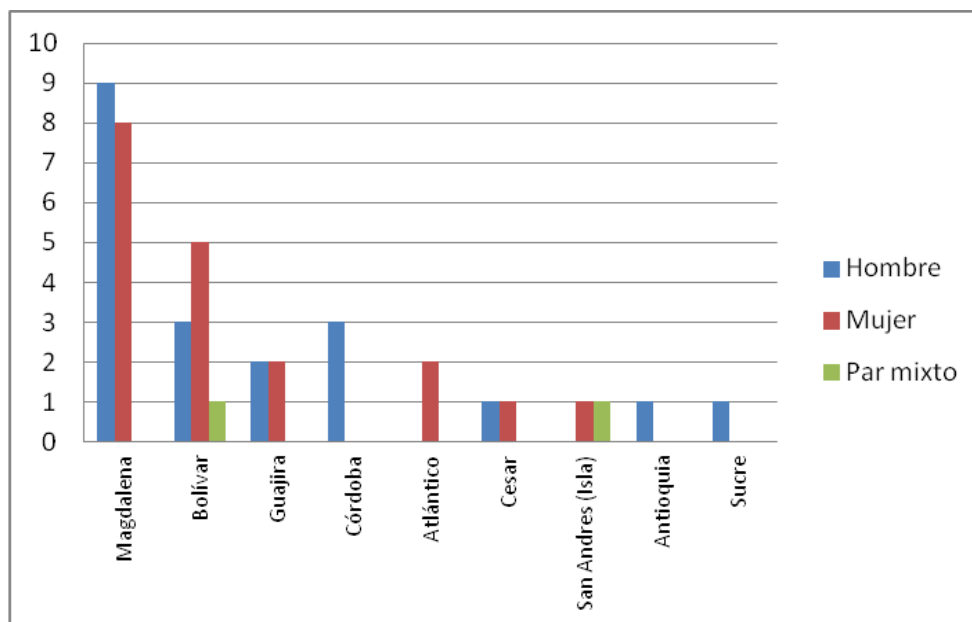
Para quienes se movieron en los territorios de las comunidades, sus escritos indican la participación en cuatro escenarios de observación: el del trabajo productivo, el del trabajo doméstico, el de las actividades cívicas y sociales como fiestas y celebraciones religiosas, y el de las fincas privadas (estas últimas para el caso de las excavaciones arqueológicas). Estos escenarios plantearon retos distintos a los estudiantes.

Participar en los escenarios de trabajo productivo significó ser compañero de pesca, hacer trabajo en charcas, acompañar en actividades de recolección, caza y cultivo, entre otros. En el trabajo doméstico implicó el cuidado de niños, hacer mandados y colaborar con oficios varios en las casas. En este tipo de observación, las y los estudiantes sintieron sus propias debilidades y torpezas, incluso una de ellas menciona que el *“...trabajo físico es bien recibido aunque se está a nivel de un niño” (González*

Sanmiguel, 1976, pág. 43), además comprobaron por experiencia propia que a pesar de ser extraños a las comunidades estaban sometidos a sus divisiones sexuales del trabajo. Para algunos, el único modo de sobrevivir a su poca experticia en el trabajo productivo se lograba demostrando conocimientos médicos (su utilidad más patente para la comunidad), especialmente a la mano se encontraban los conocimientos en primeros auxilios y nutrición. Las limitaciones en los datos posibles de conseguir, debido a las restricciones de género se superaron, en algunos casos, con la de informantes de diferentes géneros (Ej. Vila Mejía, 1972).

Una somera caracterización de la distribución de lugares estudiados por género, se puede apreciar en el Gráfico 5-5.

Gráfico 5-5: Género y lugares de estudio por departamento en el Caribe.



En las excavaciones arqueológicas, los estudiantes debían tener cuidados adicionales al tener que realizarlas en predios de propiedad privada. Tenían que esmerarse por no dañar los jardines o esperar la aprobación de los dueños para sus actividades, en gran parte dependía de la hospitalidad de éstos para su mantenimiento en el terreno de estudio. Estas dificultades, sumadas al poco tiempo que podían dedicar al campo, contribuían a acrecentar sus precauciones de generalizar resultados producto de una excavación poco profunda.

Las contradicciones y ambigüedades que viven los estudiantes en sus estrategias de observación, los lleva a reflexionar sobre su identificación con la comunidad, tanto así que algunos recomiendan valorar una distancia intermedia para no caer en falsos papeles estereotipados. Plantean que no se debe buscar ser blanco, ni indio, ni bufón, ni líder (González Sanmiguel, 1976), es decir, sugieren aceptar un lugar diferenciado y particular como antropólogos. Desde esta perspectiva, más que una observación participante que implique su asimilación como parte de la comunidad que estudia, se plantea una “observación directa respetuosa” (Román Saavedra, 1974).

El método privilegiado para la disminución de distancias en terrenos que dependían de la interacción con las comunidades fueron entonces los espacios de diálogo, de allí que existiera una valoración mucho mayor de entrevistas no estructuradas, charlas y visitas, que, a diferencia de las entrevistas estructuradas, se presentaban como un mecanismo inigualable para generar confianza y para remplazar con datos lo que el investigador no podía observar por sí mismo. En esta estrategia resultaban de vital importancia las relaciones que surgían con la comunidad y, especialmente, el lugar de los informantes.

Los criterios de búsqueda y selección de informantes no siempre son aclarados en el texto, y se mencionan diversas técnicas para corroborar la veracidad de los datos recibidos (especialmente la triangulación de charlas con diversas personas de la comunidad o externas a ésta). Sin embargo, se puede advertir cierta preferencia en la búsqueda de “informantes ideales”, por ejemplo, personas que manejen el castellano en comunidades indígenas que hablaban otro idioma, éstos eran regularmente indígenas jóvenes. También se manifiestan los esfuerzos por establecer una relación cercana con secretarios, caciques o líderes de la comunidad. Difíciles, lejanos o menos identificados como informantes son las mujeres, los adultos mayores y los niños. Una estudiante menciona, a propósito de sus esfuerzos por conocer el punto de vista de las mujeres en una zona pesquera, que:

“Las mujeres por su parte corroboran mucho lo que dice el marido. En el caso de éstas es preferible comenzar por conversar con ellas antes de hacer preguntas concretas sobre el tema pues éstas en comienzo hablan poco. (...) En un comienzo contestan generalmente con monosílabos o con respuestas muy cortas. (...) En varias ocasiones no se pudieron realizar las entrevistas que se habían planeado debido a que a esa hora las mujeres estaban ocupadas en la cocina o lavando y no era invitada a seguir, solicitándome que volviera más tarde” (Marino Samper, 1974, págs. 5-6).

Se menciona también que las personas de mayor edad suelen ser más dispersas y difíciles de dirigir en una conversación y, aunque muchas de las estudiantes enuncian haber estado en contacto con niños, ninguna los caracteriza como fuentes de información.

Poco se habla del pago a los informantes, aunque un estudiante menciona que se pueden diseñar estrategias para suplir este pago, como dar regalos que no se vean relacionados directamente con la consecución de una entrevista o una foto.

Con estas estrategias en campo se crean fuertes lazos de amistad, un estudiante menciona que el Secretario de la comunidad Cuna fue su primer informante y su mejor amigo (Román Saavedra, 1974), en otros casos, los investigadores fueron nombrados padrinos de niños de la comunidad (Muñoz M & Bodnar C, 1974) y en la mayoría de los textos, en su sección de agradecimientos, se hace mención de algunos nombres específicos de personas de la comunidad con las que se estableció una entrañable relación.

El siguiente dilema en este tipo de campo, tuvo que ver especialmente con el registro. En algunos casos no se presentó mayor dificultad, no había oposición en la comunidad porque el estudiante hiciera anotaciones permanentemente y se contaba con el permiso para tomar fotos o utilizar una grabadora de mano (Román Saavedra, 1974). En la mayoría de casos, sin embargo, se plantean dificultades en el uso de libretas, cámaras

fotográficas y grabaciones, bien sea por razones de tipo técnico, porque no se conocía plenamente su funcionamiento, o por evitar momentos que condujeran a una situación artificial de conversación, en la que regularmente los integrantes de la comunidad se sentían cohibidos. En un documento se comenta incluso la decisión de no utilizar estos artefactos para impedir ser estereotipada como turista (González Sanmiguel, 1976).

Para el caso de la arqueología, el mayor enemigo del registro seguía siendo la actividad de gaaquería (Behar Asis, 1976).

Había otra dificultad que tenía que ver específicamente con esta zona, algunas de las actividades económicas estaban relacionadas con aspectos ilegales, como la pesca con dinamita y el contrabando (Martínez Ceballos, 1972; Cardona Cardona, 1979). El borroso lugar del estudiante, que algunas comunidades no lograban definir, implicaba que éste fuera en ocasiones pensado como parte del gobierno y como potencial denunciante de estas prácticas.

5.5 Contra-reflejos de los presupuestos teóricos

Siguiendo las propuestas marxistas, la estructura económica era la base de análisis para entender la organización de los grupos humanos y su relación con otros, y era el punto central donde se producían los cambios que redundaban en otros aspectos de la superestructura. Así, todos los documentos analizados hicieron una descripción minuciosa de las actividades económicas del grupo que estaban estudiando.

Se describieron los procesos de producción, distribución y consumo en actividades de recolección, caza, pesca, cultivo, ganadería y minería, entre otros. Se mencionaron las herramientas utilizadas, la explotación de recursos naturales, las técnicas de domesticación de los animales y la división del trabajo, y desde allí se analizaron los cambios específicos producidos. Dos aspectos tomaron una importancia fundamental en estas exposiciones; el primero, fue el del uso, tenencia y propiedad de la tierra y el segundo fue la transformación de pautas de distribución y consumo, ya que, debido a la participación de estos grupos en nuevos mercados y a la aparición de intermediarios, surgieron nuevas ocupaciones laborales (albañilería, celaduría, agricultura mercantil, carpintería) y cambios fundamentales en la cultura.

En las tesis se anota un interés ávido por superar las monografías descriptivas y contribuir a un modelo explicativo de las situaciones económicas que encontraron en sus estudios, pero la falta de investigaciones anteriores en las que se encontrara este nivel de descripción y las condiciones mismas de escritura del informe hicieron necesario que estos escritos funcionaran apenas como un primer paso de análisis más finos.

Existió además otro inconveniente que complicó la coincidencia entre los marcos teóricos y las descripciones de lo encontrado en campo: las piezas previstas para ofrecer una explicación no se ajustaron a las piezas efectivamente halladas. Este contra-reflejo implicó a las y los estudiantes de antropología de la década de 1970, un proceso reflexivo y la consideración de matices al momento de plantear generalizaciones, como se menciona en una de las tesis:

“Se presentó gran dificultad para el manejo de la conceptualización, ya que según el trabajo, se utilizaría el marco del materialismo histórico. Esta dificultad, por varios motivos, entre ellos falta de conocimientos teóricos y la poca experiencia en su aplicación práctica (...) Es decir, nos resultó un poco difícil traducir teóricamente la praxis llevada a efecto y de ahí el cambio de tema consignado en el proyecto de trabajo. Inicialmente se pensó encontrar un reemplazo de la pesca por otras actividades y sólo en el transcurso de la investigación, nos dimos cuenta de la necesidad de concretar en este informe, en la medida de nuestras posibilidades, la realidad que efectivamente encontramos” (De Andreis P., 1977, pág. 9).

El legado de mantener una visión holista en las etnografías, a pesar de la concentración en los aspectos económicos, llevó a algunos estudiantes a dudar de la determinación de la economía sobre otros aspectos sociales al encontrar relaciones en la que no era clara la jerarquía entre economía y parentesco (Espinosa Garzón, 1977), o economía e ideología (Sánchez Alvarez, 1977). En los documentos se presenta información sobre reglas de matrimonio y separación, relaciones entre padres e hijos u otros familiares, ciclos de vida, eventos comunitarios como trabajos comunales, congresos y fiestas, creencias y rituales frente al nacimiento, las enfermedades y la muerte. En ocasiones, era claro cómo los cambios en la economía afectaban a estos aspectos, pero en otros casos se observaba cómo a pesar de drásticos cambios económicos pervivían elementos culturales.

Al parecer, a falta de referentes más próximos y a pesar de aseverar sus grandes diferencias con el estructuralismo o el funcionalismo, los estudiantes volvían a retomar los planteamientos de Claude Lévi-Strauss (1971), Bronislaw Malinowsky (1963, 1967) y Talcott Parsons (1959), para vincular la organización social con la función económica, cuando esta última no necesariamente determinaba a la primera. En uno de los textos analizados se lee:

“Uso del materialismo histórico... Sin embargo, en aspectos tales como: parentesco, magia, religión y otros, utilizamos autores de corrientes diferentes, como: Malinowsky, Lowie (funcionalista), Radcliffe Brown (estructural-funcionalista), Bastide, Balandier (culturalista) y Ph Bock (Antropología cognitiva o etnociencia) (...) es imposible desconocer el avance de cada una de estas corrientes para la comprensión de la sociedad humana, sin dejar d lado el materialismo histórico, marco teórico del presente trabajo” (Muñoz M & Bodnar C, 1974, pág. 10A).

Existía también un asomo de la importancia de las acciones individuales en las estructuras económicas de estos grupos, por ejemplo:

“Evidentemente esto no significa que consideramos aquí el cambio como independiente del proceso productivo, sino que tal vez se complejiza al intervenir la acción de individuos "independientes" del proceso. Esto es particularmente claro en la famosa verbalización que de ello hacen los comerciantes, cuando dicen que sus precios son SM (según marrano)” (Ruiz Marmolejo, 1979, pág. 65).

Este aspecto se complejiza aún más cuando se hace difícil el análisis de las clases sociales en el campo. Como ejemplo de ello, en uno de los documentos se afirma inicialmente que se asumirá a la comunidad entera como una clase, teniendo en cuenta que ocupa un lugar determinado en la producción y que se diferencia de otros sectores sociales como los latifundistas-capitalistas. Sin embargo, más adelante en el mismo texto

se plantea que existen cinco clases sociales en el campo: el terrateniente, el campesino rico, el campesino medio, el campesino pobre y el proletario agrícola (Villamizar García-Herreros, 1975).

Estudios en la Sierra Nevada de Santa Marta plantean además que se hacen evidentes las diferencias al interior de la comunidad pero que algunos personajes, como los Mamos, no deberían clasificarse como clase social (Sánchez Álvarez, 1977), o que es importante recuperar procesos en los que el Estado nombró y reconoció a ciertas personas como autoridades civiles de la comunidad y cómo esto no generó el desmembramiento del grupo en clases, al contrario, dichas autoridades se unieron a los Mamos y desde allí consolidaron un movimiento de defensa de la autonomía indígena (Campos Zornosa, 1976).

Otras situaciones que se asoman como diferencias sociales pero que los estudiantes no alcanzan a definir como clases, son las diferencias entre los trabajadores de la tierra, por ejemplo, entre pequeños propietarios y jornaleros, jornaleros sin tierra y trabajadores permanentes de haciendas (Zapata Meza, 1974), o las diferencias entre indígenas de un mismo grupo étnico entre los que encuentran grados diversos de deculturación o mestizaje (Campos Zornosa, 1976, Sánchez Álvarez, 1977, Durán Merchán, 1974), o, como las encontradas por Muñoz y Bodnar (1974) en San Andrés, que deciden llamarlas heterogeneidades culturales globales y heterogeneidades subculturales.

Como si fuera poco, a estas complejidades se suman diversas estrategias y tipos de relación que asumen las comunidades frente al sistema que se les impone. Los estudiantes encontraron vinculaciones de indígenas al negocio del contrabando o de pescadores al comercio que, aunque implicaron un cambio en sus relaciones sociales, no parecen mostrar la imagen de la sumisión de las comunidades frente a la sociedad dominante. Se encuentran incluso meollos para clasificar a algunos pobladores en una actividad económica:

“...un barulero puede estar dedicado a la pesca. De pronto, se le presenta la oportunidad de ir como marinero a Panamá; regresa con unas camisas pintosas y se dedica por un tiempo a comerciarlas, y si le queda algo de plata seguramente se dedique varios días a enamorar a alguna "querida". Cuando ve de nuevo la necesidad de trabajar se le ocurre hacer una roza en la tierra d algún pariente o sencillamente trabajar como asalariado con algún blanco de las islas del rosario” (Martínez & Uribe, 1975, pág. 43).

La caracterización de las comunidades revela algunos problemas que también se advierten al intentar homogenizar los procesos de cambio. ¿Hacia dónde se están dirigiendo las comunidades? Algunos estudiantes mencionan que los indígenas se están convirtiendo irremediamente en campesinos, pero no es del todo claro en qué tipo de campesino, si un campesino con tierra o sin tierra, un jornalero o un agricultor mercantil, tampoco es del todo claro si todos los indígenas caminan en una misma dirección. Se muestra cómo los campesinos y pescadores se estaban moviendo hacia trabajos asalariados pero este camino podría sufrir giros o retornos al campo.

Otro aspecto difícil de eludir fue la pervivencia de elementos considerados tradicionales en las comunidades. Por ejemplo, a pesar de aceptar las autoridades civiles, para los pescadores el mar se mantenía como una propiedad comunal y debía aplicarse el trabajo de la pesca siguiendo normas comunitarias (Espinoza Garzón, 1977). Incluso, la forma

de algunas actividades económicas no eran fácilmente clasificables como precapitalistas, o feudales, o semif feudales, como uno de los estudiantes aclara:

“Problemas de tipo teórico como la operatividad de la ley del valor típica de la economía capitalista, para una comunidad que produce bajo otras relaciones sociales (...) Modos de producción con determinadas fases históricas del desarrollo de la producción, que han sido propuestas en un esquema que va desde el comunismo primitivo hasta el capitalismo, la realización de cada uno de ellos supone la disolución histórica del estadio precedente pero el fenómeno taganguero no puede ser más que una forma productiva desarrollada a partir de particularidades históricas concretas (...) por otro lado, cuando se habla de una producción pre precapitalista damos casi por sentado su carácter de transitoriedad hacia el capitalismo, lo cual para el caso de Taganga sería una imprecisión; en cambio sí podemos decir con certeza que se trata de una producción no capitalista” (Ruiz Marmolejo, 1979, pág. 3).

La incorporación de otros aspectos de vital importancia para las comunidades, además de las actividades económicas, y las dificultades en definir a las comunidades o sus procesos de cambio desde una tendencia homogenizante, presionaron a una mejor revisión de los planteamientos marxistas y a la flexibilización de algunos de los postulados o supuestos construidos previamente.

Las comunidades y sujetos de estudio mostraron además un aspecto diferente al de víctimas del sistema. En sus trabajos, las y los estudiantes registraron actividades que revelaban diferentes grados de desarrollo del movimiento campesino, con mayor fuerza en esta región por ser ésta la que tenía una mayor concentración de la tierra. En los documentos se enaltece la actividad de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), especialmente el proceso de invasión de tierras y se denuncia la represión de que han sido objeto.

En este movimiento, la particularidad de la lucha indígena se hizo patente, aunque se establecieron relaciones con el movimiento campesino, como lo demuestra la seccional de indígenas y su manifiesto en el Congreso de la ANUC de 1973 (Román Saavedra, 1974), y con la Federación de Trabajadores del Magdalena (Sánchez Alvarez, 1977), los indígenas y especialmente los líderes políticos y espirituales de los grupos indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, incluyeron en su lucha la importancia de los significados mitológicos, políticos y religiosos de las tierras que ocupaban y la búsqueda de su autodeterminación y de plena autonomía en sus territorios.

De seguir fielmente la propuesta marxista, estas particularidades de la lucha indígena, en las que abogaban por señalar sus diferencias, podría no ser el escenario propicio para la consolidación de una sola clase que luchara contra la dominante. En este sentido, la causa indígena plantearía algunos desafíos para la causa seguida por las y los estudiantes.

Las monografías se suman a la presión para que el Estado acepte a las comunidades estudiadas como sujetos políticos. Se podría decir entonces que para ellos y ellas las comunidades con las que trabajan comienzan a pensarse no sólo como grupos marginales o minorías nacionales, además como sujetos constructores de política pública.

Ante este difícil panorama los estudiantes estaban seguros de que debían trabajar por la transformación social:

“Cuando un antropólogo escoge un tema lo hace por las siguientes razones: interés en los problemas objetivos, posibilidades de solución, medios que permitan eventualmente encontrar patrones generales en lo estudiado, experiencia y facilidades investigativas (...) Si bien la solución definitiva de carácter estructural permite la participación del antropólogo y a la vez se le exige (aunque nunca de protagonista sino de elemento auxiliar), todo científico social debe estar al tanto de posibles cambios inmediatos, eficaces y razonables, que a la vez estén al servicio del primer y principal aspecto, el cambio estructural” (Torres G., 1978, págs. i-ii).

Pero en esa transformación no sabían si participar alejándose abruptamente de la academia, como lo hicieron muchos que no entregaron sus trabajos de grado y tesis en esta época, o abogar por un mayor número de estudios que apoyaran las labores del Estado. Se plantea en este sentido, la importancia de las ciencias sociales para la supervisión y asesoramiento en la ejecución de políticas públicas para que los programas asumidos sean adecuados a la región, teniendo en cuenta las características sociales de los beneficiarios.

También se aprovecha la oportunidad para decir directamente lo que las instituciones estatales debían cambiar, en principio se plantea que deben trabajar por: el desarrollo económico de la nación (incluyendo el desarrollo económico de campesinos e indígenas), la conservación ecológica de sus territorios, la promoción de la salud, la nutrición y la higiene en los diferentes municipios con más centros de asistencia médica, un mayor y más equitativo acceso a la educación, ampliar la oferta de servicios públicos y ofrecer un margen más amplio de acción y autogestión a las comunidades. Los y las estudiantes, en este sentido, son denunciantes y desde allí legitiman su lugar como viajeros y observadores directos que se debatían entre acabar con el Estado y contribuir a su mejoramiento.

6. Capítulo de discusión: disonancias y resonancias advertidas

Carlos Fuentes (2005) para caracterizar los movimientos estudiantiles de finales de los años 1960, hace una arriesgada inversión de la metáfora de *victoria pírrica*. Este término se utiliza regularmente para designar aquellas conquistas que fueron tan costosas para los vencedores, que en algunos casos se duda del beneficio de la victoria por la victoria misma. En su libro, Fuentes habla de una *derrota pírrica* para caracterizar los movimientos estudiantiles que se desarrollaron en París, Praga y México en el año de 1968, queriendo mostrar que aunque estos eventos fueron derrotados en su momento y parecieron grandes esfuerzos perdidos, en realidad significaron victorias de largo aliento y sólo perceptibles en la reconstrucción histórica.

Las y los antropólogos en formación o recién egresados en la década de los 1970 en Colombia se dieron a la tarea de transformar radicalmente al país y a la disciplina, sin embargo, algunas de las acciones adelantadas resultaron impertinentes o frustrantes. Se reconoce además esta época como un período de poca producción académica, altos índices de deserción y rezago de graduación en las universidades (Uribe, 1980) y con una concentración exagerada en el debate teórico y el activismo (Arocha & Friedemann, 1984). Los años posteriores de 1980, fueron testigos de reflexiones sobre lo ocurrido en el período anterior y diversos eventos y publicaciones llamaron a la moderación en posturas radicales y al regreso a una academia que fuera crítica sin descuidar la rigurosidad.

Pero el retorno impoluto no fue posible, a pesar de cierto aura de período oscurantista que puede envolver al recuerdo de lo ocurrido durante los años 70, su vivencia resultó fundamental para la Antropología y para la construcción de la nación colombiana. Aunque la gran revolución que las y los estudiantes suponían que sucedería en Colombia fue derrotada, los procesos que se vivieron persiguiendo esta utopía permitieron el surgimiento de novedosos aspectos para la práctica antropológica, en un contexto mundial que enfrentaba el final del siglo XX.

La confluencia de las territorialidades nacionales, globales y locales de las y los estudiantes de antropología, que construyeron sus terrenos antropológicos en la década de los años 70, significó que éstos fueran definidos en la búsqueda de tres objetivos transversales que se deducen de las tesis e informes finales de trabajo de campo: construir un nuevo Estado, configurar una Nación igualitaria y fundar una Antropología contra-hegemónica. El contexto de la época implicó la prolongación de estas perspectivas germinales que hallaron eco en el país y que he denominado en este escrito como resonancias. Estas metas, sin embargo, se encontraron también con disonancias

que marcaron reafirmaciones, desviaciones o rupturas con los objetivos inicialmente planeados.

6.1 Ecos de las propuestas estudiantiles en sus relaciones con el Estado, la Nación y la Antropología

En la búsqueda por la construcción de un nuevo Estado para Colombia, las acciones emprendidas por las y los estudiantes produjeron resonancias en tanto fortalecieron los movimientos sociales del momento y, articulando su acción con otros grupos, consiguieron desdibujar la frontera que separaba a la sociedad civil de la participación política directa en la construcción de lo público. De manera inesperada, los estudiantes universitarios que habían sido considerados como futuros brazos del Estado en su vida profesional, comenzaron a hacer parte de éste como un sujeto colectivo en el presente. Como sucedió con otros estudiantes universitarios, los estudiantes de antropología de la década de 1970 no se habían congregado para crear o consolidar un partido político, sin embargo, las condiciones que vivieron en la época les conminó a una posición que aún resuena, la de ser permanentes auditores, denunciantes y transformadores del Estado.

La participación de los estudiantes en el fortalecimiento de los movimientos sociales, se consolidó en el contexto internacional posterior a la segunda guerra mundial, que llevó al surgimiento de grupos de la sociedad civil denunciantes de los excesos cometidos por sus gobiernos y por las que se estaban consolidando como potencias mundiales. La disputa por adscribir los países al capitalismo, al socialismo o al comunismo, redundó en una angustiante Guerra Fría entre las nuevas potencias y en descarnadas guerras de baja intensidad en muchos países de América Latina, de Asia y de África.

El descontento popular alcanzó su punto álgido en la década de 1960, que dio vida a una fecha emblemática en la historia mundial, el año 1968. Este año fue testigo de la explosión de movimientos generados por grupos sociales que se definían por características de género, raciales, étnicas, económicas, otrora consideradas como signos de debilidad. Mujeres, negros, jóvenes, obreros y campesinos, se expresaron contra las limitaciones de los derechos civiles en sus respectivos países, o contra la guerra en Vietnam. Con sus acciones, retaron los alcances de sus gobiernos y redefinieron a la sociedad civil como partícipe directa en las decisiones políticas de sus naciones y no sólo como electora de representantes políticos.

En esta coyuntura brotó el estudiantado universitario renovado como sujeto político internacional, capaz de organizar demostraciones públicas influyentes en la sociedad y de generar presión para la toma de decisiones de sus gobiernos. El fenómeno del Baby boom, el aumento de la clase media, el crecimiento de las matrículas en las universidades y el acceso a las nuevas tecnologías de comunicación (televisión, ordenadores, cintas de video, cámaras fotográficas, etc.), confluyeron en la emergencia de un grupo diverso que compartía una base sectorial (educación) y desde allí se articulaba a otros movimientos sociales que luchaban por la universalización de los derechos. Aún sin existir un asociación internacional, estudiantes de universidades de Estados Unidos, Alemania, Japón, Francia, España, Polonia, Checoslovaquia, Italia, Brasil y Reino Unido, entre otros, realizaron bloqueos y tomas de sus universidades, marchas multitudinarias, publicaron panfletos y periódicos, en fin, fueron autores de

manifestaciones coincidentes, que forzaron a la apertura de un espacio que permitiera su participación en la construcción de sus Estados-Nación.

En Colombia se generó también un crecimiento exponencial del número de estudiantes en las universidades. Integrado en su mayoría por una generación cuyos primeros años de vida coincidieron con los últimos atisbos de la época de “La Violencia” partidista de los años 50, este sector de la población vivió en los espacios universitarios la influencia de los postulados marxistas reanimada por las revoluciones china y cubana y por la figura del Che Guevara. La posibilidad de provocar una revolución en el país se vio acrecentada y se hizo viable con los programas que venían liderando los sindicatos, los partidos políticos de izquierda y especialmente por las acciones adelantadas por las guerrillas, por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) y por el movimiento indígena, encabezado por el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC). Con este aliciente y abrigados por un fuerte sentimiento nacionalista, en la década de los 70 los estudiantes se organizaron y manifestaron contra el Frente Nacional, a favor de la realización de una verdadera reforma agraria que acabara con la inequitativa distribución de la tierra en el país y por el rompimiento de los lazos dependientes que ataban a Colombia a la nueva potencia norteamericana y sus políticas desarrollistas, entre otras demandas coyunturales.

Este escenario planteó un cambio en la relación entre los estudiantes universitarios y el Estado. Bajo el impulso de la Alianza para el Progreso, el ingreso de la Antropología a las universidades fue pensado inicialmente como la posibilidad de formar profesionales que apoyaran la acción estatal en la construcción de un pasado legitimador de la nación y en la integración de las comunidades indígenas aún existentes. Los estudiantes universitarios, y particularmente aquellos de universidades públicas, se perfilaban así como futuros profesionales que servirían en la consolidación del Estado. Pero las condiciones de la época los llevó a dejar de ser un futuro probable para ser el presente notorio de un nuevo sujeto colectivo que usaba permanentemente su lupa auditora hacia las acciones del Estado, que fue denunciante activo de los errores y debilidades de éste, y que se pensaba además como agente de transformación hacia un modelo estatal considerado más justo y equitativo.

Las consecuencias de asumir esta posición han llevado a que incluso desde su formación, se ratifique la antropología en Colombia como una disciplina que “depende de su comunicación con otras experiencias teórico-prácticas, y, sobre todo, de los efectos de su discurso y de las implicaciones de su conocimiento” (Correa, 2005, pág. 117). El ambiente de los 70 fue entonces una demostración radical de cómo el ejercicio de la antropología en países como Colombia asumió el estudio de individuos y grupos humanos como sujetos con los que se compartía un entorno sociopolítico. Situación que ha llevado a ejercer esta profesión no sólo como parte de la academia, además como la práctica de ciudadanía comprometidas con la construcción del Estado-Nación y con las minorías étnicas de su país, de allí su caracterización como antropólogo político, ciudadano, comprometido o local (Friedemann, 1984; Jimeno, 2000; Vasco, 2002) y que es característica también de la antropología latinoamericana (Ramos, 2000; Jimeno, 2005).

Los lugares privilegiados para la auditoría y la denuncia de los estudiantes fueron las universidades, tanto en los espacios académicos ofrecidos por estas instituciones como en los múltiples espacios extracadémicos construidos por ellos. Sus posiciones se

expresaban en diversos escritos, entre los que se cuentan las tesis. Como estudiantes y como egresados se emplearon en diversas instituciones estatales como el Bienestar Familiar y el INCORA y desde allí, generaron además propuestas que se concebían como prácticas alternativas posibles de transformación del Estado haciendo parte de éste. Un ejemplo representativo de ello, son las medidas asumidas desde el ICAN cuando fungió como su director Álvaro Soto, recién egresado de la Universidad de los Andes. Especialmente representativas fueron las Estaciones Antropológicas, su proyecto bandera en la década:

“Para conocer y analizar esa diversidad cultural, el Instituto ha enfocado sus programas hacia comunidades indígenas, comunidades campesinas y comunidades urbanas y dentro de este criterio ha enfatizado en los programas relacionados con los grupos étnicos que habitan áreas bastante desconocidas, como son los territorios nacionales, o en el llamado cinturón marginal de Colombia, por ser ellos los que están sujetos a cambios drásticos en un período de tiempo relativamente corto.

La consolidación de este cinturón marginal que incluye la Guajira, el Chocó, algunas zonas de Nariño, el Putumayo, la Amazonía, la Orinoquía, los Llanos Orientales y el Piedemonte de la Cordillera Oriental se concibe dentro de una base previa que comprende el estudio antropológico de las características sociales, culturales, geográficas y ecológicas de las regiones en cuestión.” (Soto, 1975, pág. 11).

Las estaciones Antropológicas fueron pensadas como centros de investigación y, primordialmente se planearon como núcleos generadores de propuestas y acciones que enfrentarían las principales problemáticas de las comunidades cercanas. Martín Von Hildebrand, Felipe Paz (La Pedrera), Horacio Calle (El Encanto) Yesid Campos (Sierra Nevada), Ilva Perilla (Tierradentro), Benjamín Yepes (Cravo Norte, Arauca) entre otros directores de Estaciones Antropológicas, señalaron derroteros en salud, educación, apoyo financiero y técnico a las poblaciones cercanas, con el fin de convertirse en un tipo de Estado que cumpliera con las condiciones que antropólogos recién egresados y estudiantes universitarios aseguraban que debía tener, en tanto responsable de la calidad de vida de los habitantes de sus periferias. En esta ruta, se consideró que su lugar en representación del Estado podría aminorar la importancia de comunidades religiosas, comerciantes e intermediarios, que habían consolidado su poder en estas zonas.

Con los mismos objetivos en mente y aún sin hacer parte del Estado, también fueron numerosos los casos de estudiantes que se adscribieron a diversos grupos políticos y militantes y estudiantes que se vincularon con nacies Organizaciones no Gubernamentales (ONGs), por ejemplo:

“...en aras al conocimiento de las necesidades que en materia de salud presentan los grupos indígenas de estas regiones (...) se propone adelantar una campaña de salud con dichos grupos. (...) La implementación técnica de este programa, a juicio de FUNCOL⁹², requiere de una información técnica de carácter antropológico correspondiente al conocimiento de la cultura material y espiritual de estos grupos indígenas. En este sentido y con las limitaciones inherentes presté

⁹² Fundación de Comunidades Colombianas.

mi colaboración como antropóloga, teniendo bajo mi responsabilidad el estudio de las condiciones socio-económicas de los grupos seleccionados por la institución” (Alzate P., 1979, págs. 1-2).

Entre las propuestas escritas en los documentos analizados, también encontré resonancia el proceso de responsabilización del Estado como productor de periferias y marginalidades. Uno de los puntos principales en este proceso fue la desnaturalización de terrenos antropológicos como esencialmente lejanos y el paso a entenderlos como lugares que eran periféricos y cuyos habitantes eran marginales como producto de la acción del Estado.

Como se anotó en la descripción general de los estudios, las tesis e informes de trabajo de campo entregados a los Departamentos de Antropología en la década de los 70 se concentraron en la región andina, especialmente en las ciudades y en los municipios cercanos a éstas. Así, es posible leerla como una situación inversa a las tendencias percibidas en la geopolítica del conocimiento mundial (Walsh, 2002) para el caso de la antropología, ya que priman los trabajos de campo sobre lugares ubicados en los centros de poder y dispersos en las periferias. Esta imagen, sin embargo, refleja la construcción de un territorio nacional concebido desde sus élites, de tal manera que, más que la voluntad de los y las estudiantes por promover una antropología mayoritaria en los centros de poder, es también una muestra de cómo los estudiantes vivían las consecuencias de la construcción de una determinada territorialidad nacional.

Es posible advertir la estrecha relación entre la cartografía de los sitios elegidos por estudiantes para desarrollar allí una investigación antropológica, con la situación vial de la época que de manera gráfica fue testimonio de la decisión política de los gobiernos colombianos por favorecer a unas pocas ciudades centrales y facilitar las actividades extractivas y comerciales hacia un mercado internacional. Asimismo, la configuración de ejes comunicacionales en cada una de las regiones mostraba la acción de gobiernos departamentales y municipales, que privilegiaron intereses particulares y favorecieron la construcción de caminos entre territorios de interés para la élite local (Ej. comunicación entre grandes haciendas, caminos aptos para la comercialización de ciertos productos, etc.).

Pero una característica particular que se genera en esta década es que muchos de los documentos consultados manifiestan a modo de denuncia la dificultad de acceso a sus terrenos antropológicos, por la ausencia de carreteras o por las mínimas posibilidades de transporte público, de responsabilidad del Estado, que comunicara a los centros urbanos con resguardos, municipios y otras agrupaciones humanas. De esta manera, en los escritos se encuentra notablemente disminuida la idea de que existían terrenos antropológicos remotos por sus condiciones físicas intrínsecas, que los hacían naturalmente adversos a sus visitantes. En cambio, las y los estudiantes contribuyeron a definir estos terrenos de difícil acceso como lugares excluidos sistemáticamente por decisiones políticas en la construcción de ejes de comunicación interna. Así, se incluyó una perspectiva de terrenos de estudio también como lugares adscritos a la construcción del territorio nacional.

En esta lógica, en la que se manifiesta la responsabilidad del Estado en la configuración de lugares del territorio nacional como periféricos, también se comenzó a establecer que las condiciones de vida de las poblaciones que habitaban esos lugares eran también la

consecuencia de una acción estatal descuidada. En sus trabajos, las y los estudiantes observaban a las poblaciones con las que estudiaban desde la evaluación de su calidad de vida; no sólo esperaban encontrar las características culturales que identificaran a un grupo humano y lo diferenciara de otros, analizaban además minuciosamente los estados nutricionales, las condiciones de salud, la situación de las vías, los índices de pobreza, en fin, resaltaban las condiciones desventajosas en las que se encontraban estas comunidades marginales a una sociedad mayor que para ese momento había dominado la definición de Estado en Colombia.

Además, al caracterizar a los sujetos de sus investigaciones en relación con el Estado, los estudiantes confrontaron la idea de unos grupos humanos cuyas características culturales eran consecuencia de su condición de aislamiento y que se mostraban como pobladores prístinos que vivían cerca de la naturaleza por sus rasgos particulares. En cambio, evidenciaron en sus monografías que los lugares de vivienda que en ese momento tenían los diversos grupos estudiados eran el resultado de la acción violenta, de desplazamientos y migraciones forzadas que las comunidades indígenas sufrieron como víctimas de la conquista y colonización europea a América. El retorno a los acontecimientos vividos siglos atrás servía para mostrar que esta situación no había cesado con la conformación de la República y que estaba más fuerte que nunca tras el nuevo imperialismo internacional y el avasallante despliegue del capitalismo en el país.

Así, fue posible leer un giro en el que los habitantes de los márgenes dejaban de ser definidos solamente por sus identidades propias o por tradiciones forjadas en ausencia del Estado y comenzaban a ser pensados como sujetos cuyas condiciones de vida y transformaciones culturales eran consecuencia de las acciones y omisiones de un Estado que había eludido su responsabilidad frente a pobladores que debían ser considerados como parte de la nación. Contra la idea de un Estado débil en sus márgenes como condición inevitable, planteaban que éste debía asumir su responsabilidad por las condiciones a las que se veían sometidos estos grupos en pleno siglo XX, ya que en su haber se encontraba la posibilidad de mejorarlas y aminorar los riesgos deculturadores de las misiones religiosas y del capitalismo.

Adicionalmente, en contraste con la idea de los futuros antropólogos que posibilitarían la unificación de las comunidades indígenas al país, estos estudiantes mostraban que la integración de estas comunidades al sistema capitalista ya era un hecho y que se podía demostrar cómo existían ya cambios abruptos e inminentes e incluso elementos culturales desaparecidos. Lo particular de su mirada, es que dejaron de percibir estos cambios y desapariciones como un inevitable curso natural de acontecimientos, en cambio, con importantes resonancias plantearon que el Estado era responsable de las condiciones de estas poblaciones por acción u omisión y que en las manos del Estado se encontraba la posibilidad de cambiar de nuevo sus condiciones de existencia, siendo respetuoso con las tradiciones de todos los grupos humanos que conformaban la nación.

Otro punto de resonancia en los estudios de esta época, en relación con la construcción de un nuevo Estado, fue la lectura de las periferias locales en relación con un sistema mundial y no sólo como el resultado de condiciones ambientales o culturales propias del país. En gran parte, gracias a los desarrollos de los planteamientos marxistas en América Latina y otros lugares del mundo y con la explosión de movimientos sociales de escala internacional, las y los estudiantes reiteraban en sus escritos que Colombia no debía ser analizada solamente por sus relaciones internas, además debía pensarse como un país en un sistema internacional que lo ubicaba en un lugar periférico y dependiente.

Cuando se analizaba la situación de Colombia desde esta posición, las explicaciones atenuaban las diferencias entre lugares y regiones de estudio al interior del país porque señalaban en cambio cómo cada caso era el reflejo de las condiciones a las que se veía sometido un país periférico. La territorialidad nacional en estos términos se vio influenciada por las construcciones de territorialidad global de la época. Por este motivo, la mayoría de los estudios evaluaron la acción que empresas multinacionales, como la Casa Arana, Chocó Pacífico y United Fruit Company, y organizaciones religiosas extranjeras, como el Instituto Lingüístico de Verano (ILV) o las misiones capuchinas, estaban realizando en sus terrenos de estudio, en tanto representaban la violación directa de la soberanía nacional y ejemplificaban las intervenciones deculturadoras a través de las cuales un sistema global se instalaba en el territorio nacional.

Para las y los antropólogos en formación, las situaciones de las poblaciones así estudiadas eran representativas de una condición mundial que las llevaba a una paulatina pauperización y proletarización, víctimas de un sistema y una clase social que les arrebatava sus medios y posibilidades de reproducción. Las investigaciones sobre los grupos indígenas revelaban además una situación histórica de América Latina en el mundo, como una región afectada por la conquista y la colonización europea en el pasado y como una zona bajo el dominio imperialista de los Estados Unidos en pleno siglo XX.

Esta perspectiva amplió el panorama explicativo de la configuración nacional, en tanto la consideró como tejida en las relaciones históricas internacionales. De tal manera que cambiar la situación de las regiones nacionales iba necesariamente ligada a la transformación de la posición que ocupaba Colombia en el panorama mundial.

--- o ---

Pero entre los objetivos transversales a las tesis analizadas no sólo se encontraba el de luchar por un nuevo Estado, también se buscaba construir una nueva Nación que debía asegurar condiciones igualitarias para sus habitantes.

Un elemento resonante que participó en este proceso fue el de denunciar presupuestos de desigualdad entre los habitantes de la nación en los que se separaban a los pobladores de las márgenes considerados como arrendatarios del Estado de aquellos percibidos como propietarios de sus tierras. Las y los estudiantes encontraron que para el caso de las regiones Amazonia, Orinoquia, Pacífico y Caribe, analizadas en este documento, muchos de sus lugares habían sido definidos como terrenos baldíos o nacionales. Bajo esta denominación se planteaban como zonas de extracción de recursos naturales, reductos del salvajismo o espacios de abrigo para quienes no habían logrado una integración efectiva a la sociedad nacional. Los escritos de las y los estudiantes obtuvieron resonancia en tanto buscaron evidenciar la presencia histórica de habitantes en estos lugares considerados vacíos en la cartografía nacional y exponer desde allí señales de pertenencia de determinadas comunidades a sus territorios.

La afirmación reiterante de que se estaban viviendo grandes transformaciones en Colombia y en el mundo entero fue un postulado común en los escritos entregados como tesis e informes finales de trabajo de campo. Este punto de partida llevó a que las preguntas de investigación trabajadas asumieran de modo indefectible algunas estrategias que permitieran caracterizar y explicar el cambio profundo que estaban

viviendo los pobladores de sus terrenos de estudio. Cercanos a la investigación histórica, los estudiantes mostraron historias de larga y mediana duración en las que se denunciaron violentas reorganizaciones del territorio, fruto de desplazamientos y conflictos entre nativos y colonos, o se narraron los orígenes y el desarrollo de municipios que hacían evidente la apropiación y el uso de determinados espacios por comunidades específicas. En este proceso, los pobladores de los terrenos antropológicos no se veían como arrendatarios temporales de un territorio nacional y comenzaba a afianzarse la idea de unos grupos pertenecientes a sus territorios, lugares relacionados con el territorio nacional pero no subsumidos a éste. Los mapas oficiales no se estaban poniendo en duda, pero a la configuración del territorio nacional sí se le estaban añadiendo matices, aparecieron tímidamente estrategias que transformaban la idea de una territorialidad nacional homogénea hacia el reconocimiento de otras territorialidades internas.

El proyecto de una nación igualitaria, asumía además que la nación colombiana debía estar integrada por pobladores rurales y urbanos que habitaran el país en condiciones equitativas en términos de su calidad de vida y no en la desigualdad material que las y los estudiantes encontraban reinante en los terrenos de estudio. Con este objetivo en mente, como antropólogos y antropólogas en formación, los estudiantes hallaron resonancias en su compromiso ético con la sociedad, pero especialmente con los oprimidos y con las reivindicaciones de grupos de base. Se consideraba que el trabajo con estos habitantes era lo que realmente iba a lograr una transformación nacional.

Las estrategias asumidas en este punto, implicaron resonancias en la transformación de cartografías de la alteridad (Briones, 2005). Tomando cierta distancia de la concepción de grupos humanos como antípodas de la sociedad, se concibió una misma estructura nacional y mundial, en la que esos “otros” habían sido producidos en una relación de dominación con el “nosotros”. Los “otros” más que los diferentes eran los marginales, dominados y oprimidos por una sociedad mayor, así, el concepto de alteridad se estaba ampliando y vinculando con el de desigualdad (Boivin, Rosato & Arribas, 2007).

Este proceso llevó al surgimiento de múltiples y diversas marcas de alteridad⁹³, a las que se les sumaba entonces la condición de desigualdad, que legitimaron el acercamiento a diversos grupos humanos para el desarrollo de las investigaciones en la formación universitaria de esta disciplina y que tomaron una posición protagónica en la definición de terrenos antropológicos (conformando el 53% del total de las tesis e informes finales de trabajo de campo).

Entre las marcas de definición de los grupos humanos estudiados en esta década, que acogieron el mayor número de terrenos y que no se referían principalmente a características étnicas, estuvieron las de la identificación de grupos desde actividades socioeconómicas, en las que se plantean características culturales a partir de la

⁹³ La definición de marcas de alteridad ha sido trabajada por Briones, quien la plantea como *“principios de categorización social más o menos inequívocos a partir de una praxis que materializa “lo material” de ciertas grupidades de modos cambiantes. Según las épocas y los contextos entonces, los contornos sociológicos de ciertos contingentes se racializan, desracializan, etnicizan, incluso se desmarcan selectivamente ciertas dimensiones de una diversidad que, atravesando dichas categorizaciones, se manifiesta en verdad tanto “entre” como “dentro de” las grupidades socialmente demarcadas*” (Briones, 1998, págs. 252-253).

agrupación de una comunidad por su definición como campesinos, pescadores, mineros, proletarios, profesores, médicos, etc. (20%); además se determinaron sujetos de estudio por ser habitantes de un lugar específico, como comunidades definidas por ser pobladores de barrios, municipios o veredas (5%) y se identificaron también a partir de características raciales, especialmente en la región del Pacífico, con la denominación de comunidades como grupos negros (2,5%). Otras marcas alternativas se establecieron a partir de la agrupación de individuos por ser pobladores móviles, como migrantes o colonos (4,6%), por encontrarse en un estadio de su ciclo vital, especialmente como niños o familias (4,2%), por hacer parte de una comunidad mística o religiosa (1,1%), por condiciones de género, particularmente con estudios de mujeres (0,7%), desde una perspectiva médica (1,4%), o por hacer parte de una comunidad educativa (1,1%). Incluso se caracterizaron a través de la confluencia de dos o tres marcas (3,2%).

Así entonces, la mayoría de los estudiantes optaron por acercarse a diversos grupos humanos que se consideraban como incluidos en la modernización del Estado y en las lógicas del capitalismo pero desde una posición marginal, inequitativa y subordinada. Los grupos marginales en las urbes y en las cabeceras municipales debían ser estudiados para mostrar los estragos del capitalismo y para evidenciar la división de clases en Colombia, siguiendo los postulados marxistas, de allí que las ciudades y los municipios cercanos tuvieron un papel protagónico.

Esta diversificación de marcas de alteridad se vivió en consonancia con las bruscas transformaciones poblacionales que vivía el país, como lo enunciara Fals Borda:

“...los planteamientos de reforma urbana y construcción de viviendas (“las cuatro estrategias”) de la Operación Colombia durante el gobierno de Misael Pastrana, concebidos en 1971 por su asesor de cabecera, el economista Lauchlin Currie. Quizás estas medidas pudieron ser bien intencionadas para calmar las aguas tormentosas del agro; pero más bien abrieron las compuertas para acelerar la introducción de un modelo frío y calculador, el modelo capitalista conocido de autos, así en el campo como en la ciudad. Naturalmente, aquellas medidas frenaron las justas aspiraciones campesinas de la época por el alivio de su situación, lo que culminó con el ominoso Pacto Latifundista de Chicoral (1972). Semejantes turbiones han tenido obvias consecuencias estructurales y espaciales, aunque dentro del marco tradicional. Una consecuencia de entidad fue el desequilibrio geopolítico producido por la atracción centralizadora de Bogotá que apagó a las ciudades menores que habían sido centros alternos de refugio y desarrollo. El otro gran efecto fue el cambio demográfico hacia el predominio urbano, al dejar de ser Colombia el arcádico país que era y bajar del 70 al 30% la proporción rural, y empezar a tener la macrocefalia de la ciudad capital” (Fals B., 2002, pág. 46).

Las y los estudiantes eran testigos de un movimiento poblacional sin precedentes en Colombia y de la inminente transformación que este fenómeno urbanizante acarrearía. Los otrora habitantes de zonas rurales alejadas geográficamente de las ciudades, entraban ahora a éstas de manera masiva y engrosando cinturones de marginalidad. Estas nuevas condiciones surtieron efecto en la distancia geográfica de los Departamentos de Antropología y los terrenos antropológicos, teniendo en cuenta que la lejanía entre los “otros nacionales” y los pobladores de las grandes ciudades ya no era tal; de esta manera, se asumía la proximidad del otro interno. Resonó entonces la percepción de que la lucha por una nación igualitaria que incluyera a los otros nacionales debía darse también en las urbes.

La percepción de la otredad desde la desigualdad, también influyó notoriamente en los sujetos de los terrenos de estudio de tesis e informes finales de trabajo de campo, definidos desde marcas étnicas de alteridad (22,5% del total de las tesis). Los grupos indígenas no fueron descritos solamente por características culturales que los planteaban como sociedades y comunidades antípodas frente a un imaginario de nación mayoritaria; ahora estos grupos pasaban a ser percibidos como minorías nacionales, siendo parte de la nación en posiciones desventajosas y cuya cultura se venía desdibujando en la violenta modificación de sus condiciones materiales de existencia.

Dicha percepción resonó en la búsqueda por complejizar el concepto de lo étnico que incluyera a grupos indígenas que se diferenciaban claramente de los demás grupos nacionales por sus formas de subsistencia, sus manifestaciones culturales, su lengua o porque conservaban una identidad de grupo; pero que también abarcara a grupos que conservaban la tenencia o utilización de la tierra en forma comunal, con una organización tradicional, aún con manifiestos procesos de transformación; e incluso se abogó por insertar en este grupo a aquellos que se encontraban por fuera de los resguardos y que enfrentaban acelerados procesos de aculturación y sedentarización⁹⁴. Es decir, se instó a que se considerara la percepción de estos grupos reconociendo su auto-adscripción como grupo étnico, a su propia definición en la incorporación como otredad, y que se consideraran procesos alternativos de afiliación a la nación colombiana.

Como hemos mencionado, en los escritos analizados se expresaron las condiciones desfavorables de una gran parte de la población en el país, víctima de una sociedad mayor representada por gobernantes, hacendados, misioneros y comerciantes; sin embargo, se advierte allí otra resonancia de la época por conformar una nación igualitaria, en tanto se mostró en las tesis que estos pobladores debían considerarse también como sujetos activos construyendo nación. En este sentido, no sólo se configuró la idea del antropólogo ciudadano (Jimeno, 2000), además se demostró cómo los habitantes marginales del país, agrupados en organizaciones políticas como la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) y el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), o desde estrategias comunitarias, o con diversas tácticas coyunturales de resistencia y adaptación, también estaban participando en el país como ciudadanos desde la alteridad o desde la marginalidad y estaban haciéndose su propio lugar en la nación colombiana.

Las condiciones de la época conminaron a los estudiantes a acercarse hacia los núcleos que posibilitarían la transformación social y, entre ellos, las luchas campesinas e indígenas ocuparon un papel predominante. Ya no se trataba solamente del campesino y del indígena destinado a desaparecer, sino de aquellos que hacían parte de los pobladores rurales que luchaban por sus tierras y por un modo de vida digno que se veía cada vez más afectado por las lógicas de producción capitalistas.

La ANUC surgió como una propuesta de iniciativa gubernamental en los años 1967 y 1968, y fue liderada originalmente por el entonces presidente de la república de Colombia, Carlos Lleras Restrepo. Para la década de 1970, sin embargo, esta asociación ya se había convertido en una institución autónoma frente al Gobierno, sus objetivos

⁹⁴ Un ejemplo de ello es el proceso vivido en la definición de grupos étnicos para la realización del censo de 1973 (Vejarano, 2001).

políticos superaban las reivindicaciones gremiales y apuntaban a un cambio radical en la estructura social existente, además ya se habían adelantado acciones de hecho para hacer efectiva una reforma agraria redistributiva (Bagley & Botero, [1978] 1994). En todas las regiones del país y especialmente en la región Caribe, la influencia de la ANUC fue un núcleo atrayente para las y los estudiantes interesados en participar en movimientos que estuvieran adelantando prácticas de transformación nacional.

Una segunda organización que adquirió un papel preponderante en la adscripción de los estudiantes de antropología fue el CRIC. Este movimiento se potenció inicialmente en sintonía con el movimiento campesino y la ANUC, no obstante adquirió en la década de 1970 un carácter específico de reivindicación étnica, afín a otros movimientos indígenas que florecieron en esta época en Ecuador, Perú, Guatemala, Bolivia y otros países de América Latina (Stavenhagen, *Identidad indígena y multiculturalidad en América Latina*, 2002). Este movimiento tuvo una mayor presencia en la región Andina y se constituyó como uno de los centros más atractivos de vinculación política de los estudiantes de la época. Otro ejemplo representativo de organización política indígena, lo encontraron los estudiantes en los grupos de la Sierra Nevada de Santa Marta, que a partir de estrategias contundentes en efectividad simbólica y material, lograron mantener la autonomía de sus territorios, reivindicando su cosmología y un modo auténtico de concebir la tierra y la humanidad.

Además de las organizaciones políticas, las y los estudiantes encontraron que las poblaciones estudiadas tenían estrategias diversas de adaptación y resistencia a las nuevas condiciones y que de alguna manera lograron mantener características sociales, políticas y religiosas, a pesar de la introducción violenta de transformaciones económicas y políticas, desde el Estado y otros actores sociales.

Con el reconocimiento de la actividad política de estos grupos sociales, en los escritos de las y los estudiantes se incluye otra resonancia en la construcción de una nación igualitaria y fue la inclusión de los otros y de la población marginal también como futuro de la Nación. Aunque sus presupuestos para el acercamiento a la población con la que trabajaron los hacía definir como víctimas en doble vía, del sistema mundial y de su propio Estado, en sus investigaciones encontraron que éstos también eran sujetos activos en la transformación nacional y que ya venían desarrollando estrategias particulares para la búsqueda de una nueva nación, que debía incluirlos.

De manera muy general, podríamos afirmar que los letrados del siglo XIX e inicios del siglo XX, considerados antecesores de la práctica antropológica, contribuyeron a visibilizar a las comunidades étnicas prehispánicas como parte del pasado de la nación (García, 2010; Botero, 2006); las y los pioneros de esta disciplina, quienes instauraron el estudio antropológico como una práctica científica en el país en la primera mitad del siglo XX (García, 2010), contribuyeron a la demostración de la existencia de comunidades prehispánicas en el pasado nacional y además insertaron el análisis de las comunidades étnicas en el presente, promoviendo así la emergencia del problema indígena (Correa, 2006). Las y los estudiantes y profesionales universitarios en la década de 1970, retomaron esta labor de evidenciar y analizar la otredad como parte del pasado y del presente del país e incluyeron la participación de las comunidades étnicas como futuro de la nación, en tanto víctimas transformadas por las acciones de una sociedad mayor dominante, como minorías nacionales presionadas a la marginalidad y como ciudadanos luchando por una participación diferenciada en el proyecto nacional.

--- o ---

La década de los 70 se vivió como una época de grandes transformaciones, además fue considerada como una oportunidad única para direccionar cambios nacionales y mundiales. En este contexto, los estudiantes universitarios parecían estar abocados a un llamado angustiante por convertirse en una generación de ruptura y por ser pioneros de una verdadera revolución nacional. Así lo asumieron en su postura como transformadores del Estado y constructores de una nación igualitaria. Como estudiantes de ciencias sociales, se vieron abocados también a ser críticos con su formación y ejercicio profesional y a querer convertirse en una nueva propuesta de Antropología consciente de su actuar político, comprometida con los grupos oprimidos y en franca lucha contra el sistema reinante que buscaba la consolidación del capitalismo en el país. Se menciona, por ejemplo:

“Contra toda esta antropología del dato y de la memoria, sustentada en una concepción antiteórica y empirista de la antropología, se gesta en el estudiantado una corriente que plantea una disciplina en otros términos. Se exige una teoría sistemática y unitaria, que determine cuáles son las relaciones con el marxismo y hasta qué punto puede ser compatible con éste y que proponga finalmente su papel en el planteamiento y esclarecimiento de problemas del país. Si bien es cierto que vivimos el momento culminante de la lucha entre estas dos tendencias, e incluso se presenció la derrota de la vieja concepción, ello no quiere decir que nuestra formación sea precisamente la que corresponde a una teoría problemática. Dentro de la lucha entre las dos concepciones, pudimos clarificar los falsos problemas planteados por la vieja concepción y lo erróneo de sus enfoques. En cuanto a la nueva, sólo pudimos vislumbrar nuevos caminos y sentar tal vez las bases sobre las cuales, esperamos, se desarrolle una antropología eminentemente crítica (...) Creemos que el desarrollo definitivo (y por tanto el triunfo) de la nueva concepción no depende sólo de los antropólogos, sino de la lucha de clases y de los movimientos sociales donde se desenvuelve nuestra antropología” (Russi Laverde, 1972, págs. III-IV).

Las resonancias de estas intenciones llevaron a una reflexión crítica del papel de la disciplina en este país y a denunciar que la antropología en Colombia hasta ese momento había buscado una neutralidad valorativa que terminaba haciéndole el juego a un sistema opresor, que había descuidado el análisis de la relación entre las características de las poblaciones estudiadas con las condiciones históricas, nacionales e internacionales que las oprimían. Se consideró además que la investigación antropológica sufría debilidades en sus capacidades explicativas y se limitaba en muchos casos a meras descripciones. En general, estas críticas contribuyeron a demostrar una capacidad política de la disciplina antropológica que, según su percepción, había estado soterrada hasta entonces. En esta línea y en su lucha por fundar una antropología contra-hegemónica, las y los estudiantes elaboraron los argumentos cuya resonancia desestimó la formación y el ejercicio de una disciplina positivista, academicista, apolítica y ahistórica.

La influencia de los planteamientos marxistas y sus desarrollos a mediados del siglo XX han marcado un hito en la historia de la ciencia en el mundo. Aunque no hay acuerdo en plantear si esta influencia fue una revolución paradigmática o no, no hay duda de que su lectura movió los cimientos en las comunidades científicas de diferentes países en el globo. Según lo anotan los estudiantes en sus documentos, las influencias de los

planteamientos marxistas y sus desarrollos, permitieron superar los obstáculos ya señalados en la antropología colombiana.

En muchos de los documentos se precisa que mientras otros modelos estudiados en antropología contribuyeron a una mediana comprensión de la realidad, basada primordialmente en la descripción, los planteamientos marxistas brindaban un modelo explicativo.

Los procesos de descolonización de países asiáticos y africanos a mediados del siglo XX, que pasaron a convertirse en naciones (con instituciones similares a las occidentales), la dependencia económica de los países denominados de tercer mundo frente a potencias mundiales y las amenazas de pervivencia de las culturas nativas desposeídas y presionadas por una cultura en expansión, fueron situaciones que fortalecieron la idea de un Occidente dominante que venía transformando a otras culturas en culturas dominadas (Balandier, 1973).

Este contexto exigía a las ciencias sociales herramientas que explicaran los cambios; el materialismo histórico se presentó entonces como una explicación posible sobre la configuración de Occidente y su relación con las sociedades no occidentales. *“A los intentos teóricos que hubo en la década del sesenta y setenta para ajustar el marxismo a estos ‘nuevos’ problemas se les denominó con el término genérico de ‘neomarxismo’”* (Boivin, Rosato & Arribas, 2007, pág. 126).

Con la aplicación del marxismo a la antropología, se hizo necesario identificar los modos de producción de los pobladores de los terrenos antropológicos. Las y los estudiantes debían partir de la comprensión de las relaciones de producción en sus terrenos de estudio y debían detectar las fuerzas sociales antagónicas que demostraran cómo el capitalismo estaba destruyendo modos tradicionales de producción.

Con este objetivo, se buscaban las fuentes que describieran la situación de los pueblos prehispánicos antes de la llegada de los conquistadores y se analizaban minuciosamente los estragos de la violencia ocurrida en épocas de conquista y colonia, como evidencia de los primeros contactos de América con Occidente. Se caracterizaban además los diversos elementos encontrados en campo, prestando particular atención al despojo de medios materiales y simbólicos que la sociedad occidental estaba causando en los grupos estudiados, impidiéndoles de esta manera su reproducción.

De las posibilidades de entender la estructura económica en juego dependía a su vez la posibilidad de comprensión de los cambios de una cultura. Las transformaciones culturales eran ubicadas al nivel de la superestructura y en este sentido estaban determinados por su base económica, esto al asumir el planteamiento marxista en el que: *“El modo de producción de la vida material determina [bedingen] el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia”* (Marx, [1971] 1997, págs. 4-5). De esta posibilidad dependía también la manera de hacer explícitas las relaciones de explotación encontradas en los terrenos de estudio y la construcción de estrategias para abolirlas.

Las unidades de análisis desde esta perspectiva marxista dejaban de ser las sociedades primitivas aisladas y pasaban a ser los procesos de contacto entre la sociedad occidental

y las no occidentales, asumiendo los atributos de estas últimas como co-producciones históricas en la relación nosotros-otros (Boivin, Rosato, & Arribas, 2007). De tal manera que el marxismo permitió mirar a los grupos no occidentales, tradicionales objetos de estudio de la antropología, en relación y en una relación conflictiva con la sociedad occidental. Allí no sólo se explicaban en su diferencia sino como consecuencia de su relación histórica con ésta.

El desarrollo de la que ha sido conocida como “la nueva historia” en Colombia, resultó fundamental para complementar estas afirmaciones. A mediados del siglo XX, un grupo de académicos se encargó de enriquecer la práctica de las ciencias sociales desde una perspectiva crítica, rigurosa y analítica; esto, gracias al decisivo antecedente de la formación ofrecida en la Escuela Normal Superior y el arraigo de los estudios sociales en las universidades. Para el caso específico de la historia, intelectuales como Jaime Jaramillo Uribe, Juan Friede, Germán Colmenares, Margarita González y Orlando Fals Borda, entre otros, se encargaron de proponer una disciplina científica que lejos de centrarse exclusivamente en personajes y casos del pasado como eventos aislados, se embarcó en el análisis de tendencias con las que se pudieran establecer procesos estructurales de larga y mediana duración (Tovar, 1989).

Considerado así el proceso histórico, se otorgó una nueva dimensión significativa a situaciones antes consideradas coyunturales. Los acontecimientos acaecidos en épocas de conquista y colonia ya no eran sólo datos del pasado, eran insumos que podrían explicar aquel presente. Adicionalmente, la perspectiva estructural llevó a incluir a todos los posibles involucrados en la historia. Se buscó la elucidación del pasado en las relaciones que se establecieron entre conquistadores, grupos indígenas nativos y grupos de negros esclavizados. En sus hallazgos, académicos y académicas notaron y denunciaron las apropiaciones violentas que los extranjeros y posteriores colonos habían hecho de las tierras que habitaban los indígenas y demostraron cómo la lucha por su recuperación era un fenómeno configurador y permanente de la historia colombiana. Con sus estudios, la colonia dejó de ser una historia épica de conquistadores y comenzó a ser planteada como un proceso violento de usurpación de tierras.

Así, fue posible profundizar en la relación conflictiva entre las denominadas sociedades occidentales y no occidentales, y se permitió pensar la situación de las sociedades no occidentales como producto de un proceso histórico y no como comunidades detenidas en el tiempo, en contraste con lo que se entendió en esta época como las sociedades frías del estructuralismo levistraussiano⁹⁵.

En este acercamiento histórico de los y las estudiantes a sus diversas poblaciones de estudio, también se sentía aquel desasosiego por la extinción de formas de vida tradicionales que potenció la propuesta de realizar etnografías de urgencia, pero la percepción en este caso fue distinta. En los escritos se puede leer que se compartía la imagen de la expansión de Occidente, pero no sólo gracias a su poderío militar o como representante de la civilización a la que todos los grupos humanos llegarían inevitablemente, se mostró además que Occidente avanzaba como un sistema capitalista que afectaba a toda la población, dominando y explotando a aquellos que, distintos a su lógica, no eran propietarios de los medios de producción. Esta situación afectaba tanto a

⁹⁵ Crítica que como observamos antes se ha revaluado en los últimos años, ver cita 61.

los pobladores rurales y urbanos marginales, como a los grupos indígenas más lejanos a los centros políticos y económicos.

Como he mencionado en el apartado anterior, esto llevó al descentramiento de sujetos de estudio legítimos para la investigación antropológica y a la diversificación de marcas de alteridad. La justificación que las y los estudiantes planteaban en sus escritos cuando se privilegiaban estas marcas diversas y alternativas en la definición de los grupos investigados, remitía en la mayoría de los casos a retomar la perspectiva holística de la antropología y a ampliar la base de su estudio hacia las víctimas de una sociedad mayor dominante, que se hallaban en un proceso acelerado de disolución y que aún seguían siendo desconocidas para las ciencias sociales y para el país.

Campesinos migrantes de diversas partes del país, expulsados por situaciones económicas desfavorables y por la violencia, se reunían con los pobladores urbanos llevados a la pauperización y lumpenización. Los nuevos barrios formados a partir de invasiones, desarrollos piratas e inquilinatos fueron testigos de desintegración familiar, de delincuencia, gaminismo, ocupaciones informales y marginales, de la proletarización de la mujer, del campesino y del artesano bajo condiciones de explotación. La imagen de las ciudades, tal y como se conoció hasta la mitad del siglo XX, venía desmoronándose y era urgente entender la nueva imagen que se estaba construyendo.

Los centros de poder político y económico estaban generando a su vez fuerzas de atracción y fuerzas de rechazo que configuraban unos márgenes gruesos de pobladores llegados de distintos lugares del país a las grandes ciudades. Las fuerzas de atracción dirigidas en parte por las políticas desarrollistas del momento, promovieron la constitución de centros urbanos en algunas ciudades de Colombia y particularmente en la ciudad capital. Pero fueron a su vez fuerzas de rechazo, en tanto el centro atrajo una idea de desarrollo que repelía a quienes no estaban en condiciones de responder a sus demandas. Las y los estudiantes que decidieron analizar a la población marginal en las ciudades parecían entender entonces que habitar el centro era distinto a hacer parte de éste y se embarcaron a estudios cercanos para conocer a un centro lleno de periferias.

Las percepciones de cambio inminente también se presentaron en el estudio con grupos indígenas y campesinos cuyo lugar de habitación se encontraba lejano geográficamente de las principales ciudades. En las regiones en las que se trabajó con grupos indígenas comenzaron a ocupar un lugar principal las relaciones entre éstos y otros pobladores cercanos no indígenas. Los temas de desindigenización, deculturación y destribalización eran acuñados para mostrar las transformaciones a las que se estaban enfrentando estas comunidades otrora consideradas guarecidas del sistema.

Otros habitantes de las zonas rurales venían sufriendo procesos denunciados como de descampesinización, descomposición y desintegración. Extraños a las lógicas del mercado, el sistema los estaba absorbiendo en condiciones de pobreza y marginalidad para convertirlos en migrantes, proletarios o semiproletarios explotados por empresas internacionales y emergentes capitalistas locales.

Existieron entonces razones coyunturales para la concentración espacial de los terrenos de estudio en Bogotá/Cundinamarca, Popayán/Cauca y Medellín/Antioquia, lugares donde se ubicaban los Departamentos de Antropología, de manera tal que éstos se convirtieron en centros atractivos de realización de las tesis. A su vez, estudiantes y

docentes construyeron estrategias que hicieron posible y deseable la investigación tanto con comunidades geográficamente lejanas tanto como aquellas que habitaban terrenos físicamente cercanos.

Es perentorio reconocer que las y los estudiantes continuaron el trabajo iniciado por pioneros y pioneras de la disciplina desde la década de los 50. Con objetivos ambiciosos, los egresados del IEN y el ICAN estudiaron una realidad colombiana que incluyó a los grupos humanos habitantes de las zonas rurales y urbanas del país, además de los grupos indígenas. Dos ejemplos representativos de esta tendencia pueden observarse en las investigaciones adelantadas por Roberto Pineda Giraldo, quien se acercó al análisis de la violencia en Colombia (1960) y a problemas nacionales relacionados con el desarrollo (1969, 1973) y por Virginia Gutiérrez de Pineda, quien adelantó estudios sobre mortalidad infantil (1955), caracterización de la población rural (1958), alcohol y cultura (1958) y su clásico estudio sobre la familia en Colombia ([1968], 1975), entre otros.

Sin embargo, esta perspectiva llevó a un cambio resonante en las preguntas transversales a las investigaciones en antropología. Las y los pioneros de la disciplina habían asumido el abordaje científico de la pregunta ¿quiénes somos? y con los evidentes cambios en el siglo XX sumaron a sus inquietudes la de ¿cómo conocer y mantener nuestra diversidad ante los riesgos de desaparición? Las respuestas a estas inquietudes aún no estaban resueltas cuando las y los antropólogos en las universidades de los años 70 le sumaron las preguntas ¿en qué nos estamos convirtiendo?, ¿cómo ha participado la antropología en la dominación? y ¿cómo contribuir, como estudiantes universitarios y futuros antropólogos y antropólogas, a la transformación del sistema?

La pregunta por la participación en la transformación de las condiciones actuales en Colombia estuvo atada a la convicción de que se trataba de una ingenuidad peligrosa pensar la academia separada de la política, porque aún si la primera no buscara una actuación política consciente, en su inconsciencia podría estar contribuyendo a la consolidación de un sistema opresor. De allí que otra de las resonancias de la época se generara en un deseo por fomentar una ciencia social comprometida y declaradamente política, proceso que a su vez fomentó nuevas relaciones entre las y los estudiantes con las comunidades estudiadas, superando su designación como objetos de estudio y recabando en relaciones horizontales por la búsqueda de una nueva transformación nacional.

En estas posiciones, los acentos políticos y nacionalistas crecieron, opacando los esfuerzos que se venían adelantando para legitimar el lugar de la antropología como parte de "La Ciencia". La defensa de sus fronteras disciplinares, demarcadas por su objeto de estudio, que diferenciaran claramente a la antropología de otras disciplinas y que legitimara su posición en la academia, cedió terreno a la sensación de comunalidad entre los estudiantes universitarios de diferentes programas académicos (especialmente con otros estudiantes de las ciencias sociales, pero también con otras ciencias), cuyas diferencias eran marcadas por sus opciones políticas (tendencias maoístas, leninistas, marxistas, camilistas, etc.) más que por su formación en un programa académico específico.

La comunalidad manifiesta y el ansia de transformación fueron de la mano con una relación explícita que Krotz enunciara posteriormente, la de la utopía y la antropología (Krotz, 2002). Las y los estudiantes concibieron un lugar que aún no existía en Colombia, un ou-topos que era posible en un futuro como consecuencia de sus acciones de

transformación. Con las revoluciones cubana y china, y de la mano con planteamientos políticos que alentaban a la revolución, cada trabajo de campo, cada tesis y cada apuesta, resonaba como la dirección necesaria hacia lo que en ese momento era un cambio radical posible para el país y para la región latinoamericana; de este modo los estudiantes contribuían a la reducción temporal y espacial entre la tragedia contemporánea y el país soñado.

La intención de fundar una antropología contra-hegemónica resonó finalmente, en que la formación y el ejercicio profesional estuvieron marcados por procesos de extrañamiento crítico. La interpelación por el concurso de la antropología en los procesos de dominación llevó a la pregunta incesante en las y los estudiantes por su propia participación en la clase dominante, dada por su origen social (algunos de ellos pertenecían a familias de clase media, media alta y alta), su lugar de origen (urbano) o por su situación de estudiantes universitarios (como grupo privilegiado). La inquietud así formulada llevó a que su compromiso de lucha contra los símbolos de dominación, incluyera una batalla contra sus propias características identitarias.

6.2 Discontinuidades y rupturas en las aspiraciones proyectadas

En la revisión de tesis de grado de la década de 1970 es posible entrever que en la búsqueda de nuevas relaciones de las y los estudiantes con el Estado, con su formación antropológica y con los sujetos de estudio, se generaron también disonancias. Sus proyectos políticos y académicos se encontraron en una confrontación tal en sus trabajos de campo, que marcó el viraje de un proyecto unívoco de Estado, de Nación y de Antropología, hacia la atención y reivindicación de múltiples voces que admitieran diversos proyectos de Estado, conviviendo en un territorio como tejido de heterogéneas territorialidades; de una Nación pluricultural y multiétnica; y de una antropología como urdimbre de diversas corrientes de pensamiento.

Como disonancia en la construcción de un nuevo Estado, es posible encontrar en los documentos de la época que, si bien se planteó que los terrenos antropológicos y las poblaciones marginales eran tales por acciones políticas, identificadas en las indagaciones históricas hechas en las tesis y por los análisis de las condiciones contemporáneas de las poblaciones estudiadas, estas posturas afianzaron la inscripción del Estado colombiano como un Estado moderno, modernizante y legítimo colonizador de sus márgenes.

En el documento “El revés de la nación” (Serje, 2005), la autora rebate la imagen ya arraigada de que las periferias de un país existen porque se trata de lugares cuyas condiciones propias son reticentes a la presencia estatal e impiden su acción efectiva. Contraria a esta idea, afirma que es posible demostrar cómo la definición y el mantenimiento de los márgenes, ha sido una estrategia fundamental para la consolidación de un Estado moderno. Persiguiendo este objetivo, analiza el conjunto de metáforas que han definido a ciertos lugares del territorio nacional como fronteras, márgenes o periferias, discute la romantización de su carácter salvaje y enfatiza la violencia constitutiva que este designio ha traído a los habitantes de las zonas alejadas de los centros políticos y económicos del país.

Tomando este documento como guía, es posible analizar desde una perspectiva contemporánea, cómo en la descripción de los principales aspectos tratados por las tesis e informes de trabajo de campo de las cuatro regiones analizadas, las y los estudiantes definieron en parte sus terrenos midiendo la modernización del Estado colombiano. Evaluaron la situación de los servicios públicos, las posibilidades de vivienda, el ingreso monetario de sus habitantes y desde allí calcularon niveles de pobreza. Denunciaron la ausencia estatal en este sentido y asumieron de manera casi inadvertida que esta modernización traería por sí misma unas mejores condiciones de vida. Con el espíritu de la época, consideraron que la revolución necesaria para el país pasaba por la consolidación de un Estado moderno en sus periferias.

Esta idea iba acompañada de discursos de educación e higiene propios de la modernidad. Con descripciones, en ocasiones dramáticas, de las debilidades en la prestación de servicios públicos, de la ausencia de instituciones educativas oficiales y de la poca asistencia médica estatal que respondiera a los casos de enfermedad y mortalidad de pobladores de estas regiones consideradas marginales, se justificaba y se solicitaba una colonización de instituciones estatales que remplazaran a los poderes locales, especialmente a las comunidades religiosas que habían establecido internados, ofrecían soluciones en salud y paliaban diversas necesidades en las comunidades. Incluso se manifestó la necesaria intervención del Estado en el comercio de estas regiones, que impidiera la explotación a la que comerciantes locales e intermediarios estaban sometiendo a campesinos e indígenas, y que permitiera una introducción parcial y mediada al mercado. Asimismo, se acusó vehementemente la aquiescencia del Estado con las empresas extranjeras asentadas en estas regiones como economías de enclave.

De esta manera, los estudiantes construyeron sus terrenos de estudio como aquellos realizados en zonas marginales del país que se definían por su relación con el Estado central y cuyo mejoramiento dependía de una presencia determinante de éste.

Según se puede apreciar por los escritos de las y los estudiantes de la época que realizaron sus estudios sobre las regiones analizadas, las estrategias asumidas para conseguir sus objetivos de transformación en los terrenos antropológicos tuvieron también algunas disonancias. Sus intenciones de eliminar la influencia de los poderes de religiosos, comerciantes y colonos en los lugares habitados por las poblaciones estudiadas, se vieron confrontadas al encontrar que se trataba de relaciones consolidadas y de difícil transformación. Según se aprecia en algunas de las tesis, las iniciativas de las y los estudiantes de antropología y recién graduados no fueron recibidas por las comunidades como un necesario bastión para el mejoramiento de sus condiciones de vida. Oostra (1990-1991) es especialmente representativo de este punto al reflexionar sobre el papel de la Estación Antropológica en la Pedrera y mostrar cómo los recursos con los que contaban resultaron escasos y sus acciones ineficientes para remplazar las tiendas y otras operaciones comerciales que existían en la zona. Además, muestra cómo el ataque a las acciones de los misioneros y otros religiosos del lugar llevó en ocasiones al surgimiento de conflictos al interior de las comunidades, cuyos miembros debían declararse a favor de los misioneros o a favor de los antropólogos. Fundamentalmente, plantea la dificultad de conseguir resultados a corto plazo con soluciones unidireccionadas desde los nuevos antropólogos universitarios.

Las frustraciones no sólo se presentaron entre quienes lideraron iniciativas desde el ICAN, también entre aquellos que no contaban con respaldo institucional. En parte, este panorama significó pensar en nuevas alternativas de trabajo, que llevaron a que las y los

estudiantes se asumieran como un sujeto político que no necesariamente era un líder político en sus lugares de estudio y a considerar que: *“Hemos aprendido una gran lección: las conquistas que hace la comunidad sólo tienen firmeza si se basan en la lucha de la misma comunidad, en su organización”* (Wiesner & Calle, 1976, pág. 8).

De allí, aparecen en las conclusiones de las tesis diversas alternativas para su futuro como antropólogos y antropólogas, entre las que se cuentan: reflexiones sobre cómo participar en la transformación social desde su lugar como académicos críticos y políticos, diversas propuestas de unirse a diversas agrupaciones políticas o movimientos sociales en calidad de colaboradores⁹⁶, acompañantes o como apoyo a procesos liderados por las comunidades, o el apoyo al fortalecimiento y la transformación del Estado ocupando cargos públicos⁹⁷. Seguramente entre el grupo de estudiantes que no entregó sus tesis e informes de trabajo de campo, y cuyo grado académico fue obtenido muchos años después o nunca se obtuvo, se encontrarán las razones por las que se debía abandonar su lugar en la academia y asumir un papel resueltamente activo en grupos políticos, movimientos sociales y diversos tipos de militancia. Como punto en común entre las alternativas pensadas por los estudiantes de la época, se encuentra que asumieron la necesidad de convocar proyectos políticos multivocales, que incluyeran la voz de los líderes campesinos e indígenas y en algunos casos también de religiosos críticos (como los sacerdotes y misioneros que se adscribieron a la teología crítica), para construir opciones viables de transformación.

La lectura de los terrenos antropológicos en clave mundial tuvo también algunas disonancias, en tanto llevó a una latente homogenización de los problemas locales y a la pérdida de consideración de las condiciones específicas de cada lugar de estudio, opacando las particularidades y diferencias de cada caso por considerarse como síntomas de una situación más general. Esta tendencia se vio confrontada por los encuentros en campo, especialmente en los análisis sobre la reforma agraria. La situación de las condiciones rurales en Colombia mostró a los y las estudiantes la necesidad de pensarse sus territorios como periferias de un país que era a su vez una periferia mundial, pero también los conminó a pensarlo como un país que se configuraba a partir del tejido de periferias locales diversas, con condiciones particulares que era necesario resaltar.

La reforma agraria que analizaron los estudiantes de la década databa de comienzos de los años 60. Su inicio se enmarcó específicamente en la promulgación de la Ley 135, en la que se creó el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA), como establecimiento público destinado a hacerla efectiva, y se plantearon los siguientes objetivos:

“Primero. Reformar la estructura social agraria por medio de procedimientos enderezados a eliminar y prevenir la inequitativa concentración de la propiedad rústica o su fraccionamiento antieconómico; reconstruir adecuadas unidades de

⁹⁶ Para este punto en el caso del Cauca, ver las referencias a colaboradores y solidarios en Caviedes (2000).

⁹⁷ Al respecto, Ximena Pachón comenta cómo en esta época los estudiantes universitarios eran ávidamente convocados y contratados por empresas estatales (Conversación personal, 30 de noviembre de 2011).

explotación en las zonas de minifundio y dotar de tierras a los que no las posean, con preferencia para quienes hayan de conducir directamente su explotación e incorporar a ésta su trabajo personal.

Segundo. Fomentar la adecuada explotación económica de tierras incultas o deficientemente utilizadas, de acuerdo con programas que provean su distribución ordenada y racional aprovechamiento.

Tercero. Acrecer el volumen global de la producción agrícola y ganadera en armonía con el desarrollo de los otros sectores económicos; aumentar la productividad de las explotaciones por la aplicación de técnicas apropiadas, y procurar que las tierras se utilicen de la manera que mejor convenga a su ubicación y características.

Cuarto. Crear condiciones bajo las cuales los pequeños arrendatarios y aparceros gocen de mejores garantías, y tanto ellos como los asalariados agrícolas tengan más fácil acceso a la propiedad de la tierra.

Quinto. Elevar el nivel de vida de la población campesina, como consecuencia de las medidas ya indicadas y también por la coordinación y fomento de los servicios relacionados con la asistencia técnica, el crédito agrícola, la vivienda, la organización de los mercados, la salud y la seguridad social, el almacenamiento y conservación de los productos y el fomento de las cooperativas.

Sexto. Asegurar la conservación, defensa, mejoramiento y adecuada utilización de los recursos naturales” (Ley 135 de 1961).

No era la primera vez que se reglamentaba sobre este asunto, ya desde la década de los 30 se habían establecido mecanismos que definían los derechos de propiedad, con los que se buscaba una mayor productividad de las tierras que hacían parte del territorio colombiano. Pero es en la década de 1960 en donde se atendió a un enfoque redistributivo de la propiedad con la intervención directa del Estado.

En los primeros años de período de organización institucional y del despliegue de la Ley, de 1962 a 1967, se crearon las instituciones que gestionaran la reforma y se recibieron apoyos técnicos y financieros de organismos multilaterales⁹⁸ y de países como Estados Unidos, México, Perú, Francia, Holanda, Israel e Inglaterra. Estas medidas, sin embargo, no desplegaron mecanismos que hicieran efectiva la redistribución de la tierra, que se encontraba aún sometida a procedimientos engorrosos y no hacía posible una protección real para los campesinos. Por estas razones, se aprobó la Ley 1 de 1968, que dispuso los instrumentos legales para que los pequeños arrendatarios y aparceros se pudieran convertir en propietarios de las tierras trabajadas, buscó agilizar trámites y procedimientos, y estableció nuevas causas para la expropiación. La promulgación de esta ley junto a la reforma constitucional de ese mismo año y la re-estructuración del sector agrario, dio inicio a una nueva fase de la reforma denominada de “intensificación y conflictos”, que cubrió los años de 1968 a 1972 (Balcazar *et al.*, 2001).

Para la década de 1970 se había incrementado en el país la titulación de baldíos, el INCORA había promovido la creación de empresas comunitarias como posibles organizaciones económicas de campesinos beneficiarios de las adjudicaciones de tierra, se impulsó la construcción de obras de adecuación de tierras, vías e infraestructura social, aumentó considerablemente la planta de personal del INCORA y se desarrolló una estrategia gubernamental para la organización campesina, cristalizada con la creación de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) (Balcazar *et al.*, 2001).

⁹⁸ Como la OEA, la FAO, la CEPAL, la AID, el BID, BIRF y el FIDA de la ONU.

Las tesis de la década dedicaron especial atención al estudio de la reforma agraria en sus terrenos de estudio y denunciaron los defectos en su aplicación. Se planteó que los proyectos de creación de empresas comunitarias fracasaron porque los préstamos no se daban oportunamente o en condiciones que respondieran a las situaciones de las comunidades a quienes iban dirigidos, las comunidades seguían endeudadas y dependientes de un patrón, que sólo había cambiado de denominación, ahora era el Estado, no aumentó el volumen de producción agrícola, hubo cooperativas que no se usaron y fracasaron en el intento y no se elevó el nivel de vida de los campesinos.

A propósito de la redistribución de la tierra, se mostró como hubo muy poco avance en adjudicaciones y compra de tierras, que algunas de las tierras compradas por el Estado aún se mantenían en las manos de sus antiguos arrendatarios, que las tierras adjudicadas fueron insuficientes o de dudosa calidad y que se mantuvo una estructura social agraria inequitativa y en algunos lugares aumentó la concentración de la tierra.

En la crítica a la reforma agraria, las y los estudiantes resaltaron además que había un tratamiento homogeneizante del Estado que no reconocía las diferencias entre lugares y pobladores en donde los programas de la reforma eran aplicados y esto se notaba en que se tomaban decisiones con base en datos incompletos, incoherentes y descontextualizados, en que la asistencia técnica a los proyectos comunitarios fue ausente o inadecuada, porque se desconocía la región o se ignoraba sistemáticamente a los pobladores y en que no se entendía la diferencia entre indígenas, trabajadores agrícolas y campesinos, quienes necesitaban lógicas distintas para la conformación de empresas. Por este camino, algunos estudiantes encontraron que tampoco era deseable que su propio discurso hablara de un país en términos de un centro y una gran periferia, comenzaron así a considerar en sus discursos lo que hoy podríamos denominar como la existencia de periferias locales diversas que requerían reconocimiento y tratamiento diferencial y que no sólo debían ser explicadas como ejemplo de la situación de Colombia en el mundo.

--- o ---

A pesar del proceso de intervenir la imagen de una cartografía oficial, también se vivieron disonancias que reforzaron una cartografía hegemónica. Los autores de las tesis describieron sus terrenos de estudio ubicándolos en mapas oficiales elaborados por Ernesto Guhl, el gran maestro de la geografía del país en esta década, y por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC). A la ubicación inicial, le seguía regularmente la descripción de las condiciones físicas de los terrenos y para ello se remitían al discurso geográfico reconocido en ámbitos académicos. Las representaciones del territorio desde las descripciones y significados construidos con la perspectiva de las poblaciones del estudio, fueron inexistentes en los documentos referidos a las regiones estudiadas en la época⁹⁹. Poco se tomaban en cuenta la definición de los territorios por los mismos habitantes, salvo en el caso de la Sierra Nevada de Santa Marta, donde se comenzaba a

⁹⁹ Aunque en otros escenarios, ya se estaba iniciando el proceso de reconocimiento de definición del territorio por los pobladores mismos, como la práctica de construcción de mapas parlantes, como los propuestos por Bonilla y Findji (1986) y por Vasco (2002).

reconocer un significado espiritual del territorio, que superaba la visión material o económica que predominaba en los estudiantes.

La disonancia en este sentido tiene que ver con la consolidación de una idea que asimilaba una nación a un territorio y a un Estado, de tal modo que se legitimaban los viajes de las y los estudiantes quienes, como colombianos, contaban con invitación abierta para ingresar a todos los lugares que señalaban los mapas oficiales como parte del territorio nacional. Esta noción afincaba la legitimidad de una cartografía oficial y hegemónica frente a otras posibles territorialidades autónomas alternativas.

Adicionalmente, se mantuvo una cartografía disciplinar hegemónica de la alteridad en tanto los estudiantes que definieron a su población de estudio como comunidades indígenas, hicieron sus investigaciones en espacios físicamente distantes de las principales ciudades del país y en los que pueden ser considerados como los lugares antropológicos tradicionales en Colombia¹⁰⁰. Este acercamiento a los sujetos de investigación, marcó también pautas de distribución de los estudios antropológicos (ver Gráfico 6-1 y Mapa 6-1) que evidencian las influencias en las y los estudiantes de antropología de las formaciones nacionales de alteridad, es decir la identificación de: *“tipos” de otros internos en base a marcas particulares – por ejemplo, “indígenas”, “afrodescendientes”, “inmigrantes”, “criollos”, en países latinoamericanos, o los cinco troncos racializados que conforman el modelo del pentágono étnico en los Estados Unidos*” (Briones, 2005, pág. 19).

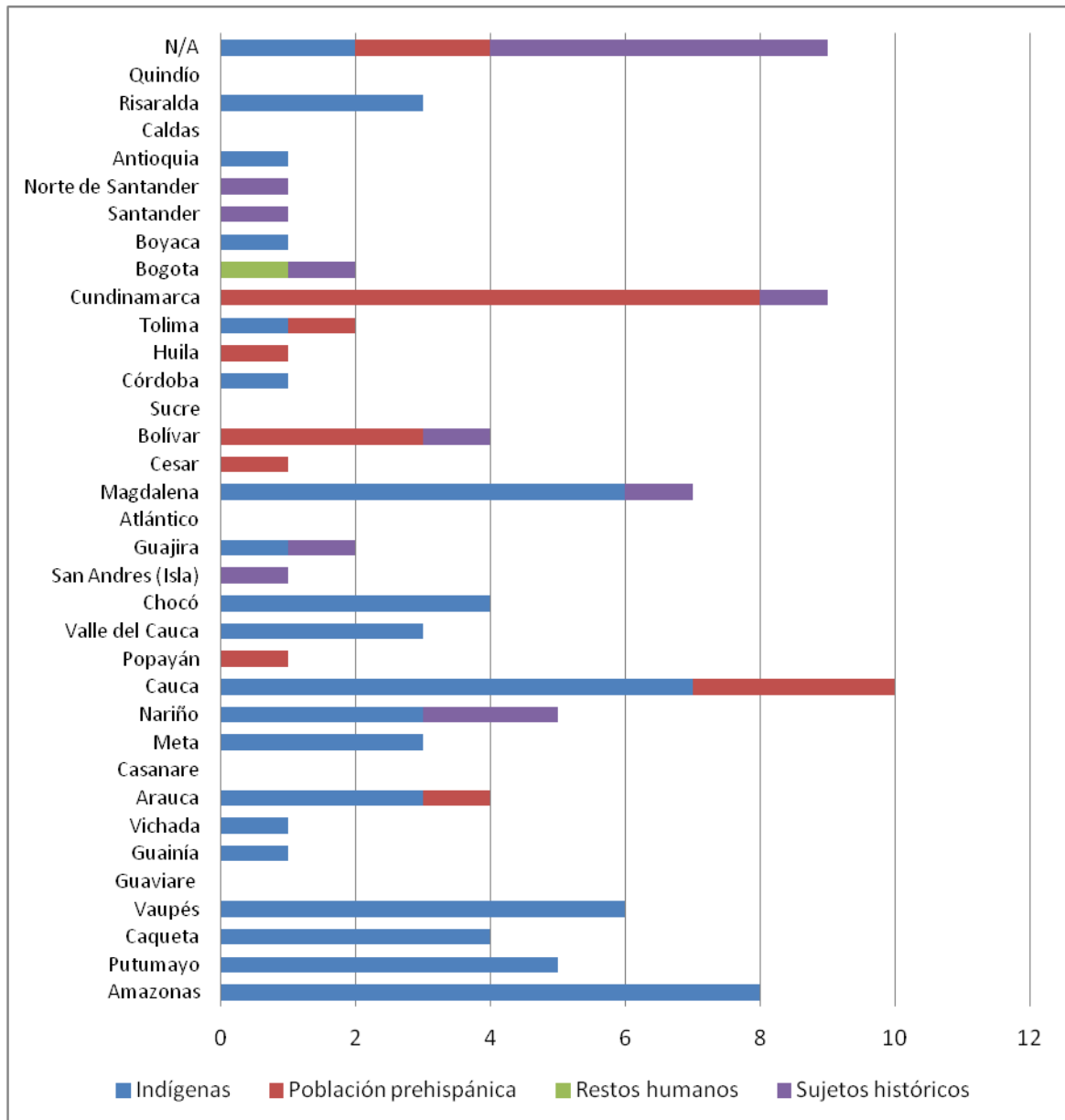
Los datos que aparecen podrían insinuar entonces que mientras se trasgredía la cartografía de los lugares antropológicos tradicionales elegidos como terrenos de estudio, ya que se incluyó como interés antropológico el análisis de proletarios, pobladores urbanos y otras marcas de desigualdad comprendidas entonces como alteridad, y se legitimaba el estudio de habitantes marginales de cabeceras municipales y de las principales ciudades; en este mismo tiempo, se mantenía también la idea del otro localizado en “lugares lejanos” para aquellos habitantes de terrenos antropológicos definidos a partir de marcas tradicionales de etnicidad; así, a pesar de la multiplicidad de marcas de alteridad, se reafirmaron marcas tradicionales de otredad étnica.

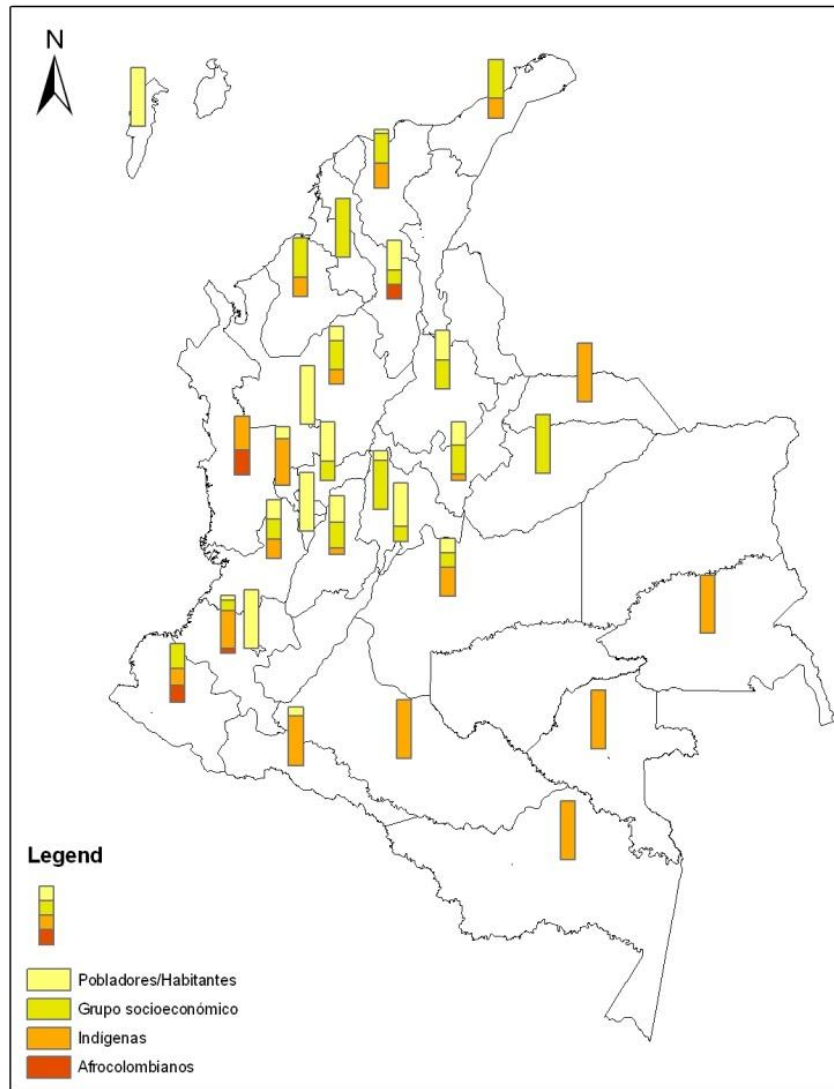
En los escritos es posible entrever otra disonancia en cuanto a que en los lugares etnográficos no tradicionales se aceptó la diversidad de marcas de alteridad pero con una clara diferencia entre las marcas derivadas de una situación de desigualdad social y las marcas de etnicidad. Incluso, un fuerte debate que se planteó desde esta época en relación con las comunidades negras de la región del Pacífico, fue si éstas debían ser reconocidas como grupos étnicos y si resultaba válido utilizar para su estudio las mismas categorías aplicadas para las comunidades indígenas (tradicción ancestral prehispánica, cultura propia, autonomía territorial, etc.) o si debían ser estudiadas como parte de los grupos oprimidos del país. Las comunidades negras del Pacífico aparecieron así como un intersticio en un candente debate que accedió marginalmente a las universidades

¹⁰⁰ *“Los lugares etnográficos tradicionales, o sea la taxonomía espacial producida por nuestros antecesores, pueden verse como la intersección de una historia de prácticas con o sin registros escritos con instituciones que ayudan a perpetuarlas (academia, corporaciones, gobiernos, ONGs, etc.) (...) es un lugar-proceso que consiste en la acumulación a lo largo del tiempo de acciones, documentos y narraciones que lo tienen por objeto”* (Wright, 1998, pág. 13).

(Arocha & Friedemann, Un siglo de investigación social, 1984), espacios por demás en los que, salvo contadas excepciones, se notó cierta inclinación a mostrar; o que no se podía hablar de estas comunidades como grupos étnicos particulares, descendientes de las culturas africanas, o a eludir el debate y tratarlos como pescadores, campesinos o semiproletarios.

Gráfico 6-1: Estudios por departamento según sujetos de investigación.



Mapa 6-1: Distribución espacial por grupos poblacionales estudiados.

También resulta evidente cómo a pesar de la trasgresión esbozada, quienes elegían lugares no tradicionales y especialmente aquellos localizados en las ciudades, debían emprender esfuerzos mayores por demostrar la relevancia de su estudio, se planteaba por ejemplo que:

“...no deja de ser cierto que la teorización y los trabajos monográficos de más relieve han girado alrededor de la problemática de las sociedades indígenas” (Pardo Rojas, 1978, pág. 3); “esta área conocida como antropología urbana, no ha tenido, en principio, una acogida muy favorable; en parte esto es resultado de la concepción inexacta que se tiene de que la antropología en el ámbito urbano no puede menos que rivalizar con las demás ciencias que se han ocupado de este campo” (Ospina de Rodríguez, 1979, s.p.).

La difícil situación de una práctica que se involucraba con el ámbito urbano como un novedoso campo de estudio para la antropología, luchaba en dos frentes; de un lado, con quienes definían a la antropología en relación con un objeto de estudio delimitado a las

poblaciones indígenas contemporáneas y prehispánicas y de otro, con otras disciplinas y profesiones (como sociología y trabajo social), que habían definido a las ciudades como uno de sus ámbitos privilegiados. Así, podría decirse que desde el nacimiento de la antropología universitaria en Colombia, los y las docentes y estudiantes universitarios, debieron vivir disonancias con investigaciones provocadoras de descentramientos y en paulatina aceptación de pluralidades.

--- 0 ---

En la fundación de una antropología contra-hegemónica, se presentaron también algunas disonancias. La ansiedad por ubicarse en un espacio de ruptura e innovación llevó a personificaciones locales simplificadas y a la construcción de estereotipos en la definición de la antropología hegemónica. En su actuación contra un pasado que consideraban debía terminar, los estudiantes promovieron cambios en los currículos de sus universidades que los alejó del estudio de etnologías mundiales, en las que se abordaba la caracterización de grupos étnicos de diferentes lugares del planeta, de las preguntas generales sobre la humanidad y de autores norteamericanos y europeos no marxistas que pudieron ofrecer diferentes alternativas para pensarse las transformaciones disciplinares.

Entre las personificaciones locales de la antropología hegemónica, las y los estudiantes ubicaron a las primeras generaciones de etnólogos y antropólogos, pioneros y pioneras de la antropología en Colombia, egresados del Instituto Etnológico Nacional (IEN) y el Instituto Colombiano de Antropología (ICAN). En los escritos de los estudiantes de la época, este grupo pasó a ser definido de modo estereotipado como parte del pasado, invisibilizando su papel crítico y los trabajos que aún continuaban desarrollando. La acusación de una formación netamente europea y norteamericana en el grupo de pioneros (por su formación con Paul Rivet y sus estudios de postgrado en Estados Unidos) y de un papel academicista, desinteresado, pasivo y cómplice del sistema reinante ocultó otras influencias en su pensamiento, entre las que se cuentan diversos intelectuales latinoamericanos¹⁰¹, y su compromiso activo con las problemáticas nacionales (con diferentes características individuales). Ignoró además la participación decisiva de este grupo en la inclusión del problema indígena en la construcción de la nación colombiana de mediados del siglo XX¹⁰².

Como se mencionó, los conflictos directos entre estudiantes y profesores de los Departamentos de Antropología llevaron a la renuncia de un grupo de etnólogos y antropólogos de las primeras generaciones (en su mayoría, se trató de quienes fueron los fundadores de los Departamentos de Antropología), quienes decidieron continuar con sus investigaciones alejadas de las universidades u ocupar cargos públicos de relevancia para la problemática indígena en el país. Esta abrupta separación de generaciones generó una disonante sensación de orfandad metodológica, que es expresada de

¹⁰¹ Como los escritos de José Vasconcelos (1882-1959) en México, de José Rafael Pocaterra (1889-1955) y Rómulo Gallegos (1884-1969) en Venezuela, de Alcides Arguedas (1879-1946) en Bolivia, de Francisco García Calderón Rey (1883-1953) y José Carlos Mariátegui (1894-1930) en Perú, de Benjamín Carrión (1897-1979) en Ecuador, y de Germán Arciniegas (1900-1999) y Armando Solano (1887-1953) en Colombia. Ver cita 15.

¹⁰² Como ha sido expuesto en diversos escritos de Roberto Pineda Camacho y François Correa.

manera reiterada en las tesis. Aunque con la convicción del uso de bases teóricas que eran profundamente discutidas en las aulas universitarias, y con la percepción de haber conocido una propuesta marxista que explicaba las condiciones del momento, las y los estudiantes declaraban su profundo desconocimiento de técnicas útiles al enfrentar el trabajo de campo. La poca experticia de los nuevos profesores en técnicas e instrumentos propios del trabajo de campo, con los que se abrió paso la antropología para constituirse como una disciplina específica en las ciencias sociales, además de la concentrada atención en el debate académico (Arocha & Friedemann, Un siglo de investigación social, 1984) derivó en experiencias de campo impactantes, con estudiantes que percibían la ausencia de una guía iniciática que los preparara al encuentro con los terrenos.

Otra importante disonancia en la construcción de una antropología contra-hegemónica se vivió en la radicalización del tratamiento a todo antropólogo o etnólogo que llegaba del extranjero, especialmente a norteamericanos y europeos. Algunas medidas asumidas sirvieron para abrir el debate sobre las condiciones desiguales de trabajo que enfrentaban los antropólogos colombianos en formación y en ejercicio, en comparación con los investigadores provenientes de los países dominantes en el panorama mundial, de tal manera que se establecieron los cimientos del estudio crítico sobre la producción de conocimiento antropológico en un sistema mundial. Sin embargo, la aplicación de nuevas reglamentaciones como la resolución 626 bis de 1973¹⁰³, aparecieron a los ojos de algunos doctorandos extranjeros (que no necesariamente hacían parte de la élite económica y política de sus países) como medidas exageradas y discriminatorias que limitaron y excluyeron posibilidades de acción e investigación colaborativa internacional. En algunas publicaciones científicas internacionales se habló incluso de un boicot silencioso desde los antropólogos extranjeros hacia la antropología colombiana (Darnhofer-Demár, 1982, pág. 514).

Una disonancia de marcada importancia para la década y para el desarrollo de la antropología resultó como consecuencia de la limitada posibilidad de operativizar las categorías marxistas en los contextos de los terrenos de estudio. Como se ha planteado en los capítulos precedentes, la situación de los resguardos y demás ámbitos rurales y urbanos de los terrenos antropológicos en Colombia se les mostraron a los estudiantes con una complejidad avasalladora al momento de pretender, por ejemplo, clasificar a los grupos humanos estudiados como una clase¹⁰⁴, al intentar ubicarlos en una constante y única actividad económica, al querer demostrar un cambio en las poblaciones analizadas que respondiera de manera unidireccional al cambio económico, al pensarse la cultura de los terrenos de estudio como subsumida en los procesos económicos, o al querer dirigir un cambio planificado. Un ejemplo representativo de este punto lo encontramos en la región del Caribe en la que:

“Se presentó gran dificultad para el manejo de la conceptualización, ya que según el trabajo, se utilizaría el marco del materialismo histórico. Esta dificultad, por varios motivos, entre ellos falta de conocimientos teóricos y la poca experiencia en

¹⁰³ En esta Resolución se plantean condiciones para la investigación de extranjeros en el país que incluían diversas retribuciones económicas, entre otros aspectos.

¹⁰⁴ En una de las tesis, por ejemplo, un estudiante se preguntaba a qué clase podían pertenecer los Mamos Ick+ en la Sierra Nevada de Santa Marta (Sánchez Álvarez, 1977).

su aplicación práctica (...) Es decir, nos resultó un poco difícil traducir teóricamente la praxis llevada a efecto y de ahí el cambio de tema consignado en el proyecto de trabajo. Inicialmente se pensó encontrar un remplazo de la pesca por otras actividades y sólo en el transcurso de la investigación, nos dimos cuenta de la necesidad de concretar en este informe, en la medida de nuestras posibilidades, la realidad que efectivamente encontramos” (De Andreis P., 1977, pág. 9).

Finalmente, las y los autores de las tesis e informes finales de trabajo de campo de la década de 1970, se enfrentaron a disonancias como fruto de extrañamientos involuntarios que hicieron dudar de la paridad y de la plena sintonía que se creía existía entre estudiantes de antropología y poblaciones marginales. Su experiencia en campo hizo patente su condición de mujeres, ciudadanos, académicos y blancos, de manera tal que llevó a la reflexión permanente y a un reconocimiento de investigadores e investigadoras desde la diferencia que implicaba su paso por la academia. La siguiente cita hace patente esta situación: “...una vez inmersa dentro de ese pequeño mundo, mi ser antropóloga perdió sentido y mi ser mujer, sola, burguesa e inútil en el trabajo diario de sobrevivir resaltó a la vista de todos” (Vollmer, 1976, pág. 1).

--- 0 ---

En los apartes anteriores es posible evidenciar cómo las resonancias y las disonancias de esta época resultaron fundamentales para la construcción de terrenos antropológicos en un espacio de confrontación tal, que marcó el viraje de un proyecto unívoco de Estado, de Nación y de Antropología, hacia la atención y reivindicación de múltiples voces que admitieran diversos proyectos de Estado, conviviendo en un territorio como tejido de heterogéneas territorialidades; de una Nación pluricultural y multiétnica; y de una antropología como urdimbre de diversas corrientes de pensamiento. Algunas de estas nuevas condiciones fueron notorias en el proceso de construcción de la Nueva Constitución Nacional de 1991 y de características particulares a la antropología colombiana y latinoamericana.

A. Anexo: Tesis o monografías entregadas al Departamento de Antropología de la Universidad de Los Andes entre 1970 y 1979

Año	Autor/a	Título	Director/a
1970	Arturo Lucio, Julián	La medicina popular en un sitio de colonización: Santa Lucía, Putumayo	Chaves Mendoza, Álvaro
1970	Ávila Garavito, Patricia	La alimentación en la organización socio-económica en una comunidad campesina: vereda de el Roble, Municipio de Villa de Leyva, Boyacá	De Recasens José
1970	Bustamante Cavallo Jaime	Manica y Puerto Viejo. Estudio socio-económico de una comunidad campesina del Departamento de Sucre	NR
1970	Cadavid Camargo, Gilberto	Excavaciones arqueológicas en el Municipio de Honda, Departamento del Tolima	Gregorio Hernández de Alba
1970	Cardona Gómez, Laurie	Aspectos socio-culturales de la vivienda en una comunidad campesina del Municipio de Villa de Leyva	Segundo Bernal Villa
1970	Espinal Giraldo Luis Fernando	Cultura material y distribución horaria en la vida de una población lacustre colombiana. El Morro, Nueva Venecia	Patrice Bidou
1970	Galvis Rojas María del Pilar	Niveles socio-económicos de una zona cafetera de Cundinamarca	Chaves Mendoza, Álvaro
1970	Gómez Uribe Sophia	El Pedrero: Un caso de marginalidad urbana en Medellín, Antioquia	Ann Osborn
1970	Heckadon Moreno Stanley	El Islote: Estudio sobre el sistema económico de una comunidad de pescadores, Isla de San Bernardo	Ann Osborn
1970	Lalinde Sarmiento, Magda	Recopilación etno-histórica sobre los indios Chimila	Chaves Mendoza, Álvaro
1970	Lancheros Murillo, Hugo	Los primitivos habitantes de los Llanos durante la Colonia	NR
1970	Londoño López, Cecilia	San Andrés y el cocotero: estudio histórico	Chaves Mendoza, Álvaro
1970	López Domínguez Luis Horacio	Las curtiembres del barrio San Benito. Estudio Antropológico sobre el problema de adaptación de migrantes al medio urbano	NR
1970	Montañez Herrera, Myriam E.	La unión consensual, o, compromiso matrimonial en el Municipio de San Pablo, Departamento de Bolívar	Rémy Bastien
1970	Morales Benítez, Adela	Impacto de la industrialización en una comunidad campesina: [Vereda el Volcán, Municipio de la Calera, Cund.]	Rémy Bastien

Año	Autor/a	Título	Director/a
1970	Romero Moreno, María Eugenia	El espacio lacustre. Ensayo analítico de su influencia en Nueva Venecia, Magdalena	Rémy Bastien
1970	Vásquez Rua, Stella	Algunos aspectos de la cultura de los indígenas Ticuna	Vera Dagny Stahle
1970	Villamizar Manrique, Martha	Relaciones entre comerciante y agricultor: un estudio socio-económico en el Municipio de San Pablo, Bolívar.	NR
1971	Brando Castillo, Mariana	Excavaciones arqueológicas en la Sabana de Bogotá	Chaves Mendoza, Álvaro
1971	Gerstenblüth, Marta	Adaptación de inmigrantes latinoamericanos al kibbutz Mishmar Hanegev	Rémy Bastien
1971	Guzmán González Manuel José	Caucho y relaciones interétnicas entre los Andokes del Caquetá	Miranda, Néstor
1971	Jimeno Santoyo, Myriam	Una comunidad campesina del sur de Nariño	Ann Osborn
1971	Lewin Figueroa, Doris	Altaquer, un pueblo colombiano	Ann Osborn
1971	Martínez Pardo, Pedro	El simbolismo taurino y su ámbito antropológico	Miranda, Néstor
1972	Cayón Armella, Edgardo	Sistema de creencia quechua a través de dos comunidades: Huancabamba y Kakiabamba	Bustamante, Jaime
1972	Cortés Castillo, Consuelo	Museo Arqueológico de Pasca	Chaves Mendoza, Álvaro
1972	Falchetti de Sáenz, Ana María	Arqueología de Sutamarchán (Boyacá): zona especializada en la manufactura de la cerámica prehispánica, supervivencias precolombinas en la producción alfarera actual de la zona	Chaves Mendoza, Álvaro
1972	Gómez, Mary Manrique, Hortensia	Guatavita un fenómeno de cambio	Guy Ashton
1972	Gutiérrez Azopardo, Ildelfonso Antonio	Aspectos socio-económicos del fiado y el préstamo en la comunidad de Santa Cecilia (Risaralda)	Guzmán Manuel José
1972	Herrera G., Luisa Fernanda	Excavación arqueológica en Pasca: una zona limítrofe y de posibles contactos Muisca-Panche	Chaves Mendoza, Álvaro
1972	Ibáñez Rodrigo	Siriano, mito indígena del Vaupés	NR
1972	Iriarte Lobo-Guerrero, Carolina	Análisis de la evolución de la tenencia de la tierra en el Resguardo indígena de Ortega y Chaparral	Bustamante, Jaime
1972	Jaramillo de Lleras, María Teresa	Un nuevo grupo urbano en Bogotá	NR
1972	Lara Urbaneja, Carmen	La Chamba: análisis de una comunidad campesina en transición	Guzmán Manuel José
1972	Laverde Toro, Liliana	Excavaciones arqueológicas en los "Patios de indios": Departamento de Bolívar	Chaves Mendoza, Álvaro
1972	Meisel P., Patricia	Morichal: una comunidad de minifundio en el Llano	Guhl, Susana
1972	Moreno de Fuentes, Carmen	Proyección, montaje y mantenimiento integrativo de un museo arqueológico colombiano: Museo Arqueológico de Bojacá	Chaves Mendoza, Álvaro
1972	Ospina, Sandra	Análisis del contenido y control en la programación de la Televisión colombiana:	Bustamante, Jaime

Año	Autor/a	Título	Director/a
		folclor manufacturado	
1972	Palacios, María Victoria	Excavación arqueológica en la plazuela de Cubia (Bojacá)	Chaves Álvaro Mendoza,
1972	Pallos, Elli	Reacciones del negro ante la esclavitud Siglo XVIII	Chaves Álvaro Mendoza,
1972	Palmera Leonor	Adaptación ecológica en Guaimaral	NR
1972	Plazas Clemencia	Nueva metodología para la clasificación de la orfebrería prehispánica. Aplicación en una muestra de figuras antropomorfas (Tunjos) de la zona Muisca	NR
1972	Rivera, Deyanira	Continuidad y cambio de un grupo indígena del Cauca	Morales Gómez, Jorge
1972	Rodríguez Torres, Carlos	La Cárcel Modelo: un intento de descripción y análisis de las estructuras y organización de las cárceles en Colombia	NR
1972	Sánchez Botero, Esther	Relaciones interétnicas de poder en una comunidad del Putumayo	Guzmán Manuel José
1972	Uribe Clopatofsky, Carlos Alberto	Etnografía Karapana: un estudio socio-económico de la comunidad	Bustamante, Jaime
1972	Vila Mejía, Patricia	Dibulla: una comunidad frente al cambio	Guy Ashton
1972	Villamizar Rincón, Marina	Excavaciones arqueológicas en "Los Patios" (Bolívar)	Chaves Álvaro Mendoza,
1973	Adamoli, Ambrosio	La realidad sagrada en una comunidad pentecostal del Cesar	NR
1973	Arango Ana María	Evolución de la estructura agraria en Colombia	NR
1973	Castro Victoria, Giovanni	Reforma agraria: empresas comunitarias y organización campesina en Colombia	Bustamante, Jaime
1973	Di Trivulzio Rusca, Mariangela	Planeación familiar en una sociedad agropecuaria: Armero	Bustamante, Jaime
1973	Elasmar, Evelyn S Perry, Elvia I.	Planeación familiar a nivel urbano Bogotá: un estudio de casos	Bustamante, Jaime
1973	Jaramillo Quintero, Martha Cecilia	El Cooperativismo como factor de desarrollo social	Bustamante, Jaime
1973	Mayoral Martínez, Luisa	Análisis socio-económico de tres barrios de la Zona Oriental y su relación con el programa integrado de desarrollo urbano	Bustamante, Jaime
1973	Meléndez S., Fernando	Empresas comunitarias para el Norte del Tolima	Bustamante, Jaime
1973	Mendoza Tolosa, Enrique	El Puerto: estudio socio-económico de una comunidad de campesinos pescadores	Guzmán Manuel José
1973	Pineda Camacho, Roberto	Ensayos de mitología Andoque	Jon Landaburu
1973	Puerta Restrepo, Mauricio, 1950-	Excavaciones arqueológicas en la región de Tierradentro	NR
1973	Rodríguez O., Sonia Cristina	Dos cárceles de mujeres: dos sistemas de interacción social	Bustamante, Jaime
1973	Rojas Martha E.	Excavación arqueológica en el municipio de la Victoria	NR

Año	Autor/a	Título	Director/a
1973	Steinman, Gloria	Análisis de la situación social de la mujer en un barrio de Bogotá	Bustamante, Jaime
1973	Wills Romero, Margarita	La colonización como solución al problema agrario colombiano: "El Retorno": un caso de colonización	Bustamante, Jaime
1974	Arango de Gómez, Juanita	Contribución al estudio de la historia de los Panche: excavaciones arqueológicas en la zona del Quinini	Soto Holguín, Álvaro
1974	Cabrera S., Carlos Fernando	Descripción y análisis socio-económico de la Comunidad Indígena Páez	Bustamante, Jaime
1974	Cubillos, María Constanza	Güicán (Boyacá): estudio socio-económico de una comunidad campesina	Bustamante, Jaime
1974	García Valdivieso, Gonzalo	La clase dirigente nacional	Bustamante, Jaime
1974	Groot Sáenz, Ana María	Excavación arqueológica en Tierradentro: estudio sobre cerámica y su posible uso en la elaboración de la sal	Chaves Mendoza, Álvaro
1974	Iriarte Núñez, Gabriel, 1951-	La cuestión agraria en Colombia: San Juan Nepomuceno, un caso particular	Bustamante, Jaime
1974	Liévano C., Fernando	Elementos estructurales que fundamentan la acción de los grupos políticos: en una comunidad campesina de la Sabana [de Bogotá]	Bustamante, Jaime
1974	Montoya A., Inés Elvira	El arte rupestre de la zona de Soacha, Cundinamarca y su relación con la cerámica y la orfebrería muisca	NR
1974	Montoya de Sarasti, Ana Cecilia	Estudio del material cerámico arqueológico de Sylvania (Cundinamarca): contexto cultural, análisis y correlaciones	Sanmiguel, Inés
1974	Navajas Cortés, Esteban	Tendencias políticas del sindicalismo en Bogotá	Bustamante, Jaime
1974	Rojas de Perdomo, Lucía	Introducción al estudio de la cerámica muisca	Bustamante, Jaime
1974	Saraga Bronstein, Eva	Estudio socio-económico sobre la zona rural del Municipio del Líbano	Molania Kowalewska
1974	Uribe Tobón, Carlos Alberto	Un marco teórico de referencia para el estudio de las relaciones interétnicas: análisis del caso de los Chimila	Soto Holguín, Álvaro
1975	Abello S., Ana María	Empresa comunitaria La Berta	NR
1975	Abello S., Consuelo	Informe sobre una investigación del problema rural en seis veredas de la Villa de Leyva	NR
1975	Alarcón, Carmen Alicia	Aparcería tabacalera en Santander	Bustamante, Jaime
1975	Amaya V., María Teresa	La colonización, elemento determinante en el deterioro de la Sierra Nevada de Santa Marta	Bustamante, Jaime
1975	Briceño Lozada, Carmen Graciela	Antropología y educación: análisis de las expectativas educacionales en un barrio suburbano de Bogotá	Ambrosio Adamoli
1975	Caldas, Ana María de	Metodología sobre audiovisuales (para antropología)	Soto Holguín, Álvaro
1975	Castellanos de Sanint, Zaida	Excavaciones en San Alberto, Departamento del Cesar	Soto Holguín, Álvaro

Año	Autor/a	Título	Director/a
1975	Castrillón Caviedes, Héctor, 1941-	Los indígenas "Embera" del Chocó: su desintegración social	Morales Gómez, Jorge
1975	Correa Herrera, Luz Piedad	Villa de Leyva: Incidencia del turismo	NR
1975	Espinel Riveros, Nancy	Los Achagua	Bustamante, Jaime
1975	Hernández, María Victoria	La comunidad como agente en el proceso de endoculturación: bases para un estudio comparativo entre clases sociales : estudio de casos	Bustamante, Jaime
1975	Jaramillo de Botero, Margarita,	Introducción de una empresa comunitaria en un grupo tradicional de arrendatarios minifundistas	Bustamante, Jaime
1975	Lamo Jiménez, Mario	Medios de comunicación: uno de los soportes ideológicos de la clase dominante	Bustamante, Jaime
1975	Martínez, Claudia Uribe, Gonzalo,	Barú: un pueblo en la Costa Norte de Colombia: sus problemas y sus enseñanzas	Soto Holguín, Álvaro
1975	Mejía Piñeros, María Consuelo	La educación como factor de deculturación indígena en Colombia: estudio del caso Huitoto Internado Indígena de San Rafael de Caraparana	Soto Holguín, Álvaro
1975	Mora Sierra, Silvia	El problema agrario en las veredas del Noroeste de Villa de Leyva	Bustamante, Jaime
1975	Navajas Cortés, Pedro R.	Comunicación de masas en Une, Cundinamarca	Ronald Duncan
1975	Ramírez González, Fernando	La Universidad de los Andes y su función en la sociedad colombiana	Serna, Humberto
1975	Ramírez Lamus, Sergio	Apuntes para una gramática sobre los esquemas ideológicos campesinos para el procesamiento de información visualkinésica	Ronald Duncan
1975	Torne de Valcarcel, Francia	El programa H.E.R.S.F. y sus efectos socioculturales en el Barrio Unión de vivienda popular de la ciudad de Cali	Bustamante, Jaime
1975	Vanegas Sierra, Nora	Determinantes del proceso de urbanización en Bogotá : análisis socio-económico de los desarrollos urbanos subnormales y normales: barrios Bosque Calderón, San Antonio Norte y Pontevedra	Bustamante, Jaime
1975	Vargas de Bedout, María Cristina	Autoconstrucción dirigida en el "Barrio Garcés Navas" como solución al problema de la vivienda	Bustamante, Jaime
1975	Vásquez de Gómez, Doris	El papel de la familia en el proceso de endoculturación: edad pre-escolar	Bustamante, Jaime
1975	Villamizar García-Herreros, María Eugenia	Análisis socio-económico de los programas de reforma agraria en el Departamento del Magdalena	Bustamante, Jaime
1975	Zambrano Sepúlveda, Marco Aurelio	Los Cubeo, algunos aspectos de su cultura	Soto Holguín, Álvaro
1976	Behar Asis, David	Excavaciones arqueológicas en las fincas Padua y Emperatriz (Bolívar)	De Perdomo Lucía
1976	Bermúdez Quintana, Suzy Denise	Migración del campesino a Venezuela: estudio socio-económico en dos comunidades de la Costa Atlántica: Guacamayal y Manatí	Bustamante, Jaime

Año	Autor/a	Título	Director/a
1976	Campos Zornosa, José Yesid	Instituciones nacionales y relaciones intraétnicas en la comunidad indígena arhuaca de la Sierra Nevada: estudio del poblado de Nabusímaque	Soto Holguín, Álvaro
1976	Castro García, Ernesto	El deporte, teoría y práctica: fútbol y ciclismo dos casos concretos	Ambrosio Adamoli
1976	Drufovka, Nora	Economía y familia en el minifundio de Chipaque	Sevilla Casas, Elías
1976	Espinosa Torres, Patricia	La presencia misionera como factor de deculturación indígena dentro de la Comisaría del Vaupés	Sevilla Casas, Elías
1976	Giraldo de Puech, María de la Luz	Excavaciones arqueológicas en la región de Cravo Norte (Arauca)	De Perdomo, Lucía
1976	Girardot Urquijo, Consuelo	Migración en Cepitá	Bustamante, Jaime
1976	González Sanmiguel, María Eugenia	La sociedad mayor como agente determinante de la desindigenización: estudio de un caso arhuaco: las Cuevas, Sierra Nevada de Santa Marta	Soto Holguín, Álvaro
1976	Laserna Serna, Berta	Migración Boyacense al Barrio Juan XXIII	Bustamante, Jaime
1976	Montejo Matíz, María Elisa	Los Salivas: un proceso migratorio	Ortiz, Francisco
1976	Paz Rey, Felipe Santiago	La educación en una situación inter-étnica: estudio de la Comunidad Icki (Arhuacos)	Soto Holguín, Álvaro
1976	Pérez B, Leyda Méndez S, Genoveva	Análisis económico-cultural de un movimiento religioso en sociedades complejas: caso particular: José Gregorio Hernández	Ambrosio Adamoli
1976	Salcedo Pérez, Luz Ángela	Los centros de salud: un estudio socio-económico de sus relaciones y servicios con las comunidades usuarias	Bustamante, Jaime
1976	Sotomayor C., María Lucía	Proceso histórico del municipio de Chía y las interrelaciones de su comunidad con la ciudad de Bogotá	Bustamante, Jaime
1976	Vollmer, Loraine	Aponte y yo	NR
1976	Zagarra Cayón, Iván	Racionalidad y misticismo: ensayo metodológico sobre el yoga en Bogotá	Sevilla Casas, Elías
1977	Afanador H., Claudia	Reseña etnohistórica del Valle de Atriz (Pasto)	NR
1977	Barney de Bayona, Jimena	Condiciones de vida de un sector marginal de Bogotá	Sevilla Casas, Elías
1977	González Torres, Germán	Condiciones de la salud en Colombia: un caso particular: la comunidad Yebasana (Barasana)	Fergusson, Guillermo
1977	Gutiérrez Echeverri, Natalia	La minería de carbón en Cundinamarca: el caso de Lenguaque	Soto Holguín, Álvaro
1977	Medrano, Diana	Cambios en las relaciones de producción en la hacienda cafetera del Suroeste antioqueño	NR
1977	Moncada Roa, Olga Inés, 1956	Apropiación de recursos mineros en Condoto, Chocó	Cifuentes, Alexander

Año	Autor/a	Título	Director/a
1977	Ramírez de Jara, María Clemencia	La relación infraestructura-superestructura: en el proceso deculturativo de una comunidad indígena colombiana: análisis del caso de la comunidad indígena de la Samaritana, Pto. Leguizamo, Putumayo	Soto Holguín, Álvaro
1977	Sánchez Álvarez, Mauricio	Kagamu: la tierra y los Ick+ de la Sierra Nevada	Sevilla Casas, Elías
1978	Aya de Dussán, Josefina	Migración Cundi-Boyacense a Bogotá: estudio de casos	Mejía, María Consuelo
1978	Bernal Mahe, María Luisa	Hacia una identidad cultural colombiana: diagnóstico y criterios para una política educativa no formal en materia indígena que contribuya a la formación de una identidad cultural colombiana	Soto Holguín, Álvaro
1978	Cáceres de Fullea, Carmen Alicia	Migración, asentamientos urbanos y procesos políticos en la Costa Atlántica: caso de estudio: La Chinita	Sevilla Casas, Elías
1978	Grabe L, Vera; Niño M, Olga S.	Cada hijo trae su pan debajo del brazo: estudio sobre fuerza de trabajo infantil en la ciudad de Bogotá	Mejía, María Consuelo
1978	Gutiérrez Sanín, Francisco Aurelio, 1957-	Lumpen proletariado en la Ciudad Neocolonial	Soto Holguín, Álvaro
1978	Lleras Pérez, Roberto	Introducción a la crítica de la teoría sobre la prehistoria	González, María Eugenia
1978	Serna Isaza, Amparo	Análisis crítico del MAC (Plan de salud) : un caso específico: corregimiento de Arma (Caldas)	Vargas Escobar, Arturo
1978	Torres G., Joyny Raquel	La explotación de la sal en el límite de dos culturas: dominación, sometimiento y relaciones superestructurales : un caso concreto de la Guajira en la localidad de Manaure	Mejía, María Consuelo
1978	Vanegas Sierra, María Cristina	La comunidad rural de Cucunubá: análisis de la educación formal e implicaciones	González, María Eugenia
1978	Vargas Escobar, Arturo	Síntesis histórica del cambio cultural aplicado a un caso específico: las comunidades Noanamas de Matare y Pangala	Soto Holguín, Álvaro
1979	Borrero de Querubín, Mercedes	La fuerza de trabajo y la tierra en un sector semiproletario del Valle del Cauca	Sevilla Casas, Elías
1979	Dávila Silva, Carmen Lucía	Historia de la deculturación del negro: bajo el régimen esclavista en la explotación minera Santa María del Puerto de las Barbacoas : un caso de referencia	Soto Holguín, Álvaro
1979	Durán de Gómez, Anabella	Quinchana : un sitio de asentamiento	NR
1979	Márquez Reyes, Elizabeth	Una alternativa de solución a problemáticas de desempleo: Tunjuelito un caso	Gómez, Mary Anne
1979	Pezoa Bertoni, Sergio	Educación formal de indígenas de una comunidad amazónica: perspectiva investigación-acción	Soto Holguín, Álvaro
1979	Wartenberg Villegas, Lucy	Diferencia económica de pequeños campesinos en una región de Cundinamarca, Colombia	Sevilla Casas, Elías

B. Anexo: Tesis o monografías entregadas al Departamento de Antropología de la Universidad del Cauca entre 1976 y 1979

Año	Autor/a	Título	Director/a
1976	Arévalo, Luz Amparo	Matrifocalidad en Andagoya (Chocó)	Cayón Armella, Edgardo
1977	Motta González, Nancy	Estratificación social en Salahonda	Cayón Armella, Edgardo
1978	Aristizabal Giraldo, Silvio	La tenencia de la tierra en Cimarrones (Cauca)	Ricardo Muñoz, Jairo A.
1978	Ceballos Bohórquez, Diego	Capellanías, estructuras de poder local	Llanos Vargas, Héctor
1978	González De Ceballos, Martha	Estudio socioeconómico de una comunidad campesina del sur del Cauca	Llanos Vargas, Héctor
1978	López Illera, Rodrigo	Complejo pubense. Excavaciones en la Hacienda La María	Yanguéz Bernal, Juan Antonio
1978	Mejía O, Gonzalo	Estudio de mercadeo de alimentos en cinco áreas Pan-dri del departamento del Cauca	Ricardo Muñoz, Jairo A.
1978	Peña Cajiao, María Claudia	Aspectos de la estructura social de los Embera del noroccidente del Valle del Cauca	Cayón Armella, Edgardo
1978	Portela Guarín, Hugo	Relaciones económicas en el grupo Emberá Sanquinini del nor-occidente del departamento del Valle del Cauca	Cayón Armella, Edgardo
1979	Cajiao Valdivieso, Liliana	El sistema económico en el resguardo indígena de Caquiona (municipio de Almaguer, departamento del Cauca)	Cayón Armella, Edgardo
1979	Delgado Santacruz, Luis Eduardo	El proceso de descomposición al interior de las etnias. Los Inganos del río Fragua. Análisis de caso	Sánchez de Guzmán, Esther
1979	Herrera Gómez, Diego	La guaquería en Colombia. Proceso histórico y situación actual	Guzmán Manuel, José
1979	Jaramillo De Otero, Margarita	Compadrazgo entre los Paeces. Un estudio de caso en Caldonó	Ricardo Muñoz Jairo A
1979	Legarda Muñoz, Gustavo Antonio	Zona arqueológica Moscopan	López Illera, Rodrigo
1979	Morales, María Irene Victoria	Estructura de los servicios de salud referidos al sistema social	Barona Becerra, Guido
1979	Rosero Diago, Yolanda	La profesionalización del robo y el hurto (el papel económico de los gamines de Bogotá)	Cayón Armella, Edgardo

Año	Autor/a	Título	Director/a
1979	Valdés Arcila, Mercedes	Factores socioculturales que determinan la existencia de la medicina popular en el barrio Tomás Cipriano de Mosquera de la ciudad de Popayán	Ricardo Muñoz Jairo A

C. Anexo: Tesis o monografías entregadas al Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia entre 1970 y 1979

Año	Autor/a	Título	Director/a
1971	Guevara Corral, Rubén Darío	Ensayo de metodología sobre "inquilinato" y cambio familiar en Bogotá	Pineda Giraldo, Roberto
1972	Atencio Babilonia, Jaime; Zacipa Córdoba, Tito	Economía y cultura en la costa caucana del pacífico	Friedemann, Nina
1972	García Mejía, Aydee	Algunos apuntes para el estudio sobre la vida económica de la comunidad Huitoto	NR
1972	Henao Delgado, Hernán	Café y violencia: elementos para una historia social del Quindío	NR
1972	Melo Pérez, Marco Antonio	Algunos apuntes acerca de Rionegro (Antioquia) en el proceso de industrialización colombiano	NR
1972	Pachón Castrillón, Ximena	Estudio exploratorio sobre algunos aspectos de la vida de los gaminos en Bogotá	De Molina, Blanca
1972	Russi Laverde, German	Notas para una investigación etnológica sobre una situación de cambio económico social en la comunidad indígena de la Guajira	NR
1972	Zúñiga Erazo, Eduardo Marcelo	Tasmag : vereda de un resguardo	NR
1973	Montenegro de Castro, Martha Stella	Estudio de una muestra de las familias que generan el gaminismo en Bogotá	De Molina, Blanca
1974	Muñoz M, José; Bodnar C, Yolanda	Estudio de un proceso de cambio originado por el establecimiento de la economía de puerto en la comunidad isleña de San Andrés, Isla	Triana, Gloria
1974	Román Saavedra, Álvaro	Cambios socio-económicos en la comunidad indígena Cuna de Caimán Nuevo	NR
1975	Duran Echeverri, Camel	El estructuralismo: esbozo exegético-crítico	NR
1975	Hernández Brun, Kamel	Sipi: estudio etnográfico de una comunidad negra de la Costa del Pacífico	Triana, Gloria
1975	Londoño P., Mauricio	Panorama del desarrollo de la arqueología en Colombia	NR

Año	Autor/a	Título	Director/a
1975	Tarazona Bautista, Alberto Enrique	Raza y violencia: un estudio sobre la Guajira, siglo XVIII	Tovar Pinzón, Hermes
1975	Van-Arcken de Rivera, Teresa	Estudio sobre una región cafetera de agricultura tradicional	NR
1975	Yepes Chamorro, Benjamín	Los núcleos negros y el "control ecológico", un caso: Condoto, Chocó	Cifuentes, Alexander
1976	Bolívar Rojas, Edgar Enrique	El ocio y las formas de diversión: fundamentos antropológicos	Paramo Rocha, Roque Guillermo
1976	Botiva Contreras, Álvaro	La fuente histórica y su validez en la investigación arqueológica: pautas de enterramiento, habitación y sitios ceremoniales de los chibchas de la Sabana de Bogotá	Correal Urrego, Gonzalo
1976	Duran M, Annabella; Martínez B, Gustavo	Estudio general sobre aspectos relacionados con el sistema carcelario en Colombia	NR
1976	Echeverry de Camacho, Yolanda	Estudio etnográfico de una comunidad y su escuela	Meza, Germán
1976	Pinedo Redondo, Juan Miguel	Ensayos geofísicos en arqueología	NR
1976	Ramos Tibaquira, Hernando; Sabogal, Hernando	Notas para el estudio de la transmisión de valores institucionales en áreas campesinas a través de un sistema formal: la formación social colombiana y sus implicaciones en la educación rural	Melo, Marco Antonio
1976	Santos Vecino, Gustavo Adolfo	El proceso de hominización	Paramo Rocha, Roque Guillermo
1977	Suarez Sandoval, Bertha	Descripción socio-económica y cultural del grupo Noanama o Waunama	De Molina, Blanca
1978	Gallego P, José; Aristizabal, Margarita	Estudio de crecimiento y desarrollo físico de niños pre-escolares en una comunidad marginal urbana	Correal Urrego, Gonzalo
1978	Maldonado, Cecilia; Oliveros G, Josefina	La empresa comunitaria ¿una solución? : estudio socio-económico de la empresa comunitaria de "Paquilo": un caso específico	Jaramillo Gómez, Orlando
1978	Olarte Reyes, Oscar	Pescadores negros de Tumaco: un puerto colombiano de la Costa del Pacífico	Morel de Molina, Anne Claude
1978	Pabón de Trujillo, Magdalena	Relaciones interétnicas, tipos de contacto y sus efectos en la comunidad indígena Puinave del río Inírida	Triana, Gloria
1978	Pinzón Castaño, Carlos Ernesto	Hacia una epistemología marxista de las ciencias sociales	NR
1978	Pinzón Sánchez, Alberto	La disolución de la comunidad indígena del Vaupés	NR
1979	Bernal L, María; Alvarez R, Patricia	Estudio antropométrico y somatológico en escolares de barrios obreros de Bogotá, D.E.	Correal Urrego, Gonzalo
1979	Cely López, Carmen Luz	Aproximación a la antropología leviStrausiana	NR
1979	García Torres, Aurora	Factores que inciden en la descomposición familiar en una economía ganadera: análisis del caso del corregimiento de Tilodiran	NR
1979	Loboguerrero, Miguel	El macaguane y la familia lingüística Guahibo	Patiño Rosseli, Carlos

Año	Autor/a	Título	Director/a
1979	Ospina de Rodríguez, Luz Consuelo	El proceso de enculturación como forma de dominación ideológica: estudio de casos	Arturo Lucio, Rubén Julián del Carmen
1979	Pena Romero, Blanca Lilia	Conformación y desarrollo del campesinado pre cafetero antioqueño	Jaramillo, Jaime Eduardo
1979	Rosales H., Ana; Benavides V., Augusto	Estudio somatométrico y antropométrico en un grupo de adolescentes de Bogotá D.E.	Correal Urrego, Gonzalo
1979	Saavedra Rivera, Libardo	Los hijos de la violencia: hacia una antropología rural en Colombia	Sabogal, Hernando
1979	Vejarano Alvarado, Ruy Fernán	Análisis demográfico de los resguardos Paéces	NR

D. Anexo: Informes finales de trabajo campo entregados al Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia entre 1970 y 1979

Año	Autor/a	Título	Director/a
1970	García Mejía, Aydee	Grupos Huitotos y Muinane	Calle, Horacio
1970	Montenegro de Castro, Martha Stella	Asentamiento y emigración del campesino: Cogua-Cundinamarca	Chaves, Milciades
1970	Vasco Uribe, Luis Guillermo	Los Chami-Embera	Calle, Horacio
1971	Mesa R., Lucrecia	Causas de las migraciones internas en Colombia	NR
1971	Mota Giraldo, Clara	Algunos aspectos de los indios cholos	NR
1971	Pinzón Sánchez, Alberto	Descomposición de una comunidad Guahiba	NR
1972	Calle, Horacio	Comunidad indígena de San José de El Encanto, Amazonas	NR
1972	Cely López, Carmen Luz	Causas del proceso de urbanización	De Balcerro, Inés
1972	Martínez Ceballos, Raúl G	La pesca en Taganga	Vasco Uribe, Luis Guillermo
1972	Pinedo Redondo, Juan Miguel	Estudio antropométrico en cráneos de procedencia chibcha y sus relaciones	Correal Urrego, Gonzalo
1972	Quimbayo Edmundo, Ramón,	Indios Coreguajes	De Balcerro, Inés
1972	Ramos Tibaquirá, Hernando	Una interpretación de los materiales del Museo Nacional de Bogotá	NR
1972	Tarazona Bautista, Alberto Enrique	Dos factores de la colonización en los Llanos de San Juan de Arama	NR
1973	Sabogal Caicedo, Hernando	Relaciones inter-étnicas en un enclave neocolonial minero	NR
1973	Santos Vecino, Gustavo Adolfo	Comunicación social en una etapa pre-electoral	NR
1974	Bolívar Rojas, Edgar Enrique	Puerto Leguizamo (diciembre-enero, 73-74)	Calle, Horacio

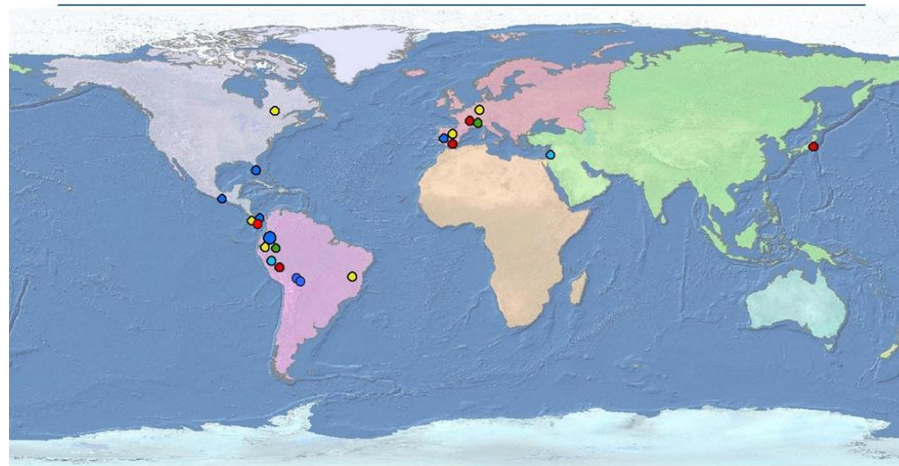
Año	Autor/a	Título	Director/a
1974	Duran Merchán, Annabella	Los indios Arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta	Vasco Uribe, Luis Guillermo
1974	García Torres, Aurora	Algunos aspectos del retardo mental y el ambiente cultural	De Mendoza, Ángela
1974	Henao, Gloria Helena	Estructura de la tenencia de la tierra en el municipio de Silvia, Departamento del Cauca	Vasco Uribe, Luis Guillermo
1974	Izquierdo C., María Constanza	Influencia del centro petrolero sobre el sector urbano de Barrancabermeja	Russi, Germán
1974	Marino Samper, Consuelo	Estructura de parentesco en Taganga	Vasco Uribe, Luis Guillermo
1974	Pinzón Castaño, Carlos Ernesto	Refranería colombiana	Grijales, Hernando
1974	Romero Medina, Víctor Manuel	Influencia de la base de Lomalinda, del Instituto Lingüístico de Verano, sobre la población de Puerto Lleras (Meta)	NR
1974	Yépez Chaves, Benjamín	Explotación de la madera en la Costa Pacífica de Nariño- Cabo Manglares	NR
1974	Zapata Meza, Boris	Jornalero, corraleja, magia y toma de tierra	NR
1975	Álvarez Rosas, Patricia	Sutatenza (Boyacá)	NR
1975	Aragón Lince, Cesar Tulio	Informe de la recolección de datos sobre la industria azucarera en la zona media del valle geográfico del río Cauca y la mano de obra	Cifuentes, Alexander
1975	Botero de Arango, Amparo del Socorro	Algunos aspectos socio-económicos de la vereda Naranjal	NR
1975	Botiva Contreras, Álvaro	Mapa y reconocimiento arqueológico del municipio de Guasca	NR
1975	Díaz P., Alicia; Arias Z., Ramiro	Investigación sobre las granjas infantiles Padre Luna	NR
1975	Galarza Salamanca, Martha Emilia	Los Ticuna	Domínguez, Camilo
1975	Gallego Perdomo, José Hernando	Análisis de aspectos del proceso de socialización de niños en algunas de las instituciones del Departamento de Bienestar Social del Distrito	Triana, Gloria
1975	Jerez Medina, Emiro Alfonso	Pacho, antiguo poblado indígena: algunos aspectos de su historia	Román Saavedra, Álvaro
1975	Maldonado Salazar, Cecilia	Estudio socio-económico de la comunidad campesina de Paquilo	Gutiérrez de Pineda, Virginia
1975	Martínez Bejarano, Gustavo	Técnicas usadas en el laboreo del café	NR
1975	Oliveros Gómez de Díaz, Josefina	Algunos aspectos socio-económicos del municipio de Carmen de Apicala (Tolima)	Cabrera Micolta, Fabricio
1975	Orozco Rojas, Luis Alberto	Notas sobre la descomposición socioeconómica de la comunidad Chami del Bajo Garrapatas	Román Saavedra, Álvaro
1975	Ospina de Rodríguez, Luz Consuelo	La educación burguesa como forma de dominación de clase y sus particularidades en la escuela primaria	NR
1975	Paredes, Clara Inés	Sondeo sobre algunos aspectos del Programa de Capacitación Popular en el campo de la televisión educativa, ilustrados	NR

Año	Autor/a	Título	Director/a
		en base a la observación en dos telecentros ubicados en Bogotá	
1975	Pinzón Sánchez, Alberto	La comunidad indígena Guahiba: complemento al informe final del trabajo de campo	NR
1975	Rojas Moreno, Argemiro	Pacho: algunos aspectos de su realidad actual	Román Saavedra, Álvaro
1975	Silva de Acuña, Patricia Inés	El trabajo femenino en Bogotá	Jimeno Santoyo, Myriam Sther
1975	Valencia Salazar, Tulia	Notas sobre la aculturación en la zona Chami y la influencia de la misión de Parembara	NR
1976	Araque Rincón, J. Emilio	Anotaciones sobre algunos aspectos en el estudio del proceso de descomposición del campesinado en una zona de Boyacá como consecuencia particularmente de la instalación de la factoría de Acerías Paz del Río	NR
1976	Bernal Latorre, María del Carmen	Desarrollo del capitalismo y clases sociales en el altiplano cundi-boyacense	Morel de Molina, Anne Claude
1976	Hernández Silva, Hugo	Origen y proceso jurídico de la encomienda	NR
1976	Iregui G., Eduardo	Hospital psiquiátrico	Paramo Rocha, Roque Guillermo
1976	Ortiz, María Mercedes	El Fresno: un estudio de caso sobre la violencia en el Tolima	NR
1976	Pena R, Blanca Brieva G, Alfonso	Descomposición del campesinado en Tenjo	NR
1976	Sarmiento Parra, María Ofelia	La manumisión de los esclavos en Colombia	Cifuentes, Alexander
1976	Trujillo, Magdalena	Desarrollo de la propiedad de la tierra en el municipio de Carmen de Apicala	Cabrera Micolta, Fabricio
1976	Vásquez, María E.	Cabildo indígena en la comunidad Camsa	Vasco Uribe, Luis Guillermo
1977	De Andreis P., Enrique	La pesca en Taganga	Friedemann, Nina
1977	Espinosa Garzón, Marta Lucía	Relaciones de parentesco en las relaciones de producción en Taganga	Friedemann, Nina
1977	Loboguerrero, Miguel	La lengua Chami	Patiño Rosseli, Carlos
1977	Muñoz Muñoz, Jairo	La ideología y la familia obrera en la zona industrial de Cajica-Zipaquira	Paramo Rocha, Roque Guillermo
1977	Otero Cifuentes, Luis	Las ocupaciones marginales	Triana, Gloria
1977	Quimbayo Ramón, Edmundo	Caquetá: Indios Coreguajes	Meza, Germán
1978	Aristizabal de Sanchez, Margarita María	La estructura familiar dentro de la "cultura de la pobreza"	Triana, Gloria
1978	Castillo Espitia, Carmen Neyla	La encomienda en la gobernación de Cartagena	Jaramillo Gómez, Orlando
1978	Pardo Rojas, Mauricio	Un caso urbano	Bourgue, François

Año	Autor/a	Título	Director/a
1978	Pulido Chaves, Orlando	Notas metodológicas para el análisis del sistema y el régimen coloniales : pautas para compilación bibliográfica	Paramo Rocha, Roque Guillermo
1978	Rodríguez Riaño, Aly	El colonato de San Fernando (Santander del Sur): su proceso histórico y sus perspectivas en la actualidad	NR
1978	Vejarano Alvarado, Ruy Fernán	Análisis demográfico de los resguardos Paéces del Departamento del Cauca	Meza, Germán
1979	Adames de Jiménez, Luz Amparo	Breve ensayo sobre preservación y conservación de material cultural	NR
1979	Alzate Posada, María Cristina	La antropología aplicada: un programa de salud en grupos indígenas de Arauca y Vichada	NR
1979	Cardona Cardona, Diego	Barú, isla y pueblo del caribe: realidad, mito y cambio social	NR
1979	Correa Rubio, François	Condiciones materiales en la producción y reproducción social como fundamento de la dinámica histórica de los "Taiwano": una comunidad indígena del noroeste amazónico	Vasco Uribe, Luis Guillermo
1979	Hernández Palacios, Pedro Ignacio	Forma actual de tenencia de la tierra en los resguardos de Guachuca y Muellamues, en el Departamento de Nariño	NR
1979	Laverde Montano, German	Análisis cultural de una comunidad minifundista en transición: La Unión (Cund.)	Jaramillo Gómez, Orlando
1979	Lemus Sarmiento, Fernando	Reseña etnohistórica de la antigua provincia de Ocaña	Correal Urrego, Gonzalo
1979	López Ávila, María Imelda	Actividades político-religiosas en la Sabana de Bogotá: siglos XVI-XVII y XVIII	NR
1979	Martínez de Castellanos, Betty	Influencia de la colonización en la organización social del grupo étnico Macaguane (Guahibo)	Bourgue, François
1979	Meléndez Lozano, Miguel Ángel	Algunos aspectos de la clasificación de las plantas silvestres en una población campesina	NR
1979	Mogollón Pérez, María Cristina	La frontera y su incidencia en el cambio socio-económico: datos de una región: Herrán	Arturo Lucio, Rubén Julián del Carmen
1979	Navarro Botero, María del Rosario	Historia y características de la colonización indígena tukana de La Asunción (Guaviare)	Ibáñez Fonseca, Rodrigo
1979	Peláez, Gloria Inés	Análisis de algunos cultos en el cementerio central de Bogotá	Vasco Uribe, Luis Guillermo
1979	Pradilla Rueda, Helena	Los Tunebo	NR
1979	Ramírez Sánchez, Nohora Aydee	Situación económica del grupo Macaguane de los Llanos Orientales	Bourgue, François
1979	Restrepo Martínez, Roberto	El pensamiento mágico-religioso: variaciones sobre el tema en una zona rural y el casco urbano de Pereira	Ibáñez Fonseca, Rodrigo
1979	Rico Baez, Eduardo Edmundo	La renta y la familia en los Chami	Jimeno Santoyo, Myriam Sther
1979	Ruiz Marmolejo, Francisco José	Taganga: trabajo de estudio sobre una forma productiva no capitalista	NR
1979	Saavedra Rivera, Libardo	El racismo en los reinados de belleza	NR

Año	Autor/a	Título	Director/a
1979	Santander Cancino, Evangelina	El rol de la mujer en la familia en el municipio de Cogua (Cundinamarca)	NR
1979	Trujillo Amaya, Constanza E.	El cambio socio-económico y las relaciones interétnicas en una comunidad indígena: los Ingas	NR
1979	Vergara González, Otto	La descomposición del campesinado en Bosa	Jaramillo Gómez, Orlando

E. Anexo: Mapa de tesis e informes finales sobre otros países. Comparación 1970-1979 y 1996-2005



● 1996 - 2005 ● 1970 - 1979
 ● Universidad de los Andes ● Universidad del Cauca ● Universidad de los Andes
 ● Universidad Nacional ● Universidad de Antioquia

PAÍS	UNIVERSIDAD	70 79	96 05
Ecuador	ANDES		5
	ANTIOQUIA		1
	CAUCA		1
Peru	ANDES	1	
Brasil	ANTIOQUIA		1
2 (Peru y Bolivia)	ANDES		1
Panamá	ANDES		1
	ANTIOQUIA		1
	NACIONAL		1
Mexico	ANDES		1
Estados Unidos	ANDES		1
Canadá	ANTIOQUIA		1
España	ANDES		3
	ANTIOQUIA		1
	NACIONAL		1
Suiza	CAUCA		1
Alemania	ANTIOQUIA		1
Austria	NACIONAL		1
Israel	ANDES	1	
Japon	NACIONAL		1
Total general		2	24
Promedio con el total de tesis		0,7	2,3

Bibliografía

- Adamoli, A. (1973). *La realidad sagrada en una comunidad pentecostal del Cesar*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Aguirre B., G. (1991 [1967]). *Regiones de refugio*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Almario, O. (2009). De lo regional a lo local en el pacífico sur colombiano, 1780-1930. *HISTOReLo*, 1(1), 76-123.
- Alzate Posada, M. C. (1979). *La antropología aplicada : un programa de salud en grupos indígenas de Arauca y Vichada*. Informe de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Amaya V., M. (1975). *La colonización, elemento determinante en el deterioro de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Arango, L., & Sánchez, E. (2004). *Los pueblos indígenas de Colombia en el umbral del nuevo milenio*. Santa Fe de Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.
- Arboleda, J. R. (1962). La Historia y la Antropología del negro en Colombia. *América Latina*, V(3).
- Arcila, G. (1994). Respuesta al homenaje ofrecido por el Departamento de Antropología a Graciliano Arcila Vélez. *Boletín de Antropología*, 8(24).
- Arocha, J. (2009). *Nina S. de Friedemann : cronista de disidencias y resistencias*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Arocha, J., & Friedemann, N. (Edits.). (1984). *Un siglo de investigación social*. Bogotá D.E.: ETNO.
- Bagley, B., & Botero, F. ([1978] 1994). Organizaciones campesinas contemporáneas en Colombia: un estudio de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). En *El agro y la cuestión social* (págs. 185-228). Bogotá: Banco Ganadero, Caja Agraria, VECOL, Tercer Mundo Editores.
- Balandier, G. (1973). *Teoría de la descolonización. Las dinámicas sociales*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Baracaldo, R. (1977). *Tenencia de la tierra en el litoral pacífico colombiano*. INCORA, Corporación Nacional de Investigación y Fomento Forestal, Bogotá.
- Barragán, A. (2001). *Antropología colombiana: del Instituto Etnológico Nacional a los programas universitarios (1941-1980). El caso del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes*. Tesis de Grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Barragán, C. A. (1998). *Tres décadas de monografías en el departamento de antropología: 1968-1998*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Behar Asis, D. (1976). *Excavaciones arqueológicas en las fincas Padua y Emperatriz (Bolívar)*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Bell, G. (1988). *El Caribe colombiano : selección de textos históricos*. Barranquilla: Ediciones Uninorte.

- Bell, G., & Meisel, A. (1996). *La región Caribe. Trayectoria de un regionalismo ambiguo*. Santa Fe de Bogotá: Milenio.
- Bermúdez Quintana, S. (1976). *Migración del campesino a Venezuela : estudio socio-económico en dos comunidades de la Costa Atlántica : Guacamayal y Manatí*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Bernal, E. (2006). *Las primeras décadas de la Antropología Médica en Colombia. Aproximaciones a su historia con un énfasis espacial*. Trabajo final en el Seminario Antropología Especial, Maestría en Antropología. Universidad Nacional de Colombia.
- Bernal, E. (2008). Los terrenos de la Antropología y la antropología en terreno. Aproximaciones a un marco de interpretación. *Ponencia presentada al XIV Congreso de Historia de Colombia*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja - UPTC.
- Bernal, E., & Pimiento, J. (2005). Un espacio para la etnografía. Cartografía de las etnografías en Colombia. *Avatares de la Antropología. Memoria de los seminarios de Antropología de la Antropología en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Bernal, S. (1969). *Guía bibliográfica de Colombia de interés para el antropólogo*. Bogotá: Editorial Revista Colombiana.
- Boivin, M., Rosato, A., & Arribas, V. (2007). *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Bolívar Rojas, E. (1974). *Puerto Leguizamo (diciembre-enero, 73-74)*. Informe de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Bolívar, E. (2006). Departamento de Antropología. En A. Angel, E. Bolívar, O. Arroyave, M. I. Valderrama, & M. A. Velez, *Tejidos disciplinares de los sujetos, la sociedad y la cultura: estado del arte sobre los trabajos de grado de la FCSH 1970-2003*. Medellín: Universidad de Antioquia-FCSH.
- Bonilla, V. D. (1969). *Siervos de Dios y Amos de indios: el Estado y la Misión Capuchina en el Putumayo*. Bogotá: Ed. Stella.
- Bonilla, V. D., & Findji, M. T. (1986). *La invención de los mapas parlantes y su utilización como herramienta de investigación*. Colombia nuestra.
- Borrero de Querubín, M. (1979). *La fuerza de trabajo y la tierra en un sector semiproletario del Valle del Cauca*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Botero, C. I. (2006). *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas 1820-1945*. Bogotá: ICANH y Universidad de los Andes.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico*. Barcelona: Anagrama.
- Briones, C. (1998). *La alteridad del "cuarto mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Serie antropológica. Ediciones del Sol.
- Briones, C. (Ed.). (2005). *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Burbano, G. (2011). La Unión de Universidades de América Latina y el Caribe (UDUAL) y la autonomía universitaria. *Seminarios Internacionales "Educación Superior en América latina: reformas, autonomía y legitimidad"*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Bustamante Cavallo, J. (1970). *Manica y Puerto Viejo. Estudio socio-económico de una comunidad campesina del Departamento de Sucre*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Cáceres de Fullea, C. A. (1978). *Migración, asentamientos urbanos y procesos políticos en la Costa Atlántica : caso de estudio: La Chinita*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Campos Zornosa, J. (1976). *Instituciones nacionales y relaciones intraétnicas en la comunidad indígena arhuaca de la Sierra Nevada : estudio del poblado de Nabusímaque*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- CAR-CAUCA. (1973). *Diagnóstico socioeconómico del litoral Pacífico : Valle del Cauca*. Cali: Corporación Autónoma Regional del Cauca.
- Cardona Cardona, D. (1979). *Baru, isla y pueblo del caribe : realidad, mito y cambio social*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Cardoso de Oliveira, R. (1999-2000). Peripheral anthropologies 'versus' central anthropologies. *Journal of Latin American Anthropology*, 4, 5(2, 1), 10-30.
- Castellanos de Sanint, Z. (1975). *Excavaciones en San Alberto, Departamento del Cesar*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Castillo Espitia, C. N. (1978). *La encomienda en la gobernación de Cartagena*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Castrillón Caviedes, H. (1975). *Los indígenas "Embera" del Chocó : su desintegración social*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Castro-Gómez, S. (1999). Epistemologías coloniales, saberes latinoamericanos: el proyecto teórico de los estudios subalternos. En A. De Toro, & F. De Toro (Edits.), *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica. Una postmodernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano* (págs. 79-100). Madrid: TKKL, TCCL.
- Caviedes, M. (2000). *Antropología y movimiento indígena*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Caviedes, M. (Ene-Dic de 2007). Antropología apócrifa y movimiento indígena. Algunas dudas sobre el sabor propio de la antropología hecha en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, 33-60.
- CCIODH. (2001 [1999]). *La Cuarta Guerra Mundial*. Chiapas: Comisión Civil Internacional de Observación de los Derechos Humanos.
- Ceballos Bohorquez, D. (1978). *Capellanías, estructuras de poder local*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Popayán: Universidad del Cauca.
- Chaves, M. (1986). *Trayectoria de la antropología colombiana. De la Revolución en Marcha al Frente Nacional*. Bogotá: Colciencias.
- Collazos, A. (2003). *La práctica social y cultural en la comunidad antropológica de la Universidad del Cauca*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Popayán: Universidad del Cauca.
- Colombia Nunca Más. (29 de Mayo de 2001). *Violencia contra los indígenas. Aceptación social del exterminio*. Recuperado el 12 de Octubre de 2010, de Colombia Nunca Más: <http://www.derechos.org/nizkor/colombia/libros/nm/z7/ZonaSiete01.html>

- Contreras, D. (1983). *Breve historia de Guatemala*. Guatemala: Piedra Santa.
- Correa, F. (1987). Indígenas Horticultores del Vaupés. En ICAN, *Introducción a la Colombia Amerindia*. Bogotá: Presencia.
- Correa, F. (1990). *Directorio de investigaciones e investigadores en la Amazonia*. Bogotá: COA.
- Correa, F. (2005). ¿Recuperando antropologías alter-nativas? *Antípoda*(1), 109-120.
- Correa, F. (Jul-Dic de 2006). Interpretaciones antropológicas sobre lo «Indígena» en Colombia. *Universitas Humanística*(62), 15-41.
- Correa, F. (2006a). Antropología Social en la Universidad Nacional de Colombia. En M. Archila, F. Correa, O. Delgado, & J. E. Jaramillo (Edits.), *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación* (págs. 53-97). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Correa, F. (Jul-Dic de 2006b). Interpretaciones antropológicas sobre lo «Indígena» en Colombia. *Universitas Humanística*(62), 15-41.
- Correa, F. (2007). La modernidad del pensamiento indigenista y el Instituto Nacional Indigenista de Colombia. *Revista Maguaré*(21).
- Darnhofer-Demár, E. (20 de May de 1982). Colombia's lost city revealed. *New Scientist*, 94(1306), 512-515.
- Dávila Silva, C. L. (1979). *Historia de la deculturación del negro : bajo el régimen esclavista en la explotación minera Santa María del Puerto de las Barbacoas : un caso de referencia*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- De Andreis P., E. (1977). *La pesca en Taganga*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- De Friedemann, N., & Arocha, J. (1979). *Bibliografía anotada y directorio de antropólogos colombianos*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Degregori, C. I., & Sandoval, P. (Edits.). (2008). *Saberes periféricos : ensayos sobre la antropología en América Latina*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto de Estudios Peruanos.
- Degregori, C. I., & Sandoval, P. (2009). *Antropología y antropólogos en el Perú : la comunidad académica de ciencias sociales bajo la modernización neoliberal*. Lima, Buenos Aires: Instituto de Estudios Peruanos, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Delgado, O. (2003). *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: UN – RET.
- Durán Merchan, A. (1974). *Los indios Arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Dussán de R, A. (1965). *Problemas y necesidades de la investigación etnológica en Colombia*. Bogotá: Estudios Antropológicos N°3. Universidad de los Andes.
- Echeverri, M. (1997). *La institucionalización de la antropología durante la república liberal 1935 - 1950: una historia social de la antropología científica en Colombia en sus aspectos de localidad y género*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Echeverri, M. (1998). La fundación del Instituto Etnológico Nacional y la construcción genérica del rol de antropólogo. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*(25), 216-247.
- Escalante, A. (1964). El negro en Colombia. *Monografías Sociológicas*(18).

- Escalante, A. (1971). *La minería del hambre: Condoto y la Chocó Pacífico*. Barranquilla: Tipografía Dovel.
- Espinal Giraldo, L. F. (1970). *Cultura material y distribución horaria en la vida de una población lacustre colombiana. El Morro, Nueva Venecia*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Espinosa Garzón, M. L. (1977). *Relaciones de parentesco en las relaciones de producción en Taganga*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Espinosa Torres, P. (1976). *La presencia misionera como factor de deculturación indígena dentro de la Comisaría del Vaupés*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Fals B., O. (2002). Bases para un plan de retorno a la tierra y a la vida. En RET, *Dimensiones Territoriales de la Guerra y la Paz* (págs. 45-52). Bogotá: Red de Estudios de Espacio y Territorio-RET, Universidad Nacional de Colombia.
- Fals Borda, O. (1961). *Campesinos de los Andes: estudio sociológico de Saucio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Fals Borda, O. (2002). *Historia doble de la costa*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República, El Ancora Editores.
- Femenías, M. (2010). La construcción política de las identidades: un alerta de género. En M. Huguet, & C. González (Edits.), *Historia y pensamiento en torno al género* (págs. 159-190). Madrid: Dykinson.
- Foucault, M. (1990 [1975]). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI editores.
- Friedemann, N., & Arocha, J. (1979). Introducción. En N. Friedemann, & J. Arocha [Eds], *Bibliografía anotada y directorio de antropólogos colombianos* (págs. 13-30). Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Friedemann, N., & Arocha, J. (1982). *Herederos del jaguar y la anaconda*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Fuentes, C. (2005). *Los 68. París-Praga-México*. México D.F.: Debate.
- Galarza Salamanca, M. E. (1975). *Los Ticuna*. Informe de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Garay, L. J. (2004). *Colombia: estructura industrial e internacionalización 1967-1996*. Bogotá: Biblioteca Virtual del Banco de la República.
- García Mejía, A. (1972). *Algunos apuntes para un estudio sobre la vida económica de la comunidad Huitoto*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- García, H. (2010). *Una historia de nuestros otros. Indígenas, letrados y antropólogos en el estudio de la diferencia cultural en Colombia (1880-1960)*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Geertz, C. ([1973] 1987). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- Gerholm, T., & Hanners, U. (1982). Introduction: The Shaping of National Anthropologies. *Ethnos*, 47(1), 1-35.
- Goldman, I. (1979 [1963]). *The Cubeo Indians of the Northwest Amazon*. Illinois: Illini Books edition.
- Gómez, A. (Enero de 1990). Cincuenta años de investigación antropológica en Colombia. *Boletín de Antropología*, 5(5), 45-51.

- González de Ceballos, M. (1978). *Estudio socioeconómico de una comunidad campesina del sur del Cauca*. Tesis de Grado, Departamento de Antropología. Popayán: Universidad del Cauca.
- González Sanmiguel, M. (1976). *La sociedad mayor como agente determinante de la desindigenización : estudio de un caso arhuaco: las Cuevas, Sierra Nevada de Santa Marta*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Guha, R. (2001). Subaltern Studies: project for our time and their convergence. En I. Rodríguez (Ed.), *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Duke University Press.
- Gutiérrez de P, V. (1955). Causas culturales de la mortalidad infantil. *Revista colombiana de antropología, IV*, 11-83.
- Gutiérrez de P, V. (1958). Alcohol y cultura en una clase obrera, Bogotá. En *Homenaje a Paul Rivet* (págs. 117-168). Bogotá: Academia colombiana de Historia.
- Gutiérrez de P, V. (1958). El país rural colombiano. *Revista colombiana de antropología, VII*, 1-126.
- Gutiérrez de P, V. (1975 [1968]). *La Familia en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana, N°3. Instituto Colombiano de Cultura.
- Gutiérrez, I. (1972). *Aspectos Socioeconómicos del fiado y del préstamo en Santa Cecilia (Risaralda)*. Tesis de Grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Guzmán C, G., Fals B, O., & Umaña L, E. (1960). *La violencia en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Guzmán González, M. J. (1971). *Caucho y relaciones interétnicas entre los Andokes del Cauqueta*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Heckadon Moreno, S. (1970). *El Islote: Estudio sobre el sistema económico de una comunidad de pescadores, Isla de San Bernardo*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Henao, H. (1989). La otra mirada: Antropología e interdisciplinariedad, reflexiones sobre la investigación y la enseñanza. *La enseñanza de la Antropología, Memorias del V Congreso Nacional de Antropología en Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Herrera, L. F. (1974). *Compendio de estudios bibliográficos en el área Tayrona, Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Herrera, M., Low, C., & Suárez, H. (Abril de 1986). La Escuela Normal Superior: formar docentes con buen criterio. Entrevista a José Francisco Socarrás. *Rev. Educación y Cultura*, 7, 20-26.
- Herrera, X., & Lobo-Guerrero, M. (1988). *Antropología médica y medicina tradicional en Colombia*. Bogotá: Etnollano.
- Hoyos, M. C. (1991). *Bibliografía para Antropología Urbana*. Bogotá: ICANH.
- ICAN. (1990). *Catálogo bibliográfico: 1980-1990 una década de producción antropológica en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología y Colcultura.
- Inderena. (1976). *Informe sobre el recurso forestal y las industrias forestales de la zona Pacífico de Colombia*. Inderena, Reid Collins Associates.
- Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas. (1977). *Proyecto para el desarrollo de la pesca artesanal en el litoral pacífico colombiano*. Bogotá : Ministerio de Agricultura.

- Iriarte Nuñez, G. (1974). *La cuestión agraria en Colombia : San Juan Nepomuceno, un caso particular*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Isacson, S. E. (1976). Emberá: Territorio y Régimen Agrario de una Tribu Selvática bajo la dominación española. *Enfoques Antropológicos. T. 2. Biblioteca Básica Colombiana*, 13 – 18.
- Jackson, J. (1986). On trying to be an Amazon. En T. Whitehead, & M. Conaway [eds], *Self, sex and gender in cross-cultural fieldwork* (págs. 263-274). Illinois: University of Illinois Press.
- Jackson, J. (2001). Treinta años estudiando el Vaupés: lecciones y reflexiones. En C. Zárate, & C. Franky [eds], *Imani Mundo: estudios en la amazonia colombiana* (págs. 373-395). Leticia: Universidad Nacional de Colombia - Unibiblios.
- Jaramillo U, J. (Ed.). (1971). *Apuntes para la historia de la ciencia en Colombia*. Bogotá: Colciencias.
- Jimeno Santoyo, M. (1971). *Una comunidad campesina del sur de Nariño*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Jimeno, M. (2000). La emergencia del investigador ciudadano: estilos de antropología y crisis de modelos en la antropología colombiana. En J. Tocancipá (Ed.), *La formación del Estado Nación y las disciplinas sociales en Colombia* (págs. 157-190). Popayán: Taller editorial, Universidad del Cauca.
- Jimeno, M. (2005). La vocación crítica de la antropología en América Latina. *Antípoda*(1), 43-65.
- Jimeno, M., Sotomayor, M. L., & Zea, H. (1993). *Evaluación de la producción y práctica antropológica: parámetros y tendencias de la formación profesional*. Informes Antropológicos. Bogotá: Colcultura/ICAN.
- Krotz, E. (1988 [1980]). *Utopía*. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Krotz, E. (1993). La producción de la antropología en el Sur: características, perspectivas, interrogantes. *Alteridades*, 3(6), 5-11.
- Krotz, E. (1996). La generación de la teoría antropológica en América Latina: silenciamientos, tensiones intrínsecas y puntos de partida. (U. N. Departamento de Antropología, Ed.) *Revista Maguaré*(11-12).
- Krotz, E. (2002). *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. México: Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Kurlansky, M. (2005). *1968. El año que conmocionó al mundo*. (P. Antón, Trad.) Barcelona: Destino.
- Lalinde Sarmiento, M. (1970). *Recopilación etno-histórica sobre los indios Chimila*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Landaburu, J., & Pineda C, R. (1984). *Tradiciones de la Gente del Hacha. Mitología de la Gente Andoke de la Amazonia Colombiana*. Bogotá: Unesco, Instituto Caro y Cuervo.
- Lander, E. (1999). Eurocentrismo y colonialismo en el pensamiento social latinoamericano. En S. Castro-Gómez, O. Guardiola, & C. Millán (Edits.), *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Bogotá: CEJA.
- Laverde Toro, L. (1972). *Excavaciones arqueológicas en los "Patios de indios" : Departamento de Bolívar*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Leach, E. (1967). *Un mundo en explosión*. Barcelona: Anagrama.

- Leal, C. (Jul-Dic de 2008). Disputas por tagua y minas: recursos naturales y propiedad territorial en el Pacífico colombiano, 1870-1930. *Revista colombiana de Antropología*, 44(2), 409-438.
- Lévi-Strauss, C. ([1958] 1968). *Antropología estructural I*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lewin Figueroa, D. (1971). *Altaquer, un pueblo colombiano*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Lins Ribeiro, G., & Escobar, A. (Edits.). (2008 [2006]). *Antropologías del mundo: transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*. Popayán: The Wenner-Gren Foundation, Enviñon, CIESAS.
- Loewen, J. A. (1960). Dialectología de la Familia Lingüística Chocó. *Revista Colombiana de Antropología*, IX, 9 –23.
- Londoño López, C. (1970). *San Andrés y el cocotero : estudio histórico*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Londoño, L. A. (2005). *El Consejo Regional Indígena del Cauca —CRIC— . Historia de una organización indígena en su lucha por la tierra, el territorio y una “economía propia”*. Material de apoyo, Licenciatura en Educación. Popayán: Universidad del Cauca.
- Losonczy, A. M. (2006 [1997]). *La trama interétnica. Ritual, sociedad y figuras de intercambio entre los grupos negros y Emberas del Chocó*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia e Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Lynn, R. (5 de Octubre de 2011). *The Occidental quarterly. Western perspectives on Man, Culture and Politics*. Obtenido de <http://www.toqonline.com/archives/v8n2/TOQv8n2Lynn.pdf>
- Marcus, G., & Cushman, D. (1982). Ethnographies as Texts. *Annual Review of Anthropology*, 11, 25-69.
- Mariátegui, J. C. (2002 [1928]). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Barcelona: Ediciones Era.
- Marino Samper, C. (1974). *Estructura de parentesco en Taganga*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Martínez Ceballos, R. (1972). *La pesca en Taganga*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Martínez, C., & Uribe, G. (1975). *Barú : un pueblo en la Costa Norte de Colombia : sus problemas y sus enseñanzas*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Marx, K. ([1971] 1997). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI editores.
- Marzal, M. (1993). *Historia de la antropología indigenista : México y Perú*. Barcelona, México: Anthropos Editorial del Hombre, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Meisel P., P. (1972). *Morichal : una comunidad de minifundio en el Llano*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Meisel, A. (1994). *Historia económica y social del Caribe colombiano*. Barranquilla: Uninorte.
- Meisel, A., & Calvo, A. (2000). *Cartagena en su historia*. Cartagena: Banco de la República y Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Mejía Piñeros., M. C. (1975). *La educación como factor de deculturación indígena en Colombia: estudio del caso Huitoto Internado Indígena de San Rafael de Caraparana*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.

- Mendoza Tolosa, E. (1973). *El Puerto : estudio socio-económico de una comunidad de campesinos pescadores*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Mignolo, W. (1998). Postoccidentalismo: El argumento desde América Latina. En S. Castro-Gómez, & E. Mendieta (Edits.), *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Mignolo, W. (2002). Introducción. En C. Walsh, F. Schiwy, & S. Castro-Gómez (Edits.), *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo Andino*. Quito: UASB/Abya Yale.
- Miranda, N. (1984). Antropología marxista ¿proyecto o realidad? En J. Arocha, & N. De Friedmann (Edits.), *Un siglo de investigación social* (págs. 573-613). Bogotá: ETNO.
- Mishra, V., & Hodge, B. (1994). What is pos(t)colonialism? En P. Williams, & L. Chrisman (Edits.), *Colonial Discourse and Postcolonial Theory*. New York: Universidad de Columbia.
- Montañez Herrera, M. E. (1970). *La unión consensual, o, compromiso matrimonial en el Municipio de San Pablo, Departamento de Bolívar*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Montañez, G., & Delgado, O. (1998). Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional. *Cuadernos de Geografía*, VII(1-2), 120-134.
- Morales, J. (1973). *La Antropología en Colombia: una Bibliografía Reciente*. Bogotá: Documento de la Universidad de los Andes.
- Mosquera, P. [. (1970). *Programa de integración Costa Pacífica: segunda parte*. Popayán: Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero.
- Motta González, N. (1977). *Estratificación social en salahonda*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Popayán: Universidad del Cauca.
- Múnera, A. (1996). El Caribe colombiano en la república andina: Identidad y autonomía política en el siglo XIX. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 33(41), 29-49.
- Múnera, L. (2011). La Reforma de Córdoba y el gobierno de las universidades públicas en América Latina (Análisis comparado de cinco universidades). *Seminario Internacional "Educación Superior en América Latina: reformas, autonomía y legitimidad"*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Muñoz M, J., & Bodnar C, Y. (1974). *Estudio de un proceso de cambio originado por el establecimiento de la economía de puerto en la comunidad islena de San Andres, Isla*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Navarro Trujillo, M. d. (1979). *Historia y características de la colonización indígena tukana de La Asuncion (Guaviare)*. Informe de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Oostra, M. (1990-1991). Misioneros y antropólogos en el Mirití-Paraná, Colombia: años setenta. *Revista Colombiana de Antropología*, 28, 67-86.
- Ortiz, S. (1940). Lingüística Colombiana. Familia Chocó. *Revista de la Universidad Católica Bolivariana*, VI(18), 46 – 77.
- Ortner, S. ([1984] 1993). *La teoría antropológica desde los años sesenta*. (R. Páez, Trad.) Guadalajara, Jalisco, México: Universidad de Guadalajara.
- Ospina de Rodríguez, L. C. (1979). *El proceso de endoculturación como forma de dominación ideológica : estudio de casos*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Otero Cifuentes, L. (1977). *Las ocupaciones marginales*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pardo Rojas, M. (1978). *Un caso urbano*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Parry, B. (s.f.). Problems in current theories of colonial discourse. En B. Ashcroft, G. Griffiths, & H. Tiffin (Edits.), *The Postcolonial Studies Reader*. Londres: Routledge.
- Patiño, H. (1970). *Informe sobre una visita a la granja agroforestal del Bajo Calima y a las plantaciones de palma africana: la mojarra y palmeras del pacífico*. Instituto de Fomento Algodonero.
- Paz Rey, F. (1976). *La educación en una situación inter-étnica : estudio de la Comunidad Icki (Arhuacos)*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Pécaut, D. (2006). *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Perafán, C. (1986). Coca, trabajo y violencia en el Cauca. *Ponencia II Simposio sobre la Violencia en Colombia*. Chiquinquirá: UPTC.
- Pineda C, R. (Julio de 1979). Etapas de la antropología colombiana. *Magazín Dominical de El Espectador*.
- Pineda C, R. (1984). La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano (1850-1950). En J. Arocha, & N. Friedemann, *Un siglo de investigación social* (págs. 197-252). Bogotá: ETNO.
- Pineda C, R. (2004). La escuela de antropología colombiana. *Maguaré*(18), 59 - 85.
- Pineda C, R. (2009). Cronistas contemporáneos. Historia de los Institutos Etnológicos de Colombia (1930-1952). En C. H. Langebaek, & C. I. Botero (Edits.), *Arqueología y Etnología en Colombia. La creación de una tradición científica* (págs. 113-171). Bogotá D.C.: Universidad de los Andes.
- Pineda C., R. (Jul-Dic de 2005). La historia, los antropólogos y la Amazonia. *Antípoda*(1), 121-135.
- Pineda C., R. (Jul-Dic de 2008). El Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes cumple sus primeros cuarenta años. *Universitas Humanística*(66), 19-24.
- Pineda C., R. (2010). Lévi-Strauss y la historicidad del mito. *Maguaré*(Número especial "Miradas Lejanas. Homenaje a Lévi-Strauss"), 89-112.
- Pineda Camacho, R. (1973). *Ensayos de mitología Andoque*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Pineda G, R. (1960). El impacto de la Violencia en el Tolima: el caso del Líbano. *Monografías Sociológicas*(6).
- Pineda G, R. (1969). El proceso de urbanización y la enseñanza del planeamiento en América Latina. *II Seminario Nacional sobre Urbanización*. Suescún: ASCOFAME. Organización Corona.
- Pineda G, R. (1973). La política social como instrumento de una política del desarrollo regional. En *Temas colombianos. Aspectos y problemas de una política de desarrollo* (págs. 273-282). Universidad Nacional de Colombia - CID.
- Pineda G, R. (1991). Perspectiva y prospectiva de la antropología en Colombia. En *Ciencias Sociales en Colombia*. Bogotá: Colciencias.
- Pineda G, R., & Gutierrez, V. (1958). En el mundo espiritual del indio Chocó. En *Miscelánea Paul Rivet* (págs. 435-462). México.

- Pinzón Sanchez, A. (1975). *La comunidad indígena Guahiba : complemento al informe final del trabajo de campo*. Informe de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pizarro, A. (2009). *Amazonía. El río tiene voces*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Población, D. A. (1995). Literatura Cinzenta versus Literatura Branca: transição dos autores das comunicações dos eventos para produtores de artigos. *Ciência da Informação*, 25(2).
- Poggi, D., & Pinkman, D. (s.f.). *¿Qué es la Literatura Gris?* Recuperado el 8 de Mayo de 2011, de Enciclopedia de misiones: <http://www.encyclopediademisiones.com/data/textos/noti/notiACT5019.html>
- Portela Guarín, H. (1978). *Relaciones económicas en el grupo Emberá Sanquinini del nor-occidente del Departamento del Valle del Cauca*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Popayán: Universidad del Cauca.
- Quimbayo Ramon, E. (1972). *Indios Coreguajes*. Informe de trabajo de campo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ramirez Sanchez, N. A. (1979). *Situación económica del grupo Macaguane de los Llanos Orientales*. Informe de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ramos, A. (Noviembre de 1990). Ethnology Brazilian Style. *Cultural Anthropology*, 5(4), 452-472.
- Ramos, A. (2000). The anthropologist as political actor. *Journal of Latin American Anthropology*, 4(2), 172-189.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1953). Algunos mitos de los Indios Chamí. *Revista Colombiana de Folklore*. 2ª época(2), 148-165.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1962). *Bibliografía de la Guajira*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1968). *Desana: simbolismo de los indios Tukano del Vaupés*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Reichel-Dolmatoff, G., & Dussán de Reichel, A. (1961). *The People of Aritama: The Cultural Personality of a Colombian Mestizo Village*. Chicago: University of Chicago Press.
- Restrepo, E. (1999). *Poblaciones negras en Colombia (compilación bibliográfica)*. Cali: Universidad del Valle. Facultad de Ciencias Sociales y Económicas.
- Restrepo, E. (julio-diciembre de 2006). Diferencia, hegemonía y disciplinación en Antropología. *Universitas Humanística*, 43-70.
- Restrepo, E., & Rojas, A. (2008). *Afrodescendientes en Colombia : compilación bibliográfica*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Reyes, M. (. (2009). *Llegó el Amazonas a Bogotá*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia.
- Ribeiro, D. (1971). *Fronteras indígenas de la civilización*. (J. Rossiello, Trad.) México: Siglo XXI.
- Rodríguez, I. (Ed.). (2001). *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Duke University Press.
- Rodríguez, P. (1984). *Evaluación preliminar de trabajos de campo y monografías de grado del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia*. Informe de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Rojas, D. M. (2010). La Alianza para el Progreso en Colombia. *Análisis Político*(70), 91-124.
- Román Saavedra, Á. (1974). *Cambios socio-económicos en la comunidad indígena Cuna de Caimán Nuevo*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Román, Á. (1986). *Apuntes para una Historia del Departamento de Antropología (1966-1986)*. Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Romero Moreno, M. E. (1970). *El espacio lacustre. Ensayo analítico de su influencia en Nueva Venecia, Magdalena*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Romoli, F. (1963). Apuntes sobre los pueblos autóctonos del litoral Pacífico en la época de la conquista española. *Revista Colombiana de Antropología*, XII, 219 - 253.
- Rueda, J. E. (1983). *Los antecedentes históricos de la Antropología en Colombia*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ruiz Marmolejo, F. J. (1979). *Taganga : trabajo de estudio sobre una forma productiva no capitalista*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Russi Laverde, G. (1972). *Notas para una investigación etnológica sobre una situación de cambio económico social en la comunidad indígena de la Guajira*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sabogal Caicedo, H. (1973). *Relaciones inter-étnicas en un enclave neocolonial minero*. Informe de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Said, E. (Winter de 1989). Representing the colonized: anthropology's interlocutors. *Critical Inquiry*, 15(2), 205-225.
- Said, E. W. ([1978] 2006). *Orientalismo*. Barcelona: DeBolsillo.
- Samper, A. (1976). *Aspectos de la situación forestal del Pacífico*. Bogotá : ICA.
- Sánchez Alvarez, M. (1977). *Kagamu: la tierra y los Ick+ de la Sierra Nevada*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Sánchez, G. (1989). La Violencia: de Rojas al Frente Nacional. En J. Jaramillo (Ed.), *Nueva Historia de Colombia* (págs. 153-178). Bogotá: Planeta.
- Santoyo, Á. (2002). *Representaciones nacionales de la amazonia colombiana, 1900-1975. Una aproximación antropológica e histórica de la retórica y la política de la producción de la subjetividad y la naturaleza*. Informe final. Becas Nacionales de Investigación, París.
- Serje, M. (2005). *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Slemon, S. (1995). The scramble for post-colonialism. En B. Ashcroft, G. Griffiths, & H. Tiffin (Edits.), *The Postcolonial Studies Reader*. New York: Routledge.
- Soto, Á. (Ene-Jun de 1975). Introducción al programa de las estaciones antropológicas. *Revista Colombiana de Antropología*, 18.
- Sourdis, A. (1996). Evaristo Sourdis: Abanderado de la integración costeña. *Documentos Ceres N° 13*. Barranquilla: Universidad del Norte.
- Sourdis, A. (Febrero de 2010). La independencia del Caribe colombiano 1810 – 1821: Cartagena, Sante Marta, Valledupar y Riohacha. *Credencial Historia*(242).

- Stavenhagen, R. (1970). *Las clases sociales en las sociedades agrarias*. México: Siglo XXI.
- Stavenhagen, R. (Primer Semestre de 2002). Identidad indígena y multiculturalidad en América Latina. *Araucaria*, 4(7).
- Stocking, G. (1982). Afterword: A View from the Center. *Ethnos*, 47(1), 173-186.
- Stout, D. B. (1948). The Chocó. *Hanbook of South American Indians*, IV, 259 – 276.
- Suarez Sandoval, B. (1977). *Descripcion socio-economica y cultural del grupo Noanama o Waunama*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Tarazona Bautista, A. (1975). *Raza y violencia : un estudio sobre la Guajira, siglo XVIII*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Torne de Valcárcel, F. (1975). *El programa H.E.R.S.F. y sus efectos socioculturales en el Barrio Unión de vivienda popular de la ciudad de Cali*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Torres G., J. (1978). *La explotación de la sal en el límite de dos culturas : dominación, sometimiento y relaciones superestructurales : un caso concreto de la Guajira en la localidad de Manaure*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Torres, I. (Marzo de 1994). La llamada "literatura gris": reflexiones sobre su naturaleza y desarrollo e instrumentos bibliográficos para su identificación y localización (I). *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*(34).
- Tovar, B. (1989). La historiografía colombiana. En Á. Tirado (Ed.), *Nueva Historia de Colombia. Tomo IV* (págs. 199-210). Bogotá: Planeta Colombia Editorial S.A.
- Trujillo Amaya, C. E. (1979). *El cambio socio-economico y las relaciones interétnicas en una comunidad indígena : los Ingas*. Informe de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ulloa, A. (1993). *Los antropólogos: de observadores a observados*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Ulloa, A. (2001). *El Nativo Ecológico: movimientos Indígenas y medio ambiente en Colombia*. En M. Archila, & M. Pardo (Edits.), *Movimientos sociales, estado y democracia en Colombia*. Bogotá: ICANH-CES-Universidad Nacional.
- Uribe Tobón, C. A. (1974). *Un marco teórico de referencia para el estudio de las relaciones interétnicas : análisis del caso de los Chimila*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Uribe, C. A. (1980). La Antropología en Colombia. *América Indígena*, 281-308.
- Uribe, C. A. (1980-1981). Contribución al estudio de la historia de la Etnología colombiana (1970-1980). *Revista colombiana de Antropología*, 19-35.
- Valencia, E. (1967). Los estudios antropológicos en el marco de la Universidad Nacional. *Anuario Indigenista*.
- Vanegas Sierra, N. (1975). *Determinantes del proceso de urbanización en Bogotá : análisis socio-económico de los desarrollos urbanos subnormales y normales : barrios Bosque Calderón, San Antonio Norte y Ponteviedra*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Vargas Escobar, A. (1978). *Síntesis histórica del cambio cultural aplicado a un caso específico : las comunidades Noanamas de Matare y Pangala*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.

- Vasco Uribe, L. G. (1970). *Los Chami. Apuntes etnográficos*. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Vasco, L. G. (1998). *Guía bibliográfica: nacionalidades indígenas Guambiana y Paéz*. Bogotá: Universidad Nacional y Ministerio de Educación Nacional.
- Vasco, L. G. (2002). *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia - ICANH.
- Vásquez, M. E. (1976). *Cabildo indígena en la comunidad Camsa*. Informe de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Vegas, M., & Rojas, R. (Edits.). (1976). *Memorias del primer Seminario sobre el Océano Pacífico Sudamericano: tomo I*. Cali: Universidad del Valle, Colciencias.
- Vejarano, F. (2001). Etnicidad. En M. P. Col-Ipums., *Integrated Samples of Colombian Censuses, 1964-2000*.
- Velásquez, R. (1960). Adivinanzas del Alto y Bajo Chocó. *Revista Colombiana de Folklore*, II(5).
- Vila Mejía, P. (1972). *Dibulla : una comunidad frente al cambio*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Villamizar García-Herreros, M. E. (1975). *Análisis socio-económico de los programas de reforma agraria en el Departamento del Magdalena*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Villamizar Manrique, M. (1970). *Relaciones entre comerciante y agricultor: un estudio socio-económico en el Municipio de San Pablo, Bolívar*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Villamizar Rincón, M. (1972). *Excavaciones arqueológicas en "Los Patios" (Bolívar)*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Vollmer, L. (1976). *Aponte y yo*. Tesis de grado, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Walsh, C. (2002). Las geopolíticas del conocimiento y la colonialidad del poder. Entrevista a Walter Mignolo. En C. Walsh, F. Shiwiy, & S. Castro-Gómez (Edits.), *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino* (págs. 17-44). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar y Abya-Yala.
- Warman, A., Nolasco, M., Bonfil, G., Oliveira, M., & Valencia, E. (1970). *De eso que llaman antropología mexicana*. México: ENAH.
- Wheeler, A. (1987). *Gantëya Bain. El pueblo Siona del Río Putumayo. Colombia. Tomo I*. Lomalinda, Meta: Townsend.
- Wiesner, L., & Calle, H. (Agosto de 1976). Horacio Calle: Tres posibilidades de acción. *Rana*(3), 2-11.
- Wright, P. G. (1998). *Cuerpos y espacios plurales: sobre la razón espacial de la práctica etnográfica*. Brasilia: Serie Antropología. Departamento de Antropología. Universidad de Brasilia.
- Wright, S. (Febrero de 2007). La politización de la "cultura". En M. Boivin, A. Rosato, & V. Arribas, *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural* (págs. 168-186). Buenos Aires: Antropofagia.
- Zapata Meza, B. (1974). Jornalero, corraleja, magia y toma de tierra. Informe final de trabajo de campo, Departamento de Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.